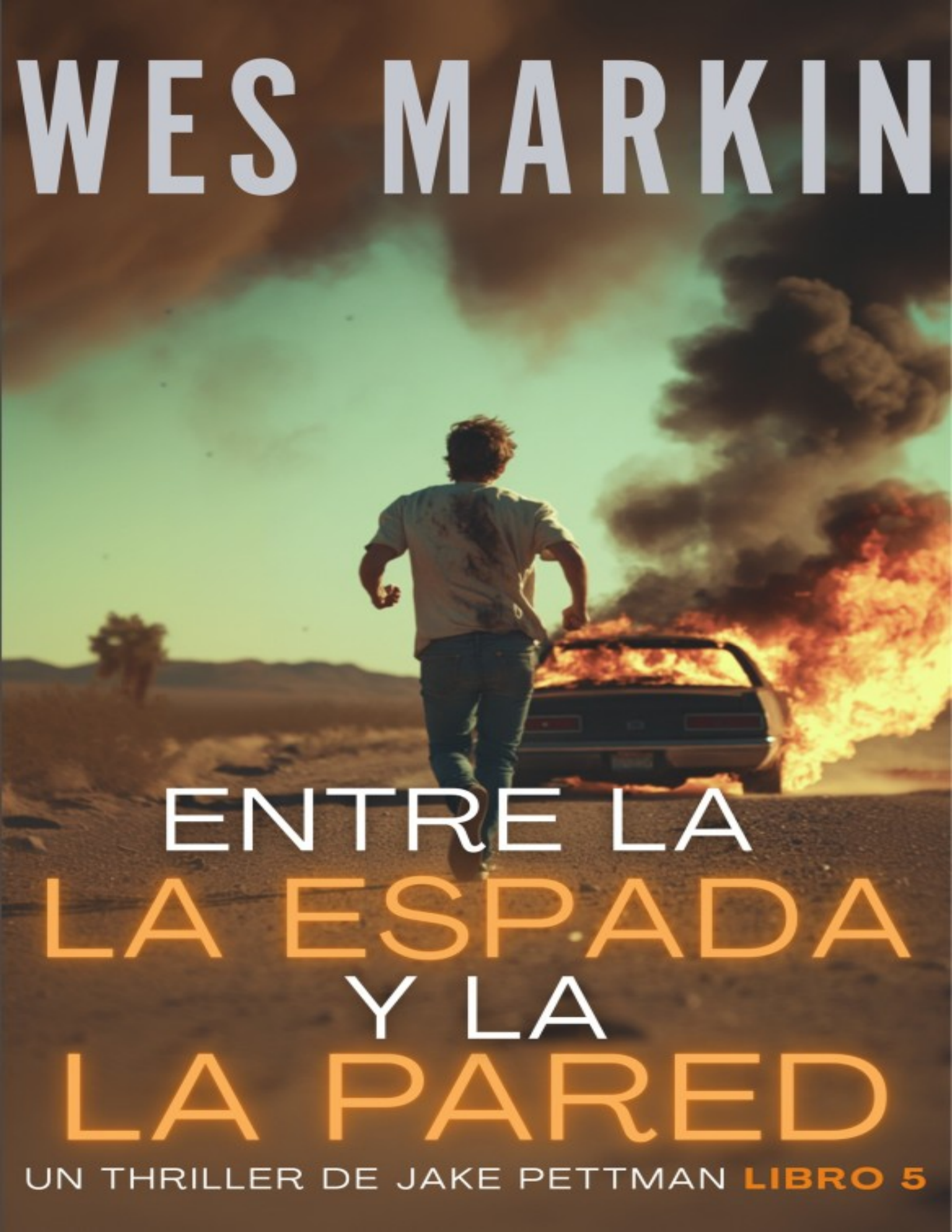
WES MARKIN



# ENTRE LA LA ESPADA Y LA LA PARED

UN THRILLER DE JAKE PETTMAN **LIBRO 5**

# Entre la Espada y la Pared

Un thrillers de Jake Pettman

**Wes Markin**



Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

# Índice


Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin
Principios Del Siglo Xix
Y No Quedó Ninguno
En Compañía De Lobos
I Love New York
La Perdición De Una Madre

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Ausente, Pero No Olvidado
Mejor El Diablo
Después
Agradecimientos

# Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable Inspector Jefe Frank Black y su ingenioso compañero, la Inspectora Gerry Carver. También es autor de los thrillers del Inspector Jefe Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

# Otras Obras de Wes Markin

**Las Víctimas Olvidadas de Whitby**

Huesos Olvidados

Vidas Olvidadas

Almas Olvidadas

Tumbas Olvidadas

Sombras Olvidadas

Profundidades Olvidadas

**Los Crímenes de Yorkshire**

Los Asesinatos del Viaducto

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Asesinatos de la Cueva que Llora

Los Asesinatos del Cementerio

Los Asesinatos de Invierno

Los Asesinatos de la Roca Negra

**Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke**

Una Última Oración

La Serpiente Arrepentida

El Silencio de Severance

El Resurgimiento de los Ray

Danza con la Muerte

Navidad con el Conduit

Más Vale el Diablo

El Diario Secreto de Lacey Ray

**Un thrillers de Jake Pettman**

El Foso de la Matanza

Fuego en los Huesos

Blue Falls

El Núcleo Podrido

Entre la Espada y la Pared

**lectuepublibre2.com**

# Principios Del Siglo Xix

LA LUNA HABÍA estado menguando últimamente, y esta noche era más oscura que la anterior. Hamlin Smith lo agradeció; hacía que rebuscar fuera mucho más fácil. Estaba de espaldas a la mina en la que su abuelo había malgastado sus años, su salud y, finalmente, su vida, y contemplaba su mundo roto: Brady Crossing.

El *puto* Brady Crossing.

Hamlin tosió. En la saliva, saboreó la inmundicia de la mina en la que acababa de empezar a trabajar a la tierna edad de catorce años. Escupió en el suelo, contento de que la oscuridad le impidiera ver la mierda que ya estaba invadiendo su cuerpo.

Oyó aullidos y sonrió. Lobos, perros salvajes y otros por el estilo corrían en libertad. Él *también* correría en libertad algún día, en cuanto tuviera suficiente dinero para hacerlo. No, señor. Hamlin Abraham Smith no iba a matarse a trabajar en una vieja mina. Eso era tan seguro como los sonidos de libertad que llegaban de lo alto de las colinas a su espalda; sonidos que ahora le resultaban ajenos pero que un día serían los auténticos sonidos de su existencia.

Buscarse la vida le había ido bien en los últimos meses. Lo que había empezado como simples hurtos en la calle Mayor había progresado a robos cautelosos en los almacenes generales de los tres pueblos del condado de Mossbark. Los precios que luego cobraba por sus mercancías robadas a algunos de los mineros más

viejos y desencantados le garantizaban la ausencia de preguntas y, como resultado, una cierta complicidad.

A medida que su confianza había crecido, también lo había hecho su descaro, y se escabullía de su casa a altas horas de la noche para merodear por las calles más tranquilas de los tres pueblos. Muchos de los mineros más jóvenes y solteros estarían fuera, bebiéndose la noche, y aunque los hombres de esa edad tenían poco, a menudo podía encontrar algo en sus polvorientas alacenas, desde productos enlatados hasta una camisa elegante y, si la cosa iba realmente bien, una reliquia familiar. ¡Una vez había levantado un anillo de boda de plata! Un minero que llevaba casi dos años desesperado por ponerle una alianza en el dedo a su amada se lo había agenciado rápidamente. Por supuesto, Hamlin *nunca* robaba a sus clientes habituales. Hamlin era un chico listo, aunque lo dijera él mismo, y no pensaba cagar donde comía.

Se alejó de la mina y bajó por el camino. Se obligó a no pensar en la montaña de monedas que se acumulaba bajo una tabla del suelo de su cama, porque eso le daría bríos, y ahora lo que tocaba era moverse con sigilo.

Oyó una tos áspera más adelante, no muy distinta de la que le había vaciado los pulmones minutos antes, y se metió de un salto en las sombras del escaparate de Lewin. La tienda estaba separada de la de al lado, así que podía deslizarse en la oscuridad entre ellas sin dejar de ver el camino.

A pesar de la falta de luz de luna, Hamlin reconoció inmediatamente al hombre por su silueta, y se le cortó la respiración.

Miles Libby pasó a hurtadillas, arrastrando su pie derecho lisiado.

Hamlin tragó saliva, y no por recordar la historia de cómo a Miles se le había aplastado el pie bajo un carro de mina descarrilado antes de negarse a la amputación, a pesar de las abrumadoras probabilidades de morir. Sí, eso hablaba de un hombre bastante desquiciado, pero no era esa la razón por la que tragaba saliva ahora. Tragaba saliva por el rumor que lo rodeaba.

Al parecer, hacía muchas lunas, una joven se había interesado por el entonces más joven y solitario hombre y se había presentado

en su puerta con una ofrenda casera. Como él no la recibió, ella había entrado para ver si se encontraba bien. Lo había descubierto desnudo, con una herida abierta en la parte superior del brazo. Después de verlo echar un fino trozo de su propia carne en una jaula llena de ratas voraces, ella había huido del lugar y —según el rumor— había huido del condado, temiendo por su vida.

El rumor se había avivado aún más cuando los hombres se quitaban las camisas en los días más agotadores en la mina. Miles se dejaba la suya *siempre* puesta.

—Ahí están las cicatrices, Smithy —le susurraba Alvin, uno de los mineros más viejos—. Las cicatrices de la carne que se arranca para sus alimañas.

Hamlin se estremeció.

De perfil, Hamlin vio la joroba en la espalda de Miles y su larga cabeza ligeramente inclinada hacia delante. Eso, y el arañazo que producía su pie al rozar el suelo, realmente pintaban un cuadro decrépito.

¿Era ese de verdad un hombre al que temer?

¿*De verdad*?

Hamlin sonrió.

Y fue entonces cuando se le ocurrió la idea de robar en casa de Miles Libby.

---

***AHORA***

EL PASTOR FREDERICK DEERING contempló a su congregación de cien fieles, aunque todavía no eran suficientes. Se pasó una mano por el espeso pelo, que aún resistía a pesar de sus cincuenta y cinco años, golpeó con el dedo el púlpito, se inclinó hacia el micrófono y luego enarcó una ceja mientras hablaba para aquellos a los que amaba y que le correspondían. —Y ahora terminamos esta sesión, Brady Crossing del condado de Mossbark, como siempre terminamos, en nuestro valor *fundamental*.

Todos aplaudieron. Algunos de los clientes más bulliciosos vitorearon.

—El valor fundamental está muy cerca de mi corazón. —Hizo una pausa, respiró hondo y alzó la voz—. ¡De hecho, está en mi corazón! ¡Rezo para que esté también en los vuestros!

Otro aplauso. Otro vítores.

Alzó las manos y entrelazó los dedos de forma ostensible. —Adhesión comunitaria.

Esta vez, además de los aplausos y vítores, también se oyeron pisotones en el suelo.

—Juntos —dijo el pastor—. ¡Que se oiga, *juntos*!

La congregación coreó: —La Hermandad Bíblica de Mossbark une a las comunidades a través del culto. Para compartir nuestros valores, para hacer crecer a nuestras familias, para romper con las necesidades del dinero, del poder, de la carne.

Frederick dio un paso atrás, sonrió e hizo una reverencia a su rebaño.

---

## *PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX*

MILES LIBBY HABÍA construido una casa que era el reflejo de cómo vivía cuando estaba en compañía de otros: en la penumbra, al margen. Aquello convertía su hogar en un blanco fácil para Hamlin.

Cuando el chico de catorce años estuvo seguro de que Miles seguía alejándose con su andar furtivo y desgarbado en dirección opuesta a su casa, abandonó su puesto junto a la fachada de la tienda y volvió al camino. Tras dejar atrás varias de las casas de madera más convencionales y algunas más nuevas de piedra, en las que estaba más acostumbrado a robar, recorrió un sendero estrecho que llegaba hasta una pequeña construcción de madera que Miles había levantado. Y, al igual que su creador, la vivienda era peculiar, pues se había construido alrededor de la base de un árbol.

Aquello dejó a Hamlin sin aliento porque solo había contemplado aquella extraña casa una vez. La mayoría de la gente, él incluido,

solía evitar esta casa y el estrecho sendero que conducía a ella.

Examinó las ramas retorcidas que se enroscaban por encima y *dentro* del tejado, formando parte de su estructura, preguntándose cómo un lugar así podía siquiera concebirse como idea, y mucho menos llegar a materializarse.

Un caballo atado a un poste junto a la construcción relinchó. A pesar de la adrenalina que se acumulaba en su interior, el chico le hizo un gesto con la cabeza y le guiñó un ojo al animal. Le gustaban los animales y encontraba que los caballos tenían un carácter agradable.

Sabiendo que el lugar estaba desocupado, Hamlin probó primero la puerta y no le sorprendió encontrarla abierta. Un hombre con un historial tan grotesco no tenía motivos para preocuparse por la seguridad. Al fin y al cabo, ¿quién en su sano juicio entraría en la propiedad de este monstruo? A pesar de la adrenalina, Hamlin sonrió. *Yo*. Un hombre desesperado por abandonar Brady Crossing, del condado de Mossbark, debe ser capaz de cualquier cosa.

Cuando entró en la propiedad, se sintió abrumado por una mezcla de asombro —el tronco y las ramas inferiores formaban el grueso de la pared del fondo, convirtiendo al árbol en un residente vivo de la propiedad— y decepción: la habitación estaba casi completamente vacía. Aparte de un montón de paja en una esquina que Hamlin supuso que era donde dormía Miles, y unas cuantas latas de comida, algunas de las cuales estaban abiertas e hinchadas de moscas, Hamlin podía saquear muy poco, si es que había algo, allí.

Algo junto al árbol llamó la atención de Hamlin y se le heló la sangre: una estructura rectangular, del tamaño aproximado de un ataúd, con una manta echada por encima. Y desde dentro, el sonido de *algo que se movía*.

*¿Ratas?*

Hamlin respiró hondo y miró a sus espaldas, hacia la puerta abierta. No tenía mucho sentido que siguiera allí. Nada de lo que había en aquel lugar podía aumentar su incipiente fortuna. *Y, sin embargo…* Se volvió hacia la estructura con forma de ataúd. *Y, sin embargo…*

Dio unos pasos lentos y vacilantes hacia ella, guiado ahora por la curiosidad más que por la codicia. Pensó en el hombre alto que arrastraba un pie y se vestía con exceso de ropa en los días más feroces del verano. ¿Sería cierto el rumor? ¿De verdad aquella joven de la cazuela lo había visto dar de comer trozos de sí mismo a las ratas?

A pesar del ruido y de la cubierta sobre la misteriosa estructura, a una gran parte de Hamlin todavía le costaba creerlo. Era un chico racional y se había propuesto desarrollar tanto la astucia como el cinismo para escapar del infierno de su vida.

Llegó a la estructura, quitó la cubierta y miró dentro de la amplia jaula. Al principio, pareció ser un único organismo palpitante, pero luego sus ojos distinguieron los múltiples cuerpos peludos, retorcidos y serpenteantes del conjunto.

Había demasiadas para contarlas.

Molestas, las ratas se lanzaron contra el lateral de la jaula. La mayoría cayó hacia atrás, con sus diminutas patas arañando el aire y sus largas y espinosas colas azotando de un lado a otro. Algunas ratas se aferraron al lateral de la jaula con garras afiladas como cuchillas, haciendo que Hamlin se estremeciera. Tropezó hacia atrás y golpeó algo que parecía una pared, solo que sabía que no lo era, porque se había adentrado demasiado en la vivienda para que fuera eso.

Entonces lo empujaron por la espalda y cayó hacia delante. A centímetros de la jaula, miró fijamente los ojos negros de una rata que metía el hocico desesperadamente por un hueco entre los barrotes. Chasqueó sus dientes irregulares en el aire. —¡No! —Hamlin se puso boca arriba y alzó la vista hacia la figura alta y encorvada de Miles Libby—. ¡Lo siento! —dijo—. Siento *muchísimo* haber venido.

Miles inspiró hondo por la nariz. No dijo nada. No era de extrañar. Ni Hamlin ni nadie, si le preguntaran, sería capaz de recordar un momento en que lo hubiera hecho.

Detrás de él se oía el golpeteo constante de las ratas al chocar contra la pared de la jaula, salpicado de gruñidos y siseos.

—Estaba paseando. He bajado por el sendero. He visto su casa. No lo he pensado. Parecía interesante… el árbol… era tan *diferente*.

Miles ladeó la cabeza, examinándolo. ¿Midiéndolo para sus ratas? *Por Dios, no…*

—Lo olí —dijo Miles.

Los ojos de Hamlin se abrieron de par en par al darse cuenta de que, durante todo este tiempo, él y los demás mineros habían sido bendecidos por el silencio de este monstruo. La voz de Miles era profunda, chirriante, casi de otro mundo, y pareció abrirse paso a través de todo el cuerpo y el alma de Hamlin antes de asentarse como lava caliente en su estómago.

—Lo olí observándome desde el lado de la tienda —Miles se arrodilló.

Más ratas se estrellaron contra los barrotes de la prisión a sus espaldas.

Hamlin negó con la cabeza y empezó a llorar. Se orinó encima.

Miles le miró la entrepierna a Hamlin y negó con la cabeza, sin duda al darse cuenta del percance de Hamlin. —Huelo lo que ha hecho. —Volvió a alzar la vista hacia el rostro de Hamlin y se inclinó hacia delante—. Y ahora huelo *lo que* es.

---

***AHORA***

CON ALGUNOS, el pastor Frederick Deering reía y bromeaba; con otros, los tranquilizaba y se compadecía. Despedirse de cada miembro de su rebaño después del servicio siempre lo hacía sentir en su salsa. Ser emocionalmente sensible a su prójimo era, y siempre sería, una de sus mayores virtudes, como también lo era su capacidad para hacer que la gente se sintiera a gusto y segura con su presencia física.

A menudo recordaba con cariño en sus conversaciones con los feligreses —y también era sabido que abría algún que otro servicio con ella— que en el colegio los profesores a veces le habían reñido por invadir el espacio personal de sus compañeros. —*¡Pues ya les*

*digo!* —decía siempre para rematar la historia—. *Si querer estar lo bastante cerca para sentir el calor de los demás y que ellos sientan el tuyo es un pecado, entonces no sé qué más puedo decir.* —La pregunta era bastante tendenciosa, pues siempre suscitaba un cumplido por parte de quien estuviera escuchando sobre cómo eso era parte de lo que le hacía tan agradable y, simplemente, el mejor y más afectuoso pastor con el que habían tenido la suerte de rezar.

Ahora, de pie en la puerta de su modesta iglesia y con vistas a un pequeño parterre rodeado de árboles jóvenes que se habían plantado para conmemorar el fallecimiento de varios miembros de la congregación, estrechó la nonagésimo quinta mano. *Siempre* las contaba. Ciento dos feligreses en la iglesia de Brady Crossing de la Hermandad Bíblica de Mossbark. A las otras dos iglesias de Lewis y Sharp Point asistían más, por supuesto, pero esta era la congregación más grande con diferencia. Aunque no era suficiente. Para Frederick, no lo era ni de lejos.

Así que siempre contaba; en parte por la esperanza de notar un aumento, en parte por el miedo a notar una disminución.

Al acercarse al final de su rebaño, se dio cuenta de que hoy le faltaba un miembro, pero se lo esperaba, así que pudo sobrellevar la decepción.

Un hombre pálido estaba ante él, ofreciéndole una mano temblorosa.

—Ven aquí, Parker. —En lugar de cogerle la mano a Parker, Frederick rodeó al anciano con los brazos y lo atrajo hacia sí. Le susurró al oído—: ¿Evelyn?

—Está descansando, pastor. Lo más cómoda posible.

Frederick retrocedió y sujetó a Parker con los brazos extendidos. Le dedicó una sonrisa compasiva. —Iré a verla esta semana, Parker, para pasar un rato con ella. ¿Si me da su bendición?

—Sí, pastor, por supuesto. Nada la haría más feliz.

—Bien —dijo Frederick, frotándole el hombro al anciano. Se dio cuenta de que los ojos de Parker se posaban en los árboles recién plantados. Hubo un suspiro; un reconocimiento, quizás, de que pronto llegaría el momento de volver a plantar.

Mientras Parker se marchaba discretamente, Frederick se agachó para ponerse a la altura de dos niños de siete años. Estrechó la mano de cada uno por turno. Ningún miembro de su parroquia salía de la iglesia sin un apretón de manos, sin importar su edad o condición. —¿Y bien, mis dos gemelos favoritos, James y Anna, cómo estamos en este espléndido día? —sonrió, sabiendo que podía permitirse el lujo de llamarlos sus favoritos porque no conocía a ningún otro gemelo.

—Vamos a un pícnic —dijo Anna.

—¡Y tenemos Dr Pepper! —dijo James.

Frederick sonrió a sus jóvenes padres, Laurie y Charlie, que siempre asistían a la iglesia con ropa de trabajo debido a su cargo en el ayuntamiento del condado de Mossbark.

—Una pequeña cantidad de Dr Pepper —dijo Laurie, reforzándolo juntando el pulgar y el índice.

—Y mucha fruta —dijo Charlie, alborotándole el pelo a su hijo.

Después de que Frederick estrechara la centésimo primera mano, por primera vez en todo el día, no se acercó demasiado. La mujer que tenía delante, Nora Ouellette, compartía tanto su edad como su pasión por la religión y, a todas luces, lo adoraba. El problema era que, en algún momento, esa adoración se había transformado en un enamoramiento. Combinado con el hecho de que era viuda, y por lo tanto *disponible*, la convertía más en una carga que en un estímulo para la confianza.

—Gracias, Nora, por esa lasaña que dejó el otro día. No creo haber probado nunca una tan buena.

—De nada, pastor.

Se dio cuenta de que ahora ella se estaba acercando a él. Le hizo sentirse incómodo y se preguntó, no por primera vez, si alguien se sentía como él en ese momento cuando se acercaba. Ciertamente esperaba que no.

—Tengo un estofado que a Eric le encantaba. ¿Le gustaría venir esta noche o, si está demasiado ocupado, como sé que siempre lo está, en algún momento de esta semana?

—Han sido tiempos difíciles, Nora. —Frederick negó con la cabeza—. Tiempos muy difíciles. Y no parece que vayan a mejorar

en las próximas semanas. Me gustaría poder aceptar, pero sé que podría estar haciendo promesas vacías.

—Lo entiendo —dijo Nora con una sonrisa.

Supo de inmediato que ella no había pillado la indirecta, de la misma manera que no la había pillado la última vez, ni la anterior.

—Debe de ser un trabajo muy ajetreado —dijo ella—, fomentar las relaciones comunitarias...

—Aglutinar a las comunidades —la interrumpió Frederick con una sonrisa.

—Sí..., aglutinar a las comunidades. Debe de ser agotador. Le dejaré el estofado en la puerta de su casa más tarde, como hice la semana pasada.

Frederick se llevó ambas manos al corazón. —Me mima usted, Nora. Gracias.

Ella se sonrojó. —Había otra cosa, pastor...

El fuerte tono de llamada de Frederick la interrumpió. Él sonrió. —Lo siento, el volumen está al máximo. —Se señaló las orejas—. Estos ya no son lo que eran.

—A mí me lo va a decir, pastor.

Sacó el móvil y miró la pantalla. —Lo siento, Nora, de verdad que tengo que cogerla. —Volvió a estrecharle la mano—. Estoy deseando probar el estofado.

—Por supuesto, pastor. —Sonrió, se sonrojó de nuevo, se dio la vuelta y salió.

Frederick entró en su iglesia con el teléfono pegado a la oreja. —¿Sí?

Jadeos. Ninguna respuesta.

—¿Sí? —repitió Frederick.

—Ha llegado el momento, Frederick.

---

## *PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX*

EMMA SMITH no quería creer lo que Amelia Sachs le estaba diciendo. Se apartó de su visita y entró corriendo en la casa para

comprobar el dormitorio de Hamlin. Al confirmar la ausencia de su hijo, se mordió el labio inferior con tanta fuerza que notó el sabor de la sangre.

Volvió a la puerta principal y alzó la vista hacia el rostro canoso de su marido, Devin. —No está.

—Lo siento muchísimo —dijo Amelia Sachs desde el umbral de la puerta. Agarraba con fuerza las riendas de su caballo mientras la bestia se movía inquieta de un lado a otro, claramente nerviosa después de que la hubieran sacado en mitad de la noche—. Lo vi todo desde mi ventana. No ha vuelto a bajar por el sendero.

—¿Estás segura? —preguntó Devin.

—Sí... Lo lamento. En cuanto Miles regresó, vine corriendo…

—¿Qué *coño* hace Hamlin en casa de ese cabrón desquiciado? —Devin se dio la vuelta y entró en su casa.

—La verdad es que no lo sé —dijo Amelia.

Como quería estar lista para ayudar a su hijo, Emma contuvo las lágrimas, pero, a juzgar por la preocupación en el rostro de Amelia, debía de tener un aspecto desesperado.

—Estoy segura de que todo irá bien, querida —dijo Amelia—. Tiene que haber una muy buena razón para que su hijo...

—¿Son ciertos los rumores? —preguntó Emma—. ¿Es peligroso?

—¿Extraño? Desde luego. Pero no hay pruebas de que sea peligroso.

—Si lo es —dijo Devin, poniéndose al lado de su esposa mientras cargaba la boca de su rifle largo—, no lo será por mucho tiempo. —Se acercó a su propio caballo, atado a la valla.

—Yo también voy —dijo Emma.

—No vas vestida para ello. —Devin señaló el largo camisón blanco de ella. Él tampoco lo estaba, en realidad, pero llevaba ropa interior larga de algodón, por lo que su dignidad estaba a salvo.

—Solo necesito un momento —dijo Emma.

Su marido hizo girar a su caballo y le dio una palmada en uno de los flancos. El rifle rebotó en la espalda de Devin mientras salía disparado.

—¡Maldita sea! —dijo Emma y miró a Amelia, pero su visita desvió la mirada—. Por favor...

Amelia suspiró y volvió a mirarla. —Póngase algo de ropa y la llevaré.

---

Frente a la casa de Amelia, Devin se detuvo justo antes del desvío hacia la de Miles. Ató su inquieto caballo a un poste y, preparando su rifle largo, giró rápidamente para tomar el sendero. Vio una silueta más adelante y oyó el golpeteo de unos cascos.

El golpeteo se hizo más fuerte.

Devin consideró levantar el arma y abatir al jinete que se acercaba, pero le asaltó una duda. ¿Y si su hijo, Hamlin, había robado el caballo para huir del loco?

Se apretó contra la valla para no caer bajo los cascos del caballo que se aproximaba y observó cómo se acercaban las oscuras patas de un bayo. Miró hacia arriba y reconoció al malnacido cojo y encorvado que nunca hablaba ni miraba a nadie, sino que simplemente compartía el poco aire que les permitían bajo tierra en la mina.

Miles parecía decidido a seguir adelante y aún no se había percatado de la presencia de Devin.

Devin vio un saco atado a la parte trasera del caballo de Miles. Parecía moverse, como si alguien luchara por liberarse. Podría haber sido la vibración a través de los flancos del caballo, pero Devin prefirió aferrarse a la esperanza de que su hijo estuviera vivo en una de esas bolsas. Siendo esa una posibilidad, usar su rifle largo no era una opción.

—¡Devuélveme a mi hijo! —gritó Devin a pleno pulmón, pero sospechó que Miles no lo había oído por encima del golpeteo de los cascos. Corrió hacia el camino principal y lo intentó de nuevo. Vio cómo el hombre deforme, su caballo y, potencialmente, su primer y único hijo desaparecían calle abajo.

---

***ACTUALIDAD***

EL PASTOR FREDERICK DEERING fue a coger el pomo de la puerta de la vivienda, pero esta se abrió hacia dentro antes de que pudiera tocarlo.

Un hombre grande y corpulento salió de la estructura de madera y se adentró en el charco de luz que se filtraba a través del espeso dosel.

Frederick no recordaba haber visto nunca a Merithew sin el ceño fruncido, y parecía que hoy no iba a ser una excepción.

—Se ha tomado su tiempo —dijo Merithew.

—¿Está hecho? —preguntó Frederick.

Merithew mostró sus grandes palmas ensangrentadas. —Sí.

Frederick asintió. —Parece que tiene talento para ello.

—Es algo que siempre hemos hecho. No solo yo.

—Es bueno saberlo. ¿Están mis colegas dentro?

—Sí, lo están. ¿No es usted su líder? ¿No sería mejor que llegara usted aquí primero?

—Son capaces; no hay por qué preocuparse.

—Aun así, quizá debería darse más prisa.

—¿Por qué razón?

Merithew suspiró y examinó los árboles, los grandes campos vacíos y las chozas negras dispersas. —El sufrimiento, Frederick. En su oficio, seguro que es algo que le gustaría mantener al mínimo. —Se marchó.

*Ahí va uno de los pocos hombres,* pensó Frederick, *que nunca me ofrecerá su mano, a pesar de todo lo que he hecho aquí.*

Entró en la cabaña, y sus dos colegas se le acercaron desde cada lado de la puerta, como si hubieran estado emboscados. Se fijó en el hombre demacrado y pálido que tenía a su derecha, cuyo labio superior estaba siempre a merced de un nervio que no dejaba de contraerse. Frederick asintió a modo de saludo. —Pastor Alton Banks.

Se encaró con el hombre rechoncho que estaba al otro lado, cuyas sonrosadas y regordetas mejillas y nariz delataban su afición por el vino y las trasnochadas. —Pastor Norman Flagg.

Frederick dirigió su atención hacia un gemido.

Sophia Stevens yacía en la cama, en el centro de la habitación. Tenía las rodillas en alto y dobladas, y las piernas aún separadas. Había toallas ensangrentadas esparcidas por la cama.

Frederick caminó hasta el lado de la cama y le lanzó una mirada compasiva a Sophia. Le apartó el pelo húmedo de la frente pálida con una caricia.

—¿Está bien? —preguntó Sophia—. ¿Puedo verla?

—Está bien —respondió Frederick, contestando a la primera pregunta, pero no a la segunda.

—Ha sido tan rápido..., lo cual es bueno, supongo..., pero apenas he tenido tiempo de verla..., de tocarla. La he oído llorar y he alargado la mano. Quería sentir su piel..., pero entonces se la han llevado. —El torrente de palabras brotó en una caótica mezcla de volumen, tono y ritmo, salpicada de jadeos entrecortados.

Sospechaba que las hierbas que Merithew le había dado habían resultado ser fuertes y que todavía sentía sus efectos con intensidad. Volvió a acariciarle el pelo. —No tiene que preocuparse, Sophia.

—Parecía preciosa..., ¡pero ha sido tan rápido! ¿Es preciosa?

—Sí, lo es. Como le he dicho, no hay nada de lo que preocuparse.

Una expresión de pánico cruzó su rostro pálido y exhausto. Su mente racional, sin duda, pensó Frederick, abriéndose paso entre las lianas medicinales que, hasta entonces, la habían protegido de la lucidez. —¿Quién es usted? —Apartó la cabeza de un respingo de los dedos de Frederick.

Él dejó la mano allí, suspendida en el aire. —Soy el pastor Frederick Deering.

—¿Un pastor?

—Sí. Dirijo la Hermandad Bíblica de Mossbark. Mis colegas aquí detrás, el pastor Norman Flagg y el pastor Alton Banks, dirigen dos de nuestras iglesias.

La rigidez de su expresión se suavizó, sus labios se entreabrieron y respiró hondo. —¿Están aquí para ayudarme?

La mano de Frederick seguía cerca de ella; el calor de su rostro le calentaba la punta de los dedos. Asintió. —Sí. —Giró la cabeza

para asentir a cada uno de sus colegas antes de volver a centrarse en ella—. Le he dicho que no tiene que preocuparse por nada.

Oyó a sus dos pastores acercarse a la cama y vio cómo los ojos de ella se abrían de par en par cuando Norman, tal y como estaba planeado, le agarró los tobillos y le estiró las piernas. —Absolutamente por nada.

Ella soltó un grito ahogado cuando Alton se inclinó y le sujetó los brazos contra la cama.

Frederick le tapó la nariz con los dedos, le tapó la boca con la palma de la mano y se inclinó, usando el peso de su cuerpo para hundirle la cabeza en la almohada. Les había advertido a sus colegas que ella lucharía. No importaría lo débil que estuviera tras el parto; encontraría fuerzas por puro instinto de supervivencia. Así es la naturaleza de todas las bestias.

Inmovilizada por tres hombres, apenas tenía posibilidades, pero sus sacudidas y arqueos eran admirables. Frederick sintió que le perlaba el sudor en la frente y oyó los gruñidos de Norman mientras forcejeaba con las piernas de ella. Le sorprendió lo mucho que estaba tardando. Ver a su hija, aunque solo fuera por un instante, debió de haberla inspirado a hacer algo extraordinario.

Entonces llegó otra sorpresa: las lágrimas de Alton.

Frederick fulminó con la mirada al hombre que lloraba. Intentó establecer contacto visual, pero el pastor, desesperado, negó con la cabeza mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. —¡*Alton*! —siseó Frederick.

No funcionó. Su colega siguió perdiendo el control y entonces hizo lo que Frederick más temía. Soltó las muñecas de Sophia y retrocedió.

Frederick volvió a centrarse en Sophia, presionándole la cara con toda la fuerza que pudo. Ella agitaba los brazos sin control, y él se dio cuenta de que tenía suerte, porque le estaba arañando la chaqueta del traje y quizá no le quedaba mucho tiempo para encontrar la carne expuesta que ansiaba rasgar.

—Lo siento..., lo siento... —masculló Alton desde la esquina de la habitación.

*Lo estarás*, pensó Frederick. *Lo lamentarás mucho...*

Las uñas de Sophia se le clavaron en el cuello, justo debajo de la barbilla, en el lado derecho.

Apretó los dientes para soportar la agonía. «Seguro que ya casi está. ¿Verdad que sí?», pensó.

Ella arrastró los dedos, llenándose las uñas de su carne, y a él le aterraba pensar en el estado en que quedaría después de aquello.

Cerró los ojos con fuerza, reprimió el dolor del cuello y presionó con toda la fuerza que le quedaba una última vez.

Sus manos se desplomaron.

Continuó aplicando presión unos instantes más, asegurándose de que todo hubiera acabado, antes de apartarse de la cama, sudando y recuperando el aliento. Observó a Alton en la esquina, encorvado, abrazándose las rodillas, repitiendo: «Lo siento...».

---

***Principios de 1800***

AMELIA LE DIO su caballo a Emma para que ella y su marido, cabalgando en paralelo, pudieran perseguir al peculiar hombre que podría haberse llevado a su hijo.

Los cascos repiqueteaban y retumbaban contra la piedra. A pesar de que era algo extraño de sentir en un momento tan aterrador, Emma sintió alivio por haber mandado herrar de nuevo el caballo de su marido el día anterior; habían descuidado a la yegua demasiado tiempo y últimamente se tambaleaba al caminar.

Aquella noche, sin embargo, el caballo de su marido, y el de Amelia, se movían como el viento. Aunque era una noche bastante cálida, la corriente de aire heló a Emma, sobre todo la cara, que tenía húmeda por las lágrimas.

Al final de Main Street, llegaron a un camino de tierra que se bifurcaba. Se detuvieron.

—Joder..., joder —decía Devin una y otra vez.

Sintió una opresión fría y tensa en el pecho. Habían perdido a Miles Libby. Soltó las riendas y se llevó una mano a la boca para ahogar un grito ahogado. Se volvió hacia su marido y apartó la

mano de la boca a la fuerza. —Devin, ¿y si Hamlin sigue en casa de Miles? ¿Y si está herido? ¿Y si nos necesita?

—*No* —dijo Devin sin mirarla. Escrutaba el paisaje con los ojos entornados; una tarea difícil, sin duda, con tan poca luz—. Tiene a nuestro hijo. Lo ha metido en un maldito saco.

Esta vez, Emma no pudo reprimir un grito ahogado, pero cuando se le escapó, fue poco más que un gemido.

—*¡Ahí!* —señaló Devin hacia la ladera al otro lado del campo—. ¿Ves?

Ella miró.

—Está demasiado oscuro...

—No, algo se mueve. Está subiendo la colina a caballo. Quédate aquí y busca ayuda. —Espoleó a su caballo y salió disparado por el oscuro sendero hacia el campo.

Emma se volvió y miró hacia Main Street. Seguro que Amelia ya estaría dando la voz de alarma, aunque no tenía ni idea de que el monstruo se estaba llevando a su hijo colina arriba, en el centro del pueblo. Devin había tomado una decisión sensata. Debía volver ahora y decirles a todos adónde se dirigía Miles, solo que...

Volvió a mirar en la dirección por la que se había marchado Devin. Ya había desaparecido en la oscuridad. Su hijo era vulnerable y, en una situación así, necesitaría a su madre. Espoleó al caballo de Amelia y azuzó a la bestia hacia la colina.

---

No vio ni a su marido ni al secuestrador de su hijo en el trayecto de subida a la colina. Desesperada, siguió adelante, rezando por encontrarlos. Tras llegar a la cima, se adentró en el bosque, lo que la obligó a reducir la marcha del caballo de Amelia. La bóveda de árboles era densa en esa época del año y en el bosque estaba más oscuro que fuera. Contuvo las lágrimas, pues quería mantener el oído atento a lo que la rodeaba. Al final, reprimir la emoción dio sus frutos y oyó los gritos de su marido más adelante.

Siguió los gritos de su marido hasta un pequeño claro en el bosque. Ya veía que la luz de la luna, aunque escasa, había encontrado una entrada al claro. Se deslizó del caballo, lo ató a un árbol, avanzó sigilosamente y se asomó.

Miles Libby estaba de rodillas. Devin se inclinaba sobre él con la boca del rifle a centímetros de la frente de Miles mientras gritaba:

—¡Abra el saco, maldito animal!

Miles no respondió.

—Entonces haré lo que tenga que hacer y lo abriré yo mismo.

Emma se fijó en un caballo que estaba a apenas un metro de Miles. Un saco colgaba de la parte trasera del ante. Incluso a esa distancia y con esa luz, pudo ver que estaba cubierto de sangre.

También se retorcía.

Gritó a pleno pulmón:

—*¡Hamlin!*

Salió de detrás del árbol y se adentró en el claro, tropezando con una rama suelta, pero consiguió no caerse. Se encontró con la mirada desorbitada de su marido.

—¡Emma! ¡Te dije que te quedaras!

—Hamlin —repitió ella, avanzando a trompicones, y agarró el saco ensangrentado.

—*¡No!* —gritó Miles, volviéndose. Su voz sonaba inhumana.

Emma se apartó bruscamente del saco, boqueando y agarrándose el pecho, no por la advertencia de Miles, sino por lo que había *sentido* en aquella tela caliente y pegajosa. Bultos. Bultos grandes que se retorcían. —¿Qué hay ahí dentro? ¡Dígamelo!

El saco palpitaba; los bultos se hinchaban y se deslizaban arriba y abajo por la tela.

—Es un ladrón. —La voz de Miles sonaba lejana, como si fuera el eco de otro mundo mucho más oscuro.

—¡Embustero! —siseó Emma—. ¡Maldito embustero! ¿Qué le ha hecho a mi hijo?

—Un ladrón —dijo Miles—. Todo el mundo lo sabe.

Miles giró la cabeza para mirar a Devin.

—Usted lo sabe, ¿verdad, papá?

Devin apretó el gatillo. El rifle relampagueó, un fuerte estallido estranguló el silencio del bosque y la mitad superior de la cabeza de Miles saltó por los aires.

Emma sintió la sangre caliente del monstruo en los ojos y se los frotó, pero eso empeoró su visión, porque ya tenía las manos cubiertas de la sangre del saco. Optó, en cambio, por frotarse los ojos con la manga y al final consiguió ver. Vio a Devin de pie junto al cadáver de Miles, recargando su largo rifle.

—¡Hamlin! —Se abalanzó de nuevo sobre el saco. Tiró con fuerza y este se soltó de la silla y cayó al suelo con un golpe sordo.

El saco palpitaba con tanta fuerza que se preguntó si podría empezar a huir de ella. Lo que fuera que había allí dentro no era humano... o, al menos, lo que fuera que había allí dentro *con* Hamlin no lo era.

Cayó de rodillas y empezó a desatar la cuerda anudada que cerraba el saco.

—¡No, Emma, *espera*!

Pero ella no esperó, y sus manos ágiles y desesperadas trabajaron con rapidez. Cuando lo abrió y las criaturas peludas empezaron a derramarse, se apartó como un cangrejo, pero las ratas eran rápidas y vinieron en su dirección. Gritó, esperando que las bestias, con su pelaje apelmazado de sangre, empezaran a devorarla, pero el torrente de ratas se dividió al llegar a sus piernas y corrió a su lado para alejarse, claramente saciadas con lo que fuera que hubieran estado en el saco.

—No, Hamlin... *¡no!*

Uno de los pequeños monstruos se detuvo a sus pies y la observó. Sus cuartos traseros se contrajeron, todo su cuerpo se tensó y se estremeció.

Intentó darle una patada, pero falló.

Saltó sobre ella y le clavó sus afilados incisivos en la rodilla.

Gritó a la bestia voraz que se retorcía de placer. Con la espalda arqueada, agarró a la bestia peluda y se la arrancó de la rodilla. Vio cómo un trozo de piel se estiraba entre la rata y su pierna; cuando al fin se rompió, lanzó al roedor tan lejos como pudo.

Oyó a Devin gritar a sus espaldas. Se giró a tiempo de ver a uno de aquellos viles cabrones trepándole por la pierna.

Tras soltar el rifle, intentó quitarse la criatura de encima a manotazos, pero era fuerte. Soltó un alarido cuando la rata le mordió profundamente la ingle a través de los calzones largos. La sangre floreció sobre el algodón blanco. Golpeó a la rata hasta que esta perdió el agarre y quedó simplemente colgando de Devin, aferrada con fuerza con los dientes.

—¡Ayúdame!

A cuatro patas, Emma se arrastró lo bastante cerca de Devin como para arrancarle la rata de encima. Oyó cómo se desgarraba la carne de su marido. Sosteniendo al animal, que se retorcía, por el pescuezo, se levantó con dificultad y arremetió hasta llegar a un árbol. Estrelló a la bestia contra la corteza con toda la fuerza que pudo. Seguía resistiéndose. La estrelló de nuevo... y otra vez.

Finalmente, se deshizo del roedor destrozado, que aún se convulsionaba, y se encaró con Devin.

Devin se mecía de un lado a otro en el suelo, pálido y boqueando. —Estoy sangrando mucho. —No se equivocaba. La sangre le empapaba la ingle y la parte superior de las piernas.

Luchando contra la rigidez y la agonía de su rótula maltrecha, fue cojeando hasta el saco. Un leve movimiento abultó la tela, pero no tanto como antes. Agarró el fondo del saco, tiró de él y sacudió el contenido.

Lo que quedaba de su hijo se desparramó por el suelo.

Dos ratas seguían alimentándose de él, así que se abalanzó sobre ellas. La primera, que se abría paso hacia el cráneo de su niño a través de la mejilla, salió con facilidad. La arrojó con todas sus fuerzas. La segunda rata le costó mucho más esfuerzo y, cuando por fin consiguió arrancarla, tenía un trozo del globo ocular de su hijo entre los dientes. Lanzó a esta bestia tras la otra. Cayó de rodillas, cogió a su hijo muerto y se lo acercó al pecho. Casi no le quedaba cara, así que dejó que su cabeza cayera para besarle el pelo húmedo y apelmazado de la coronilla. —Hamlin, mi niño... Lo siento.

Le pasó las manos por el cuerpo inmóvil mientras lo abrazaba. Sintió la ropa desgarrada, la carne caliente y desgarrada, y el hueso

expuesto. Lo depositó en el suelo y, sin poder volver a mirar sus restos, se apartó mientras se ponía de pie.

Helada, entumecida y temblando, se acercó arrastrando los pies a su marido, que boqueaba con gran dificultad. Le cogió el rifle.

—Necesito ayuda. —Su voz era débil, y su rostro estaba casi blanco.

—¿Era verdad lo que dijo? ¿Nuestro hijo era un ladrón?

—Emma... por favor... Me estoy muriendo...

—Responde a la pregunta, Devin.

Él gruñó, hizo una mueca de dolor y consiguió articular una respuesta. —Me enteré hace un par de días... Alguien de la mina... me lo dijo.

Ella entrecerró los ojos. —¿Y qué hiciste al respecto?

—*Iba* a hablar con él.

—¿Pero no lo hiciste?

—No lo vi... Tenía turnos diferentes.

—Anoche saliste a beber. Él estaba en casa.

—Sí... sí... lo sé... Lo siento... Ayúdame *ahora*, Emma.

—Eres su padre. Deberías haber sacado tiempo para él.

—Por favor, Emma, voy a morir...

—Contaba contigo para que lo guiaras. Deberías haberle enseñado el camino.

—Lo intenté...

Le disparó en el pecho. —No, no lo hiciste. Nunca lo hiciste.

---

**AHORA**

EL PASTOR FREDERICK DEERING estaba sentado al borde de la cama donde habían tendido a Sophia Stevens. Tenía la cabeza entre las manos y había ordenado a los otros pastores de la vivienda que guardaran silencio mientras pensaba. Su problema era bastante fácil de identificar; la solución, en cambio, era cualquier cosa menos sencilla.

Levantó la vista y fulminó al problema con la mirada. El pastor Alton Banks retrocedió tambaleándose bajo la fuerza de la misma, y luego se estabilizó apoyándose en una urna de plástico de metro y medio de altura; una presentación macabra que siempre le revolvía el estómago a Frederick y que, en realidad, debería ser retirada.

Sintió la mano de Norman en su hombro. —¿Está usted bien, Frederick?

Levantó la vista hacia el pastor, rollizo y de mejillas sonrosadas. —Me gustaría que se marchara, Norman.

—Sí. ¿Quiere que espere fuera?

—No, me gustaría que fuera a Lewis. Me gustaría que pasara la tarde visitando a los miembros de su congregación. —Desvió su mirada de Alton a Norman—. Es una de las cosas que hacemos *después*. —Señaló el cuerpo en la cama detrás de él con un gesto de la cabeza—. Así es como recuperamos el equilibrio.

—Por supuesto, Frederick. Sabe que no tiene que explicarlo.

—Sí, lo siento, Norman, pero... —Observó a Alton junto a la espantosa urna—. Debe perdonar mi ligero titubeo de confianza.

—Sí —dijo Norman.

—Lewis lo reclama ahora, Norman. Pero usted, *Alton,* se quedará conmigo un rato.

Pálido, Alton asintió.

Después de que Norman se fuera, Frederick se levantó de la cama.

Alton se encogió al verlo acercarse.

A pesar de lo que le había dicho su director en el colegio, Frederick creía sinceramente que su invasión del espacio personal siempre era bienvenida y recibida con la misma calidez que él mismo se esmeraba en irradiar. La extraña reacción de Alton a su presencia era algo que nunca había experimentado.

—Deje de acobardarse, hombre. —Frederick se tocó el arañazo del cuello y luego se examinó la sangre de las yemas de los dedos.

—Lo siento —dijo Alton, aunque seguía encorvado y temblando.

—Lo elegí a usted, Alton, por su fortaleza.

—Perdóneme, Frederick. No sé por qué me ha abandonado.

—¿De verdad, Alton? ¿Lo ha *abandonado*?

Alton miró a Frederick por un momento, claramente reuniendo el valor para mentir, pero, al no conseguirlo, simplemente asintió.

—Mire la urna que tiene detrás —dijo Frederick.

Alton se giró.

—¿Acaso esos huesos de un niño muerto hace mucho tiempo no le recuerdan por qué hacemos esto?

De nuevo, Alton asintió.

Frederick también recorrió con la mirada el esqueleto amarillento expuesto en la urna de plástico.

—¿Es que se le *olvida* todo? ¿Todo lo que queríamos? ¿Todo lo que construimos?

—No... Es que no duermo bien... Estaba...

—Míreme.

Alton se giró.

—No más excusas, Alton. Somos cercanos, usted y yo, siempre lo hemos sido y, a pesar de lo de hoy, siempre lo seremos.

—Sí.

—Así que le debo la oportunidad que estoy a punto de ofrecerle.

Alton seguía temblando.

—Se lo preguntaré solo una vez, Alton, y después seguiremos adelante, de un modo u otro. ¿Quiere abandonar la hermandad?

Alton se mordió el labio inferior, con la mirada yendo de un lado a otro.

Le puso una mano en el hombro a Alton. —Dígame, viejo amigo. Dígame con sinceridad lo que quiere, y yo lo apoyaré. ¿Ha cambiado de opinión? ¿Le gustaría apartarse del camino que hemos empezado a recorrer?

Otra mordida en el labio, otra mirada de un lado a otro, y después un asentimiento tembloroso. —Sí... Lo siento, Frederick..., pero sí.

Frederick abrazó a Alton. Atrajo su cabeza hacia su hombro derecho y le acarició el pelo. —Gracias por haber sido sincero conmigo, Alton. Por eso, puede marcharse con mi bendición.

—Gracias, Frederick. Muchas gracias.

Mientras Frederick acariciaba el pelo de su expastor, miró el esqueleto y pensó: *¿De verdad es cierto cómo moriste? Bueno, que*

*sepas esto, Hamlin, la forma en que te llevaron aquel día fue espantosa, pero no será en vano. Pusiste en marcha acontecimientos que han conducido a este día, a este momento: un momento de grandes cambios.* Besó a Alton en la cabeza. *Pero antes hay que hacer algunos sacrificios más.*

---

**Mediados del siglo XIX**

Althea metió la mano en la vitrina abierta de metro y medio y acarició los huesos de los dedos que quedaban en la mano izquierda del muchacho. Recorrió con las yemas de los dedos el brazo frío antes de acariciarle el pómulo. Althea recordó los últimos momentos de Emma Smith y de este chico, el chico que Emma había adorado *tanto*: Hamlin. Un momento de gran dolor, pero un momento *necesario*. Un momento que había traído el cambio y una era de tranquilidad.

Althea se apartó de los huesos de su nacimiento y se enjugó una única lágrima. Solo se permitió una. Una sola lágrima, una vez al año, en el momento exacto, al minuto exacto, en que el cuerpo de Hamlin Smith había sido descubierto en aquel claro.

Y ahora que había derramado una lágrima, Althea cerró la vitrina de su hijo de otra vida, se miró el dorso de sus propias manos nudosas con asombro y satisfacción, y alargó el brazo para coger su bastón. Puede que los años no hubieran sido amables con ella físicamente, pero habían sido generosos emocional y espiritualmente, y por eso una sola lágrima y un instante de reflexión sobre una época podrida y oscura era todo lo que se concedería.

Le dio la espalda a la vitrina y, mientras cojeaba hacia la puerta principal de la vivienda, observó la jaula en el suelo. Había saciado a sus mascotas antes de presentar sus respetos a Emma Smith y a su hijo, así que se movían tranquilas, acariciándose unas a otras con sus largas colas y patas.

Luego, salió de su vivienda.

Fuera, la gente de Althea estaba reunida. Una docena de personas permanecían de pie con orgullo y ninguna miraba a su líder desde una posición arrodillada, como exigían muchos otros líderes en el mundo podrido y oscuro. A lo lejos, oyó las risas de unos niños pequeños que jugaban.

Dorinda dio un paso al frente y le puso una mano en el brazo a Althea. —Hemos guardado un minuto de silencio, como pediste.

Althea dio un paso atrás y se aclaró la garganta. Ya era vieja, así que sabía que le costaría alzar la voz para su creciente número de seguidores, pero lo intentó de todos modos. —Gracias a todos por ese único minuto. Pero el minuto ha pasado y la lágrima ha sido derramada. Ahí es donde nos detenemos. Si continuamos demasiado por el camino del sentimentalismo, corremos el peligro de volvernos como el mundo oscuro y podrido que hemos dejado atrás: uno lleno de religión, control y dolor. En nuestra tierra, solo hay una cosa en la que creer. —Se llevó el puño al corazón y su gente hizo lo mismo.

Juntos, corearon: —Nosotros. El corazón. El Núcleo.

# Y No Quedó Ninguno

Mientras tomaba un sorbo de infusión de frutas, Lynna intentó mantener el pulso. Un par de gotas salpicaron la mesa de roble. Se tragó el líquido con sabor a arándanos y suspiró. El temblor no se debía al miedo, sino a la vejez. En sus años mozos, había sido capaz de abatir un ciervo con una lanza desde una distancia mayor que cualquiera de sus coetáneos y se había ganado el apodo de Lynna la Certera. Ahora le costaría hasta levantar aquella lanza.

Se quedó mirando la maceta que había en el centro de la mesa de roble, un regalo de su nueva líder, Celestia. La semana anterior, no eran más que brotes verdes. Esa semana, había empezado a florecer; a florecer como en su día lo hizo el Núcleo. Eso fue antes, claro. Antes de que el padre de Celestia, el difunto líder del Núcleo, sembrara sus semillas cancerígenas.

Lynna alternó la mirada entre los dos rostros marchitos que la acompañaban en la mesa de roble: Jerusha y Pamelia. Ahora solo quedaban tres. Antes del Gran Día de la Quema, habían sido cinco, pero la mayor, Gillie, había perecido en la iglesia en llamas y Emmer había sucumbido a un infarto apenas unos días después.

Quedaban tres.

*Solo* tres*.*

Un número tan, tan pequeño.

—Pero suficientes —dijo Lynna— para hacer lo que debemos hacer.

Lynna esperó. No hubo respuesta. Esperó un poco más. Seguía sin haberla.

Pamelia rascaba algo sobre la mesa de roble con una uña larga.

Jerusha miraba su taza mientras removía la infusión de frutas una y otra vez.

Lynna sopesó la idea de dar un puñetazo en la mesa para forzarlos a estar de acuerdo. Pero ese era un comportamiento de otros tiempos. Ahora era más vieja y frágil. Así que, en su lugar, tosió débilmente y dijo: —Entonces, votemos, y votemos ahora.

*Rascando...*

—Como votamos el destino de Merithew.

*Removiendo...*

—Simplemente, levanten la mano si...

—La última vez que votamos, éramos cinco. —Pamelia retiró la uña del roble.

—Y los cinco votamos lo mismo —dijo Lynna—. Puede seguir siendo así. Podemos votar todos lo mismo.

—Aun así —dijo Jerusha, apartando su taza mientras miraba a Lynna por el rabillo del ojo—, cinco manos la última vez nos dieron la firme seguridad de que nuestra decisión era la correcta.

—Algunos aún dirían que fue la decisión equivocada. —Pamelia levantó la vista de la marca que la había estado molestando en la mesa.

—Fue la decisión *correcta*. —Lynna volvió a resistir la tentación de golpear la mesa—. Merithew era un mal líder. Su trato a las mujeres era aberrante. La propia Althea habría autorizado su ejecución, *a pesar de* que era su descendiente directo. Griffin, con todos sus defectos, habría sido un buen líder de transición para resucitar las viejas costumbres. Si no fuera por ese vil forastero, Frank Yorke, nuestra decisión habría sido la acertada. —Entrecerró los ojos—. El vil forastero, debo añadir, que Celestia aún mantiene en nuestras tierras como una especie de guardaespaldas...

Jerusha tosió, pero no adrede. Era simplemente una de las señales del deterioro de su cuerpo de noventa años. Cuando el ataque de tos remitió, se disculpó y dijo: —No hace falta que volvamos a tener esta conversación. —Hizo una pausa para

recuperar el aliento—. Creo que todos podemos estar de acuerdo en que, si no fuera por la mano torcida del destino y las maliciosas injerencias de ese forastero, Frank Yorke, Griffin habría justificado *aquella* votación.

—Y todos estamos de acuerdo —continuó Lynna— en que, a pesar de que Celestia ha recuperado la igualdad entre sexos que Althea exigía, no está capacitada para liderar. Está demasiado corrompida por influencias externas. ¡Sus atroces medios de comunicación y sus películas podridas la han influenciado, al igual que ese vil forastero, Yorke! ¡Ese programa educativo traído de Mossbark! ¿Pero en serio? ¡Sería como derribar nuestras fronteras y anexionarnos a su pueblo! En fin, como ha dicho Jerusha, nos estamos repitiendo. Sabemos lo que le espera al Núcleo. Mossbark sabe que ahora somos pocos, que somos presa fácil. Una líder altruista como Celestia, sencillamente, no servirá. Caeremos muy deprisa. Al retrasar esta votación, aunque sea un minuto, estamos perdiendo un tiempo muy valioso. ¿Procedemos?

Pamelia suspiró. —Pero somos tan pocos en esta habitación... Althea siempre exigía que votáramos siendo cinco. Estoy bloqueada con esto...

—Pero no tiene usted sentido. ¿Tres manos aquí le darían las mismas garantías? —Lynna enarcó una ceja—. Después de todo, tres manos habrían bastado para ganar una votación de cinco personas, ¿no es así?

Pamelia y Jerusha asintieron. La lógica era razonable. Solo actuarían con una decisión completamente unánime. Tres votos.

—¿Listos? —preguntó Lynna.

—Sí —respondieron ambos.

—Levanten la mano si están de acuerdo en que Celestia debe ser destituida como líder. Y, para que quede claro, la destitución de un líder requiere su ejecución. —Levantó la mano. Pese a su entusiasmo, le habría gustado estirar el brazo por completo, como una niña aplicada en clase, pero su codo artrítico le restó ímpetu a su fervor.

Pamelia y Jerusha se miraron. Ninguno de los dos se movió.

Sintiendo una opresión en el pecho, Lynna paseó la mirada entre los dos ancianos. No se había esperado esa vacilación. En todas las conversaciones, habían estado tan convencidos como ella. Y, sin embargo, ahí estaban, como dos pistoleros, desafiándose con la mirada, sin revelar quién desenfundaría primero.

—Solo puedo presentar la moción una vez más...

Unos fuertes golpes sonaron en la puerta de la cabaña.

Lynna giró la cabeza hacia la puerta con los ojos furiosos. —¡Hay una reunión del consejo en curso! —Le sorprendió lo fuerte que había sonado su voz. Si lo que estaba en juego no fuera tan importante, podría haber esbozado una sonrisa por la fuerza que aún conservaban sus cuerdas vocales. Además, ¡había funcionado! No hubo un segundo golpe. Volvió a centrarse en sus indecisos pistoleros—. Levanten la mano si están de acuerdo en que Celestia debe ser destituida como líder.

Era evidente que los golpes en la puerta habían espoleado a Jerusha. Levantó una mano. Lynna observó, con cierta envidia, la flexibilidad que aún conservaba en el codo.

Ahora todas las miradas estaban puestas en Pamelia. Había reanudado su tarea de rascar sabe Dios qué en la mesa.

*Vamos, vamos...*

Eran tres o nada...

Un segundo golpe, *más fuerte*, sonó en la puerta.

Lynna no pudo contenerse más. Golpeó la mesa con el puño con la fuerza suficiente para que la maceta del centro diera un pequeño salto. Sorprendentemente, no sintió dolor alguno, pero sabía que probablemente lo pagaría más tarde. Consideró levantarse y reprender a la persona impaciente que llamaba, pero sabía que, para cuando llegara cojeando hasta la puerta, la presión sobre Pamelia para emitir el voto decisivo se habría desvanecido. —No le haga caso. —Lynna miró fijamente a Pamelia, que seguía rascando la mesa—. Pamelia, es ahora o...

Otro golpe. El más insistente de los tres.

Lynna mantuvo los ojos fijos en Pamelia, deseando que dejara de rascar con la uña y levantara la mano...

Y entonces ocurrió. El rasquido cesó y el brazo de Pamelia inició un lento ascenso.

Lynna sintió deseos de gritar de alegría; sin embargo, se contuvo. Sería un comportamiento indigno. —Cuento tres votos...

La puerta se abrió.

Lynna sintió una frustración tal en sus viejos huesos que se puso en pie. Clavó la vista en la puerta principal, dispuesta a retroceder en el tiempo y desatar su furia sobre el intruso.

Nadie entró.

Lynna observó a los otros dos ancianos, que miraban el umbral vacío; Pamelia tuvo que darse la vuelta en su silla para poder hacerlo.

—¿Quién anda ahí? —dijo Lynna—. ¿Por qué nos molesta?

—Soy el tema de su conversación. —Celestia entró en la cabaña.

Lynna y Jerusha intercambiaron una mirada de asombro.

Celestia cerró la puerta tras de sí y se acercó al extremo de la mesa de roble. —Continúen. Por favor. No dejen que interrumpa estas deliberaciones.

—Celestia —dijo Lynna—, su presencia aquí es inapropiada. El consejo delibera y le informa a usted, su líder, fuera de esta cámara.

—¿Mi presencia aquí es inapropiada, entonces? —preguntó Celestia.

—Sí, con el debido respeto, Celestia, lo es —dijo Lynna—. Pensé que conocería nuestras costumbres gracias a Merithew.

—¿Mi padre, Merithew? —Tocó la larga mesa de roble—. ¿El hombre que construyó esta misma mesa de roble para que ustedes deliberaran a su alrededor por el bien del Núcleo?

Lynna asintió. —Sí, Celestia. Siempre velamos por los intereses del Núcleo.

—Supongo que esta es la mesa donde deliberaron sobre su muerte.

Lynna llevaba ya un minuto de pie, así que le dolía la espalda y su postura empeoraba. Apoyó una mano en la mesa para estabilizarse. —No sé qué cree que sabe, Celestia, pero las conversaciones en esta cabaña son confidenciales hasta que informamos a...

—¿*Confidenciales*?

—Sí. Así son nuestras costumbres.

—Siempre ha sido tan protectora de sus costumbres, ¿verdad?

—*Nuestras* costumbres —dijo Jerusha, mirando su taza.

—*Sus* costumbres —replicó Celestia.

—Sus modales no servirán aquí —dijo Lynna—. Mírese. Arreglada como uno de esos payasos del mundo exterior.

—Todavía no he visto a ningún payaso con delineador y pintalabios negros. Una bruja, tal vez, pero no un payaso.

—Bruja, payaso..., da igual —dijo Lynna—. Esas no son nuestras costumbres. Piense en Althea.

—Althea fue hace mucho, mucho tiempo.

—El paso del tiempo es insignificante en el gran orden de las cosas —dijo Jerusha, levantando por fin la vista hacia ella.

—Cierto. El tiempo es ciertamente insignificante si no aprendemos de él —afirmó Celestia.

—Y ahora suena igual que su padre. —Lynna hizo una mueca por el dolor de espalda y se dejó caer en la silla.

—En realidad —dijo Celestia—, no me parezco en nada a Merithew. Verá, Merithew buscó fuera la solución a los problemas de aquí. Yo, en cambio, he mirado dentro.

—¿Ah, sí? —dijo Lynna—. ¡Ilústrenos sobre dónde está ese problema!

—Aquí. —Hizo una pausa—. En esta sala.

Lynna sonrió. —No tiene ni idea.

Celestia asintió hacia la maceta. —¿Le ha gustado su regalo? Combina bien con la mesa que mi padre traicionado les construyó.

—Ya le expresamos nuestro agradecimiento por ello.

Celestia se colocó el pelo detrás de la oreja y señaló su auricular negro.

—¿Qué es eso? —preguntó Lynna.

—Me ha permitido asistir a la reunión con ustedes. Sé que no aprobaría el uso de una tecnología tan moderna, pero no queremos quedarnos atrás.

—No lo entiendo —dijo Lynna. Y seguía sin entenderlo, en realidad.

Jerusha suspiró. —Ha puesto un micrófono en la maceta.

—Quizá si no vivieran todavía en el siglo XVIII, habrían considerado tales posibilidades, ¿habrían sido un poco más cautelosos, tal vez?

—¿Qué quiere, Celestia? —preguntó Lynna.

—Liderar. Sin sus interferencias si así lo decido. Es mi derecho de nacimiento.

—Su padre renunció al derecho de nacimiento de usted cuando traicionó nuestros valores.

—Y estoy aquí para reclamárselo a ustedes.

—¿Creía que había oído la conversación? —Jerusha curvó el labio superior—. No va a reclamar nada.

—¿Ah, no? —Celestia metió la mano en su chaqueta de cuero—. No sabía que se hubiera emitido el voto decisivo. —Sacó una pistola —. Sé que usted ha votado por mi ejecución, Lynna, y usted también, Jerusha. Pero no sabía que Pamelia ya hubiera emitido su voto. Quizá ella entre en razón. Quizá ella les convenza del error que cometen. Quizá —levantó el arma— no necesite esto después de todo.

Lynna abrió la boca para hablar, pero no le salió nada. Un silencio atónito envolvió la sala, y Lynna se dio cuenta de que ella era el centro de todo. Vio el rostro pálido de Jerusha y comprendió que sería de poca ayuda. Dirigió sus ojos nerviosos hacia Pamelia, que parecía bastante imperturbable, teniendo en cuenta que ya estarían muertas si Celestia hubiese visto su mano en el aire.

—Así que, vamos a recrear la escena. —Celestia apuntó con la pistola a Jerusha—. La mano en el aire.

Jerusha obedeció.

—Y usted, Lynna.

Lynna levantó su brazo torcido.

—Más alto.

—Hasta aquí llega, mocosa. Respeto a sus mayores.

—Como ustedes respetan a sus líderes, ¿eh?

Celestia apuntó a Pamelia. —Y bien, Pamelia, ¿qué va a ser?

Pamelia no pareció inmutarse por la amenaza. Mantuvo la mirada en la marca que había mantenido ocupada su uña. —Gillie murió en

el Gran Día de la Quema.

—Lo sé —dijo Celestia—. Y me duele. La quería...

—No, niña. No la querías. Al menos, no como la quería yo. Fuimos amantes casi toda nuestra vida.

Lynna oyó a Jerusha enderezarse en su silla. Seguramente estaría sorprendido por esta revelación. Ella misma lo había sospechado, pero nunca había buscado confirmación alguna. Nadie en el Núcleo habría visto con malos ojos las relaciones entre personas del mismo sexo, pero que dos ancianas del consejo mantuvieran una aventura podría haber hecho que más de uno arquease las cejas. —Esto se está volviendo bastante incómodo. Celestia, sugiero que nos tomemos un tiempo para calmar los ánimos...

—No —dijo Pamelia—. Celestia ha venido aquí en busca de la verdad, y la encontrará.

Lynna negó con la cabeza. *No haga ninguna tontería ahora, Pamelia. Celestia es un animal acorralado...*

—La verdad, Celestia, es que dudé a la hora de emitir mi voto, porque Gillie creía en usted. La quería. Pero flaqueé, y antes de que usted entrara en esta sala, empecé a levantar la mano.

*No, no, ¿qué está haciendo, Pamelia?*

—¿Por qué? —Celestia apuntó con el arma primero a Lynna y luego a Jerusha—. ¿La presionaron estos dos monstruos?

Pamelia negó con la cabeza y desvió la mirada de la marca en la mesa a Celestia. —No, no lo hicieron. No podía aceptar que usted hubiera traído a un forastero a nuestro mundo. Eso fue lo que hizo su padre. Mire lo que pasó. E incluso así, seguía llena de dudas. Pero ya no me queda ninguna, Celestia. ¡Nos ha puesto micrófonos y ha traído una pistola a la sala del consejo! Es usted tan venenosa como su padre. —Levantó la mano—. Así que emito mi voto.

Lynna bajó la suya. —No...

La cabeza de Jerusha dio una sacudida hacia un lado. La herida de salida de la bala llenó de sangre los ojos de Lynna.

Incapaz de ver, oyó un segundo disparo mientras se frotaba los ojos. Luego vino el golpe sordo de alguien al caer al suelo. *Pamelia.*

Las lágrimas que se formaron en los ojos de Lynna le ayudaron a aclarar la vista. Celestia, en ese momento una silueta borrosa, permanecía en la misma posición a la cabecera de la mesa. —Todo lo que hicimos fue por el Núcleo.

—Eso también decía mi padre —dijo Celestia—. Y, en cierto modo, ahora lo entiendo a él y la entiendo a usted también.

La visión de Lynna se aclaró y la imagen de Celestia se volvió más nítida, al igual que la pistola en su mano, que la apuntaba directamente. Tragó saliva. —Mi consejo es que nunca se lo tome como algo personal.

—No lo hago.

Lynna oyó el disparo y después no sintió nada más.

# En Compañía De Lobos

Celestia puso la pistola sobre la mesa, delante de Jake.

Jake apartó las gachas y posó su gran mano sobre el arma. —Lo he oído. Pensé, *esperaba*, que habían sido cazadores.

—*El Padrino II*.

—Ahora no, Celestia...

—El hermano de Michael lo traicionó, ¿recuerdas? Hizo lo que tenía que hacer.

—Es *solo* una película. ¿Qué has hecho, Celestia?

Ella se lo contó.

—Joder —dijo él, apartando la mano de la pistola. Cerró los ojos y sintió que el mundo le daba vueltas. Celestia, inocente y buena, uno de los pocos destellos de luz en el oscuro mundo por el que él deambulaba.

Ahora era una asesina.

Como él.

Abrió los ojos. —Esto es culpa mía.

Ella arrojó el auricular a las gachas.

—Me estaba comiendo eso.

—Iban a matarme. ¿Qué otra opción tenía?

—¿Venir a contármelo?

—¿Para que pudieras encargarte de la niñita?

Jake negó con la cabeza. —¿No es esa la razón por la que sigo aquí? ¿Para cuidar de ti?

—No. Te quedaste para curarte.

Señaló el lugar donde antes colgaba el lóbulo de su oreja. —Estoy curado. Esto no va a volver a crecer.

—Una pena —se burló ella—. Estabas más guapo con él.

—Y tú estabas más guapa cuando no eras una psicópata. —Puso los ojos en blanco y suspiró. Bajó la vista hacia la pistola. Ella empezaba a afianzar su independencia de formas que no lo horrorizaban —había visto demasiado para eso—, sino que más bien lo decepcionaban. Él quería que ella creciera para ser todo lo que él no era, y ahora se estaba comportando exactamente como él lo había hecho durante tantos años.

—Lo hecho, hecho está —dijo ella.

—Sí. ¿Necesitas que limpie este estropicio? ¿Que sea tu Winston Wolfe?

—No. *Pulp Fiction* es *solo* una película —se mofó—. Quiero que todo el mundo vea lo que he hecho. He convocado a mi gente en la plaza.

Jake se puso en pie. —¿Y cómo crees que van a reaccionar? Se suponía que ibas a traer de vuelta los buenos tiempos al Núcleo, no más violencia y muerte.

—Tenía que pulsar el botón de reinicio.

—¡Lo has acribillado a balazos! ¡Y eso rara vez reinicia nada!

—Eran ellos o yo, lo sabes. Cuando te calmes, te darás cuenta...

—Habría encontrado una manera.

—Habría sido exactamente la misma.

Él se inmutó. No tenía sentido discutir. Probablemente tenía razón. —Entonces, ¿por qué sigo aquí? ¿Si no es para ser útil o para curarme?

Celestia desvió la mirada. —Me caes bien.

Jake asintió. —La verdad es que me alegro de caerle bien a alguien. Siempre he andado bastante escaso en ese aspecto, pero aun así no es una razón para quedarme en un lugar que detesto.

—Detestas lo que era el Núcleo, no lo que puede llegar a ser.

—No es verdad. Una secta es una secta.

Ella arrugó la cara.

—Si te quedas, allá tú con tu funeral. —Jake se levantó—. Yo me marcharé dentro de poco.

Celestia se encogió de hombros y le dio la espalda.

—Después de asegurarme de que todo está bien aquí —dijo él—. Porque, para mi desgracia, tú también me caes bien.

# I Love New York

La vida del sheriff Gordon Kane era como la taza con el lema «I love New York» que sostenía en la mano, pegada con superpegamento: marcada con profundas grietas negras, pero que se mantenía de una pieza. A duras penas. Alzó la taza y miró la base. Ni una gota de líquido se abría paso por las fisuras. Añadió una buena dosis de güisqui al café.

Dirigió la mirada entre las pilas de platos sucios y la basura que se desbordaba del cubo. Sintió el impulso de limpiar, pero dos sorbos ardientes de café con alcohol acabaron con él. Esta vez llenó la taza de güisqui solo y salió de la cocina.

Una oleada de irritación amenazó su agradable aturdimiento cuando pasó de largo por el dormitorio y vio a Susan todavía descansando. Luego se dirigió a su despacho y se acercó a la pared para contemplar el Núcleo en todo su esplendor. Usando drones, había fotografiado cada parte importante de aquel reino insidioso y había ampliado las imágenes, montándolas en la posición correcta. Había pasado incontables horas durante las últimas semanas aprendiendo los entresijos de aquel pequeño reducto de inhumanidad, y si finalmente conseguía acceder, perdón, *cuando* finalmente consiguiera acceder, se movería con paso seguro mientras limpiaba aquel lugar de arriba abajo.

El Núcleo cubría toda la pared del fondo. Trazó el Bosque Meridional con el dedo antes de subirse a un taburete y trazar el

Bosque Septentrional.

Gordon se bajó del taburete y se dirigió a la zona oeste, donde había rodeado con un rotulador rojo la garita de la cima de la colina que subía desde Brady Crossing. A medio camino de la colina, su dron había fotografiado un vehículo calcinado en Netow Bend. Tras una pausa para beber un poco de güisqui, Gordon recorrió el mapa, llevando el dedo a un gran grupo de cabañas de madera que supuso que era una zona residencial. Dio golpecitos con la yema del dedo en muchas de las cabañas, imitando el sonido de una explosión con cada toque.

Sonrió ante el esqueleto ennegrecido de un viejo granero, que el pastor Frederick Deering había utilizado, sin éxito, para intentar llevar la religión a una tierra diabólica.

Con otro trago de güisqui, se volvió hacia otra pared en la que había colocado a los actores clave de todo este lamentable asunto. Debajo de muchos de ellos estaba garabateada la palabra *Fallecido*, lo que le provocó otra sonrisa. Leyó los nombres de los muertos: Merithew, Lemuel, Griffin, Frederick, Alton, Norman. Tocó los restos del rostro de la mujer corpulenta y de cabeza rapada que había matado en la escalinata de su comisaría. *Angelita*. Al no tener ninguna foto suya en vida, había tenido que optar por una fotografía de su cadáver. Walker, el hombre de pelo blanco y aspecto de lobo que había marchado junto a ella hacia su comisaría aquella noche, seguía vivo y en poder de Gordon, en una celda.

Gordon dio una palmada.

*¡Les había cerrado la boca a todos los que lo reprendían!*

Apretar el gatillo y disparar a aquella palurda, Angelita, había sido el momento más trascendental de su existencia, y ahora quienes lo habían considerado insignificante, débil y cobarde se veían obligados a tragarse sus palabras mientras él urdía un infierno purificador que barrería su mundo.

Apuró el último sorbo de güisqui y tocó los rostros de los que aún vivían.

Frank Yorke. Un forastero que vivía entre ellos y los apoyaba. Albert Hardy y Logan Reed, dos hombres que habían ofrecido su apoyo a Yorke y que, por lo tanto, eran de interés. Y, por último,

Celestia. La hija de Merithew. Los drones la habían mostrado presidiendo reuniones en la plaza del pueblo. Tenía sentido que fuera su nueva líder.

Salió del despacho y entró en el dormitorio. Miró con el ceño fruncido a Susan, tumbada allí, y luego se volvió hacia el espejo de cuerpo entero que había en la esquina de la habitación.

La observó en el reflejo. —Has estado engañando continuamente a un hombre que se convirtió en soldado, que pronto será un héroe.

—No eres precisamente una estrella de Hollywood —dijo Susan.

Gordon se giró. —Para un hombre que roza la sesentena, podría ser peor.

—Mejor..., peor..., da igual. Eres un gordo de mierda, Gordon. Y siempre sabré quién eres, hagas lo que hagas.

El alcohol a menudo enfurecía a la gente. En su trabajo en las fuerzas del orden, Gordon tenía bastante experiencia con ello. Pero el alcohol nunca había sacado realmente sus demonios.

—¿Por qué volviste, Susan?

—¡Porque me obligaste!

—No..., no me lo creo. Volviste por lo que le hice a esa mujer del Núcleo. Viste de lo que era capaz. —Se acercó a la cama, desabrochándose el cinturón—. Y te conozco, Susan. Sé lo que anhelas. El foco de atención, ese brillo. Después de tolerar a un pringado durante tanto tiempo, no ibas a perderte lo que te correspondía.

—¡Hablas como si estuvieras a punto de entrar en el Paseo de la Fama, gordo de mierda!

Se quitó los pantalones y los calzoncillos, levantó la sábana y se metió detrás de ella. —¿Quién sabe? Puede que algún día lo esté —dijo Gordon con una sonrisa—. Aquí hay potencial para una película, seguro. Acabaré con esa secta podrida y el mundo entero sabrá quién lo hizo. —Se acurrucó detrás de ella. Estaba fría al tacto. *Nada nuevo, entonces*—. Gírate y mírame.

—No. Me das asco.

—Como quieras. —Le pasó la mano por el torso, entre sus pechos abundantes, sobre su vientre redondo, antes de acariciar el montículo de vello que tenía entre las piernas. Movió los dedos,

aunque ella no le ofreció ninguna respuesta. Sin embargo, su propio deseo creció, y su erección se apretó contra la espalda de ella—. ¿Ni un sonido? Antes te gustaba esto, te gustaba estar conmigo. Muchísimo. ¿Qué pasó, Susan?

—Pasaste tú.

Se esforzó más. —¿Ni un temblor? ¿Un solo jadeo? ¿Tanto odias al hombre que dejaste?

—Sí.

La giró para ponerla bocarriba y la miró a los ojos, muy abiertos. Le acarició el rostro grisáceo y pasó las yemas de los dedos sobre el orificio de bala reseco que tenía en mitad de la frente.

—Algún día estarás orgullosa de mí, Susan, y algún día volverás a quererme.

Se inclinó y la besó.

# La Perdición De Una Madre

Corrie miraba alternativamente a sus dos hijos.

La pequeña Inez estaba amortajada, de modo que solo su diminuta cara gris quedaba al descubierto. Yacía inmóvil en un hoyo en la tierra, junto a un montículo que estaba a punto de separarla del mundo de los vivos para siempre.

Marston, de catorce años, el asesino de su hermana, estaba sentado junto a la tumba, abrazándose las rodillas y balanceándose mientras murmuraba para sí. El vómito, resultado del veneno que había ingerido, le corría por la barbilla.

—Sigue bebiendo —dijo Corrie, y señaló con la cabeza la botella de agua que había a su lado.

Él siguió balanceándose, sumido en la guerra que se libraba en lo más profundo de su mente. No era una farsa. En el último mes, lo habían obligado a dejar embarazada a una forastera secuestrada. Había empezado a sentir algo por la víctima, por lo que, cuando la asesinaron sin piedad, su control y su conexión con la realidad se habían desmoronado. Perdido y desesperado, había preparado un cóctel de hierbas mortales esa misma mañana y había envenenado el desayuno de Corrie y de Inez.

*Estúpido crío.*

No había usado suficiente cóctel para matarlos a ella y a él. Corrie miró fijamente la carita blanca de Inez.

*Solo esta pobre criatura había pagado el precio de su estupidez.*

—Bebe, Marston.

Pero, por supuesto, no lo hizo. Y ella reconoció, con un suspiro, que tendría que obligarle a beber más después del entierro.

Mientras usaba una pala para echar la tierra sobre Inez, contuvo las lágrimas, convencida de que si mantenía la angustia dentro, se enconaría. Y una desesperación enconada sin duda le proporcionaría la fuerza y la resistencia necesarias para la venganza.

Merithew, el difunto líder y descendiente de la fundadora, Althea, había destruido su mundo por completo.

Para empezar, Merithew había forzado a Corrie a acoger a la niña, Inez, nacida de una forastera secuestrada, y ella había hecho lo que se le pidió. Incluso había llegado a querer a la niña. ¿Y su recompensa? El uso de la semilla de su hijo en detrimento de su mente… y la traición de su propio marido, Sumner, cuando intentó sacrificar a su hija adoptiva ante el nuevo líder, Griffin.

Corrie se había asegurado de que Sumner pagara el precio más alto a manos de ella, pero no haría lo mismo con Marston. Él era tan víctima como cualquiera del antiguo orden del Núcleo.

No, eran los que lideraban el Núcleo quienes tenían que pagar.

Y solo quedaba un lugar para cobrarse ese precio.

La descendiente Celestia.

---

Tras enterrar a Inez y purgarse el estómago un poco más, Corrie dejó a Marston sumido en su desaliento y entró en la cabaña. Se cortó el pelo tan corto como pudo y dedicó un tiempo a afilar una de las viejas navajas de Sumner.

Después de raparse la cabeza, se miró en el espejo. Corrie ya no existía. Sí, permitiría que todos usaran ese nombre para facilitar lo que estaba por venir, pero por dentro, esa identidad era un signo de debilidad. Representaba una época en la que había aceptado las normas, en la que había querido ser una buena ciudadana y una buena madre. El cambio de apariencia le recordaría que eso ya no

era así, mientras que el nombre seguiría sirviendo como ardid de que sangraba por el Núcleo, de que sangraba por Celestia.

Se examinó el rostro, pálido y demacrado por el veneno, pero que todavía mostraba sus marcados rasgos y arrugas. Una gota de sangre le corrió por la frente y se posó en su ceja. Revisó la navaja en su mano y vio la sangre en la hoja. Ladeó la cabeza, examinó los cortes sangrantes de su calva y sonrió.

Fuera, cerca del Foco, oyó a la gente abandonar sus cabañas. Celestia había convocado una reunión en la plaza.

Pasó por el jardín trasero para recoger a Marston, que seguía sentado junto a la tumba de su hermanita, murmurando. —A ti también se te espera.

La batalla de Marston con sus demonios continuaba.

Se acercó y se arrodilló a su lado, dándose cuenta solo entonces de que todavía sostenía la navaja ensangrentada. Desvió la mirada entre las facciones temblorosas de él y el acero manchado. Se inclinó más para poder apoyar la cabeza sudorosa de él en su hombro. Le pasó los dedos por el pelo húmedo. —Hijo mío, siento mucho lo que te ha pasado.

Él continuó murmurando.

—No mereces este tormento. —Por el rabillo del ojo, vio de nuevo la navaja ensangrentada en su mano. Lo apretó más fuerte contra sí, restregó su rostro contra la frente de él y lo besó—. Te curarás, te lo prometo, Marston —dijo—. Lo haremos los dos. —Lo soltó y se puso de pie.

---

Corrie sería la primera en admitir que se estaba enconando. *Sin embargo, ¿cómo llamaban los forasteros a este lugar?* Recorrió con la mirada a la pequeña multitud. *¿El Núcleo Podrido?* El enconamiento de aquí, en estos viejos bosques, superaba con creces el de su propia alma.

Y aquí estaba la prueba de ello. Celestia, la elegida —o más bien, la niñata malcriada—, chorreaba maquillaje negro y una ingenuidad

que a Corrie le provocaba más náuseas que el veneno con el que su hijo la había alimentado esa mañana.

Celestia se pavoneaba ante su menguante pueblo, justificando más derramamiento de sangre. ¡Los ancianos! La zorra había tenido las agallas de irrumpir en su reunión y ejecutarlos a los tres.

Estudió a la patética multitud. En el Núcleo solo quedaban treinta y siete residentes. En realidad, treinta y cuatro ahora que los ancianos estaban muertos. A eso había que añadirle que doce de los residentes eran niños, lo que hacía que esta multitud de veintidós personas fuera muy poco inspiradora.

*Debilidad.*

Eso era lo que Corrie veía a su alrededor.

*Un núcleo podrido y sin agallas.*

Nadie había dicho nada cuando Merithew trajo la religión organizada y a forasteros a su mundo. Nadie había respirado cuando su sucesor, Griffin, pidió que asesinaran a sus hijos mestizos. Lo único que no era débil por allí, se dio cuenta Corrie, era el forastero grande y furtivo de otro mundo: Frank Yorke.

*Buena jugada*, *Celestia,* pensó Corrie. *Hacer de ese asesino tu guardaespaldas.*

Fue este guardaespaldas quien había conectado un altavoz y ahora estaba reproduciendo los momentos más destacados de la reunión de los Ancianos.

De la crédula multitud brotaron exclamaciones de asombro y murmullos nerviosos. La traición los había dejado atónitos. Les hizo amar y apreciar a su nueva reina aún más.

Corrie puso los ojos en blanco.

La estupidez de aquella gente nunca dejaba de sorprenderla.

Quería gritar: *«¿Es que no veis lo que estaba pasando? ¡Los Ancianos, con todas sus ridículas decisiones pasadas, se preocupaban por vuestro bien! Sí, Griffin fue un error, ¡pero al menos sabían que el linaje de Althea no podía continuar! ¡Merithew destruyó los cimientos de vuestro mundo, y esta es su hija! ¡Su hija! ¡Abrirá vuestras fronteras y os destruirá a todos!».* Pero no gritó nada.

Tenía que esperar el momento oportuno, porque la gente a su alrededor estaba desesperada por la salvación, y Celestia estaba montando un buen espectáculo ofreciéndola.

Esto era un espectáculo. Nada más.

Volvió a mirar a la gente, todos vestidos con sus prendas de algodón, corpulentos y bien alimentados gracias a la caza y al dinero que provenía del crimen en otras comunidades lejanas. Volvió a torcer el labio superior.

*No era solo Celestia la que estaba malcriada; ¡lo estáis todos! ¡Ninguno de vosotros sabe lo que es pasarlo mal! Esas generaciones ya pasaron a la historia. ¡Toda la lamentable saga con Merithew y Griffin nos ha dado la oportunidad de cambiar a mejor, y vosotros la despreciáis! ¡La despreciáis por esta pequeña zorra pretenciosa, que acaba de reducir vuestra población a un tamaño aún más manejable para vuestros enemigos!*

Hizo una pausa para escuchar a Celestia.

—Sé que esto es un shock. No puedo describiros mis sentimientos hoy después de hacer lo que era necesario, porque yo también siento la misma confusión que vosotros. Son tiempos diferentes, muy diferentes a cualquiera que nuestra especie haya experimentado antes. Pero eso no significa que podamos dar la espalda y escondernos.

*Aquí todo el mundo se esconde. Todo el mundo.*

—Al asesinar a vuestra legítima líder, los Ancianos no solo nos habrían impedido aprovechar las oportunidades de cambio, sino que os habrían dejado vulnerables a esos cambios. Es mejor que seamos fuertes cuando llegue este cambio, para abrazarlo *nosotros* en lugar de dejar que *él* nos abrace a nosotros.

*Tu padre abrazó el cambio, ¿recuerdas? ¿Cómo acabó él?*

—Pero incluso al abrazar estos cambios, no debemos olvidar quiénes y qué somos, de dónde venimos: nuestro ADN.

*Qué mona.*

—Por eso, voy a pediros ahora un minuto por Hamlin Smith, el niño que perdió trágicamente la vida en el claro, para que su madre, Emma Smith, pudiera empezar de nuevo como Althea, nuestra fundadora.

*Tócale la fibra sensible, Celestia. Y déjame decirte ahora que yo he empezado de nuevo. De hecho, que te sirva de advertencia…*

Todos bajaron la cabeza para presentar sus respetos.

Al principio, Corrie inclinó la cabeza. Era esencial que se mimetizara con el entorno, pero el minuto pareció durar una eternidad, así que, antes de que terminara, cedió a la irritación y levantó la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de Celestia. *¿Por qué no bajas la cabeza, niña? Quizá no soy la única a la que le cuesta aceptar lo que representamos.*

Se sostuvieron la mirada hasta que Celestia rompió el silencio. —Gracias a todos por este minuto. —Celestia apartó los ojos de Corrie y los paseó por la multitud—. Pero ese minuto ha pasado y esa lágrima se ha derramado, así que aquí nos detenemos.

*Las palabras. Vaya. Te he subestimado. ¡Tu arrogancia es tan extrema que recurres a las mismísimas palabras de Althea!*

—Si seguimos demasiado por el camino del sentimentalismo, corremos el peligro de volvernos como el mundo oscuro y decrépito que hemos dejado atrás. Uno lleno de religión, control y dolor.

*¡Miradlos a todos, mirándola con asombro! De verdad que se te da bien la gente, Celestia.*

—En nuestra tierra, solo hay una cosa en la que creer. —Celestia se llevó el puño al corazón, y la gente hizo lo mismo.

Juntos, corearon: *—Nosotros. El corazón. El Núcleo.*

Aún luchando contra los efectos del veneno y la nauseabunda actuación, Corrie se vomitó encima.

Afortunadamente, nadie pareció darse cuenta.

# 1

Jake y Logan se abrazaron en la puerta de la cabaña de Celestia.

—Una bienvenida mucho más agradable que la última vez que estuve aquí —dijo Logan, en referencia a cuando lo encañonaron en la caseta del centinela. Saludó a Celestia con un gesto de cabeza—. Agradezco el cambio de mando.

Celestia se estremeció de forma sutil, pero Jake se dio cuenta. El *cambio de mando* se había producido por la muerte de los dos líderes anteriores, uno de los cuales era el padre de Celestia, así que el comentario de Logan carecía de tacto.

Claro que lo de Logan era la falta de tacto, y Celestia ya lo sabía, así que se sobrepuso y dijo:

—Siempre serás bienvenido aquí, Logan, después de cómo salvaste a Jake.

Jake le dio una palmada en el hombro al hombrecillo.

—«Salvar» es una palabra muy fuerte. Preferiría «echar una mano», si no te importa.

—Bueno, siempre me alegra echar una mano cuando alguien tiene un cuchillo en el cuello y parece bastante indefenso. Y ahora, ¿me vas a dejar en el umbral o me vas a ofrecer alguna de las delicias locales? ¿Un té de hierbas, tal vez, y una pata de cerdo asado recién ensartado?

Jake se hizo a un lado.

—A un hombre que vive para los estereotipos, las ofensas y el comportamiento antisocial en general, ¿cómo voy a negárselo?

Al pasar, Logan señaló la oreja de Jake.

—Que quede claro, yo no estaba para salvarte cuando pasó eso. Lo cual es bueno, porque las ratas me hacen chillar como una niñata.

—¿En vez de como un niñato? —dijo Jake.

—¿Por qué te ofende todo, grandullón?

—Porque no nací en la Inglaterra victoriana.

—Yo habría encajado bien allí.

—Tú no encajas bien en ninguna parte, Logan.

—Buen punto. De todos modos, creo que la cicatriz te queda bien. Nunca te imaginé con un pendiente.

—Voy a retirarme de esta guasa entre dos hombres inseguros, si os parece bien —dijo Celestia—. He visto suficiente cine negro para saber quién manda aquí de verdad. —Guiñó un ojo.

—No podría estar más de acuerdo. Mi mujer siempre mandaba —dijo Logan.

—¿Cómo te controlaba? —preguntó Celestia.

—Me tenía encerrado.

Celestia salió de la cabaña, se giró y volvió a guiñar un ojo a través de la puerta abierta.

—Suena como una buena idea. Se podrían hacer arreglos…

—¡No, gracias! —dijo Jake, despidiéndola con la mano—. Con una visita relámpago será más que suficiente.

Celestia se dio la vuelta y saludó por encima del hombro.

—Hasta luego, Jake.

Jake se inmutó al oír su verdadero nombre y cerró la puerta. Esperó a que Logan le preguntara al respecto, pero este estaba demasiado ocupado curioseando por la cabaña y, por suerte, parecía no haberse enterado.

—Esto está bastante pelado, Frank.

—Esa es una forma de verlo. Aunque la gente de aquí diría simplemente que tu casa está abarrotada.

—¿Pero ni un televisor? ¡Una cosa es el desorden y otra la privación!

—En realidad, sí que tiene tele. Logan, por cierto, ¿a qué se debe esta visita repentina?

—Primero la comida. La conversación seria, para después.

---

JAKE SATISFIZO el antojo de carne de Logan con un sándwich de venado.

—No todo es té de hierbas y cerdo asado por aquí, ¿sabes? —dijo Jake, sentándose frente a él.

—No me digas que le estás empezando a coger el gusto a este sitio.

—No —dijo Jake—. Solo digo que no son unos salvajes, eso es todo.

Logan enarcó una ceja.

—¿Ya has olvidado lo que pasó aquí?

—Tenían sus costumbres, sí, pero todas las culturas las tienen.

—Echaban gente a las ratas.

—Admito que algunas costumbres son más difíciles de digerir que otras, pero las cosas son diferentes ahora. —Hizo una pausa, recordando el asesinato de los tres ancianos a manos de Celestia—. Al menos, lo serán con el tiempo, creo… Eso *espero*.

—Me alegro de que tu secta favorita empiece a ir por el buen camino, Frank, pero he venido a despedirme.

—Ya lo hiciste. *Dos veces*.

—No. Esta vez va en serio. No voy a volver a Mossbark. No es sano.

—¿Tú y Cindy os habéis vuelto a pelear?

—Se podría decir que sí. Ha vuelto con su marido.

—Siento oír eso.

—No lo sientas. Es lo mejor. No era buena para mí. Y un trotamundos como yo desde luego no era bueno para ella. —Bajó la vista a la mesa—. Un hombre encaprichado con su difunta mujer.

—No tiene nada de malo, Logan. Estoy seguro de que tu mujer agradece que la adores, esté donde esté.

—Está bajo tierra, Frank. No nos pongamos sentimentales.

Jake enarcó las cejas.

—Vale… No lo haré.

—La cuestión es que este lugar no es sano. Joder, mi trabajo de camionero no es sano. Vuelvo a casa para trabajar y llorar a mi mujer como es debido, en lugar de intentar encontrar la felicidad yendo de cama en cama por pueblucho en mitad de la nada.

Jake levantó la mano para hacerlo callar.

—Espera… —Se llevó una mano a la oreja—. Creo que acabo de oír a todas las mujeres de Nueva Inglaterra clamar al cielo desesperadas al unísono.

Logan se rio.

—Nunca te tomas nada en serio, ¿verdad? A no ser que alguien intente matarte…

—¿Has visto estas arrugas? ¡Ya he tenido mi buena dosis de seriedad!

—Lo sé, Frank… —hizo una pausa—. ¿O es Jake?

Jake suspiró.

—A Celestia se le ha escapado.

—Al menos dame algo de crédito por haberme dado cuenta, ¿eh? ¡Tú solo ves a un camionero gordo y estúpido!

—Nunca me fijé mucho en lo de gordo. Quizá en lo de estúpido. Pero, para ser sincero, estaba demasiado obsesionado con la misoginia y el racismo en el límite.

Logan bufó.

—No me sorprende. Un hombre de ninguna parte, escondido, nunca dirá su verdadero nombre, ¿verdad?

—Bueno, lo hice una vez y me salió el tiro por la culata.

—¿Cuál es tu historia, Jake? Ya hemos llegado bastante lejos juntos, ¿no crees? Me ofende bastante que nunca la hayas compartido conmigo.

—No te preocupes. No es que no confíe en ti, Logan. Sé que me cubres las espaldas. Es solo que contártelo no servirá de nada, aparte de aburrirte, quizás. Tampoco quiero ponerte en peligro. Otras personas que llegaron a conocerme en Blue Falls lo pagaron con su vida.

—No soy un hombre que se asuste con facilidad.

—Lo sé. Conocí a Cindy.

Logan se rio. —Entonces, cuéntame tu historia.

Así que Jake se la contó.

---

La historia de Jake debió de ser interesante, porque hizo que Logan ni tocara su sándwich.

Varias veces durante el relato, Jake palideció, y en un momento dado empezó a temblar y tuvo que levantarse de la mesa para pasear de un lado a otro. Cuando Jake llegó al final, se emocionó hasta las lágrimas. —El Artículo SE solo me quería a mí. Fui estúpido al pensar que podría esconderme de ellos. Si me hubiera entregado, mis amigos seguirían vivos. ¿Y Piper? Mierda. Nunca volveré a verla.

—¿Y tu familia de allí? ¿Están a salvo?

Jake asintió. —Creo que sí. Tengo un amigo —el mejor que hay— que los vigila. No creo que el Artículo SE sea tan estúpido como para ir a por ellos; llamaría demasiado la atención.

—¿Con qué frecuencia hablas con tu familia?

—No muy a menudo. Y cuando lo hago, suele ser con mi hijo, ya que mi exmujer no quiere saber nada de mí. Hace tiempo que no hablo con ellos. No hay cobertura en este bosque y no me he atrevido a dejar sola a Celestia.

—Bueno, menuda historia.

—¿Y?

Logan suspiró y apretó el hombro de su mejor amigo. —Y que creo que estaría más seguro si volvieras a llamarte Frank.

Jake sonrió. —¡Siempre mirando por ti!

—Si siempre estuviera mirando por mí, no estaría sentado frente a ti con una oferta sobre la mesa.

—¿Qué oferta?

—¿Acaso no la he mencionado?

—No. Te quedaste en la parte en la que jurabas dejar de poblar los estados del noreste con hijos ilegítimos.

Logan hizo un gesto con la mano. —Olvida eso. Eso ya es agua pasada. Tengo algo de dinero. Llevo un tiempo ahorrando. No es mucho, pero será suficiente para comprar una pequeña propiedad. ¿Ves por dónde voy?

—¡No te ofendas si te digo que no tengo ni puta idea!

—¡Un taller de reparación de motos!

—Sí. Un salto bastante impredecible.

—¿Quieres abrir un taller de reparación de motos conmigo?

Jake soltó una carcajada. Se enderezó en la silla. —¿Acabas de escuchar algo de lo que he dicho?

—Sí. Atentamente. Por eso considero que lo mejor es que ahora busques una vida tranquila.

—Eso es lo que he estado intentando hacer.

—Pues bastante mal, por lo que parece. Y no hay nada más ruidoso que el Núcleo.

—Sí, pero como he dicho, estoy preocupado por Celestia; significa mucho para mí.

—Este es el problema: tu facilidad para encontrar gente que significa mucho para ti. Quizá necesites empezar a ser menos... no sé... ¿amable?

—¿Qué, como tú? ¿Ofreciéndome una casa y un trabajo a pesar de apenas conocerme?

—Parece que tu buena voluntad es contagiosa. —Logan por fin le dio un bocado a su sándwich—. Vas a rechazarme, ¿verdad?

—Sí, pero te agradezco la oferta.

—Deberías aceptarla. Acabo de ofrecerte salvarte la vida.

—He llegado hasta aquí.

—A todo cerdo le llega su San Martín. Pero cuando las aguas vuelvan a su cauce, ¿te lo replantearás?

Jake negó con la cabeza.

Logan pareció decepcionado. —¿Entonces, qué harás?

—No lo sé, Logan. Ahora mismo, me siento entre la espada y la pared. Si dejo a Celestia, me arriesgo a dejarla en peligro. Su gente dice que la adora, pero mira los últimos acontecimientos: cuando las cosas no son de su agrado, cambian de bando rápidamente. Con

suerte, si me quedo, acabará entrando en razón y podré sacarla de aquí.

—Vale, esa es la espada. ¿Cuál es la pared?

Jake suspiró. —La pared es mi casa, Logan. Mi hijo. El verdadero Frank. Necesito verlo. Necesito estar con él. Pero ¿qué pasará si vuelvo a casa?

Logan se encogió de hombros.

—Exacto. Y no puedo arriesgarme a eso. No puedo arriesgar a Frank.

—Entonces, ¿atrapado entre el Núcleo y un mundo del que has huido?

Jake asintió.

Logan señaló hacia arriba. —Entonces el único camino es hacia arriba, tanto literal como figuradamente. Déjame llevarte lejos de ambos mundos al Taller de Reparación de Motos Yorke y Reed.

—Ni siquiera sé nada de motos.

—Yo tampoco. Eso es lo que hace que el proyecto sea tan emocionante.

—O una locura.

Logan se terminó el sándwich y sacó una petaca del interior de su chaqueta de cuero. —¿La de despedida?

Jake trajo dos tazas y Logan sirvió whisky en ambas.

—Bueno, más vale que disfrutemos de nuestra última charla —dijo Logan.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—Déjate de chorradas. Voy a echarte de menos. Desde que entraste en aquella cafetería y me dijiste el capullo que era, las cosas han mejorado.

Jake pareció asombrado.

—Bueno, quizá no en lo que respecta a la salud y la seguridad, pero sí en términos de amistad. Hacía mucho tiempo que no tenía un amigo.

—Has sido un buen amigo, y te debo la vida, ¿recuerdas?

—Difícil de olvidar. Te mentí antes. Es la primera persona que he matado.

—Lo sé.

—Te cambia.

—Eso también lo sé.

—No volveré a hacerlo. No es para mí.

—Es una decisión sabia.

—¿A cuánta gente has matado, Frank?

Jake desvió la mirada. —Demasiadas ya.

—Supongo que se vuelve más fácil.

Jake suspiró. —Por desgracia, sí. Se vuelve. Pero eso no es bueno, ¿verdad?

# 2

El sheriff Gordon Kane se apartó del hombre que yacía hecho un ovillo en el suelo de la celda de la prisión, sacudiéndose la mano magullada.

El ayudante Scott Derby se le puso al lado y le puso una mano en el brazo a su jefe.

—Es viejo, sheriff.

—Yo también lo soy, hijo. —Gordon dio un paso al frente y le hundió la bota en el estómago a Walker.

El soldado del Núcleo se dobló en el suelo, tratando desesperadamente de recuperar el aliento.

—Así que un viejo pegando a otro viejo iguala un poco las cosas, ¿no crees? —preguntó Gordon.

Esta vez, Scott le agarró el brazo a su jefe.

—Me preocupa que vaya a matarlo, señor.

Gordon miró de reojo y hacia arriba, al rostro de su alto ayudante.

—¿Has oído cómo me ha llamado?

Scott asintió.

El hombre apaleado en el suelo se echó a reír.

—Lo he llamado nenaza. —Resopló y escupió sangre en el suelo —. Una nenaza acabada, solitaria y *vieja*.

Gordon suspiró, volvió a mirar a Scott y se encogió de hombros.

—¿Ves la situación?

—La veo, sheriff. Por favor, deje que Brad y yo nos encarguemos. *Con calma*. Nos aseguraremos de que no se muera.

—¿Con calma? —Gordon miró al hermano gemelo de Scott, que jugueteaba con su coleta, el único rasgo que lo distinguía de su hermano de cabeza rapada—. ¿Brad?

—¿Sí, sheriff?

—¿Te parezco tranquilo?

Brad tragó saliva. Jugueteó con más nerviosismo con su coleta.

—¿Brad?

—¿Sí, sheriff?

—¿Calmado?

—Sí, sheriff.

Se volvió hacia Scott.

—¿Lo ves? No hay de qué preocuparse. Estamos todos en la misma onda.

—Sheriff…

—Y… —Gordon le quitó la mano a Scott de su brazo—. Este hombre se presentó en mi comisaría, armado, y amenazó mi vida y también las vuestras. Así que ¿crees que me importa una mierda que viva o que muera?

—¡*Nenaza*!

—Y ahí está, la prueba de que no estamos llegando a ninguna parte. Hora de subir la intensidad. —Gordon se acercó a Walker y se arrodilló a su lado.

Walker tenía el ojo izquierdo hinchado y cerrado; su vello facial blanco estaba manchado de sangre por la hemorragia de la nariz.

—No está mal para ser una nenaza, ¿eh? —preguntó Gordon.

—Sois tres contra uno —dijo Walker, con un hilo de sangre goteándole de la comisura de la boca—. Y hace días que no me alimentáis bien. No es una pelea justa.

—Pero empezó de manera bastante justa, ¿no es así, señor Walker? Usted y… ¿cómo se llamaba? Angelita, ¿verdad? Viniendo a mi comisaría a buscar un tiroteo. Pero no estaban del todo preparados para lo que había aquí, ¿a que no? ¿Qué fue lo que me preguntó antes de que le disparara? «¿Ha matado a alguien alguna vez?». Obtuvo su respuesta, ¿no cree? No le salió a cuenta

subestimarme, ¿verdad? Quizá debería tomárselo usted como una advertencia.

Walker se rio.

—Es usted una nenaza. Le disparó a Angelita porque tenía que hacerlo. Era matar o morir. No tiene agallas para matar a un hombre desarmado. Todo esto es puro teatro… Así que, nenaza, la respuesta es no, una vez más. No pienso llevarlo a mi casa. Si quiere entrar en el Núcleo, vaya usted mismo. Solo tenga cuidado con los cepos para osos. Son malos para la salud.

Gordon se acomodó hasta quedar sentado junto a la cabeza de Walker.

—Mi oferta sigue en pie. Nos ayuda a entrar y podrá marcharse y empezar de nuevo.

—El único sitio al que volveré caminando será este, Gordon, para arrancarle la carne de los huesos.

—¿Arrancar? Bonita imagen. —Gordon sonrió—. ¿Así es como operan ustedes, los salvajes, ahí arriba en el bosque?

—Suba y échele un vistazo. Solo vigile dónde pisa…

Gordon suspiró y miró a los gemelos idénticos junto a la puerta corredera de la celda.

—No os preocupéis, chicos, sigo calmado. La paciencia de un santo. Sin embargo —volvió a bajar la vista hacia Walker—, está advertido. Todo hombre tiene un límite.

El largo pelo cano de Walker, también manchado de sangre, estaba pegado a sus mejillas sudorosas. Gordon se inclinó y se lo apartó.

—Quíteme las manos de encima —dijo Walker.

Gordon le colocó la mano con fuerza sobre el centro del rostro a su prisionero, tapándole la nariz. Walker levantó la suya para apartar la del sheriff, pero le habían quitado la energía a golpes y apenas podía moverla.

—Relájese… —dijo Gordon—. Aún puede respirar por la boca, ¿no?

—Quíteme… las… *manos de encima, joder*.

Gordon frotó el talón de la mano por toda la cara de su prisionero, embadurnándosela con la sangre de su nariz. El sheriff le

frotó con fuerza las mejillas antes de pasar a la frente, rellenándole las arrugas. Gordon retiró la mano y observó al hombre ensangrentado.

—Creía que era un soldado, Walker. —Gordon se puso de pie—. Pero veo a un hombre revolcándose en sus propios meados, mierda y sangre.

—Ya descubrirá, Gordon, lo que soy. Un día, pronto, lo descubrirá.

Gordon le dio una patada a Walker en el lado de la cara, desviándole la cabeza hacia la izquierda con un chasquido.

Walker arrastró la cabeza para enderezarla de nuevo, jadeando y babeando sangre.

—La carne de sus huesos —siseó.

*—¡¿Pero podéis callaros de una puta vez ahí dentro?!* —Era Leo Rayner, pasando otro día más en el calabozo de borrachos al lado de esta celda.

La contribución de Leo a Brady Crossing consistía principalmente en pelear y beber, pero también era conocido por hacer sus pinitos como ladrón. No parecía importarle pasar la mayor parte del tiempo en una celda, ya que las condiciones eran preferibles al apestoso cuartucho en el que se pudría a las afueras del pueblo.

—¿Cómo se supone que un hombre va a dormir aquí?

Gordon volvió a mirar a sus ayudantes.

—Calladle la boca.

Brad asintió y se dirigió a la celda contigua; Scott se quedó atrás.

—¿Me estás vigilando, Scott?

Scott negó con la cabeza.

Gordon volvió a centrarse en la piltrafa llorona que había en el suelo de la celda. —Eres un hueso duro de roer, Walker, pero no hay hueso que no se pueda roer. Solo es cuestión de tiempo. Volveré mañana para ver si por fin conseguimos partirte el cascarón.

Walker se rio. —Hasta mañana, nenaza.

Al salir de la celda, Gordon miró a Scott. —Dale de comer esta noche. No quiero que se me muera cuando vuelva mañana a la carga con él.

—¿Esto es para intentar convencerme de que me quede? —preguntó Jake.

—No sé a qué te refieres —dijo Celestia, mirando por los prismáticos.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, Celestia. —Jake le puso la mano sobre los prismáticos y se los quitó con delicadeza. Miró a través de ellos y avistó a Thaxton, a Everlyn y a otros soldados del Núcleo que avanzaban con dificultad hacia el Bosque Meridional, armados con gruesas bolsas de basura para deshacerse de los cepos para osos. Bajó los prismáticos—. Desarmando el Núcleo.

Celestia lo miró fijamente. —¿Y en cuántos pueblos fortificados has estado tú, Jake?

—Es una pregunta ridícula. El Núcleo no es un pueblo cualquiera.

—No…, todavía no.

Jake se llevó las manos a la cara, se la frotó y suspiró.

—¿Por qué no podemos ser un pueblo normal, Jake? ¡Somos seres humanos! El error de mis antepasados fue separarnos del mundo. De ahí viene el peligro. Pienso remediar eso.

Jake bajó las manos. —Entiendo tu motivación. Y, en cierto modo, tienes toda la razón. Mientras el Núcleo se aísle de la humanidad, siempre será *el núcleo podrido*. Pero, por favor, escúchame. ¡Esto es demasiado rápido! Apenas acabas de calmar la situación aquí. ¡Y para calmarla, has tenido que ejecutar a tres personas! Hemos visto los drones sobrevolando la zona. Mossbark sabe que sois débiles. Esos cepos para osos, por mucho que me repugnen, eran vuestra última línea de defensa. ¿Por qué quedarse completamente vulnerable?

—Mira allí. —Celestia señaló el esqueleto de un nuevo molino de viento que Thaxton estaba construyendo y que, con el tiempo, ayudaría a abastecer de energía al Núcleo—. Y allí. —Señaló los cimientos de un nuevo edificio para la escuela—. Nos estamos desarrollando, expandiendo; nuestra comunidad avanza, no retrocede. Los cepos para osos, los ancianos, la violencia…, eso se

acabó. Y mi gente me apoya. Lo ves. Has visto sus caras mientras me escuchan.

—Hay puñales en las sonrisas de los hombres.

—¿Perdona?

—Es una cita que recuerdo del instituto. De William Shakespeare. No puedes saber si te puedes fiar de toda tu gente.

—Lo sé. Permaneceré vigilante.

—¡Pues permanece vigilante con tus defensas activas! Estabiliza el Núcleo antes de confiar en los pueblos vecinos, porque te lo advierto desde ahora, el mundo exterior está lleno de gente en la que no se puede confiar.

—¿Crees que no lo sé? —Celestia se apartó de él.

—Eres joven y…

Se giró, con los ojos como platos. —No seas condescendiente.

—No lo soy. Tu conocimiento del mundo viene de las películas. Yo he vivido en él. Te estoy diciendo que si bajas la guardia, darás la bienvenida a quienes quieren acabar contigo. Y si no lo consiguen, la gente de tu comunidad se sentirá traicionada y se volverá contra ti de todos modos, igual que hicieron con tu padre.

Celestia lo señaló con el dedo. —Mi padre era un monstruo. Yo soy todo lo contrario.

—La historia está llena de monstruos apasionados. Es difícil ver con claridad cuando uno está completamente entregado, completamente consumido.

—¿Y eso qué significa? —Su voz estaba subiendo de volumen.

—Significa que seas paciente. Estoy de acuerdo con tu visión, pero esto es demasiado rápido, demasiado emocional. Demasiado impetuoso. La comunidad que quieres se puede construir, pero debe hacerse con mesura y los cimientos deben ser sólidos.

—Te estoy agradecida, Jake, de verdad. No estaría aquí si no fuera por ti. Pero pronto voy a ir a Mossbark para pedir que nos convirtamos en un pueblo oficial de este condado. No puedo hacerlo con cepos para osos y guardias. No, lo siento. Mi decisión está tomada.

Jake negó con la cabeza. —Esto es muy peligroso.

—Entonces, vete. Te quiero. Lo sabes. Quiero que te quedes, pero no puedo seguir mirándote a los ojos, *ni a nadie a los ojos*, si continuamos siendo lo que éramos antes.

—¿Qué es?

—Maldad, Jake. Maldad pura y dura.

---

*ULTRAMARINOS HARDY FUND. 1854*.

Gordon alzó la vista hacia el letrero y luego la bajó hacia la fachada ruinosa, que seguramente no había visto una mano de pintura desde el día de su fundación. Sonrió al recordar algunos buenos momentos. De niño, la recompensa de Gordon por ser el mejor amigo de Albert Hardy, el hijo del dueño de la tienda, era un refresco gratis cada vez que cruzaba ese umbral. De viejo, Gordon sabía que no le esperaba tal recompensa, a pesar de que su mejor amigo de antaño era ahora el dueño de la tienda.

Efectivamente, al cruzar el umbral, se encontró con un: —¿Qué quieres *tú*? —Albert estaba leyendo un libro en el mostrador.

—Si así es como recibes a tus clientes, puede que necesites otro viaje a la biblioteca. Sospecho que te va a dar tiempo a leer muchos libros.

—Bien. Me gusta leer.

Gordon entró con las manos en alto. —Mira, vengo en son de paz.

—No te preocupes, no voy a dispararte. No quiero salpicar las revistas. Después no podría venderlas.

Gordon se rio y bajó las manos. —Al menos has conservado ese sentido del humor en tu cochambrosa vejez.

—Me conoces desde hace casi sesenta años, Gordon. ¿Cuándo me has visto tú con sentido del humor?

Gordon chasqueó la lengua y se encogió de hombros. —¿Vamos, Alb? Creía que habíamos dejado el pasado atrás el mes pasado, ¿allí en la comisaría?

Albert soltó una carcajada. —¿Ah, sí? —Se quitó las gafas de leer y las dejó sobre el libro—. ¿Has disparado a alguien del Núcleo y ahora se supone que eres mi mayor héroe?

—Bueno, a ti nunca te gustaron, ¿verdad?

Albert entrecerró los ojos. —Eso es quedarse corto. Los he odiado durante un puto montón de tiempo. Y mientras tanto, tú has sido su mayor defensor.

—No fue así, y lo sabes. Tenía las manos atadas.

Albert negó con la cabeza. —¡Oh, esto es genial, Gordon! ¡El sheriff tenía las manos atadas contra la delincuencia!

—En cierto modo, sí.

—Te lo preguntaré una última vez, antes de volver a mi libro: ¿qué es lo que quieres *tú*?

—Quiero que me ayudes —dijo Gordon acercándose al mostrador.

Albert enarcó una ceja y sonrió con sorna. —¿Con qué? ¿Algún material de bricolaje? ¿Algo de papelería?

—No, algo que podría hacer que te volviera a picar el gusanillo.

—¿Tu dimisión y tu desaparición en el olvido?

—¿Qué tal si me ayudas a acabar con el Núcleo?

Albert se enderezó. Una sonrisa se dibujó en su rostro. —Soy consciente de que puede ser bastante común que la gente de cierta edad, como nosotros, pierda esto —se llevó un dedo a la cabeza—. Pero he de decir que, aun así, me sorprendes.

Gordon le devolvió la sonrisa. —¿Qué me dices? Acabemos juntos con ese núcleo podrido.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Totalmente.

—¿Dos viejos acabando con el Núcleo?

—Por supuesto.

—¿Te has mirado al espejo últimamente, Gordon? Tú no eres Butch Cassidy y yo estoy muy lejos de ser Sundance Kid.

—No son lo que crees que son.

—Y entonces, ¿qué son?

—Débiles. Más débiles que nunca. No pueden ser más de tres docenas, y una buena parte de ellos son niños.

Albert lo señaló con el dedo. —Siguen siendo muchos más que dos.

—Seremos más de dos, Albert. Muchos más.

—¿Quiénes?

—Mira a tu alrededor. Tus vecinos en sus tiendas de lujo. El dinero ha dejado de fluir. Están cabreados. Están listos para eliminar esta lacra de nuestra tierra.

—¿Ah, sí? ¿Lo has consultado con ellos?

—No, pero lo presiento... Es solo cuestión de tiempo que sus negocios se hundan.

—¿Y cómo ayudará a eso aniquilar al Núcleo?

—Hará que se sientan mejor. También hará que Mossbark sea atractivo para inversores de fuera sin esta influencia maligna en su centro.

—¿Y atractivo también para los traficantes?

—Toda ciudad próspera tiene un precio.

—¿Más delincuencia ante la que harás la vista gorda? —preguntó Albert con una sonrisa burlona.

—Ya cruzaré ese puente cuando llegue a él.

—Parece que no me necesitas. Ve y nombra ayudantes a los dueños de los negocios cabreados.

—No, te necesito a ti, Albert. Te resististe a su influencia y rechazaste su dinero. Todo el mundo aquí siente un respeto silencioso por eso.

—Todo el mundo aquí se hizo rico gracias a ese respeto silencioso.

—Sí. Y ahora se dan cuenta del estado de sus cimientos. Están listos para escucharte a ti y a mí.

—Es una propuesta interesante —dijo Albert, golpeteándose el labio—. Muy interesante, la verdad. —Se puso las gafas de leer y cogió el libro—. Pero no. No cuentes conmigo.

—Los odias más que nadie..., después de lo que pasó hace tanto tiempo, después de lo que te quitaron.

—Sí, es verdad —contestó Albert, pasando una página—. Tengo más motivos que nadie para odiarlos, pero la respuesta sigue siendo no.

—Al menos dime por qué.

—Porque —dijo Albert, sin dejar de aparentar que leía—, ese tren ya pasó. Hubo un tiempo en que quise que dieras un paso al frente, y te habría seguido hasta el mismísimo infierno, Gordon, pero optaste por el statu quo.

—Te *protegí*. Te dejé continuar incluso cuando sabía que estabas enfureciendo al Núcleo al rechazar su dinero.

Albert sonrió. —Mira a tu alrededor. ¿Quieres que te esté agradecido? Que tengas un buen día, Gordon.

—¿Es por ese forastero, Frank Yorke? Ahora vive allí. Lo he visto en las imágenes.

—No sé de qué me hablas, Gordon.

—Estás cometiendo un error, Albert. Esto es lo que siempre has querido. De una forma u otra, su tiempo se acaba, pero tú, viejo, tú podrías hacer que todo fuera mucho más fácil.

Albert levantó la vista del libro. —Gracias por pasarte, sheriff. Píllate un refresco al salir, por los viejos tiempos.

# 3

Mientras Gordon estaba fuera, Scott recibió un informe sobre un vehículo abandonado en las afueras de Mossbark. Le pidió a su hermano Brad que lo acompañara.

Brad, que era el que mejor conducía de los dos, se puso al volante y recorrió con paciencia la carretera llena de baches que salía del pueblo. De camino, sacó un tema tabú. —Aunque el sheriff tiene razón. Sí que parece tranquilo. ¿Quizá deberíamos fiarnos de él cuando dice que sabe lo que hace?

—No sé… Él es así, siempre lo ha sido. Lo conozco desde hace más tiempo que tú, hermanito, y te digo que algo no le funciona bien en la cabeza.

—Deja de llamarme hermanito. Nací tres segundos después que tú, por el amor de Dios. Además, no me trago que se le haya ido la olla. Si uno estuviera fuera de control, seguro que lo parecería, ¿no?

—¿Viste lo que le hizo a ese cabrón, a Walker, el del Núcleo? —preguntó Scott.

—Lo vi. El jefe apenas se inmutó, no levantó la voz ni una sola vez.

—Exacto. ¿Y eso no te preocupa?

Brad suspiró y esquivó dos baches. —Su mujer lo dejó. A un hombre hay que perdonarle que tenga los nervios a flor de piel.

—Ha vuelto.

Brad apartó los ojos de la carretera un instante para mirar a su hermano. —¿En serio?

Scott asintió. —Con el rabo entre las piernas.

—Mierda —dijo Brad, volviendo a mirar la carretera—. Vaya, de verdad que te cuenta las cosas.

—Me las contaba. Ya no estoy seguro de que lo haga. Solo insiste en que lo tiene todo bajo control. Eso es todo lo que me dice últimamente.

—Se cargó a esa mujer en la escalinata de la comisaría. Supongo que eso tiene que afectarle, ¿no?

—Estoy de acuerdo. Ese fue el principio, sin duda. Algo se despertó en él.

—¡Una epifanía! Por cierto, ¿dónde diablos vio Margaret este camión?

—En esta carretera, hermanito. Sigue adelante, ya llegaremos.

—Que te den con lo de hermanito. Bueno, entonces quedemos en que el jefe solo necesita tiempo. Su mujer está en casa y el trauma de haberse cargado a esa zorra del núcleo se le pasará. Siempre te preocupas demasiado por él.

—Porque ha sido como un padre para mí.

—Tenemos un padre.

Scott resopló.

—Más o menos —dijo Brad—. Intenta no preocuparte tanto. Solo desearía que se diera prisa y le sacara la verdad a Walker.

—¿Y luego qué, herma… Perdón, hermano? ¿Armas en mano y asaltamos el Núcleo como en el OK Corral?

Brad sonrió. —Ahora sí que nos entendemos. Mierda… ahí está. —Detuvo el coche patrulla detrás del camión. Confirmó la matrícula con la que Margaret había comunicado a la comisaría—. Sí, es él, no hay duda. El favorito de todos, la mantis religiosa, Logan Reed.

---

Interrumpido de nuevo mientras leía su libro, Albert tuvo que reprimir su irritación ante un posible cliente. Sin embargo, su decoro

duró poco cuando vio quién había en su tienda. La mujer, que vestía el atuendo de algodón habitual de la gente del Núcleo, junto con un gorro de lana, merodeaba por su expositor de revistas.

Apretó los dientes, pero sopesó cuidadosamente sus palabras. No iba a repetir la misma broma que le había hecho a Gordon sobre mancharle de sangre el expositor de revistas, principalmente porque no quería ningún tipo de interacción con ella. Era del núcleo podrido y la quería fuera de su propiedad inmediatamente.

—Creo que se ha equivocado de tienda, señora.

—No lo creo, Albert.

No le extrañó demasiado que supiera su nombre; al fin y al cabo, estaba escrito en la puerta. —No volveré a pedírselo amablemente.

Ella no lo miró y, en su lugar, se agachó para coger una revista. —No lo has pedido amablemente la primera vez.

—Hay una razón para ello.

—Adelante. —Hojeó la revista.

—Su gente es una gentuza despreciable.

Devolvió la revista al expositor. —No podría estar más de acuerdo.

Albert frunció el ceño. No estaba de humor para un tira y afloja con una mujer peculiar de aquel lugar maldito. Metió la mano bajo el mostrador y la posó sobre su escopeta. —Discútalo con los suyos. Me es indiferente que compartamos opiniones. Quiero que se vaya.

Ella se giró y, a pesar del gorro que le cubría el pelo, él la reconoció. La había visto merodeando por Brady Crossing antes.

—Tienes derecho a odiar al Núcleo, Albert. Te quitaron algo.

Sus palabras lo paralizaron. Como ya tenía una mano en la escopeta, usó la otra para apoyarse en el mostrador. —No sé quién es usted, pero… pero…

—Esa gente, mi gente, te quitó lo único que te ha importado en la vida.

*—¿Quién es usted?*

Ella dio varios pasos hacia delante y se quitó el gorro. Estaba completamente calva. Quizá se había equivocado después de todo; no recordaba haber visto antes a ninguna mujer calva del Núcleo. —

¿Estás cogiendo el arma, Albert? Matarme te dejaría con mucha curiosidad.

—Yo… yo… —Sacudió la cabeza. *«¡Contrólate, joder!».*

—La querías, ¿verdad?

Él negó con la cabeza. —Son cosas que es imposible que sepas.

—¿Roseleigh?

El nombre fue como una mano helada que lo atenazaba.

Ella dio un par de pasos más. Él deslizó los dedos alrededor de la escopeta.

—¿Te has olvidado de ella? Ella nunca se olvidó de ti. Te lo prometo.

Él negó con la cabeza. —¿Está...?

—Sí, me temo. Ya hace mucho tiempo.

Se estremeció. Las lágrimas le asomaron a los ojos. —¿Cómo?

—De la forma habitual. La enfermedad. La tristeza. *La soledad*. Tuvo una vida, pero creo que nunca te superó..., a su minero de carbón del Cruce.

Se frotó los ojos, se secó las lágrimas y vio que la mujer demacrada y calva estaba ahora junto a su mostrador. —Fue culpa mía. Debería haberlo pensado mejor. Sabía de dónde era. La puse en peligro. ¿Llegó a tener hijos? Siempre quiso tener hijos.

La mujer sonrió. —Solo uno. Solía guardar algo para acordarse de ti que su marido, que también ha fallecido ya, nunca supo. Pero su hijo sí lo sabía.

Sospechando que aquella era la hija de Roseleigh, apartó la mano de la escopeta. —¿Qué era lo que guardaba?

—¿Me dejas la palma?

Se la ofreció.

—Me llamo Corrie. —Le puso un trozo de carbón en la mano y se la cerró en un puño a su alrededor.

—¿Eres su hija?

Corrie asintió. —Pero eso no es todo.

Al darse cuenta de que ahora lloraba con más libertad, volvió a secarse las lágrimas. —¿Qué quieres decir?

—El Núcleo no solo te arrebató a Roseleigh. Mírame a los ojos.

Él miró el carbón que tenía en la mano y le ahuecó la cara con la otra: un ojo verde y otro azul. *Igual que los suyos.*

—También te quitaron a tu hija.

---

Los dos hermanos, Brad y Scott, que esperaban encontrar a Logan dormido o muerto de un infarto, no se acercaron al camión con demasiada cautela. Sin embargo, cuando quedó claro que Logan no estaba ni en la cabina ni en el contenedor de carga, la adrenalina se disparó y desenfundaron sus armas.

Brad rodeó el vehículo y volvió para informar a Scott. —No hay ninguna rueda pinchada.

Scott enfundó el arma, saltó a la cabina y, al ver las llaves puestas en el contacto, arrancó el motor. El indicador mostraba un buen nivel de combustible.

—¡Entonces no ha tenido una avería! —le gritó Scott desde arriba.

—Entonces, ¿por qué ha abandonado el vehículo?

*Tu suposición es tan buena como la mía, hermano.*

Scott bajó a la carretera y volvió a desenfundar el arma. Juntos, caminaron hacia el arcén. Había una ladera empinada que descendía hasta una zona de matorrales. —¿Te apetece echar un vistazo? —preguntó Scott.

—Probablemente haya vuelto al pueblo andando.

Scott negó con la cabeza. —Qué va. Es un paseo largo y, por tanto, bastante inútil si tu camión no se ha averiado.

—Toca mirar en los matorrales, supongo.

Bajaron a inspeccionar los matorrales de la ladera. Aparte de un par de latas viejas y oxidadas, algunos profilácticos usados y los restos de un animal muerto, no había ni rastro del camionero desaparecido.

—Mierda, un forastero desaparecido —dijo Scott—. Es lo último que necesita el jefe.

# 4

Aquella noche, Gordon dejó el café y se bebió el whisky solo en su taza de «I Love New York».

—¿Te acuerdas del Delmonico's, Susan? —le gritó al dormitorio—. Bogavante Newburg. Te volvía loca. —Mientras bebía de la taza, observó con orgullo la quietud de su mano. El temblor había desaparecido. Al igual que esa taza rota, había reparado su vida.

—Hace una vida de eso —respondió ella—. Antes de que te volvieras tan *jodidamente* serio.

El whisky le arañó la garganta y le quemó las entrañas. —La vida se pone seria para todo el mundo.

—Puede, ¡pero no todo el mundo se vuelve tan rematadamente aburrido!

—Nada cambia, ¿verdad? Siempre estabas tan cabreada por...

—¿Cabreada, gordo de mierda? ¿*Cabreada*? ¡El eufemismo del año! ¡Me mataste, joder!

—Es una forma de verlo.

—¿Otras formas? ¡Tengo una bala en el cerebro! ¿Qué *otras formas* hay?

—Detuve el tiempo, Susan. —Se bebió lo que quedaba de whisky, suspiró, cerró los ojos y se reclinó en la silla—. Impedí que destruyeras todo lo que habíamos construido juntos. Impedí que te pusieras en ridículo, que me pusieras en ridículo a mí. Todo puede, ya sabes, permanecer.

—Estúpido. Tú y tu *statu quo*, manteniéndolo todo igual. ¿Te extraña que no te respeten? ¿Que seas el hazmerreír? Dejaste que el Núcleo prosperara, y ahora todo el mundo te mira con desdén.

Respiró hondo, sintiéndose aún notablemente tranquilo a pesar de las pullas de su mujer. —No voy a dejar que me arrastres contigo en tu caída. Nunca me he sentido más... más... ¿cuál es la palabra? *Joder...* Con un propósito. ¡Eso es!

Ella soltó una carcajada. —¿Crees que la gente te seguirá a ese lugar podrido?

—Scott lo hará. Brad lo hará.

—Te ven como un padre; ¿qué dice eso de ellos?

—Son buenos chicos.

—¡Son unos imbéciles patéticos!

Se levantó e hizo girar los hombros. —Habrá otros.

—¿Como el tendero, Albert Hardy? ¿Cuánto apoyo te ha ofrecido hoy?

—Ya entrará en razón.

—Porque eres tan *jodidamente* persuasivo, ¿a que sí?

Cogió su taza y la sostuvo con el brazo extendido, admirando de nuevo la firmeza de su pulso. —Ya no puedes afectarme, Susan.

—¡Porque estoy muerta, miserable! ¡Es una medida un poco extrema para quedarte tranquilo!

—Era mi única opción. Necesitaba paz.

—¡Pues mala elección! ¡Sigues hablando conmigo!

Se dirigió a la cocina, cogió una botella de Old Crow y rellenó su taza. —Lo encuentro estimulante.

—Y cuando te follas mi cuerpo frío y rígido, ¿también lo encuentras estimulante?

Tomó otro trago y gruñó. —Siempre tan grosera, Susan. Siempre disfrutaste menospreciando mis sentimientos por ti...

Su teléfono móvil sonó, interrumpiendo la conversación. Vio que era Scott. —¿Estás bien, hijo?

—Agotado. Hemos removido el avispero en Mossbark. Sin suerte, jefe, ninguna. Nadie ha visto a Logan Reed ni ha sabido de él. No ha vuelto. ¿Crees que paró a mear y se lo llevó un oso o algo?

Gordon se rio. —Eso no ha pasado por aquí, al menos en mi vida. Tenemos osos negros, son bastante pequeños y dóciles. No creo que sea eso. Tampoco tenemos serpientes venenosas, antes de que saques esa opción. Además, registrasteis los arbustos, ¿verdad?

—Sí, jefe. A conciencia.

—El hombre no estaba en su sano juicio, en realidad, ¿o sí? —Podía oír a Susan reír en la otra habitación.

—La verdad es que no lo sé...

—Bueno, cualquiera que se involucre con Frank Yorke y el Núcleo no está en su sano juicio, ¿o me equivoco? Además, el tipo entra y sale de este pueblo como si fuera su patio de recreo. ¿Quién hace eso?

—Oí que Cindy, la mujer con la que salía, volvió con su marido.

—¡Ahí lo tienes! Estaba deprimido. Apuesto a que se fue a vagar al medio de la nada, con ideas suicidas.

Oyó a Susan reír de nuevo. —¡El trabajo policial en su máxima expresión!

Instintivamente, Gordon tapó el móvil con la mano para que Scott no la oyera, a pesar de saber que era imposible. Pensó un momento y luego apartó la mano. —Haz que remolquen el camión a nuestro complejo en Sharp Point.

—¿Y presento una denuncia por desaparición?

—Sí, pero incluye el informe de que fue visto adentrándose solo en la zona boscosa.

—¿Un informe de quién?

—Anónimo. O busca a alguien. No puedo hacerlo todo por ti, Scott.

—¿Por qué un informe?

—Porque, al final, alguien va a echar de menos a este vagabundo suicida, así que necesitan una narrativa adecuada para su desaparición. ¿Quieres investigar un posible crimen? ¿Tanto te importa ese hombre?

—Supongo que no.

—Entonces, no atraigamos la atención de la policía estatal. ¿Recuerdas el pescado que tenemos en la sartén?

—Sí.

—Exacto.

—Pero, señor...

—¿Sí, hijo?

—¿Y si está en peligro? ¿Y si alguien se lo ha llevado?

Gordon se rio entre dientes. —¿Quién? ¿Qué podría querer nadie de ese hombre?

—El Núcleo. Después de todo, es sabido que se han llevado a gente antes.

—¡Es amigo del puñetero Núcleo! Sabes quién vive allí ahora mismo, ¿no? Frank Yorke. ¡Esos dos son uña y carne!

—Supongo que tiene razón, sheriff.

—¡Claro que la tengo! Así que mantén un perfil bajo con esto, ¿de acuerdo?

—Lo haré. Ah... ¿y, jefe?

—Sí.

—Leo ha vuelto.

—¿Otra vez? *Joder*. ¡Solo hace cuatro horas que lo soltamos!

—Parece que solo tardó cuatro horas en volver a emborracharse como una cuba. Solo que esta vez, ha venido por su propio pie. Entró en la comisaría como una exhalación y se puso a gritarme obscenidades. Así que lo metí en el calabozo.

—Te la ha jugado, Scott. Lo que buscaba era una cama caliente.

—¡Pues le apagaré la calefacción! —dijo Scott y se rio.

—No hagas eso. No quiero que nuestro otro huésped se muera de frío.

—No te falta razón.

—Buenas noches, hijo.

—Buenas noches, jefe.

Gordon se terminó el güisqui y se dirigió al despacho. Al pasar por la puerta abierta del dormitorio, el olor de su difunta esposa se intensificó. —Jesús.

—Culpa tuya, Gordon.

—Un pequeño precio a pagar por la tranquilidad.

—¡Tranquilidad! —volvió a reír—. ¿Cuánto te va a durar la tranquilidad cuando estás metiendo los casos de personas desaparecidas debajo de la alfombra?

—El tiempo suficiente para hacer lo que hay que hacer. —Cerró la puerta del dormitorio y colocó el burlete en su sitio de una patada. Luego se fue al despacho, donde estudió las imágenes aéreas del Núcleo. Se acercó y apretó el dedo contra el bosque situado más al norte—. Mañana.

—¿Mañana qué? —preguntó Susan.

—Mañana me adentro en el núcleo podrido, con o sin Walker.

—¡Un suicidio!

—Puede, pero estoy harto de esperar.

—¿Y qué esperas hacer si llegas allí, y cuando llegues?

—Todavía no lo sé. Paso a paso. Solo quiero saber si puedo llegar hasta ellos; si la guerra empieza mañana o no, eso no lo puedo decir.

—Has fracasado en todo en tu vida, Gordon. En eso también fracasarás.

—Siempre has tenido mucha fe en mí, Susan. Es una pena que estés muerta.

—Será una pena para ti cuando alguien lo descubra.

---

Jake bebió un vaso de agua, deseando que fuera cerveza, pero sus propias reservas se habían agotado, y nadie del Núcleo iba a ir al pueblo hasta el fin de semana. Podía hacer el viaje él mismo, pero la idea de dejar a Celestia a merced de los miembros menos fiables del Núcleo, así como de aquellos que ahora podían acceder a través del bosque del sur, hizo que se le secara la boca; lo bastante seca como para tener que levantarse y rellenar el vaso.

—¿Unas cartas? —preguntó Celestia desde la puerta de su dormitorio.

—¿Piensas desplumarme? —Jake se dio la vuelta y se apoyó en la pared de la cocina.

—No, es que me aburro y el silencio me inquieta.

—Hay un silencio de iglesia. ¿Sabes la película?

—Fácil. *El buscavidas*. «Fast Eddie» Felson. Silencio de iglesia. La iglesia del buen buscavidas.

Jake se rio. —A mí me parece más bien un depósito de cadáveres. —Señaló la mesa—. Esas mesas son las losas donde ponen a los fiambres.

Celestia asintió, con los ojos llenos de admiración. —Estaré viva cuando salga de aquí, Charlie.

*Eso espero*, pensó Jake. *De verdad que lo espero.* —Vamos a jugar.

Jugaron al póquer Texas hold 'em, usando cerillas. Intercambiaron algunas citas más de sus películas favoritas, y Jake sintió que las ganas de tomarse una cerveza se desvanecían. Y lo que es más importante, sintió que el peso de la ansiedad se aligeraba un poco. No podía ignorar el hecho de que el peligro acechaba a Celestia por todos lados, pero al menos su razón de estar allí volvía a estar clara: la amistad. Y como bien sabía Jake, la amistad en este mundo extraño y retorcido nunca podía subestimarse.

Tras unas cuantas manos de póquer, Jake dejó las cartas. —Estoy hecho polvo. Y no solo en las cartas. Quiero decir que estoy cansado.

Celestia dejó sus cartas y se miró las uñas mordidas. —Te acuerdas de la bronca que me echaste por las uñas cuando nos conocimos?

—Y con motivo. Eran armas mortales.

Levantó las manos y las agitó. —Ya no están. Como ves, te *escuché*. *Confié* en ti.

—El mundo es un lugar más seguro...

—¿Por qué no me *escuchas* tú a mí, Jake? ¿Por qué no *confías* en mí? —Lo miró a los ojos.

—Estoy muy orgulloso de ti, Celestia.

—El orgullo no es confianza, Jake.

—Lo sé. —Suspiró—. Mira, es tarde. Tenemos que estar frescos mañana, así que deberíamos...

—¿Por qué tenemos que estar frescos mañana?

*Porque no tenemos ni idea de lo que se avecina, ni de cuándo.* —Es simplemente una buena idea. Son tiempos extraños.

—Déjate de tonterías. Te necesito. Lo sabes. Pero no puedo seguir así. ¡O somos un equipo o no lo somos!

Jake negó con la cabeza y suspiró.

—¿Qué?

—¿Equipo? Te voy a dar tu definición de equipo. A ver si reconoces esta cita: es un trabajo muy difícil, y la única forma de superarlo es si todos trabajamos juntos como un equipo. Y eso significa que hacéis todo lo que yo diga.

Ella entrecerró los ojos. —Charlie Croker. *The Italian Job*. Eso es una chorrada, Jake. Hablamos y yo escucho.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero no tiene sentido que yo dirija este lugar si no hago aquello en lo que creo. Necesito que me apoyes más en eso.

—No puedo apoyar nada que pueda hacer que te maten...

Llamaron a la puerta.

Celestia se levantó, pero Jake ya estaba en pie y en la puerta antes que ella.

—Mi héroe —siseó ella mientras él abría.

Era Everlyn, madre de dos hijos y líder de los soldados del Núcleo. Aunque había ayudado al difunto Griffin durante su sublevación en el Gran Día de la Quema, cuando masacró sin piedad a Merithew, Celestia confiaba en ella. No es que tuviera otra opción. Casi todos los soldados del Núcleo habían ayudado a Griffin ese día.

—Es tarde —dijo Jake.

—Lo sé —dijo Everlyn—. Es importante.

Jake entrecerró los ojos y luego miró a Celestia.

La joven líder asintió.

—Levante los brazos —dijo Jake, preparándose para registrarla.

—Llevo una pistola. Y un cuchillo —dijo Everlyn—. *Siempre* llevo una pistola y un cuchillo.

—Déjalo —dijo Celestia, dando un paso al frente—. Si alguien quisiera verme muerta, ya ha tenido muchas oportunidades. Entre, Everlyn.

Jake retrocedió y se cruzó de brazos. —Bien, pero no me voy a mover de aquí.

El encogimiento de hombros de Celestia lo dijo todo. *Como quieras.*

Everlyn se sentó a la mesa con Jake y Celestia. —No tengo mucho que decir.

—Cualquier cosa que tenga que decir —dijo Celestia—, puede decirla aquí, y se la escuchará. Las cosas son diferentes ahora.

Celestia se sentó erguida y, a pesar de su rostro muy juvenil, se expresaba con aires de estadista. Jake le había dicho la verdad antes. Estaba orgulloso de ella. Había asumido la tarea sin dudarlo y no era más que tenaz y decidida.

Pero no podía negar su ingenuidad. Celestia estaba completamente expuesta a gente que no era ingenua, y desde luego no inocente. Jake sabía que era solo cuestión de tiempo que tuviera que intervenir con firmeza o marcharse. Ambas opciones podían tener consecuencias letales.

—No tengo mucho que decir —dijo Everlyn.

*¿Y por qué iba a tenerlo? Era un ejemplo de la gente a la que Celestia debía temer: los resabiados, los que no soltaban prenda.*

—Hablo en nombre de varias de nosotras, Celestia —dijo Everlyn.

—¿Quiénes?

—Fern, Ibre y Glynnie.

Otras tres de las soldadas más cercanas del difunto Griffin.

*Está pasando. Justo delante de mis narices, donde estoy sentado. Joder, de verdad que está pasando.*

—¿Y Thaxton? —preguntó Celestia.

Everlyn dijo: —No, solo nosotras cuatro.

*¡Pero es la mayor parte de tu maldito ejército, Celestia!*

—¿Y qué le gustaría poner en mi conocimiento?

—El desarme. Nos está costando aceptarlo.

Jake bajó la mirada hacia la mesa, reprimiendo un suspiro.

—¿Por qué? —preguntó Celestia.

—Porque tenemos hijos. Tenemos una comunidad que proteger.

—Pero, Everlyn, usted misma, más que nadie, vio lo que mi padre y su sucesor, Griffin, trajeron al Núcleo. ¿Ha olvidado el

sufrimiento?

—Creo que sobrestima el sufrimiento. Nuestro mundo estaba en calma.

—El mundo podría parecerle en calma, pero no lo estaba para la gente que mi padre trajo aquí para ser violada y asesinada. Y no lo estaba para los hijos de esas víctimas a los que Griffin reunió e intentó matar...

—Aceptamos que hubo turbulencias, pero el panorama general siempre requiere algunas turbulencias.

—¿De verdad? —Celestia enarcó una ceja—. ¿De verdad *que sí?* ¿Debe morir gente para que usted pueda vivir?

Everlyn se recostó en la silla. —No es eso lo que quiero decir. Hemos estado en la plaza con usted, nos hemos sentado en nuestras reuniones internas con usted y hemos aceptado la caída de los ancianos. Hasta ahora, hemos acogido su deseo de cambio. Pero esto es ir demasiado lejos. Está trayendo a nuestros enemigos hasta nosotras.

—Eso no es verdad. ¿Por qué no podemos creer en la bondad de Mossbark? ¿Por qué no podemos tenderles la mano?

—Porque son parte del mundo; el mundo que su antepasada, Althea, rechazó.

—Y yo digo que no debe perder la fe en la humanidad. La humanidad es como un océano; si unas pocas gotas del océano están sucias, el océano no se ensucia.

*Gandhi*. *De verdad te has tomado tu tiempo para instruirte, ¿eh, Celestia?*

—Nunca he tenido fe en la humanidad —dijo Everlyn.

—Sí. Y ese es nuestro error. Tenemos que empezar a tenerla.

—¿Y esa es su respuesta, Celestia?

—¿Mi respuesta?

—¿Su respuesta a nuestra petición de detener el desarme?

—Lo siento. No oigo esa petición. Puedo entender por qué la ha hecho, pero no puedo oírla. Os quiero demasiado a ti, Fern, Ibre y Glynnie como para oírla. Habéis confiado en mí como vuestra líder, y ahora debo terminar lo que he empezado. Las viejas costumbres no funcionaron.

—Las viejas costumbres mantenían a nuestros hijos a salvo. ¿Cómo quiere que transmita su respuesta a las demás?

—Del mismo modo que se la he transmitido a usted, Everlyn. Dígales que las quiero, que creo que el mundo, *nuestro* mundo, puede ser y será como estaba destinado a ser.

Everlyn se levantó.

Jake sintió ganas de hundir la cabeza entre las manos, pero, en lugar de eso, alzó la vista hacia ella. Mantuvo una expresión estoica. Tenía que mostrarse fuerte, a pesar de sentir que se desmoronaba por dentro.

—Y usted, Jake Yorke, siendo uno de esos de fuera, ¿qué cree que nos depara el futuro? —le preguntó Everlyn.

Intercambió una mirada con Celestia, quien, por primera vez desde la llegada de Everlyn, parecía inquieta. Se encaró a Everlyn. —Creo que tendrá que confiar en su líder. Sé que yo lo hago.

# 5

Tras la visita improvisada de su hija distanciada, Albert había vuelto a casa, a su mueble bar y al recuerdo de Roseleigh. En estos, sus años de vejez, muchos de sus recuerdos carecían de claridad, pero este no. *Este nunca.*

Hermosa Roseleigh, de piel suave... ¿Qué hacía ella aquella noche en The Oak? Sonriéndole desde el otro lado de una sala atestada de mineros borrachos y cansados al joven Albert Hardy. El rebelde del pueblo. El chico que le había dicho a su padre que se metiera la tienda de ultramarinos —el negocio familiar— por donde amargan los pepinos. Iba a bajar a las minas con los chicos con los que se había criado.

—Roseleigh —suspiró Albert, recostándose en la cama, borracho de vino—. Roseleigh, ¿por qué me elegiste a mí? —Se cruzó de brazos y se giró de lado.

Ni siquiera tenía una fotografía a la que recurrir. Roseleigh nunca lo había permitido. Estaba prohibido en el mundo del que ella procedía. Y no le convenía guardar pruebas de sus excursiones semanales al condado de Brady.

No es que necesitara una fotografía para recordar la salvaje melena negra que ella se negaba a cortar, ni tampoco para acordarse de los hoyuelos de sus mejillas sobre los que él pasaba la punta de su nariz, y a veces la lengua, una y otra vez.

—¿Por qué *elegirme* a mí? —preguntó Albert.

Pero el *porqué* era irrelevante. Lo único relevante era que *lo había hecho*.

En The Oak, con las uñas y el pelo ennegrecidos por el carbón, había bailado con ella mientras Jeremy, un inmigrante irlandés, tocaba la guitarra y canturreaba. Roseleigh afirmaba ser de fuera; le había asegurado que estaba de visita viendo a unos parientes en Sharp Point. Volvía cada semana. Y en cada una de esas noches, bailaban.

—Y me enamoré de ti —dijo Albert.

Y ella se había enamorado de él. Al menos, eso le había dicho ella, a menudo después de hacer el amor en la habitación de un motel, y después más de tres veces por semana.

—Pero debería haber preguntado. Debería haber preguntado mucho antes. ¿De dónde eres…? *¿De verdad?*.

Siempre a las nueve en punto. Nunca a las diez. Ni siquiera cinco minutos más tarde. Las nueve era la hora a la que lo dejaba para volver a Sharp Point.

—Pero mentías —dijo Albert.

Una noche, la había seguido colina arriba, hacia el bosque, a un lugar al que nadie se atrevía a ir: el Nucleus.

Incluso ahora, tumbado en la cama, volvió a llorar al darse cuenta de que ella procedía de un mundo prohibido. La había amado apasionadamente, *sexualmente*, tantas veces, y sin embargo la verdad lo amenazaba todo.

Embargado por el deseo y la desesperación de conservarla, le había costado hasta la última gota de su fuerza de voluntad no volver a adentrarse en el corazón de aquel lugar maligno aquella fatídica noche.

Y ahora sabía que, si lo hubiera hecho, él no estaría aquí.

—A pesar de todo lo que ha valido mi vida desde el momento en que te perdí.

Durante días después de que ella desapareciera en el Nucleus, soportó la peor pérdida posible. Sentía como si la persona a la que amaba con cada gramo de su ser estuviera muerta. Cuando no regresó la semana siguiente, supuso que los de aquel lugar maldito

ya sabían de su existencia y que le habían arrebatado todas sus libertades.

—¿Y si en realidad nunca me habías querido?

Pasó una semana antes de que volviera a aquel lugar en la colina. Miró hacia la oscuridad prohibida para el mundo de los hombres. Alguien le devolvió la mirada desde la penumbra, y el corazón le dio un vuelco. *¿Es ella? ¿Me mira desde detrás de los árboles?*, había pensado, pero su respuesta había llegado en forma de bala, que pasó silbando a su lado, levantó una lluvia de corteza en el aire y lo hizo huir para salvar la vida.

Al día siguiente, su padre lo había hecho llamar de la mina a la tienda de ultramarinos. Llevaban meses sin hablarse. Albert, un joven destrozado, carecía de la energía para continuar con su rebelión y había acudido de inmediato a la llamada de su padre. Había sido una trampa.

Dos hombres altos, vestidos con endebles prendas de algodón, le habían dado la bienvenida en la tienda. «Hombres de aspecto inmundo». No inmundos de la misma manera que él y sus amigos lo estaban. No había carbón incrustado en su piel ni polvo en su pelo. Inmundos por el asco que le provocaban mientras merodeaban por la tienda, con aire despectivo.

Él sabía quiénes eran y de dónde venían.

Se había disculpado con su padre, que se encogía tras un mostrador, mirando el cañón de su propia escopeta, que uno de aquellos intrusos inmundos y fríos debió de haberle arrancado de sus viejas manos. Entonces les preguntó, sin rodeos, si pensaban matarlo a él o a su padre.

—No me importaba mucho morir en ese momento, tal como me sentía, Roseleigh, pero aquel viejo mulo testarudo no se merecía esto.

Pero lo único que murió aquel día fue el corazón de Albert cuando juró olvidar a Roseleigh y no volver a aventurarse jamás por aquella colina hasta ese lugar oscuro en el bosque.

Satisfechos, los hombres se habían marchado.

—Me dejaron con mi futuro, Roseleigh —Albert se giró de lado—. Trabajar junto a mi padre hasta su muerte, para finalmente

convertirme en el propietario de Ultramarinos Hardy. Solo. Pero resignado. Sin tener nada que ver con tu mundo. Con tu gente. Hasta… sí, hasta entonces. Sus ojos son de dos colores diferentes, igual que los míos. Y su nariz, me atrevería a decir, es larga y huesuda, como la mía. Soy un anciano, Roseleigh. La línea de meta está a la vista. Y acabas de cambiarlo todo. Otra vez. Igual que hiciste hace tantos años.

Se quedó dormido, recordando las últimas palabras que Corrie le había dirigido en aquel día de grandes cambios.

*Necesito su ayuda, padre. Su nieto, Marston, y yo necesitamos su ayuda.*

---

—ALBERT HA ESCUCHADO —dijo Corrie. Estaba de pie detrás de Marston, que se encontraba sentado a la mesa de la cocina, dibujando—. Ha escuchado, y creo que ha entendido. —Le pasó los dedos por el pelo a su hijo—. Puede que yo misma lo hubiera dudado de no ser por esos ojos. Y, por supuesto, por lo mucho que te pareces a él, Marston.

Marston, que apenas había abierto la boca desde que asesinó a su hermana adoptiva, guardó silencio mientras dibujaba.

Ella se inclinó sobre su hombro y vio que estaba esbozando el dibujo de alguien tumbado en el suelo. —Siempre has tenido talento. Siempre tuve tantas esperanzas puestas en ti. Siento que este lugar te haya destrozado la vida.

Observó cómo la mano de su hijo se movía con agilidad mientras añadía definición al rostro de la figura. Pronto se hizo evidente que la persona que yacía en el suelo era un hombre.

—Merithew siempre mantuvo fuertes nuestros lazos con las comunidades de abajo. Era lo que nos mantenía a salvo.

Marston dibujaba ahora una segunda figura de pie junto al hombre tumbado.

—Sus vínculos con Gordon Kane en el Departamento de Policía de Mossbark. El dinero que proporcionaba a los dueños de las

tiendas. Era un ecosistema, Marston; un ecosistema que funcionaba de forma segura. Sin eso, todo nuestro mundo es vulnerable.

Ya empezaba a quedar claro que la segunda figura era una mujer.

—Pero ahora tenemos algo. Tenemos a Albert. Es un comienzo, una nueva conexión. Le he pedido que se reúna con nosotros mañana, y creo que lo hará… Eres tan rápido, Marston. ¿A qué velocidad se mueve tu mente para que dibujes tan deprisa? —Se dio cuenta de que Marston no le estaba poniendo pelo a la figura femenina—. ¿Esa soy yo, Marston?

Él asintió levemente con la cabeza.

Ella pudo distinguir el movimiento porque tenía la mano en su pelo.

Entonces él dibujó algo en la mano de ella.

Observó cómo la forma evolucionaba. Se le heló la sangre. —¿Por qué me dibujas con un cuchillo, Marston?

No respondió. En su lugar, cogió una cera roja y garabateó sobre el hombre tendido en el suelo. Al final, apretó la cera con tanta fuerza que se desmoronó. Gruñía mientras trabajaba, desesperado por ocultar por completo al muerto de rojo. Cuando terminó, dejó caer la cera sobre la mesa. Luego frotó el manchurrón rojo. —Mi padre.

Ella retrocedió un paso, con el cuerpo a punto de hacerse añicos.

# 6

Con un café con un chorrito de whiskey en la mano, el sheriff Gordon Kane llegó a la comisaría y se encontró a Scott dando vueltas delante de su despacho.

—¿Una de esas noches, eh? Odiaba el turno de noche. —Gordon metió la llave en la cerradura—. Algún día, cuando este despacho sea tuyo, muchacho, ya no tendrás que volver a hacerlos.

—La he cagado…

Gordon le sujetó la puerta del despacho a Scott y le hizo un gesto para que entrara. —¿Vale, muchacho? Espero que no tenga nada que ver con ese problemilla del perro con dos rabos, Logan Reed, ¿no?

Scott no entró en el despacho. —No. Hice exactamente lo que me dijiste, jefe. Su camión está ahora en Sharp Point y mi buen amigo Dom lo vio perderse en la nada, borracho como una cuba.

Gordon le guiñó un ojo. —Bien. Entonces, ¿por qué tienes hormigas en el culo, muchacho? Entra.

—Creo que será mejor que vengas a echar un vistazo, sheriff. La he cagado, pero *de verdad*.

Gordon suspiró, cerró la puerta de su despacho y volvió a echar la llave. —Guíame, muchacho.

—Leo, Leo, Leo… —murmuró Gordon para sí mientras le tomaba el pulso al borracho del pueblo—. *Nada. Y más frío que un témpano, para colmo. Hasta luego, Lucas.* —Salió de la celda y se encontró a Scott en la entrada del pabellón de celdas.

—¿La he cagado?

Gordon sonrió. —Solo en la medida en que no has limpiado el vómito con el que se ha ahogado. Ahí dentro apesta que echa para atrás.

—Sí, pero está muerto, ¿verdad?

—Más tieso que la mojama. ¿A quién se lo has dicho?

—A nadie. He intentado llamarte, pero no contestabas.

—Por un buen motivo. Estaba durmiendo. Pero no me refiero a a quién le has anunciado su fallecimiento; me refiero a quién sabe que está aquí.

—Aparte de ti, nadie. Obviamente, Walker sabe que está en una celda contigua otra vez, pero no se comunican, así que no sabrá que está muerto.

—¿Lo registraste al entrar?

Scott negó con la cabeza. —Lo siento, jefe. Lo haré…

—No, está bien, muchacho. ¿Dices que vino a la comisaría por su propia voluntad anoche?

Scott asintió.

—Así que, para concluir, ¿estamos absolutamente seguros de que nadie sabe que está aquí?

—Supongo que a menos que le dijera a alguien que venía para acá. Pero no tiene amigos ni familia, y la mayoría de la gente tiende a ignorarlo, a no ser que le sirvan alcohol en la licorería.

Gordon se quedó pensativo un momento. —Cierra la comisaría durante una hora.

—¿Por qué, señor?

—Tú hazlo. Y avisa a Brad y a Riley de que hoy pueden llegar tarde.

—¿No se preguntarán por qué?

—Sí, pero seguro que no les importará mucho mientras se comen sus dónuts, ¿a que no? Venga, contacta con ellos, muchacho.

—Vale, ¿y luego qué?

—Vuelve a las celdas, y esto es lo que quiero que hagas.

---

Gordon abrió la puerta de la celda de Walker y la deslizó hasta el final. Luego, ocupó el hueco con su corpulenta figura y estiró los brazos para agarrar un barrote de la celda con una mano y apoyar la otra contra el marco de ladrillo.

De espaldas a Gordon, Walker yacía en su litera de cemento desnuda.

—¿Le importa, nenaza? Estoy durmiendo —dijo Walker.

—¿Sin colchón? —preguntó Gordon.

—Puedo dormir en cualquier sitio. Sobre todo aquí. No es que necesite dormir con un ojo abierto, ¿verdad? Hay barrotes entre el mundo y yo.

—¿Ha dormido? ¿De verdad? ¿Con todos esos malditos moratones?

Walker se dio la vuelta. Con los ojos hinchados, miró a Gordon a través de un hueco en su larga melena manchada de sangre. —¿A eso lo llama una paliza? ¡Ja! No tiene ni idea. Algún día, le enseñaré lo que es una paliza de verdad.

—Seamos realistas, Walker. Esa es una oportunidad que nunca se presentará.

—¿Qué quiere, nenaza?

—Presentarle de nuevo esa única oportunidad. —Apartó la mano del ladrillo y levantó un dedo—. Esa única oportunidad que le he estado presentando durante bastante tiempo. ¿Recuerda que le he advertido, una y otra vez, sobre la fecha de caducidad?

—¡Esa fecha de caducidad que nunca llega!

Gordon asintió y sonrió. —Bueno, ¿adivine qué? Ha llegado.

Walker se incorporó en la litera y bajó las piernas para quedar frente a Gordon. Se le quedó mirando antes de estallar en una carcajada, parando y haciendo una mueca de dolor cuando había provocado sus heridas durante un número impresionante de segundos. —En el Núcleo tenemos un dicho, sheriff. «Nada atrapa

mejor a un pez que se debate que las manos desnudas». ¿Sabe lo que significa?

—No, la verdad es que no, ni me interesa.

—Piénselo. ¿Cuántas veces cree que alguien del Núcleo se ha visto obligado a atrapar un pez que se debate?

—¿No demasiadas? No creo que haya muchos ríos por donde usted está.

—Muchas veces, Gordon. —Walker se hizo crujir el cuello—. Muchísimas veces. Siempre nos hemos enfrentado a estos peces que patalean, pero siempre —juntó las manos de una palmada— los atrapamos, los usamos, nos los comemos si es necesario. Porque no hay nada que atrape a un pez que patalea mejor que las propias manos.

—Seguro. Personalmente, yo no tendría paciencia. Prefiero la caña...

—¿Sabe cuál es nuestra broma sobre usted, sheriff?

—No... ¿es graciosa?

Walker sonrió y se puso en pie. —La broma es que, de todos los peces que atrapamos, sheriff Gordon Kane, usted fue el único que no pataleó. Estaba quieto. *Totalmente* quieto. La presa más fácil que hemos cobrado.

Gordon entrecerró los ojos. —Yo también tengo un dicho.

—¿Ah, sí?

—No te fíes nunca de los callados. Se les da bien hacerse los muertos.

Walker sonrió. —No se preocupe. Nunca nos fiamos de usted, sheriff. Simplemente nos sorprendió lo fácil que nos lo puso. —Dio un paso al frente.

—Quieto ahí.

Walker dio un segundo paso.

Scott se colocó junto a Gordon, desenfundando su pistola.

Walker se encogió de hombros y fue a sentarse de nuevo en el catre. —¿Cuándo podré ver a mi abogado?

—No podrá —dijo Gordon—. Nadie sabe que está aquí. De hecho, nadie llegó a saber qué le pasó a Angelita. La enterramos

lejos de aquí. Es donde lo enterraremos a usted hoy si decide dejar que mi oferta caduque.

Walker se mofó. —Aprecio que intente patalear ahora, pececito, pero no me lo trago.

Gordon se volvió hacia Scott. —¿Está cerrada la comisaría?

Scott asintió.

—Bien. —Gordon se giró para mirar a Walker.

—¿Quieres que me encargue de Leo primero? —preguntó Scott.

—No, ya lo haré yo, hijo. Nada me dará mayor placer que patalear para este hijo de puta antes de que lo mandemos al otro barrio.

Walker soltó una risita, negando con la cabeza. —Paparruchas.

—No dejes de apuntarle, Scott, pero ten el dedo quieto. Sé que te tiembla a veces. No quiero tener que quitarte la pistola si no es necesario. Solo se lía todo.

Walker aplaudió. —Vaya actuación.

Gordon retrocedió, mientras que Scott se adentraba más en la celda.

—Es el que mejor puntería tiene del pueblo, Walker. Yo ni siquiera levantaría una ceja. La del ojo derecho, quiero decir. El izquierdo lo tiene hecho un cristo.

Walker volvió a aplaudir.

Gordon sonrió y entró en la celda contigua, que estaba abierta. A diferencia de Walker, a Leo le habían proporcionado un colchón. Gordon se acercó al cadáver. —Lo siento, Leo. No puedo arriesgarme. Con las cosas que has podido oír... —Se inclinó para coger la almohada de detrás de la cabeza del muerto e hizo una mueca ante el olor a vómito que le asaltó las fosas nasales y el fondo de la garganta. Levantó la voz—. Será más fácil de lo que pensaba, Scott. El cabrón está frito.

—¡Lo único que le va a pasar a ese pobre desgraciado —gritó Walker— es que se despertará con dolor de culo!

Gordon sonrió. Sintió una repentina descarga de adrenalina. No recordaba la última vez que se había sentido tan vivo. Apretó la almohada sobre la cara del difunto Leo para tratar de bloquear el creciente hedor a pota. —Mierda, se está despertando. —Gordon

gruñó de forma dramática mientras fingía forcejear con un hombre que se despertaba.

—¡Espero que te parta la cara! —gritó Walker.

Mientras seguía fingiendo un forcejeo, Gordon sopesó lo que estaba a punto de hacer y se alegró de que Leo no tuviera familia ni amigos de verdad en Mossbark; no porque fueran a buscarlo, sino porque tendrían que contemplar los restos del hombre *después*.

Gordon arrojó la almohada a un lado, retrocedió y se mordió con saña su propia muñeca. El dolor lo atravesó, e incluso después de que se le llenara la boca de sangre, mordió más fuerte. Al final, cuando ya no pudo soportarlo más, retiró la cabeza de un tirón y rugió de agonía. —¡Suéltame, *hijo de puta*! —Le dio un puñetazo a Leo en la cara.

—¿Qué pasa ahí dentro? —llamó Scott desde la otra celda.

—Me ha mordido. El *muy cabrón* me ha mordido. —Volvió a golpear al muerto, sintiendo cómo su nariz explotaba contra su puño.

—Sheriff, ¿está bien? Voy a...

—¡*No*! Lo tengo controlado. —Examinó el estado de su brazo. Se había hecho un buen destrozo. Apenas podía ver las marcas de los dientes por toda la sangre—. Mira lo que me has hecho, cabronazo. —Se inclinó y le dio otro puñetazo a Leo en la cara—. ¡Mira lo que has hecho! —Cada vez que lo golpeaba, gritaba más fuerte. Quería sonar como un hombre desesperado al límite.

Salió corriendo de la celda y regresó a la otra. Miró dentro y vio a Scott a treinta centímetros de Walker, con la pistola apuntándole a la cabeza. —¡Mira lo que me ha hecho el cabrón! —Agitó su brazo herido en el aire—. Míralo.

Scott se atrevió a echar un rápido vistazo hacia atrás. —Sheriff, ¿se encuentra bien?

Walker sonrió. —Te está bien empleado...

Gordon rugió. Sacudió los barrotes de la celda. Hizo que pareciera un hombre poseído. —¡Voy a arrancarle la puta cabeza!

Regresó corriendo a la otra celda. Agarró a Leo por el pelo y tiró de él para sacarlo del catre. El cadáver golpeó el suelo con un fuerte «pum». —Nadie te va a reconocer, puto cabrón.

*¡Peces que patalean! Ya te daré yo peces que patalean, Walker.*

Se inclinó, enganchó los brazos bajo las axilas del cadáver y lo arrastró por el suelo de la celda. —Mira mi puto brazo, desgraciado.

Lo deslizó junto a la puerta abierta de la celda de Walker y, justo antes de la pared de ladrillo, giró hacia dentro. Estaba de espaldas a Walker, pero sabía que Scott todavía lo tenía a punta de pistola. No había peligro.

Dejó caer a Leo de modo que su cabeza descansara en la entrada de la celda, junto a la pared de ladrillo, exactamente enfrente de la puerta corredera.

Gordon montó un buen espectáculo. Se giró hacia la pared y la golpeó con los puños. —¡Seguro que me has contagiado el sida, cabronazo! ¡Has mordido hasta el puto hueso! —Pateó la pared y aulló. Se volvió hacia el cadáver y le dio un toque en la cara con la bota—. ¡Despierta! Quiero que sientas cada segundo de esto. —Pateó su cabeza con más fuerza—. ¡Despierta!

—Ese hombre no se va a despertar —dijo Walker a su espalda—. Está frito. Tiene que controlarse...

—Voy a enseñarle lo que es el control, gusano del Núcleo. —Agarró la puerta de la celda y tiró de ella. Se deslizó por los raíles recién engrasados. Se oyó un zumbido, seguido de un crujido espantoso. —Ya es hora de que la gente se despierte —dijo Gordon mientras volvía a abrir la puerta de la celda, obligándose a mirar la cabeza ahora deformada de Leo— y vea lo graves que se han puesto las cosas por aquí.

*Zumbido. Crujido.*

De nuevo, se obligó a mirar, y esta vez sintió una repulsión extrema.

A Leo se le había salido un ojo de la órbita.

—Usted se lo ha buscado.

*Zumbido. Crujido. Zumbido. Crujido.*

La cabeza de Leo se había hundido sobre sí misma.

Era demasiado asqueroso; Gordon cerró los ojos y deslizó la puerta de la celda hacia delante y hacia atrás hasta que finalmente encajó en el marco y el pestillo se acopló a la placa de cierre. Se giró

y, al abrir los ojos, vio primero a Scott, que estaba pálido y temblaba; incluso había bajado el arma, lo cual era peligroso.

Aunque no importaba. Walker se había encaramado a lo alto de su litera y estaba aplastado en la esquina. Tenía los ojos desorbitados y la boca ligeramente abierta.

Gordon se abalanzó y le arrebató el arma de la mano a Scott.

Scott retrocedió bruscamente hasta la otra esquina de la celda, cubriéndose la cara con los brazos. No estaba actuando. A pesar de saber que era una farsa, su joven mente había sucumbido al horror.

Gordon se adelantó, apuntando con el arma a la cabeza de Walker. —Se acabó el tiempo, Walker. ¿Me llama pez? —dijo—. Elija un ojo, o lo elijo yo por usted, maldito gusano. Tres segundos para señalar uno. Uno… —Amartilló el arma—. Dos… Tres…

—*¡Vale… vale!* —dijo Walker, también con los brazos cruzados sobre la cara—. Se lo diré. Le diré cómo entrar.

—No solo va a decírmelo, gusano. Va a enseñármelo, joder.

# 7

Jake encontró a Celestia junto a los restos carbonizados de la iglesia del pastor Banks.

—Espero que no estés presentándole tus respetos a ese cabrón. Era de todo menos un hombre de Dios.

—Por supuesto que no. Ese monstruo y esta iglesia fueron algunas de las cosas que cambiaron a mi padre para peor. La razón por la que estoy aquí, Jake, es porque alguien muy especial murió en este lugar.

—¿La anciana? ¿Gillie?

Celestia asintió.

—Debía de ser especial para ti, entonces. He visto lo que les hiciste a sus colegas.

Celestia lo fulminó con la mirada. —Ellos tomaron sus decisiones. Gillie nunca se habría sentado a escuchar la bilis que soltaba Lynna.

—Aunque puede que ella fuese demasiado mayor para pegar tres tiros certeros en la cabeza.

Celestia se encogió de hombros. —Estoy haciendo todo esto por ella. Si no fuera por Gillie, si no fuera por lo que me enseñó, no tendría el valor para quedarme y luchar por lo que es justo.

—¿Entonces es culpa suya?

Celestia suspiró.

Jake señaló con la cabeza a un grupo de gente en la plaza. —El problema es que Everlyn y sus acompañantes no creen que usted

tenga espíritu de lucha.

Celestia asintió. —¿Sabes que llevan ahí de pie, deliberando, desde que envié a Thaxton a desarmar el bosque del norte?

—¿*Solo*?

Celestia volvió a asentir, esta vez despacio. —Ninguno de los otros quiso ir.

A Jake se le heló la sangre.

Se giró para mirarlo. —Los soldados de Merithew y Griffin ya no siguen al líder.

—Celestia...

—*No sigas*, Jake. No me digas que ya me lo habías advertido.

—No era eso lo que iba a decir.

—Ah, ¿de verdad?

Jake se apartó de ella, con el corazón martilleándole en el pecho. Se mordió la uña del pulgar. Todo había terminado.

—Gillie me enseñó lo importante que era luchar sin violencia —dijo Celestia—. Me contaba las historias; ella siempre era la voz de la razón en ese consejo. No estaba cuando votaron para ejecutar a mi padre. Nunca lo habría aceptado, por eso lo hicieron en su ausencia.

—¿Habría aceptado ella lo que tú le hiciste al consejo?

—No, por supuesto que no, pero ¿qué otra opción tenía?

—Bueno, pues ahora nos hemos quedado sin opciones. Debemos marcharnos —dijo Jake, volviéndose de nuevo.

—No. Voy a terminar lo que he empezado.

—¿*Cómo*? Tú misma has dicho que ya no te apoyan.

—Ellos no. Pero otros en el Núcleo creen en mí.

—¡Sí, pero estos soldados son los peligrosos, no los niños y los granjeros del Foco!

Celestia se encogió de hombros.

—No puedes seguir matando a la gente que se niega a hacer lo que dices. Eso te convierte en una tirana, y estoy bastante seguro de que eso haría que Gillie se revolviera en su tumba.

—No voy a matar a nadie más. Everlyn y los demás simplemente se niegan a desarmar el Núcleo, así que lo haremos nosotros. No les pasará nada si no se alzan contra mí. Quiero que vean lo que podemos lograr. Mañana, una vez que estemos desarmados, iré a

Brady Crossing para hacer las paces con el condado de Mossbark, y todos verán lo que es posible.

Jake observó al pequeño grupo reunido en la plaza. No le hacía falta ser una mosca en la pared para saber de qué estaban hablando. A Celestia se le estaba acabando el tiempo. Si iba a hacer que su estrafalario plan funcionara, cosa que dudaba seriamente que pudiera, más le valía darse prisa.

—Voy a ayudar a Thaxton —dijo Celestia—. ¿Vienes?

Jake asintió. —¿Por qué no? Siempre he querido desarmar cepos para osos.

---

ALBERT CAMINABA por el sendero de tierra que llevaba a la mina abandonada, preguntándose si los sucesos del día anterior habían sido reales o un delirio de una mente que envejece. ¿De verdad una mujer del Núcleo había entrado en su tienda para decirle que él era su padre?

Cuando se desvió del camino de tierra para encarar la entrada de la mina que se adentraba en la ladera de la montaña, vio a Corrie de pie sobre la vía de acero, junto a un carro volcado. Detrás de ella había un muchacho, de espaldas a él, con las manos en la puerta de hierro que sellaba el pozo en desuso.

Había sido real. El corazón le latía desbocado en el pecho y temió que pudiera fallarle en ese mismo instante y privarle de la oportunidad de comprender por completo el misterio de su vida.

Se acercó más.

—Padre —dijo Corrie.

Él se estremeció. La palabra no le sonaba bien. Se preguntó si algún día lo haría. —Corrie. —Señaló con la cabeza al chico que tenía las manos en la puerta de hierro—. ¿Es este...?

—Tu nieto. Marston.

A Albert se le escapó el aliento y le costó recuperarlo. Dio un paso adelante hasta situarse junto a su hija. Sintió la mano de ella

en la parte baja de su espalda. Miró al muchacho, a varios metros de él.

De cerca, Albert vio que la puerta de hierro se había soltado de las bisagras superiores. Había empezado a caer hacia dentro, pero se había mantenido en pie al engancharse en una viga de madera baja, que a su vez también debía de haberse desprendido de su función de sujetar el techo. Sería fácil para alguien colarse por el hueco que ofrecía la puerta inclinada. Se preguntó si Marston lo estaría considerando en ese momento y se estremeció. Nada bueno podía salir de entrar en aquella antigua tumba.

—¿Marston? —dijo Albert.

El chico se giró. A Albert se le cortó la respiración. Creyó estar viendo una versión más joven de sí mismo.

# FIN DEL PRIMER LIBRO

El chico no se giró.

—Marston, gírate y conoce a tu abuelo —dijo Corrie.

Ante la indicación de su madre, Marston obedeció.

Aunque ya sabía que Marston tenía catorce años, a Albert le sorprendió lo menudo que era el chico. Pero tras recorrer al adolescente con la mirada, se dio cuenta de que parecía así por su postura encorvada, como si cargara con el peso del mundo sobre los hombros.

Sintiendo la incomodidad del momento, Albert no se abalanzó a abrazarlo. En su lugar, le tendió la mano en un simple saludo, como hacía con el mensajero que le entregaba su mercancía semanal.

Marston no le cogió la mano a Albert. El pálido muchacho aún no había levantado la vista ni reconocido su presencia, así que ¿quizá no se había dado cuenta de la mano tendida?

—Es un chico tímido —dijo Corrie a su lado—. Pero se alegra de conocerte.

—Claro. No todos podemos ser muy habladores. Yo mismo prefiero una habitación tranquila.

—No ha hablado mucho últimamente. No desde que murió su padre.

—Siento oír eso… De verdad que lo siento. —Dio un paso adelante y, a pesar de la naturaleza inaccesible del chico, consiguió forzarse a posar una mano sobre el rígido hombro del muchacho—. Siento tu pérdida, Marston.

El chico no se apartó, lo cual alegró a Albert; sin embargo, seguía sin levantar la vista.

—Le ha afectado mucho —dijo Corrie—. ¿No vas a preguntar cómo ocurrió?

Albert retiró la mano del hombro de Marston. —No es asunto mío, pero si quieres hablar de ello, te escucho.

—Murió en el Gran Día de la Quema.

—¿Perdón?

—El Gran Día de la Quema. Fue el día en que Griffin quemó la iglesia que el pastor Alton Banks había erigido en el Núcleo. Perdimos a gente en esa iglesia.

—Lo siento. ¿Tu marido estaba en el incendio?

—No, el padre de tu nieto, Sumner, murió en lo que vino después.

Albert tragó saliva.

—Frank Yorke, ¿lo conoces?

Albert se dio la vuelta. —Sí…

—¿Lo ayudaste?

Albert se apartó de ambos. Sintió que las lágrimas amenazaban con brotar. —Yo no lo sabía.

—¿No sabías que sus acciones provocarían un conflicto interno que dividiría nuestra tierra en dos?

Albert bajó la mirada.

—Tenías que saber que lo que le hiciste al hijo de Griffin desataría la furia del monstruo.

Albert levantó la vista. —Yo no maté al hijo de Griffin.

—Pero quemaste su cuerpo para crear la distracción que permitió a Frank Yorke entrar.

—Sí… —Las lágrimas le brotaron de los ojos—. Pero… yo *no* lo sabía. No sabía de vuestra existencia.

—Ayudaste a fracturar nuestra tierra.

Albert se giró y se frotó los ojos. —Si lo hubiera sabido… pero vuestro hogar, el Núcleo, me arrebató… me arrebató lo único que he amado en mi vida. —Miró a su nieto, cabizbajo, y a su hija, que parecía un comando con la cabeza rapada. ¿Hasta qué punto estaban destrozadas estas personas, sus parientes vivos más cercanos? Por su culpa. Por lo que había acordado hacer con Frank.

Ella bajó la vista hacia la vía de acero sobre la que estaba y se frotó el rabillo del ojo con la palma de la mano. —Te perdono. No tenías por qué saberlo… Padre.

Él dio un paso adelante, sintiendo que la esperanza florecía en su interior. —Sí… esa es la verdad. No lo sabía. Así que déjame ayudarte ahora… Déjame compensarlo.

Ella mantuvo la vista baja. —Es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? ¿Estáis en peligro?

Ella asintió y miró de reojo a su hijo.

Albert también miró a Marston, que ya se había vuelto a concentrar en la puerta de hierro. —Salid del Núcleo ahora. —Albert le puso una mano en el brazo—. Venid conmigo, tú y Marston.

Ella negó con la cabeza y volvió a mirarlo. —¿Qué solucionaría eso?

—Podré manteneros a salvo.

Ella negó con la cabeza.

—He tenido que valerme por mí misma bastante tiempo. No soy un viejo frágil.

—No es eso lo que me preocupa. Me preocupa mi gente. No puedo abandonarlos a lo que se avecina.

—¿Que se avecina? No entiendo…

—Frank Yorke y Celestia están desmantelando nuestras defensas.

—No lo entiendo.

La escuchó mientras ella le explicaba cómo estaban desarmando el Núcleo.

—Estamos todos aterrorizados —dijo Corrie—. *Yo* estoy aterrorizada. Hay drones sobrevolando…

—*Mierda…* sí, lo sé. —Albert suspiró—. Es el Sheriff Gordon Kane. Planea actuar contra vosotros. Me pidió que lo ayudara. Te alegrará

saber que lo mandé a paseo.

Corrie se soltó de la mano que la sujetaba del brazo y retrocedió, llevándose una mano a la boca. —¿Te pidió ayuda *a ti*? ¿Cuánta gente lo está ayudando?

—Solo tiene tres agentes. Aparte de eso, no sé de nadie más. Con suerte, no hay ninguno. ¡No creo que ellos cuatro solos puedan con el Núcleo!

—¿Por qué te negaste a ayudarlo? No sabías de nuestra existencia.

Albert dio un paso adelante. —Por Frank. Es mi amigo. No voy a…

—¡Frank es el problema! Está derribando nuestros muros para que puedan acabar con nosotros.

—No puedo creer que…

—Créelo, *padre*. Ahora mismo podrías entrar por el bosque del sur si no me crees. Nada te detendrá. Todas las trampas han desaparecido.

—¿De verdad? ¿Por qué haría eso? Tendría que saber que es una mala idea.

Corrie se encogió de hombros. —Ven conmigo al Núcleo, padre. Ven y velo tú mismo.

—Yo… yo… —Albert se mordió el labio inferior. Saboreó sangre y se detuvo—. ¿De verdad es una buena idea?

Se volvió hacia la mina. —Marston, tenemos que irnos.

—¡Espera, espera! —Albert levantó las palmas de las manos—. ¿Seguro que no es mejor que salgáis del Núcleo y vengáis conmigo? ¿Quizá lo que va a pasar es inevitable de todos modos? Aunque Celestia y Frank estén acelerando el desenlace.

Ella miró a Albert con furia. —Celestia planea marchar sobre Brady Crossing y hacer las paces en los próximos días.

Los ojos de Albert se abrieron de par en par. Sonaba tan ridículo.

—Lo sé, y *tú* lo sabes, padre, que así está declarando una veda abierta contra nosotros.

Albert negó con la cabeza. No quería creerlo.

—Vamos, Marston. —Corrie dio un paso adelante y rodeó los hombros de su hijo con el brazo. Lo hizo girar. Parecía tan frágil,

como un anciano decrépito con cara de niño.

Atravesaron la vía de acero, pasando junto a la vagoneta volcada.

Albert tragó saliva. Así que ahí estaba, el misterio de su vida finalmente revelado. Pensó en su tienda: una vida tranquila hasta el final de sus días. Vio a su familia alejarse, dirigiéndose hacia el fuego y la furia. —¡Esperad! Voy con vosotros.

Al menos el fuego y la furia le ofrecían un propósito.

# 8

Walker había advertido de que tardarían una hora más o menos en abrirse paso entre los árboles y la maleza que cubrían la ladera más septentrional de la colina. Mientras lo seguían, Walker farfullaba para sí, de forma un tanto frenética. Sin duda, presenciar cómo le aplastaban el cráneo a alguien como aperitivo de un plato principal, que consistía en que le aplastaran a uno su *propio* cráneo, le había provocado ese estado.

Gordon y sus tres subalternos, Brad, Scott y Riley, seguían a Walker en fila india para asegurarse de no pisar ninguno de los cepos para osos que estaban abiertos, y de los que había muchos. Los cuatro llevaban fusiles colgados al hombro.

Tal era el estado de Walker que Gordon no dejaba de esperar oír el chasquido del metal contra el hueso. Por ello, se estremecía cada vez que una rama de helecho crujía bajo el pie de aquel idiota. Era sumamente irritante.

—Llevamos cuarenta minutos y no veo más que cepos para osos y mierda de ciervo —dijo Gordon.

Sus subalternos se rieron.

—A nadie le interesa ir más deprisa —dijo Walker.

—Aquí mis intereses son los únicos que importan, Walker. Pero puede tomarse su tiempo. Si nos está tendiendo una trampa, quiero matarlo personalmente. No quiero que se desangre a chorros por pisar un cepo y tomar la salida fácil.

Walker continuó guiándolos entre las fauces metálicas. Ahora los cepos aparecían con más frecuencia y más juntos.

—¿Qué espera conseguir cuando lleguen allí? —preguntó Walker —. Con fusiles o sin ellos, cuatro de ustedes no serán suficientes.

—Tiene razón —dijo Gordon—. Esto es un reconocimiento. La batalla queda para otro día.

Walker gruñó. —Ni con estrategia tendrían la más mínima oportunidad.

—La próxima vez vendremos con un ejército. En fin, fíjese por dónde pisa. Necesito que sus piernas estén intactas para el camino de vuelta.

Walker masculló algo.

—¿Qué ha dicho, gusano? —preguntó Gordon.

—He dicho que me alegro de ser tan importante para usted.

—Lo es, Walker. No subestime cuánto.

---

Thaxton presionó con un palo la placa redonda del centro del cepo para osos y las mandíbulas de acero lo partieron en dos. —Dieciocho. —Recogió el cepo desactivado y lo metió en un gran saco de escombros.

Como cada cepo pesaba más de nueve kilos, solo metía cuatro en cada saco. Los iría dejando por el camino para que un grupo de ellos pudiera cargarlos más tarde en el Focus.

Se le hacía extraño realizar esta tarea solo. El otro día, en el bosque más meridional, habían sido cinco. Pero Everlyn y sus colegas se habían negado a venir hoy. Sabía por qué, por supuesto. Habían decidido que ya era suficiente, que seguir desarmando el Núcleo era un suicidio.

Él había rechazado la invitación de quedarse con ellos, no porque estuviera en desacuerdo, sino porque Merithew había sido su mejor amigo y Celestia siempre había sido como de la familia para él. La había ayudado antes y estaba más que dispuesto a volver a hacerlo.

Cogió otra rama y se dirigió hacia su decimonoveno cepo del día...

*¡Clac!*

Otro cepo para osos se había activado en la distancia.

Respiró hondo y se agachó para coger el fusil que había junto al saco de escombros.

---

—¿Qué cojones? —siseó Gordon, examinando el cepo cerrado, y se dio la vuelta.

Justo detrás de él, la cara colorada de Riley lo decía todo.

—¿Qué has hecho?

—Lo siento, jefe. Estaba mirando el móvil y... se me ha caído. —Señaló el cepo cerrado—. ¿Crees que se ha roto?

*Imbécil.* —¿Tú qué coño crees? —Gordon negó con la cabeza—. ¿Por qué andas con el maldito móvil, Riley?

—Necesitaba avisar a mi madre de a qué hora volveré para cenar.

Scott y Brad soltaron una risita.

—Bueno, espero que consiguieras mandar el mensaje —dijo Gordon—, antes de que posiblemente arruinaras nuestra misión.

Riley tragó saliva y negó lentamente con la cabeza. —En realidad, no había cobertura.

Los otros subalternos volvieron a reírse.

Gordon se dio la vuelta de nuevo, murmurando: —Dame paciencia.

Walker resopló. —Ya veo por qué necesita un ejército.

Gordon le tocó la nuca con la boca del fusil. —Póngase en marcha de una puta vez... —Más adelante, Gordon vio movimiento —. ¡*Mierda*!

Estallaron los disparos.

*¡Trac!* Una lluvia de astillas de un tronco cercano salpicó la cara de Gordon.

—¡A cubierto! —gritó Gordon.

Sus tres subalternos no necesitaron que se lo dijera dos veces. Sin pensárselo dos veces con respecto a los cepos, se lanzaron a cubrirse detrás de los árboles.

Walker, percibiendo su oportunidad, se lanzó hacia delante y echó a correr.

Gordon se arrodilló mientras el hombre alto se asomaba por detrás del árbol para volver a disparar.

*¡Plaf!*

Más astillas salpicaron a Gordon.

Gordon levantó el rifle y lo mantuvo apuntando al punto exacto donde la cabeza y el torso del hombre habían aparecido apenas unos instantes antes. Por el rabillo del ojo, vio a Walker huir, pero resistió el impulso de girar el rifle hacia la espalda de ese cabrón; primero, tenía que librarse del peligro inmediato. Pegó el ojo a la mira. *Vamos, hijo de puta...* La clara comprensión de que su agresor podría salir por el *otro*

lado del árbol le oprimió fríamente el corazón. *No dudes... confía en tus instintos. Vamos, hijo de p…*

El hombre eligió el mismo punto de nuevo, y la fuerza de la bala de Gordon lo lanzó hacia atrás.

—¡Walker! —le gritó Gordon a la figura que huía—. ¡Alto o le disparo en la puta espalda!

Su advertencia solo pareció espolear a Walker, que iba esquivando trampas en su retirada.

*¡Joder! ¡Joder!* —Riley, esto es culpa tuya. —Gordon miró hacia atrás—. ¡Ve a por él de una puta vez!

Riley salió de detrás del árbol; su rostro pálido y su falta de urgencia eran un claro indicador de que esa era una orden que no quería seguir.

—¡Ahora!

—Sí, sheriff —dijo Riley, con cara de ir a vomitar. Pasó corriendo junto a su jefe arrodillado.

—Que alguien vaya con él. Iría yo mismo, pero mis piernas ya no son lo que eran.

Y la verdad es que no lo eran. Incluso ahora, le costaba ponerse en pie.

—¡Yo iré! —gritó Brad y salió corriendo tras Riley, que tendría que darse mucha más prisa si quería tener alguna esperanza de alcanzar a Walker.

—Sheriff —dijo Scott, acercándose a su lado y ofreciéndole la mano.

Gordon la cogió. Gruñó al levantarse. —La hemos cagado.

—Esperemos poder arreglarlo.

—Bueno, no podemos empeorarlo más...

Oyeron el chasquido de una trampa, y Brad cayó al suelo, gritando.

---

Albert abrió los ojos como platos cuando el centinela, Lyman, activó la barrera levadiza para la camioneta de Corrie en la entrada. —Pensaba que nadie entraba en el Núcleo; nadie vivo, quiero decir.

—Las cosas han cambiado. —Corrie miró a su hijo en el asiento trasero, que había estado mirando por la ventanilla todo el viaje, pálido como un fantasma—. Además, Lyman entiende lo que está pasando aquí. Está de nuestro lado.

—¿Qué es lo que entiende?

—Que nuestro mundo corre un grave peligro. —Atravesó la barrera y se metió por un camino de tierra.

—¿Y dónde entro yo en todo esto?

—Con el conocimiento de lo que el sheriff está planeando en Mossbark. Solo tienes que contarles lo que me has contado a mí. Eres la prueba de que el camino de Celestia no es el correcto. El resto, creo, será fácil.

—No quiero verme envuelto en ningún acto de violencia, Corrie...

—Entonces, ¿por qué el rifle?

—Acabo de cruzar la frontera del Núcleo. Solo estoy guardando las apariencias para que no parezca que soy un completo suicida.

Tras aparcar, Corrie y Marston condujeron a Albert hacia una pequeña comunidad de cabañas de madera y niños que jugaban en jardines cuidadosamente atendidos.

Abrió los ojos como platos una vez más.

—Esto es el Foco —dijo Corrie.

Mientras marchaban por la zona, las reacciones de los residentes fueron diversas. Algunos, vestidos con su habitual ropa holgada de algodón de colores apagados, simplemente siguieron cuidando el jardín, jugando con sus hijos o desollando ciervos recién cazados, al tiempo que ofrecían un breve asentimiento con la cabeza y una mirada recelosa. Otros se acercaron directamente a Corrie y exigieron saber quién era él.

—Mi padre. Mi madre encontró el amor en el pozo negro que es Brady Crossing, de entre todos los sitios.

Un hombre, que llevaba un delantal salpicado con la sangre de un ciervo, la señaló. Albert observó, con asco, que tenía algo de pelo pegado a la sangre de la mano. —¿Entonces, es usted una mestiza, Corrie? —preguntó el carnicero.

—Lo soy, Leander. ¿Le preocupa eso?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De este forastero al que acaba de escoltar hasta aquí.

Albert apretó la mano en la correa del rifle que le cruzaba el pecho, alegrándose de repente de haberlo traído.

—Trae información para compartir con nuestra gente —dijo Corrie.

—Ya veo. Adelante, entonces. Compártala.

—Venga a la plaza en treinta minutos. Traiga a toda la gente que pueda reunir.

Leander entrecerró los ojos y la observó por un momento antes de dedicarle un cauteloso asentimiento. Luego se dio la vuelta.

Albert miró a Corrie. —No parece que haya causado una buena impresión...

Un disparo.

—¿Cazando? —dijo Albert.

—No a esta hora. Está prohibido tan temprano. Por aquí... —Corrie señaló hacia el bosque y echó a correr.

Tras oír el disparo, Celestia se apartó de la iglesia calcinada y señaló con el dedo a lo lejos. —¡El bosque... *Thaxton*! —gritó, y echó a correr.

Jake le gritó: —¡Vamos desarmados! Deja que se encarguen los soldados...

Celestia lo ignoró y aceleró el paso.

Jake observó cómo los intrigantes soldados salían disparados de la plaza. Estaban más cerca del bosque_—_el que quedaba más al norte_—_ que Celestia y, sin duda, llegarían primero. Sintió cierto alivio, pero no el suficiente para impedirle salir tras ella. Como era un buen corredor, y mucho más alto que Celestia, redujo la distancia con ella, y llegaron uno al lado del otro a la plaza.

---

Albert llegó al linde del bosque.

La mano de Corrie salió disparada para detenerlo. —Aún no se han desactivado todas las trampas aquí.

Albert se inclinó, agarrándose las rodillas y boqueando en busca de aire.

—Dame tu fusil —dijo Corrie.

Albert negó con la cabeza y se enderezó. Tomó otra bocanada de aire y consiguió hablar. —Acabo de encontrarte… —respiró hondo de nuevo—. No voy a arriesgarte. —Miró hacia atrás y vio que su nieto Marston no lo había seguido. Menos mal.

Se giró justo a tiempo de ver a un hombre salir bruscamente de detrás de un árbol, a unos diez metros de distancia. Albert levantó el fusil.

El hombre se acercaba a gran velocidad. Si la advertencia de Corrie sobre las trampas era cierta, se la estaba jugando.

El tendero se llevó la mira al ojo.

—¡No! —Corrie le bajó el fusil de un tirón—. ¡Es Walker! Es de los nuestros. *¡Walker!*

—¡Sí! —gritó el hombre que corría—. No estoy solo; están de-

Otro disparo. Fue como si a Walker le hubieran dado un empujón por la espalda. Con el pecho hacia fuera y los brazos agitándose, cayó al suelo.

Corrie echó a correr hacia él.

—¡Corrie! —gritó Albert.

Ella siguió corriendo, claramente decidida a llegar hasta el hombre herido que se retorcía en el suelo.

Con la mira pegada al ojo, Albert barrió con el fusil la arboleda que tenía delante, buscando al tirador. —¡Corrie, vuelve aquí!

Ella salvó la distancia que la separaba de Walker, se arrodilló a su lado y le sujetó la cabeza.

Entonces Albert vio al tirador salir de la maleza con un fusil en alto.

De niño, Albert había cazado a menudo con su padre y tenía una puntería excelente. Disparó con la esperanza de que la vejez no le hubiera mermado la puntería. Su disparo fue tan certero como siempre.

La cabeza del hombre se echó hacia atrás y cayó de espaldas entre la maleza.

El anciano mantuvo el arma apuntando al bosque por si aparecía alguien más.

—Walker está muerto —gritó Corrie.

—De acuerdo —dijo Albert, oyendo a gente correr detrás de él—. Ahora vuelve aquí, por favor. —Sintió el cañón de un arma presionándole la nuca.

—¿Quién es usted? —preguntó una mujer.

---

A Gordon y a Scott les costó un gran esfuerzo abrir las fauces de la trampa. Brad gimió todo el tiempo. Y con razón. Tenía el pie colgando.

Scott sintió un sabor a bilis al examinar los restos del tobillo destrozado de su hermano y la sangre que brotaba de él. —Aguanta,

Brad. ¿Me oyes? Aguanta como un *jodido* campeón. —Se arrancó la camisa beis de ayudante del sheriff, dejando al descubierto una camiseta de manga corta—. Va a doler como el infierno, hermanito, pero tengo que detener la hemorragia.

—¡No me llames así! —siseó Brad entre dientes—. ¡Somos gemelos, joder!

—Naciste el segundo, hermano. —Le ató la camisa justo por encima del tobillo destrozado de Brad. Apretó el torniquete improvisado todo lo que pudo mientras Brad gemía—. Y no lo olvides.

—Callaos los dos —dijo Gordon—. Necesito escuchar.

Scott se dio cuenta de que Gordon miraba a lo lejos, escuchando el sonido distante de una multitud cada vez mayor.

—Tenemos que irnos, ahora —dijo Gordon.

—¿Y Riley? —preguntó Scott.

—Está acabado. ¿Has oído esos disparos? Nos vamos *ahora*.

Scott se movió para colocarse junto a Brad. —Pásame el brazo por encima, Brad…

—No —dijo Gordon—. Déjalo.

—¿Qué? —Scott sintió el brazo de su hermano rodearle el cuello.

—Nos retrasará. Nos cogerán. Y entonces moriremos todos.

—Voy a correr el riesgo.

Gordon levantó el fusil y apuntó a la cabeza de Brad. —Dime que sí. Es mucho mejor que se vaya ahora, rápido, que a manos de estos salvajes.

Scott le frunció el ceño a Gordon. Ya no reconocía a aquel hombre. —Jefe, yo me encargo.

—Eres un necio.

—Tú adelántate. El riesgo es mío.

—Como quieras. No digas que no te lo advertí —dijo Gordon y se adentró en el bosque.

—Aguanta, Brad. Agárrate a mí con todas tus fuerzas. —Scott empezó a levantarse—. No hagas ni un ruido…

Scott sintió el cuerpo de su hermano temblar bajo la fuerza de intentar reprimir un grito gutural. Parte de él se escapó, pero era comprensible. La agonía debía de ser indescriptible.

Scott rodeó con su brazo la cintura de su hermano para darle más apoyo. —¿Estás listo?

—No…

—Tú puedes, hermanito.

—No vuelvas a llamarme…

—*¡Vamos*! —Scott empezó a alzar a su hermano para que avanzara.

—Así vamos a ir demasiado lentos.

—Tenemos que ir despacio. Hay trampas por todas partes y ya no tenemos a Walker.

Scott recordó los patrones de las trampas. Era más seguro dejar el mayor espacio posible entre ellos y los árboles, ya que la mayoría de las trampas se concentraban alrededor de los troncos, así que arrastró a su hermano hacia adelante, manteniendo la mirada fija en el suelo para buscar esos destellos metálicos y para asegurarse de mantenerse siempre a varios metros de cada árbol que se aproximaba.

# 9

Everlyn, Fern y Glynnie estaban de pie junto a los cadáveres de sus dos soldados caídos. Habían transportado a Thaxton y a Walker desde el linde del bosque más septentrional hasta la plaza. Allí habían depositado a los héroes caídos, en el centro, para que la comunidad se congregara a su alrededor y reconociera el mal que se había cernido sobre su tierra.

Al principio, un murmullo de agitación se alzó entre la multitud que se iba congregando, en la que también había niños. Sin embargo, la llegada y el grito de angustia de la esposa de Thaxton, Cathanne, sumió a todos en el silencio.

Se abrió paso a empellones entre la multitud y contempló a su marido. —¡Thaxton! —cayó de rodillas y le cogió la mano inerte, antes de apretar su propia cara contra la mejilla fría de él.

Corrie reprimió una sonrisa. Aquello estaba saliendo mucho mejor de lo que había esperado. Le tocó el brazo a Albert para llamar su atención.

Él asintió, indicando que estaba listo, pero no la miró, y su rostro ceniciento sugería que estaba lejos de mantener la compostura.

No le sorprendió. Después de verse obligado a disparar al intruso, Everlyn le había puesto una pistola en la cabeza. Si Corrie no hubiera vuelto corriendo desde el cadáver de Walker en ese instante, bien podría haber llegado demasiado tarde para sujetar la mano de Everlyn.

Corrie condujo a Albert hasta la plataforma elevada al borde de la plaza, donde Celestia se había plantado varios días antes para admitir el asesinato de los ancianos y ofrecer una causa justa. Corrie subió los escalones de la plataforma, con Albert justo detrás.

Mientras tanto, Cathanne echó la cabeza hacia atrás, alzó la vista y gritó: —¿Quién ha matado a Thaxton?

La multitud retrocedió.

—¡Celestia! —voceó Corrie.

La multitud se giró como un solo hombre para mirar hacia la plataforma.

—Lo ha matado en el momento en que ha bajado nuestras defensas.

---

—Ya no estás a salvo aquí —le dijo Celestia a Jake en la mesa de su cabaña.

—Ninguno de los dos lo estamos.

Jake recordó el caos en el linde del bosque más al norte: los soldados discutiendo entre ellos sobre cuál era la mejor forma de proceder mientras otros arrastraban los cuerpos fuera de la maleza. Pero lo que más había sorprendido a Jake había sido la presencia de Albert y la revelación que le había hecho:

---

—¿Albert?

El anciano se había girado para mirarlo, pero no con una mirada cálida; en su lugar, era una similar a la que le había dedicado al llegar a Mossbark hacía tantos meses y entrar en Hardy Conveniences: fría y llena de desprecio.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó Jake.

—Ha cometido un error, Frank. Un error *garrafal*. No entiende lo que está haciendo aquí.

Jake frunció el ceño. —Explíquese, Albert. Por favor.

—Lo que ha pasado aquí es solo el principio. Van a venir más. Muchos más.

—¿Desde cuándo le ha importado este lugar? Y, de nuevo, ¿qué demonios hace aquí? Me cuesta encontrarle el sentido a todo esto.

—¿Por qué? —Corrie se adelantó y puso una mano en el hombro de Albert—. Mi padre tiene todo el sentido del mundo.

*¿Padre?* Los ojos de Jake se abrieron como platos.

—Está aquí para ayudar a limpiar el desastre que usted y esta cría han causado.

Celestia se mordió la lengua para no responder. —Cuidado con cómo habla de su líder, Corrie.

—¿Padre? —le preguntó Jake a Albert, todavía atascado en la revelación de su amigo—. ¿Cómo puede ser…?

—Usted *no* es mi líder, Celestia —dijo Corrie y asintió hacia Everlyn.

Everlyn e Ibre se acercaron a ambos lados de Celestia y Jake con los rifles en alto.

—Así que, ¿así es como elige expresar su descontento? —le preguntó Celestia a Everlyn—. Convirtiéndose en una traidora.

—Se le advirtió —dijo Everlyn—. Mire lo que ha pasado.

—Llévelos de vuelta a su cabaña —dijo Corrie—. ¿E Ibre?

—¿Sí?

—Haga guardia.

—¿Qué demonios está haciendo, Corrie? —preguntó Celestia.

—Voy a dirigir una reunión en la plaza… para que podamos decidir qué hacer con usted.

---

Llevaban casi veinte minutos sentados a la mesa.

—A la mierda con esto —dijo Jake, poniéndose en pie—. No voy a morir sentado.

—Estate quieto. Mi gente entrará en razón.

*¿Lo harán?*, pensó Jake, imaginando que los acontecimientos en el bosque habrían bastado para sumir a la mayoría de los aproximadamente treinta residentes que quedaban en las profundidades de la paranoia. Se acercó a la puerta principal de la cabaña.

—No seas estúpido, Jake. Ibre te disparará.

—Se nos han acabado las opciones. —Levantó la mano para llamar.

—No, espera… —dijo Celestia—. Hay otra manera.

Jake se giró para mirarla.

Ella negaba con la cabeza. —Sigo pensando que es mejor…

—¿La otra manera?

—Detrás de la televisión, en mi habitación. Los listones están sueltos. Por ahí me colaba para que mi padre no me viera cuando llegaba más tarde de la hora.

—Espera aquí.

—No. Si vas a armar un follón, quiero estar en el centro contigo.

---

—¿Qué defendemos? —preguntó Corrie desde la tarima, recorriendo a la multitud con la mirada.

La gente agachó la cabeza.

—¿Qué defendemos cuando permitimos que *esto* les suceda a las personas que queremos?

Esperó.

—¿Nadie quiere responder?

Leander, el hombre que antes había desafiado a Corrie por llevar a Albert al Núcleo, dio un paso al frente. —¿Dónde está Celestia? ¿Dónde está nuestra líder?

—Está en su cabaña. Permanecerá allí hasta que decidamos cómo proceder.

—Hasta que decidamos nosotros —dijo Leander—, ¿o tú?

Corrie negó con la cabeza. —No has entendido la situación, Leander. No estoy aquí con la intención de usurpar el poder.

Simplemente estoy señalando un problema; un problema del que todos, *tú incluido*, Leander, somos conscientes, un problema que amenaza nuestra existencia. —Volvió a recorrer a la multitud con la mirada—. Sin embargo, si todos los aquí presentes apoyáis a Leander en su petición de que vuelva Celestia, no lo impediré. No obstante, me temo que ignoraréis los sucesos de hoy por lo que son: una seria advertencia de los horrores que están por venir. —Le puso la mano en el hombro a Albert—. Mi madre se apartó del Núcleo y este hombre, Albert, es mi padre biológico. —Dejó que un murmullo nervioso se extendiera entre la multitud antes de interrumpirlo—. Está aquí buscando lo mejor para mí. Y, por lo tanto, para vosotros. Escuchad lo que tiene que decir.

---

Tras escapar por los listones sueltos de la habitación de Celestia y eludir a Ibra, que estaba de guardia en la puerta de la cabaña, Jake y Celestia se dirigieron a la plaza y entraron en el Pináculo por la puerta trasera. El Pináculo era una gran estructura que acogía eventos, fiestas y servía de lugar de reunión cuando las lluvias arreciaban.

Con cuidado, por si había alguien dentro, Jake y Celestia avanzaron hacia la parte delantera del edificio, sorteando zonas de asientos, una barra improvisada y una pista de baile. Cuando llegaron a las ventanas frontales que daban a la plaza, se agacharon bajo ellas y se asomaron por encima del alféizar. No los verían. La multitud estaba a una distancia considerable, con la vista fija en la tarima elevada sobre la que Corrie estaba de pie junto a un hombre que se dirigía al público.

Jake negó con la cabeza, pues el mundo era un lugar extraño. Albert, padre de una residente de un lugar que despreciaba, estaba advirtiendo al Núcleo de una gran amenaza para su existencia.

—Gordon no parará hasta que el Núcleo desaparezca. —Albert retrocedió, indicando que había concluido.

—No puedo creerlo —le susurró Jake a Celestia—. ¿Es siquiera verdad? ¿De verdad Corrie es *hija* de Albert?

—No lo sé —dijo Celestia—. De verdad que no.

Corrie dio un paso al frente. —Os han vendido una mentira. —Señaló a un anciano en la primera fila del público—. ¿Lo ves ahora, Leander?

Leander asintió y, con la cabeza gacha, se dio la vuelta y regresó al resto del público. Mientras lo hacía, los soldados, liderados por Everlyn, marcharon hacia la tarima.

—¡Merithew lo derribó todo! ¡Griffin lo pisoteó! ¡Y ahora, Celestia está barriendo los restos de nuestra otrora gran tierra hacia el fuego! Propongo que volvamos a como era antes, a lo que Althea nos prometió.

Jake sintió que Celestia le agarraba del brazo.

—¿Qué pensamos todos de esto? —preguntó Corrie a la multitud.

Jake examinó la multitud de rostros mientras se miraban unos a otros. No necesitaba esperar la respuesta. Sabía lo que iba a pasar.

Celestia apretó más fuerte.

Las botas resonaron en los escalones cuando Everlyn los subió hasta la tarima, con Fern y Glynnie siguiéndola de cerca. Ibra seguiría de pie frente a la cabaña de Celestia, sin tener ni idea de que se habían escapado.

—¿Qué pensamos? —alzó la voz Corrie.

—¡Volvamos a como era antes! —gritó alguien.

—¿Solo eres tú, *Olin*? —preguntó Corrie, asintiendo—. ¿O alguien más quiere pronunciarse?

El agarre de Celestia le estaba haciendo daño a Jake en el brazo.

—¡Yo estoy de acuerdo! —exclamó alguien.

—Gracias, *Nella*. ¿Pero solo vosotros dos? Mirad a vuestros hermanos muertos, Thaxton y Walker. ¡Miradlos, gente del Núcleo, y decidme cómo debería ser!

Jake le puso la mano sobre la de Celestia.

—¡Y yo!

—¡Sí, y yo!

—¡Y yo!

—Tenemos que irnos —dijo Jake, mirando a Celestia a su derecha. Esperó su respuesta, pero ella se limitó a mirar fijamente a través de la ventana.

Jake se volvió para ver cómo Everlyn y los dos soldados se desplegaban en la tarima detrás de Corrie y Albert mientras, uno por uno, los miembros de la multitud gritaban su apoyo.

Un grito provino del hombre al que había llamado Leander. —¡Volvamos a las viejas costumbres!

Otro grito vino de la mujer a la que había llamado Nella. —¡Muerte a los de fuera!

Corrie asintió y repitió: —Muerte a los de fuera.

La multitud cobró vida y coreó: *—¡Muerte a los de fuera!*

—Siendo yo uno de dichos forasteros, estoy bastante ansioso por irme ya. —Jake volvió a mirar a Celestia.

A la joven, que solo había querido lo mejor para su gente, le corrían las lágrimas por el rostro.

---

*—¡Muerte a los de fuera!*

Albert tragó saliva y miró a su hija a su lado.

Ella lo miró a los ojos, sonrió y articuló sin sonido: *Gracias*.

*—¡Muerte a los de fuera!*

*¿Era él uno de los forasteros?* —¿Soy…?

Ella se llevó un dedo a la boca y él se calló. Le agarró la parte superior del brazo con la mano izquierda. Mantuvo el contacto visual con él y le dedicó un rápido asentimiento.

Él se lo tomó como una reafirmación. *Dios, cómo te pareces a tu madre*.

*—¡Muerte a los forasteros!*

Manteniendo la mano izquierda en la parte superior del brazo de él, alzó la derecha. La multitud se calmó rápidamente y el silencio se posó como un manto sobre la plaza.

—Quiero dar las gracias a Albert Hardy, *mi padre*, por traernos la verdad —dijo en voz alta a la multitud mientras mantenía la mirada

fija en Albert—. Sin sus palabras, quizá no estaríamos tan preparados como lo estamos ahora.

Albert apartó la mirada de su hija para observar a la multitud, que lo miraba con rostros severos. Se le formó un nudo en el estómago.

—Sin él, puede que incluso me hubiese caído en el bosque.

Todos los pares de ojos de la multitud se clavaron en él.

Albert sintió el sabor amargo de la bilis en la garganta.

Corrie retiró la mano del brazo de él. —Pero es un forastero. Y ahora demostraré mi compromiso con las viejas costumbres. —Giró la cabeza hacia los tres soldados desplegados tras ellos y asintió con un gesto rápido.

Se acercaron rápidamente y, antes de que pudiera jugarse el cuello saltando de la plataforma, dos de aquellos cabrones le habían aferrado los brazos. —*¡Basta!*...

La multitud ahogó sus protestas con una ovación.

Intentó zafarse, pero no era rival para sus asaltantes, más jóvenes y fuertes que él.

Lo giraron para que se encarara con la multitud vociferante.

Corrie se puso delante de él. —Un forastero aquí es una prueba de la fragilidad que ha traído Celestia.

—¡Tú me trajiste aquí! —gritó Albert.

No se le oyó por encima de la multitud, que coreaba: «*¡Forastero! ¡Forastero! ¡Forastero!*».

Corrie se giró para mirarlo, dando la espalda a la multitud.

Él negó con la cabeza. —¿Cómo has podido?

El tercer soldado se adelantó y puso un cuchillo en las manos de Corrie.

A Albert se le heló la sangre; era un cuchillo de destripar.

«*¡Forastero! ¡Forastero! ¡Forastero!*».

—¿Y qué hay de Marston? —preguntó Albert, temblando—. ¡Está mirando! Mi nieto está mirando.

Ella estaba lo bastante cerca para oírlo por encima de los cánticos de la gente, pero no respondió.

—¡Soy tu padre, Corrie!

«*¡Forastero! ¡Forastero! ¡Forastero!*».

Se inclinó hacia él y siseó: —Y te doy las gracias, padre, por granjearme su simpatía. —Le desgarró la camisa de algodón. Los botones cedieron con facilidad.

Luchó contra el agarre de los soldados, pero fue inútil y al final se desplomó, sin aliento. Se le anegaron los ojos de lágrimas mientras miraba a los de la hija cuya existencia había descubierto el día anterior. *Esos ojos. Azules y verdes. Son los míos. Y esos hoyuelos en sus mejillas. Son de Roseleigh. Qué hoyuelos tan bonitos...*

Sintió una presión en el vientre. Dejó caer la cabeza hacia atrás cuando el dolor abrasador se hizo presente. Los gritos de la multitud y los suyos propios ahogaron, por suerte, los sonidos de la hoja abriéndose paso a través de su estómago.

Cuando su hija se apartó de él, los soldados lo soltaron y él se tambaleó hacia delante, sujetándose las entrañas, mirando a la multitud mientras se le nublaba la vista. Creyó que aún podía oír sus cánticos, pero no estaba seguro, porque todo se desvanecía a gran velocidad. Volvió a verla: a la hermosa Roseleigh de piel suave, sonriendo desde el otro lado de una habitación abarrotada de mineros borrachos y cansados al joven Albert Hardy, el rebelde local, el chico que le había dicho a su padre que se metiera la tienda de ultramarinos —el negocio familiar— por donde no brilla el sol. Él iba a bajar a las minas con los chicos con los que se había criado.

—Roseleigh. —Se tambaleó hasta el borde de la plataforma—. Roseleigh, ¿por qué me elegiste a mí?

Cayó.

---

Las entrañas de Albert se derramaron de su cuerpo cuando se estrelló contra el suelo.

Jake se giró, tapándose la boca. Tuvo un par de arcadas y retrocedió a toda prisa, alejándose de la ventana. —Jesús..., Jesús... —Miró a Celestia, que ahora tenía la frente apoyada en el cristal.

Tuvo otra arcada, pero luego negó con la cabeza. *Contrólate, Jake.* No era momento de dejarse llevar por la repulsión y la desesperación. Se agachó, volvió hacia ella y la apartó con delicadeza de la ventana. Tenía los ojos cerrados. Le pasó un brazo por los hombros. —Nos vamos ya.

—Yo..., yo...

—*Escucha*, Celestia. Escúchame ahora mismo. O nos vamos en este instante o seremos los siguientes.

Abrió los ojos, inspiró hondo y se volvió para mirarlo. —El bosque del sur.

—Bien pensado.

Y lo era. No solo porque no necesitaban cruzar la plaza para llegar al Foco, sino porque ese lado ya había sido desarmado. Dejaron atrás a la multitud vociferante mientras caía bajo el hechizo de una nueva líder.

# 10

Mientras Brad se desangraba en el asiento trasero, Scott iba de copiloto, observando cómo el rostro de su jefe se contraía y se retorcía mientras a saber qué le pasaba por su desquiciada cabeza.

Su hermano había acertado en su valoración del día anterior. El sheriff Gordon Kane había perdido el control.

—Mi petaca, hijo... —dijo Gordon mientras apartaba una mano del volante para señalar la guantera.

—Sheriff, Riley ha muerto, mi hermano está hecho un desastre...

—Mi *petaca*, hijo. —Gordon apartó la vista de la carretera y, en su lugar, fulminó a Scott con la mirada.

Scott abrió la guantera de un golpe.

Brad se quejó desde atrás.

Después de que Scott le diera a Gordon el recipiente plateado, se giró y cogió el brazo de su pálido hermano. Se lo apretó con suavidad—. Ya falta poco, Brad. Aguanta. Te dejarán como nuevo.

*O te cortarán ese pie en cuanto lo vean.*

Scott observó a Gordon beber un trago de su petaca antes de ofrecérsela—. Toma un poco, hijo. Lo necesitas.

Scott negó con la cabeza—. Necesito mantenerme sereno por Brad.

Gordon tamborileó en el volante—. Riley fue un completo idiota al dejar caer el móvil, pero, ¿sabes qué? *Todavía* podemos con esto.

—Sonrió—. A ver, hemos salido sin problemas, ¿no? No hemos necesitado un guía.

—*¡Por favor!* —gimió Brad desde el asiento trasero—. ¡No aguanto más!

—No hay que acercarse mucho a los troncos de los árboles y hay que evitar las zonas de maleza. Todas las trampas que no siguen el patrón se ven claramente de todos modos —continuó Gordon.

—No puede estar hablando en serio sobre volver allí —dijo Scott, haciendo una mueca cuando su hermano emitió otro gemido gutural desde el asiento trasero—. Vamos, ¿*nunca más*?

Gordon le sonrió de nuevo—. Más pronto que tarde, hijo. Los tenemos contra las cuerdas.

—¡No sabemos eso!

—¿Nos han perseguido? ¡Están en las *putas* últimas!

Se acercaron a una rotonda. Scott suspiró cuando vio la señal que indicaba el hospital a la izquierda—. Ya casi estamos, hermanito.

—Que te *jodan* con lo de hermanito... —siseó Brad.

Gordon atravesó la rotonda sin desviarse.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Scott, alzando la voz.

—Estoy tomando una decisión sensata.

—¿Ha visto a Brad?

—Hijo, necesito que te calmes. Por eso te sugerí un trago. Si llevamos a Brad al hospital con el pie colgando, ¿qué crees que pasará?

—¡Le detendrán la hemorragia!

Gordon se metió en un bache. El vehículo dio una sacudida y Brad gimió desde el asiento trasero.

—Mala idea —dijo Gordon—. Tendremos a la policía estatal pegada al culo antes de que anochezca.

—¿Sería eso tan malo? —dijo Scott—. ¡Estamos en apuros! Necesitamos ayuda para acabar con el Núcleo.

—Creo que se te está olvidando lo que hay en la comisaría, hijo.

Se refería, por supuesto, a Leo; o, al menos, a *lo que* quedaba de Leo.

Scott arrojó la petaca a la guantera y la cerró de un portazo. Mantuvo la vista al frente, pero podía ver a Gordon negar con la

cabeza por el rabillo del ojo. Su hermano seguía quejándose, incesantemente.

—¿Quieres que los patrulleros estatales entren mientras estás fregando el suelo de la celda? —preguntó Gordon.

Scott apretó los puños sobre su regazo—. No voy a dejar que mi hermano muera.

—Necesitas *calmarte*, hijo. Nadie va a morir aquí. Riley es el último hombre que perdemos. Conozco a un médico en Lewis. Lo traeré a la comisaría; él puede tratar a Brad.

—¿Tratarlo? ¡Le cuelga el pie! ¡Necesita un hospital!

Otro bache, otro grito.

—He tomado una decisión, hijo. Y cuando te calmes, te darás cuenta de que esto es lo mejor. Después de que nos deshagamos de Leo y ayudemos a tu hermano, tenemos que estar listos para volver a ese lugar inmundo. Terminaremos esto *nosotros mismos*.

—¿Solo nosotros dos? —se mofó Scott.

—No, hijo. ¿Qué crees que he estado haciendo estas últimas semanas? ¡He estado hablando con la gente de Mossbark! Como era de esperar, la mayoría quiere deshacerse del núcleo podrido ahora que el dinero se ha agotado. Esas son buenas tierras de caza. Y sin esa plaga, también podemos trabajar en el turismo. Albert y algunos otros se negaron en redondo, por supuesto, pero comerciantes como Nicholas Brannagh y John Reeves están listos. Tengo fácilmente a diez hombres que puedo llevar conmigo. Y ahora que sabemos cómo, ¿qué nos lo impide?

—¿Y hacer qué? ¿Matarlos? —dijo Scott, temblando. Incapaz de resistirse más a la petaca, tomó un trago e hizo una mueca—. Una locura.

—Los expulsaremos de nuestras tierras —dijo Gordon—. Pueden irse a donde les dé la gana, pero se van de Mossbark.

—¿Y si se niegan a irse?

Gordon resopló—. ¿Por qué? ¡Sería un suicidio! Están débiles, vulnerables. Esta es la mejor oportunidad que tendremos jamás.

—Scott —llamó Brad desde atrás—. Tengo un frío de cojones aquí.

Scott tomó otro trago e hizo una mueca—. Ya falta poco, hermano.

Gordon le puso una mano en la rodilla a Scott—. Confía en mí, hijo. Conseguiré ayuda para Brad. ¿Tenemos un trato?

—¿Y si digo que no, jefe?

—No lo harás, hijo. Porque si los tres vamos a ese hospital, estaremos en el sistema antes del amanecer. —Gordon negó con la cabeza—. ¿Y entonces, de qué habrá servido todo esto?

---

AUNQUE YA HABÍAN DESARMADO el bosque más al sur, Jake se mantuvo alejado de los árboles y la maleza mientras huían del Núcleo, por si el ya difunto Thaxton se había dejado alguna trampa. También hizo que Celestia corriera detrás de él para que no corriera ningún riesgo.

Casi sin aliento durante la mayor parte del trayecto, apenas hablaron. Y menos mal. La ejecución de Albert había sido una de las cosas más atroces que habían presenciado en su vida. Reflexionar sobre ello, *darle vueltas*, no ayudaría en la huida.

Tras irrumpir por el linde del bosque, Celestia cayó de rodillas junto a la carretera que llevaba a Brady Crossing y vomitó.

Jake se arrodilló a su lado y le puso una mano en el hombro.

Ella se volvió para sonreírle, con un hilo de saliva colgándole del labio inferior.

—Lo siento.

—¿Por qué?

Señaló con la cabeza el charco de vómito.

—Creía que era más fuerte que esto.

—Eres fuerte.

Ella negó con la cabeza.

—Mira lo que he provocado.

Jake le apretó el hombro.

—Tú no eres responsable de un comportamiento tan psicótico como ese.

Celestia se apartó de él.

—No, admítelo, Jake. Pensabas que me equivocaba. Lo has estado diciendo todo el tiempo.

—Aunque no estuviera de acuerdo en su momento, ¿qué más da? Hay que tomar decisiones. Es normal que haya opiniones distintas. Pero tú eras la líder de este lugar y yo te apoyé. Te *sigo* apoyando.

—Ella… ¡*lo has visto*!

—¿Y crees que eso se debe a tu decisión de entablar una relación con los pueblos de alrededor? ¿De verdad crees que esto no habría ocurrido de todos modos?

—Mossbark aprovechará esta oportunidad. Vendrán a acabar con nosotros. La he fastidiado.

—Iban a venir de todas formas. Te respeto por haberlo intentado, al menos. Te respeto por ser fiel a ti misma, por intentar traer la paz.

—¡Fui demasiado impetuosa! ¡Quitar las trampas! ¿En qué demonios estaba pensando?

—¡Ni siquiera entraron por este lado! Como ya te he dicho, Celestia, no has hecho más que intentar salvar a una comunidad que no puede ser salvada. Me temo que, en última instancia, esa es la verdad. —La ayudó a ponerse en pie.

—Y ahora, ¿qué?

—Estamos solos. Es hora de que lo aceptes. Pero no te preocupes, tengo bastante experiencia en esto.

Caminaron junto a la carretera, a la sombra de los árboles.

—Seguro que Brady Crossing no es una buena idea, ¿no?

—Tengo que recoger mi dinero para que podamos largarnos de aquí. Está escondido en la habitación del motel donde me alojaba.

—¿No nos verán?

—Bueno, a ti no, porque no vas a venir a la habitación del motel.

—Entonces, ¿adónde voy?

—Tengo un lugar seguro en mente. Podrás descansar un poco.

A medida que se acercaban al pueblo, Jake intentó encender su teléfono móvil. Como era de esperar, no funcionó. Llevaba demasiado tiempo apagado y no tenía batería.

Después de amonestar a Ibre por dejar que Celestia y el forastero se le escaparan de las manos, Everlyn entró en la cabaña de Celestia.

Corrie estaba sentada a la mesa, frotándose las uñas con una toalla húmeda. No levantó la vista.

Everlyn cerró la puerta con firmeza a su espalda.

No funcionó; Corrie siguió sin levantar la vista.

—¿Corrie? —preguntó Everlyn.

—La sangre de mi padre. —Corrie se frotó con fuerza una uña con una toalla vieja.

—Tenemos que hablar.

Corrie sonrió.

—¿Te puedes creer que ese viejo cabrón de Merithew viviera aquí? ¿Que comiera en esta misma mesa?

Everlyn avanzó hasta que el borde de la mesa le presionó los muslos.

—Necesitamos un plan.

—Era una vergüenza, ¿verdad? —insistió Corrie, frotándose—. ¿Merithew?

—La verdad es que no. Al principio fue un buen líder.

—¿Al principio? —se rio Corrie con sorna—. Tiene usted mejor memoria que yo. —Arrojó la toalla—. A la mierda. ¿Qué más da un poco de sangre? —Finalmente, alzó la vista hacia Everlyn—. ¿Mi padre?

—Lo están enterrando, como usted pidió.

—Bien. Merece respeto.

—Sí, después de todo, no cabe duda de que tuvo éxito.

—¿Éxito en qué?

—En entregarle a usted el poder.

Corrie volvió a reírse con sorna.

—Esa nunca fue su intención.

—Pero sí era la suya, ¿no?

—Ya veo. —Corrie sonrió—. ¿Por eso ha venido a verme tan pronto, Everlyn? ¿Para poner a prueba mi nuevo poder?

—¿Por qué iba a hacer eso? Si acaso, estoy aquí para darle las gracias. Gracias a usted, la mayor amenaza a nuestra supervivencia que jamás hemos afrontado ha desaparecido.

Corrie entrecerró los ojos.

—Desaparecido…, pero no muerto.

—Con que haya desaparecido es suficiente. No volverá.

—Aun así, cerrar el círculo es bueno. —Corrie se levantó de su asiento. Rodeó la mesa y se acercó a Everlyn.

A Everlyn no le gustaba que invadieran su espacio personal, pero tampoco iba a desafiar a la nueva heroína del Núcleo. Y habían rugido su nombre ahí fuera. Pero *rugido* de verdad.

Corrie tenía la misma altura que Everlyn, por lo que la punta de su nariz estaba cerca de la suya.

—¿Por qué viene a verme con su fusil?

Everlyn se tocó la correa que le cruzaba el pecho.

—Por ninguna razón. Nunca voy sin él.

—Un buen líder no necesita llevar un arma. Un buen líder confía en sus palabras.

—Entonces no soy una líder, si ser vulnerable es un requisito necesario.

—No estoy de acuerdo, Everlyn. Usted dirige bien a esos soldados. Su arma es un mero accesorio. No tiene nada que temer de ninguno de nuestros hombres y mujeres. —Corrie le apoyó una mano en la mejilla a Everlyn.

Everlyn podía oler la sangre del padre muerto de Corrie.

—¿Aspira a ser más de lo que es?

—Si se refiere a si quiero liderar el Núcleo, entonces no. La gente no me quiere a mí. La quiere a *usted*.

—¿Y *usted*? ¿Me quiere a mí? —Corrie se inclinó aún más, hasta que las puntas de sus narices quedaron a solo unos centímetros de distancia.

Everlyn tragó saliva.

—¿Sí o no? —insistió Corrie.

—Sí.

—Bien. —Corrie apartó la mano del rostro de Everlyn y se dio la vuelta. Regresó a la mesa y se sentó—. Entonces, ¿quiere escuchar

mis ideas sobre cómo podemos salir del lío en el que nos ha metido Celestia?

—Sí, Corrie.

—Bueno, prepara a tus soldados, líder. Es hora de que tomemos cartas en el asunto en lugar de quedarnos aquí sentados como putos patos.

# 11

Scott vació el agua ensangrentada en el fregadero, volvió a llenar el cubo de la fregona con agua limpia y lejía, y recorrió a toda prisa la fila de celdas, secándose la frente con el dorso de la muñeca. Echó un vistazo a la celda de su hermano, Brad, que gemía y se retorcía en la cama donde Leo se había ahogado con su propio vómito.

—Aguanta, hermanito.

Brad no respondió a su comentario jocoso. Estaba demasiado mal y necesitaba con urgencia al médico que el sheriff había prometido. Sin embargo, Gordon había sido meridianamente claro. Había que borrar cualquier prueba de la masacre de Leo antes de que pudieran recibir a nadie en la comisaría.

*—¿Crees que tu hermano te lo agradecerá si tiene que recuperarse en un hospital penitenciario?* —le había preguntado Gordon justo antes de irse—. *¿Sabes lo que les pasa a los policías en la cárcel?*

*Al menos podrías haber ayudado a limpiar, Gordon. ¡Al fin y al cabo, fuiste tú quien le reventó el cráneo a Leo y montó este puto estropicio!*

Scott pasó por encima del cadáver de Leo, que ya había envuelto firmemente en bolsas de basura. Rodó el cubo hacia un lado y se arrodilló junto a la entrada de la celda, en el lugar donde Leo había muerto. Scott llevaba un rato fregando frenéticamente y el suelo húmedo relucía, pero el tinte rojizo empezaba a desaparecer.

—Papá… —dijo Brad—. Me dijiste que lo cogiera… No sabía que se iba a derramar por todas partes…

—Espabila, Brad. Estás viendo cosas —dijo Scott, sacándose una toalla del hombro. Con las manos enguantadas, pasó la toalla por la alfombra, recogiendo pequeños fragmentos de hueso y materia gris —. Qué puto asco. —Una vez que hubo recogido todos los restos, los tiró junto con la toalla en otra bolsa de basura. Se levantó y volvió a fregar el suelo y la alfombra con la fregona.

—Por favor, déjame salir, papá… Está muy oscuro… No me veo las manos.

—Joder, cállate, Brad —dijo Scott, limpiando con furia, chorreando sudor—. Estoy haciendo lo que puedo.

Scott trabajó hasta que la celda ya no pareció una escena del crimen a simple vista. Era evidente que si alguien utilizaba Luminol en el suelo de esa celda, se iba a poner las botas, pero dudaba que eso fuera a ocurrir pronto, y pensaba fregarla a diario con lejía hasta que dejara de ser un problema.

Mientras tanto, Brad le suplicaba a su padre muerto, deteniéndose de vez en cuando para gritar de dolor.

Scott respiró hondo, se arrodilló y rodeó el cadáver envuelto con las manos.

Esto iba a ser una pesadilla.

Gruñendo, arrastró el cuerpo hasta la puerta trasera de la comisaría, donde esperaba su camioneta.

---

Después de lastrar el cuerpo de Leo con piedras, Scott lo hundió en el río Beech. Había elegido un punto del río a cierta distancia de Brady Crossing, lejos de miradas indiscretas. Regresó a su camioneta y se cambió el uniforme manchado de sudor y sangre por el de repuesto que siempre llevaba consigo. Metió la ropa incriminatoria en otra bolsa de basura y paseó la mirada por el río. Hundir esas prendas allí, junto al cuerpo, sería una estupidez de campeonato. Decidió quemarlas más tarde en el jardín de su casa.

Scott tardó diez minutos en llegar de nuevo a la civilización y tener cobertura suficiente en el móvil para contactar con el médico jubilado cuyo número le había dado Gordon.

El médico sonaba mayor, y a Scott le preocupaba tener que suplicarle que viniera a salvar la vida de su hermano.

No fue necesario. Era buen amigo de Gordon y estaba en deuda con él por un favor que le había salvado la carrera muchos años atrás.

A Scott no le despertaba la más mínima curiosidad saber de qué se trataba; los últimos acontecimientos lo habían insensibilizado. Sabía que su jefe era capaz de cualquier cosa.

El médico dijo que estaría con él en menos de treinta minutos.

---

Cuando Scott entró en la comisaría por la misma puerta por la que había salido, supo de inmediato que su hermano estaba muerto. No fue el silencio, ni siquiera la fría sensación de vacío en la comisaría, lo que se lo dijo. Simplemente lo *supo*. Perder a un gemelo no era como perder a un hermano, le había dicho alguien una vez. Parecía que, después de todo, tenía razón.

Su instinto fue echar a correr, pero sabía que era demasiado tarde. Además, el olor agrio a lejía le recordó que el suelo todavía podía estar húmedo y ser peligroso.

A pesar de saber que era inútil, no pudo evitarlo. —Brad. Ya he vuelto. —Llegó a la celda donde había estado Walker—. El médico está de camino.

Con una sensación fría que se le extendía por el estómago, entró en la celda de su hermano y vio que su instinto había acertado. Se acercó, cayó de rodillas y puso una mano sobre la de su hermano. *Aún caliente. ¿Acaso me he perdido tu último aliento por un instante?*

Los ojos de Brad estaban abiertos e inmóviles. Su boca estaba estirada hacia atrás, mostrando los dientes.

—Hermanito, lo siento.

Cuando a Scott le quedó claro que Brad nunca más volvería a recriminarle por llamarle «hermanito», su mundo empezó a tambalearse de verdad. Pasó de estar de rodillas a sentarse, todavía agarrando la mano cada vez más rígida de su hermano, e intentó calmar la respiración. Cuando recuperó el control, se sacó el móvil del bolsillo y canceló la visita del viejo médico.

El viejo médico estaba, por supuesto, desconcertado, pero Scott no estaba de humor para darle explicaciones, así que terminó la llamada rápidamente.

Le besó la fría frente a su hermano. —Adiós, hermanito. —Se puso en pie—. Que te jodan, Gordon —dijo, y se marchó para contactar con la Policía Estatal de Maine.

---

—Vaya puto desastre —dijo Susan.

Gordon cerró la puerta del despacho para intentar acallar la voz de su difunta esposa, a pesar de saber que residía en su cabeza.

—¿Una misión de reconocimiento? —continuó ella—. ¿Y el resultado? Un oficial muerto, otro con el pie colgando y ¿tu billete mágico para entrar en el Núcleo? ¿Walker? ¡Un balazo en la espalda!

—Hemos salido sin Walker, también podemos entrar. Las trampas siguen un método. —Apoyó la espalda en la puerta cerrada del despacho para impedir que Susan entrara, a pesar de saber que ella era un cadáver en descomposición en la otra habitación.

Se bebió otro vaso de whisky. Era la forma más eficaz de acallarla. Hizo una mueca de dolor y dejó que el alcohol hiciera su efecto. Se apartó de la puerta y, cuando ya no pudo oírla, sacó el móvil del bolsillo y se quedó mirándolo.

Buscó en la agenda a Nicholas Brannagh. Mientras pensaba en el hombre corpulento que despiezaba reses en la carnicería de Mossbark, mantuvo el dedo sobre el botón de llamada. Luego negó con la cabeza. Nicholas era un viejo cabrón testarudo y, sin un guía, no se arriesgaría a bailar claqué entre cepos para osos.

Así que buscó a John Reeves, que había abierto una nueva tienda de vapeo tres locales más allá del de Brannagh. Reeves era un bala perdida que se había ganado el apodo de Raging Reeves por su mal genio y que tenía un ojo de cristal por salir mal parado de una pelea de bar varios años atrás. Gordon sospechaba que Raging Reeves estaría más dispuesto a lanzarse de cabeza a pesar de los riesgos.

Aun así, necesitarían algo más que un psicópata en potencia. Se guardó el móvil en el bolsillo. No, a menos que encontrara alguna garantía de que el camino al Núcleo Podrido no era problemático, los voluntarios dispuestos que había reunido hasta ahora podrían frustrarlo tomándose su tiempo.

Pensó en Leo, Riley, Brad y Susan.

No. El tiempo era algo de lo que no disponía.

Dirigió su atención a su ordenador personal, que zumbaba en un rincón de la habitación, y se quedó pensativo. Justo el día anterior, había enviado a Brad a sobrevolar el Núcleo con el dron. Brad le había enviado el archivo de vídeo por correo electrónico, pero él había estado demasiado ocupado para verlo. Analizar la grabación ahora podría darle un momento de inspiración.

Se detuvo a escuchar las críticas de Susan, diseñadas para hacer añicos su confianza. Al no oírlas, sonrió. Bebió otro trago de whisky para mantenerla a raya, encendió el ordenador y abrió su correo electrónico para ver la grabación de vídeo que Brad le había enviado.

Se recostó y observó cómo el dron sobrevolaba el bosque más septentrional, donde él mismo se había visto envuelto en un sangriento enfrentamiento poco antes. La cámara barrió la plaza y luego la zona residencial antes de pasar sobre el bosque más meridional, y el corazón le dio un vuelco. Pausó la grabación y rebobinó lentamente hasta el momento en que el dron se había cernido sobre un claro en la espesura. Amplió la imagen para revelar a un hombre corpulento que pinchaba un cepo para osos con un palo, haciendo que se cerrara de golpe.

Dejó que la grabación continuara hasta que vio algo más en otra parte del bosque. De nuevo, pausó, rebobinó y amplió. Vio a otro

hombre levantando un cepo para osos y metiéndolo en una bolsa. *¡Joder!*

Reprodujo la grabación hasta el final y luego la volvió a poner. Eso era todo lo que iba a conseguir: esos dos peculiares atisbos de los cabrones del Núcleo desarmando las trampas. Sintiendo que el corazón se le aceleraba, volvió a meter la mano en el bolsillo en busca de su móvil y buscó el número del testarudo carnicero.

—¿Gordon? —dijo Nicholas—. Estoy hasta el cuello de costillas. ¿Puedo llamarle…?

—Es la hora.

—¿La hora? —Hizo una pausa—. ¿Cómo lo sabe?

—El camino está despejado. Le enviaré las pruebas por correo electrónico. Empiece a reunir a las tropas.

---

La parte trasera de Hardy's Conveniences estaba tan deteriorada como la delantera. A Jake solo le hicieron falta dos embestidas con el hombro para romper la cerradura de la puerta.

—Me sorprende que nadie lo haya hecho hasta ahora —dijo Celestia.

—La seguridad no ha sido un problema en las calles de Mossbark desde hace mucho tiempo gracias a tu gente.

Dentro, Jake buscó el interruptor de la luz, pero no lo pulsó todavía.

—Supongo que no —dijo Celestia—. ¿Quizá debería haber repetido lo que hicieron mis antepasados? ¿Ofrecer esa estabilidad?

—¿Qué? ¿Saquear otros pueblos para hacer feliz a este? Cierra lo que queda de esa puerta de atrás, por favor.

Celestia obedeció y Jake le dio al interruptor. El pasillo se iluminó, dejando al descubierto dos puertas más. La de enfrente daba a la tienda y la del lado, a la trastienda.

—No puedo prometerte comodidades —dijo Jake, dirigiéndose por el pasillo hacia la trastienda—. Nunca me invitaron a pasar aquí. —Puso la mano en el pomo y soltó una carcajada—. ¿Sabías que el

viejo cabrón testarudo prácticamente me echó de su tienda la primera vez que lo conocí?

—Siento lo de tu amigo. Siento lo que mi gente le hizo.

—Gracias. Pero si hubo un hombre que no quería compasión, ese era Albert. —Abrió la puerta.

El despacho estaba impecablemente cuidado, pero tenía poco espacio. En realidad, era bastante impresionante lo mucho que Albert había conseguido meter ahí.

—Puedes quedarte el sofá. —Jake señaló una desvencijada silla de oficina junto a un escritorio—. A mí me vale con eso.

—Tonterías —dijo Celestia a su espalda—. ¡Eso se hundirá bajo tu peso! Iré a la tienda y buscaré unas mantas para el suelo. Si mantengo la luz apagada, nadie sabrá…

—*No*. —Jake tanteó detrás de la puerta y sintió, con alivio, que la llave estaba en la cerradura—. Te encerrarás aquí hasta la mañana, y luego nos largaremos, de Brady Crossing y del condado de Mossbark. Tengo suficiente dinero para que tiremos para adelante. Si dejas esto cerrado con llave, yo dormiré entre los pasillos en la tienda. ¿Vale?

Se lo pensó y suspiró.

—Vale.

—Ahora, entra y atrinchérate —dijo él, haciéndose a un lado para dejarla pasar—. Cierra la puerta y echa la llave. Vuelvo en un minuto.

Celestia se giró.

—¿Por qué?

—¿Por favor?

Ella cerró la puerta y él esperó a oír el chasquido de la llave en la cerradura. Se dio la vuelta y se acercó a la puerta que daba a la tienda. No esperaba encontrarse con ningún peligro, pero vaciló al agarrar el pomo, sabiendo que ver la tienda desprovista de vida y actividad podría agravar la sensación de pérdida que le quemaba por dentro. Después de todo, esa tienda era el mundo de Albert Hardy, y había luchado por conservarla, con sus virtudes y sus defectos, cuando el dinero podrido del Núcleo había inundado Brady Crossing y él se había negado a aceptarlo.

Sobrevivir a esa tormenta, durante tanto tiempo, decía mucho de él.

Jake abrió la puerta. El sol se estaba poniendo, por lo que la tienda estaba en penumbra, así que lo aprovechó para moverse sigilosamente entre los pasillos de aquel pequeño e inocente refugio que Albert se había labrado en este mundo podrido. Jake fue directo a la caja registradora y metió la mano bajo el mostrador para coger la escopeta que sabía que Albert guardaba allí.

—Puede que estés acabado, viejo, pero todavía me cubres las espaldas.

Tras salir de la tienda y cerrar la puerta con cuidado a su espalda, llamó a la puerta del despacho.

—Soy yo.

Celestia abrió. Abrió los ojos como platos al ver la escopeta en sus manos.

—¿Has visto *La habitación del pánico*? —preguntó Jake.

—Claro.

—Pues esto no es *La habitación del pánico*. Este sitio no es seguro ni de lejos. La puerta de este despacho es de papel —dijo, entregándole la escopeta—. Si alguien entra, úsala. No tardaré. Ah, y coge esto —añadió, sacándose el móvil del bolsillo y dándoselo también—. Veo un cargador de móvil colgando de ese puerto USB en el ordenador. ¿Podrías cargarlo, por favor? Puede que lo necesitemos. Ahora, vuelve a cerrar con llave.

—¿Adónde vas esta vez?

—A entrar en la habitación de un motel sin seguridad para recuperar mi dinero de detrás de un armario; no habrá problema —esperó el chasquido de la cerradura—. Al menos, eso *espero*.

# 12

Cuando Jake llegó al aparcamiento del motel, no podía creer la mala suerte que tenía. Había once habitaciones de motel y la única con la ventana iluminada era su antigua habitación. Y no se habían dejado la luz encendida por error. Había un único vehículo en el aparcamiento, estacionado en la plaza correspondiente a esa habitación.

Se acabó lo de entrar y salir pitando.

Una vez que el sol se ocultó por completo, Jake cruzó el aparcamiento. Echó un vistazo a la cámara de seguridad, pero no le preocupó demasiado. Con un solo huésped, dudaba que estuviera siquiera encendida. Además, le importaba un bledo que lo grabaran, porque él y Celestia se habrían largado de la ciudad antes del amanecer.

Cuando llegó a la puerta de la habitación del motel, le dio un suave toque, retrocedió un paso y se preparó para abalanzarse en cuanto se entreabriera. No tenía paciencia para andarse con rodeos. Revelar que había dinero pegado con cinta en la parte trasera del armario podría acabar mal, y tampoco tenía un arma con la que negociar, ya que le había dado la escopeta a Celestia.

La puerta empezó a entreabrirse. Jake tensó las piernas, preparándose.

El rostro de una anciana se asomó.

Jake se quedó quieto, exhalando lentamente.

Ella abrió la puerta y entrecerró los ojos a través de las gafas mientras lo examinaba de arriba abajo.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina y cascada desde el interior de la habitación.

—No lo sé, Bryan. —La anciana siguió entrecerrando los ojos—. ¿Quién es usted?

La mujer debía de tener más de ochenta años, y Jake se sintió fatal por lo que estaba a punto de ocurrir, pero no tenía muchas opciones. —¿El servicio de habitaciones, señora? —probó suerte, dándose cuenta de inmediato de que era ridículo. Era un motel barato.

La mujer lo examinó de arriba abajo una vez más y empezó a cerrar la puerta.

*¡Mierda! De todas las situaciones posibles…* Apoyó la palma de la mano en la puerta para que no pudiera cerrarla. —Lo siento, pero…

—*Bryan* —dijo ella, con el rostro de repente pálido.

Jake no tuvo que empujar con fuerza para entrar. Si acaso, se contuvo, sumamente preocupado por si la tiraba al suelo. Consiguió colarse y cerrar la puerta tras de sí.

—¿Qué significa esto, joven? —Bryan ya estaba de pie.

—No tienen nada de qué preocuparse —dijo Jake—. En serio. Me alojé aquí una vez y me dejé algo. Solo he venido a por ello y después los dejaré en paz. —Vio lágrimas en los ojos de la anciana mientras se alejaba de él. Sintió que se le partía el alma—. Les doy mi palabra. Soy de los buenos. De verdad.

Vio a su anciano marido cojear hasta la silla que había bajo la ventana y rebuscar en su ropa. De repente comprendió lo que Bryan probablemente estaba haciendo…

Demasiado tarde. El hombre le estaba apuntando con una pistola.

—No hay ninguna necesidad de hacer eso. —Jake mostró las palmas de las manos—. Déjeme coger lo que he venido a buscar. Les daré algo por las molestias.

Al anciano le temblaban las manos. La pistola *se movía*.

—Vale, lo entiendo —dijo Jake, molesto consigo mismo por haber dejado que aquellos momentos de culpa embotaran sus instintos

habituales—. Me voy.

—¡Ahora! —Las manos del anciano temblaron con fuerza. La pistola *se agitaba* por todas partes.

Jake alargó la mano hacia un lado en busca del pomo de la puerta…

La pistola se disparó.

---

CELESTIA DABA vueltas por el diminuto despacho. De vez en cuando, se detenía frente al ordenador, preguntándose si debería poner una película. Desde que tenía uso de razón, las películas clásicas eran su refugio cuando tenía la mente inquieta.

*¡Inquieta!* Soltó una carcajada. *¡Más bien atormentada!*

En una mente tan atormentada, era inevitable, en realidad, que los fantasmas acabaran por manifestarse.

*No ha sido tan fácil, mi bellotita, ¿verdad?*

*Ahora no, padre,* pensó, acelerando el paso. *Por favor, ahora no.*

*Me juzgaste por las decisiones que tomé y, sin embargo, aquí estás.*

Se detuvo junto al sofá y se quedó mirándolo. Quizá si se tumbaba un rato, si cerraba los ojos, los dioses del sueño se apiadarían de esta delirante joven.

*Los viste matarme, mi bellotita.*

*¡No tuve otra opción!* Daba vueltas y más vueltas.

*Ni siquiera pudiste perdonarme en ese último momento. Era lo mínimo que podías haber hecho. Te quería más que a nada.*

*Lo que hiciste, padre, fue imperdonable.*

*Y, sin embargo, aquí estás, regodeándote en el mismo fracaso.*

*Al menos yo intenté hacerlo de la manera correcta.* Se detuvo ante el ordenador y pulsó el teclado, quitando el salvapantallas.

Él gruñó. El sonido le resultaba *tan* familiar. De niña, lo hacía a menudo, sobre todo cuando ella le contaba mentirijillas sobre los motivos por los que llegaba tarde a casa.

*Dime otra vez tu definición de la manera correcta, mi bellotita.*

*La paz, padre. El fin del conflicto. El fin del dolor y el sufrimiento.*

Aquel gruñido familiar de nuevo. *¿El fin del sacrificio?*

*¿Qué quieres decir?*

*Quiero decir, ¿dónde está el hombre que es dueño de esta tienda? ¿Dónde está Albert Hardy? Sacrificado por aquellos que nunca tendrán paz. Parece que tomaste la decisión equivocada, mi dulce, tierna y pequeña bellotita…*

El móvil de Jake, que ella había enchufado y dejado junto al teclado, ya había recibido suficiente carga como para encenderse.

*Al menos yo nunca me rendí. Al menos intenté liderar.*

*Te mataron, padre. Nunca tuviste la oportunidad de rendirte.*

El móvil de Jake sonó. Se dio cuenta de que tenía quince mensajes sin leer. Pulsó uno de los botones, pero le pidió un código de acceso.

*El caos se desata en el núcleo. Por tu culpa, Corrie los llevará a todos a la destrucción. Por tu culpa, mi bellotita.*

Se le llenaron los ojos de lágrimas y dejó el puntero del ratón sobre el icono de Internet Explorer. ¿Qué película podría ayudarla a despejar su mente agitada?

*¿Crees que puedes distraerte de la culpa, mi bellota? La culpa lo consume todo. Mira lo que quieras, pero no puedes olvidar cómo dejaste a tu gente a merced de Corrie y Everlyn.*

*Ellos tomaron su decisión. ¿Los oíste? ¿La forma en que pedían la muerte de Albert?*

Otro gruñido. *El miedo, mi bellota, el miedo hace que la gente haga cosas horribles. ¿Qué crees que le pasará ahora a toda tu gente? ¿A todos esos niños?*

*No puedo pensar en ello. No hay nada que pueda hacer, padre.*

*Hablado como una verdadera líder. Veo que en el tiempo que hemos pasado juntos no te he enseñado nada.*

*¡Me enseñaste cómo no ser!*

*Puede ser. Pero te enseñé a amar a los tuyos. Huir no es amor, mi bellota. Es cobardía.*

*Entonces, ¿qué sugieres, Merithew? ¿Qué harías tú?*

*Sabes perfectamente lo que yo haría.*

Y lo sabía. De verdad que lo sabía. Sintió una descarga de adrenalina recorrer su cuerpo. Movió el puntero del ratón hasta el símbolo de Word e hizo doble clic.

Con manos temblorosas, tecleó: *Querido Jake*.

Con lágrimas en los ojos, tecleó: *Lo siento*.

Con la rabia desgarrándola por dentro, tecleó: *Depende de mí. No hay nadie más*.

Oyó un disparo, seguido de un estruendo. *La ventana delantera de Albert.* Se apartó del teclado y cogió la escopeta.

---

—La próxima bala no fallará —dijo Bryan.

Jake se giró para mirar el agujero de bala en la pared y luego de nuevo al anciano de manos temblorosas. *Probablemente sí lo hará.* Sin embargo, lanzarse al ataque solo empeoraría la situación. Era mejor apaciguar los ánimos.

—Bryan… —Jake asintió hacia él y luego hacia su esposa—. ¿Y su nombre es?

—No es de su maldita incumbencia —dijo Bryan—. Míreme a mí.

Jake suspiró para sus adentros. —De acuerdo, Bryan y esposa, solo he venido por una cosa. Les merecerá la pena. Todo lo que poseo está detrás de ese armario. Déjenme coger mi dinero, les daré una buena parte por la molestia durante sus vacaciones, y luego me marcharé. ¿Qué me dicen?

—Digo que eso suena a patraña.

—Bueno, ¿qué más da? Usted tiene la pistola. Yo estoy desarmado. Más le vale comprobar si digo la verdad. Le conviene confiar en mí. De verdad que sí.

A pesar de temblar, el hombre parecía ganar confianza. Echó los hombros hacia atrás mientras apuntaba con la pistola, y un tono de voz untuoso y arrastrado había impregnado su voz. —Si lo que dice es cierto, podría echarle y quedarme yo con el dinero. O mejor aún… —Señaló con la cabeza la pistola que sostenía en sus manos temblorosas.

—¡Bryan! —dijo su mujer—. No puedo creer…

—¡Este no es el momento, Emily! —la miró con nerviosismo.

Emily lo miró con los ojos entrecerrados y luego se encaró con Jake. Dio un paso en su dirección. —Aunque quizá echarle sería algo bueno, joven.

—Mire —dijo Jake, dirigiéndose ahora a Emily—. Si me voy sin ese dinero, habrá unos hombres muy descontentos. Volverán, y no serán tan amables como yo.

—¿Dinero de la droga? —preguntó Bryan—. Tiene toda la pinta.

—No —mintió Jake, sabiendo que era muy probable que ese dinero *estuviera* relacionado con las drogas, al menos en el Reino Unido.

—Deja que coja su dinero —le dijo Emily a su marido—. El problema no va a desaparecer.

—Yo puedo hacer que el problema desaparezca…

—*¡Bryan!* No te lo pienso repetir. Coja su dinero, desconocido.

Jake asintió con gratitud y se acercó al armario. Usando sus grandes manos en el lado más cercano a él, comenzó a moverlo, esperando, *rezando*, para que siguiera allí. Nunca había planeado dejarlo aquí tanto tiempo, pero se había centrado en cuidar de Celestia. Mantenía la confianza. Dudaba que el servicio de limpieza se dedicara a arrastrar el armario para limpiar detrás.

Una vez que apartó el armario, lo rodeó y vio, con cierto alivio, que la bolsa de lona estaba allí, aplastada y deforme.

Se arrodilló, la sacó de un tirón y le quitó el polvo. Abrió la cremallera, rebuscó entre los fajos de billetes atados y escogió uno especialmente grueso. Cerró la cremallera de la bolsa, se puso de pie y le ofreció el dinero a Emily.

Emily dio un paso adelante.

—Si toca a mi mujer, disparo —dijo Bryan.

Jake levantó el dinero y lo puso lentamente en la mano de Emily.

Ella lo miró. —Estos no son dólares.

—No. Libras esterlinas. Puede cambiarlas en el banco.

—¿Cuánto hay aquí?

—Debe de haber más de mil dólares. Le dará un toque de distinción a sus vacaciones.

Emily asintió. —De acuerdo.

—¡Vacaciones! —dijo Bryan—. *¿Aquí*?

—¿Están de paso, entonces? —Sin muchas ganas de conversación, a pesar de sentirse culpable por haber entrado como un elefante en una cacharrería y haber perturbado su paz, Jake se dirigió hacia la salida con la bolsa al hombro.

—No exactamente, no —dijo Bryan, sin dejar de apuntar a Jake con la pistola.

Jake puso la mano en el pomo de la puerta, pero sintió un repentino tirón de curiosidad. Suspiró para sus adentros y observó cómo Bryan bajaba el arma. —¿Por qué venir a Brady Crossing, entonces?

—Nuestro hijo —dijo Emily a su espalda—. Nuestro hijo ha desaparecido.

—¿Su hijo? —preguntó Jake.

—Sí.

—Siento oír eso. ¿Tienen alguna idea de lo que pasó?

—No… Siempre ha sido un poco raro, pero esto ya es la guinda del pastel. Simplemente abandonó su camión y se largó.

Jake sintió que una sensación fría le subía por el estómago. Soltó el pomo. —Perdone… ¿un camión?

—Sí, es camionero.

La fría sensación se extendió por sus venas.

—No ha estado bien desde hace mucho tiempo —dijo Emily—. No desde que enviudó.

Jake se apoyó en la puerta para mantener el equilibrio, preocupado por si se estaba convirtiendo en hielo. —¿Cómo se llama?

—Logan —dijo Bryan—. Logan Reed.

# 13

Gordon abrió la puerta y se encontró con un hombre alto, trajeado, con el pelo engominado y un mechón blanco en el tupé. Sostenía una placa, pero Gordon no tenía ni la más remota posibilidad de leerla con la cantidad de alcohol que corría por sus venas.

—Soy el teniente Kevin Sullivan. ¿Es usted el sheriff Gordon Kane?

Gordon se inclinó hacia la placa, entrecerrando los ojos, haciendo todo lo posible por confirmarlo a través de su neblina alcohólica. Sintió una descarga de adrenalina al ver que Kevin era de la Policía Estatal de Maine.

*¡Joder! ¡Un puto soldado de asalto en mi casa!*

—Y con un cadáver en la parte de atrás —gritó Sarah—. Ahora sí que la has cagado pero bien.

Gordon se mordió el labio para no responderle a su mujer. En la situación en la que se encontraba, divagar con las voces de su cabeza no le dejaría en buen lugar.

—¿En qué puedo ayudarle, teniente?

Kevin se guardó la placa en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Siento la visita inesperada, sheriff.

—Sí, es inesperada. No sabía que la Policía Estatal de Maine hiciera visitas a domicilio al sheriff local.

—No las hacen —dijo Susan—. A no ser que el sheriff sea un corrupto. ¡Así que lo saben, pedazo de mierda estúpido! Saben que

eres un corrupto. ¡Y pronto sabrán también que eres un asesino!

Gordon negó con la cabeza.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Kevin.

—Sí, estoy bien.

—¿Ha bebido?

—Sí, pero estoy fuera de servicio. Supongo que no hay problema, ¿verdad?

—Por supuesto, sheriff. Solo quería asegurarme de que no estuviera usted alterado.

—Ni mucho menos. Solo bebo de la mejor calidad. Mantiene los nervios a raya.

—Sé a lo que se refiere. A mí me gusta el Old Forester.

—Es como un puto sabueso, ¿a que sí? No te quita ojo... —dijo Susan.

—Lamento presentarme en su casa, sheriff, mientras está fuera de servicio, pero necesitaba hablar con usted con bastante urgencia. No había nadie en su despacho.

—Se supone que mi ayudante tenía que estar allí.

Kevin negó con la cabeza, sonriendo.

—Ya veo. Pero ¿era necesario esta noche, teniente? Por la mañana estaré disponible en el trabajo...

—Me temo que sí que es necesario, sheriff. Ojalá no lo fuera. Créame. Acaban de llamarme para esto estando de vacaciones. Estaba de caza a más de setenta kilómetros, en Eastholme, pero aun así resultaba ser el que más cerca estaba y, supongo, la necesidad obliga. Usted lo sabrá mejor que nadie.

—Cosas del oficio.

—¡Un teniente al que llaman estando de vacaciones! —dijo Susan —. Joder, ¿qué tendrán contra ti? ¡Cielo santo! ¡Podría vender entradas para esto!

*¡Sal de mi puta cabeza, mujer!*

—¿Está seguro de que se encuentra bien, sheriff? Necesito entrar a hablar con usted y sería mejor si no estuviera alterado.

—Seré sincero... no es un buen momento. He bebido mucho y...

—Me temo que no es tan sencillo, sheriff. *Insisto* en que necesito hablar con usted con suma urgencia. Si está demasiado alterado

para hacerlo aquí, tendrá que ser en la comisaría.

—Juego, set y partido —dijo Susan y se rio—. Me *alegro* tanto de que me conservaras. No me lo habría perdido por nada del mundo.

—Pase. Estoy bien. —Gordon se apartó de la puerta, dejándole espacio para entrar.

—¿Me quito los zapatos?

—*¡Sí!* —dijo Susan.

—No hace falta —dijo Gordon.

—Siempre fuiste un sapo asqueroso, marido.

Kevin entró en el salón.

—Caray..., ¿qué es ese olor?

—*¡Yo!* —dijo Susan.

—La basura —dijo Gordon—. Llevo... un tiempo sin sacarla.

Kevin miró a su alrededor, haciendo una mueca.

—Piensa que este sitio es una puta pocilga —dijo Susan—. No paro de decirte que limpies.

Kevin pasó por encima de un montón de ropa sucia que aún no había llegado al cuarto de la colada. Echó un vistazo a una pila de vajilla usada sobre la mesa de centro y luego miró directamente a la cocina, donde había más platos sucios a la vista.

—Mi mujer acaba de dejarme. —Pensó que sería mejor ofrecer alguna razón para el olor y el caos—. No es que le dejara a ella toda la limpieza. Es solo que he estado de bajón, ¿sabe? De bajón y lo he descuidado todo.

Kevin se dio la vuelta.

—Quizá debería hacer algo con el olor.

—Sí... Tiene razón. He empezado a acostumbrarme. Ya casi ni lo noto. —Gordon miró las dos puertas: la del despacho y la de su dormitorio. Parte del olor era, sin duda, atribuible a la basura y a la comida podrida, pero otra parte se debía a su mujer. Había intentado todo lo que había podido para contener el olor. Había arrastrado la cama hasta la ventana abierta. Desde el día anterior, había empezado a cubrirla con una lona. Utilizaba burletes bajo la puerta y ambientadores de enchufe, pero estaba librando una batalla perdida. Tendría que deshacerse del cuerpo pronto.

—¿Quiere sentarse? —preguntó Gordon.

—Gracias. —Kevin se sentó en el sofá y sacó un bloc de notas del bolsillo de su chaqueta.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Sarah—. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que se dé cuenta de tu mentira sobre la basura podrida? ¡Mírale la cara! ¡No tiene un pelo de tonto! No tardará en atar cabos.

Mientras Kevin examinaba sus notas, Gordon se dio unos golpecitos en la nuca. *Cállate la puta boca, mujer. ¿Cómo quieres que piense contigo ahí dentro?*

Kevin levantó la vista como si hubiera oído algo.

Imposible, pensó Gordon.

Kevin entrecerró los ojos. —¿Va a sentarse usted también, sheriff?

—¿Le apetece tomar algo antes?

—No, gracias, estoy bien.

—Menuda suerte la tuya —dijo Sarah—. Se toma una copa… y entonces, ¿qué? Tendrá que ir a mear.

A Gordon se le heló la sangre.

—¡Ja! No habías pensado en eso, ¿a que no? —dijo Sarah.

Alzó la vista hacia la puerta del dormitorio. La casa solo tenía un baño y estaba allí.

—Deberías haber aceptado su oferta de ir al despacho cuando tuviste la oportunidad —dijo Sarah—. ¿Ves cómo todo se desmorona? Yo sí. Dios, me encanta verte dar palos de ciego.

Con el corazón desbocado en el pecho, Gordon se apartó rápidamente de Kevin y entró en la cocina. La risa de Sarah retumbaba en su cabeza. Se abalanzó sobre la botella de whisky, se sirvió un vaso y se lo bebió de un trago sin detenerse. Lo dejó en la encimera y esperó a que el ardor amainara. También esperó oír de nuevo la voz insistente de esa zorra. No llegó. Suspiró y se dio la vuelta.

Kevin se había levantado del sofá y ahora estaba de pie frente a él en la cocina. —¿Se encuentra bien, sheriff?

—Sí...

Kevin señaló la botella de whisky con la cabeza.

—Como le he dicho, la vida me lo ha puesto bastante difícil últimamente. Mire, quizá sea mejor que vayamos al despacho,

después de todo. Si acaso, me vendría bien tomar el aire...

—Hemos recibido una denuncia anónima, sheriff.

—¿Una denuncia anónima?

—Una preocupante. Alguien ha llamado para lanzar acusaciones.

—¿Acusaciones?

—Sí..., contra usted.

—¿En serio? Quiero decir, ¿de qué? ¿De verdad?

La risa de Sarah resonó con furia.

—Tenemos una denuncia que afirma que alguien murió bajo su custodia.

Gordon abrió los ojos como platos. —¿Muerto?

—Sí.

—¿Quién?

—Alguien llamado Walker. Pertenece a un grupo de viajeros que reside en las colinas.

—¡Viajeros en las colinas! No cometa ese error. No son viajeros. Viven allí, se *pudren* allí. Desde que se tiene memoria.

—Bueno, nómada o no, la persona que llamó dijo que un hombre de esa comunidad estuvo bajo su custodia y que murió.

Gordon se rio. —Nunca he oído nada tan ridículo.

—Bueno, como he dicho, la persona que llamó fue imprecisa con los detalles, pero mis superiores lo consideraron lo suficientemente interesante como para sacarme de mis vacaciones.

—Me imagino lo cabreado que debe de estar.

—Bueno..., la cuestión es...

—¡Sobre todo porque esta es una maldita pérdida de tiempo!

—¿Quién es Walker?

—Sinceramente, no tengo ni idea.

—He comprobado sus registros de detenciones.

—¿Y?

—Ningún Walker.

—Exacto, porque nunca me he cruzado con ningún Walker. ¿Está seguro de que el soplo era sobre mí? ¿El sheriff de Mossbark? Quiero decir, hay muchos sheriffs por esta zona.

Kevin asintió y consultó la libreta que tenía en la mano. —Gordon Kane, sheriff del condado de Mossbark. Fueron bastante detallados

en ese sentido. No tanto sobre la muerte, por desgracia, ni sobre los motivos.

—Porque no ha sucedido; al menos, no aquí. —Gordon suspiró y levantó las manos—. Mire, reconozco que no estoy en mi mejor momento. Vivo en la miseria y bebo demasiado. Pero no bebo en el trabajo y llevo mi departamento con mano de hierro. ¿Ha comprobado mi historial?

—Sí.

—¿Y?

Kevin sonrió de medio lado. —Bueno, no habría sacado el tema si hubiera trapos sucios, ¿verdad?

—Todo este asunto es una soplapollez sin fundamento, *y* no es el alcohol el que habla.

—Podría ser. Aunque a mí me gusta ser un poco más exhaustivo en mis comprobaciones. No quiero que me vuelvan a sacar de mis vacaciones, ¿no cree?

—Bueno, le aseguro que no corre ese peligro. ¿Vamos al despacho y así se queda tranquilo?

—Es lo mejor. Supongo que la persona que ha llamado se refiere al calabozo de su oficina, así que creo que es clave darle el visto bueno a eso.

—¡Más te vale que Scott hiciera un buen trabajo con esa fregona! —dijo Sarah.

*¡Joder! ¿Quieres callarte de una puta vez?*

Kevin señaló la botella con la cabeza. —Le llevo yo. Además, acabo de hacer setenta kilómetros y estoy que reviento. ¿Dónde está el baño?

Gordon abrió la boca para responder, pero de repente se vio ahogado por el sonido de la risa de su mujer y no pudo hablar.

---

Celestia no pudo evitarlo; estaba desesperada por saber quién había reventado el escaparate de la tienda de Albert. Armada con una escopeta, abrió el despacho, avanzó sigilosamente por el pasillo y

salió a la zona de la tienda. Oyó cómo rompían otro escaparate fuera y escuchó voces. Se deslizó por el pasillo, se agachó y oteó a través de la luna rota. Tragó saliva.

Fern, Ibre y Glynnie merodeaban por Main Street.

*Los matones del Núcleo.*

A diferencia de los alborotadores típicos —hinchados de ira, sed de sangre y, a veces, codicia—, estos tres se movían lenta y deliberadamente. Se detenían ante cada escaparate, quizá admirando las impresionantes cristaleras que el Núcleo había financiado. Entonces, uno de ellos levantaba una escopeta y la hacía añicos.

*¡Bang!*

Era horario comercial, así que Celestia supuso, *esperaba*, que los dueños de las tiendas se hubieran puesto a cubierto de la misma manera que ella misma estaba agazapada tras un expositor de productos de limpieza para el hogar. Apretó con más fuerza la escopeta que Jake le había dado. Quizá aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para plantarle cara a aquellos traidores.

Corrie y Everlyn aparecieron. Seguían a sus soldados a cierta distancia. Ambas llevaban rifles a la espalda, pero tenían las manos metidas en los bolsillos. No se comunicaban con los soldados ni entre ellas. Se limitaban a mirar al frente, orquestando la sublevación contra Mossbark con su presencia.

Todo aquello que Celestia no había deseado, todo lo que se había esforzado por evitar, se estaba desarrollando ante sus mismísimos ojos. *Guerra.*

Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero reprimió la emoción. No era momento para llorar. Quizá, solo quizá, si se mantenía fuerte, podría surgir una oportunidad de aquel horror que se estaba desarrollando. Después de todo, la amenaza dentro de las fronteras del Núcleo estaba *aquí* y no *allí*.

Lo que significaba que, con algo de suerte, si regresaba a casa en ese preciso instante, podría volver a controlar a su gente. Era una posibilidad remota, lo sabía. Lo que había visto en la ejecución de Albert la había conmocionado hasta la médula, pero ¿y si el apoyo que le habían dado a Corrie en aquel momento hubiera nacido

simplemente del pánico? En ausencia de Corrie, ¿volverían a ponerse de parte de Celestia?

Tenía que intentarlo.

Después de todo lo que había hecho su padre, se lo debía a su gente.

Dejó a los soldados con su senda de destrucción, salió de la tienda por la puerta trasera y se dirigió hacia el Núcleo.

# 14

La puerta de la oficina estaba cerrada con llave. Jake aporreó la puerta y esperó.

No hubo respuesta.

Con su buen amigo Logan desaparecido, no iba a dejarse disuadir. Esta vez, golpeó la puerta con más fuerza.

—¡Abre la puta puerta!

Al final, la puerta se abrió.

Scott dijo:

—¿No formabas parte del Core ahora?

—¿Dónde está el sheriff?

—No lo sé —dijo Scott—. La oficina está cerrada.

—Tiene que abrir. Logan Reed ha desaparecido.

Jake esperaba una réplica despectiva —como mínimo, una mueca de desprecio—, pero no recibió ninguna de las dos cosas, lo cual era muy impropio de él. Scott parecía distraído y, como resultado, menos hostil de lo habitual.

—Lo sabemos —dijo Scott—. Se ha fugado. Aparcó su camión y salió corriendo hacia lo desconocido.

—¿Cómo lo sabe?

—Alguien lo vio, obviamente.

—*¿Quién?*

—Eso no es relevante para usted —dijo Scott—. Se fue corriendo. Ya volverá. No vamos a destinar personal a alguien que está

sufriendo una crisis nerviosa.

—La misma historia de siempre, ¿eh? —Jake entrecerró los ojos —. ¿No van a destinar a nadie? ¡No sé para qué se molestaron en reabrir esta oficina! ¡Ninguno de ustedes parece tener el más mínimo interés en hacer su trabajo!

—Logan Reed no es una víctima. Supérelo.

—Es una persona desaparecida. ¿Les ha explicado a sus padres que no se van a molestar? Están en el pueblo. Probablemente vinieron a verle, pero su puerta estaba cerrada. Esto es una casa de cachondeo.

—De todas formas, ¿a qué viene tanta preocupación, Frank? ¿No es usted uno de los paletos ahora? ¿No debería estar cazando la cena o recogiendo leña?

—Bueno, usted lo sabrá, que envía sus drones a espiar. Apuesto a que también fue usted quien se coló por el bosque antes.

Scott evitó el contacto visual.

—Joder —dijo Jake—. Fue usted, ¿a que sí? ¡Colándose como ladrones! ¡Son la policía, por el amor de Dios! Creo que no he visto nada tan patético en mi vida.

—Nos falta personal. ¡Nos puede contar con los dedos de una mano! ¿Cómo se supone que acabemos con el Nucleus si no?

—Y de todas formas, ¿a qué viene esa repentina necesidad de acabar con ellos? —dijo Jake—. Se han conformado con dejarlos en paz durante varios cientos de años...

—Son un cáncer. Siempre lo han sido. Y siempre lo serán.

—Como he dicho, me parece que ya es un poco tarde para empezar a preocuparse por eso ahora.

—Son unos asquerosos asesinos. Y usted lo sabe, Frank. Solo se queda por aquí porque está coladito por una de ellas. ¿No es un poco joven para usted?

Jake apretó el puño. *Ahí está. Ha vuelto Scott el hostil, con la chulería de siempre.*

Scott sonrió al ver el puño de Jake.

—¿Busca pasar la noche en el calabozo?

—¿Dónde está el camión de Logan?

—¿Por qué?

—Alguien tiene que intentar averiguar qué ha pasado...

Sonó un fuerte disparo y el ruido de cristales rotos.

—Mierda —dijo Scott, echando mano a su arma—. ¿Qué cojones ha...?

Un segundo disparo. Más cristales rotos.

—Viene de Main Street.

*Main Street. El ultramarinos de Hardy. Celestia.* Jake sintió que se le encogía el estómago.

—Son ellos, ¿verdad? —preguntó Scott, bajando los escalones—. Están aquí.

Jake lo siguió, con la adrenalina a flor de piel.

—¿Qué esperaba? Ustedes dieron el primer paso.

Un tercer disparo.

Jake y Scott echaron a correr.

---

—¿El baño, por favor? —repitió Kevin por tercera vez.

Gordon tragó saliva.

—Sí..., claro...

—Yo que usted iría más despacio con eso. —Kevin señaló la botella de whisky.

Gordon pensó que la cabeza le podría estallar por la risa de su mujer. Apretó los dientes, intentando desesperadamente hundir la desagradable carcajada de ella en lo más profundo de su subconsciente. No funcionó.

—No funciona. El retrete..., me temo.

—¿Que su retrete no funciona?

—Sí, la cisterna no va.

—¿Cómo puede vivir sin un retrete?

—Ha ocurrido hoy..., poco antes de que usted llegara, de hecho... Iba a llamar a alguien.

—Si no tenía ya suficientes dudas sobre ti, cariño —dijo Sarah—, ¡ahora debe de estar cosido a ellas!

Gordon apretó los dientes con todas sus fuerzas.

—Lo mejor es que me deje echarle un vistazo —dijo Kevin—. Y si no consigo que funcione la cisterna, pues echo un cubo de agua después de usarlo.

—¡Vaya! —dijo Sarah—. Ríndete, Gordon. ¡Estás acabado! Esto empieza a dar vergüenza ajena...

—¡Cállate la puta boca! —gritó Gordon.

Kevin se apartó de él.

—No..., lo siento. No es por usted —dijo Gordon, mostrando las palmas de las manos.

Kevin miró a ambos lados.

—Aquí no hay nadie más, sheriff.

—Lo sé... lo sé. Tiene razón. He bebido demasiado. Quizá necesite sentarme. ¿Vamos ya a la oficina?

Kevin frunció el ceño.

—¿Dónde está su baño, sheriff?

—Eso es —dijo Sarah—. Has disparado sus niveles de sospecha a DEFCON Uno. Venga, enséñaselo. Sácanos a todos de este suplicio. Eso es… levanta la mano… señala.

Gordon se sorprendió al ver que había obedecido la orden de su mujer y apuntaba a la puerta del dormitorio de esta.

—¿Ahí dentro? —dijo Kevin.

—Dile que sí. Por la salud mental de todos, Gordon, dile que sí.

—Sí —dijo Gordon.

Kevin lo señaló con el dedo. —Quédese aquí, sheriff. —Se giró hacia la puerta del dormitorio.

Mientras Kevin se acercaba a la puerta del dormitorio, Gordon buscó ideas por la habitación en aquella situación desesperada. Justo antes de la muerte de su mujer, había colgado un cuadro nuevo sobre la repisa de la chimenea, una copia de *Nighthawks* de Edward Hopper: tres personas reunidas en un *diner* de Nueva York, perdidas en sus propios pensamientos.

Nueva York. Cómo le había gustado Nueva York.

El propio cuadro le dio una idea; no por el tema que representaba, sino por la forma en que estaba sujeto a la pared.

Oyó abrirse la puerta del dormitorio.

El taladro eléctrico que había usado para perforar las paredes para el cuadro todavía estaba sobre la repisa de la chimenea.

—Dios —dijo Kevin—. Vaya peste.

Gordon ya estaba junto a la repisa con el taladro eléctrico en la mano. Se giró para ver a Kevin entrar en el dormitorio, llevándose una mano a la nariz. La otra ya buscaba a tientas su pistola.

—Demasiado lento, viejo —dijo Sarah.

*Que te jodan*, pensó Gordon y cargó contra él. *¿A que no parezco tan viejo ahora?*

Kevin había empezado a girarse, pero Gordon, en contra de lo que afirmaba su mujer, aún tenía ventaja. Golpeó al alto agente de la Policía del Estado de Míchigan en un costado y lo mandó de bruces contra la alfombra.

Gordon le pisó la muñeca con la bota para que no pudiera usar su arma de fuego.

—¡Quítate de encima, joder! —gritó Kevin.

Gordon le dio una patada en la cara al agente. Luego comprobó rápidamente que el par de apriete estaba al cien por cien. No pudo evitar dedicarle una sonrisa a su mujer, a pesar de que estaba perdida bajo la lona, y luego apretó el gatillo.

El taladro eléctrico zumbó.

Se inclinó y escuchó cómo la broca chirriaba mientras se hundía en el lateral de la cabeza de Kevin. —Nunca deberías haber venido aquí —dijo Gordon.

—Lo mismo digo —dijo Sarah.

---

—Esperaba más de ellos —dijo Everlyn junto a Corrie.

Sin embargo, la falta de resistencia no sorprendió a Corrie. —¿Por qué? Piensa en cuánto tiempo han estado refugiándose, cuánto tiempo *los hemos* refugiado nosotras. ¡Nunca han necesitado luchar!

Las dos líderes se detuvieron y observaron cómo Ibre disparaba contra el escaparate de la tienda de discos. El cristal estalló. Él gritó de alegría y volvió a disparar.

Everlyn dio un paso adelante. —Ibre, basta…

Corrie le puso una mano en el hombro a Everlyn. —*No.* Es nuestro momento. Déjalo estar. Deja que disfruten.

Everlyn la miró a los ojos, hizo una pausa y luego asintió.

La siguiente tienda tenía un colorido expositor de cajas en el escaparate y una serie de artilugios que Corrie no conocía. Leyó el letrero: Mossbark Vapor Worx. Miró a Everlyn, que le explicó el concepto de vapear.

—El mundo ha avanzado de formas muy peculiares —dijo Corrie —. No envidio las visitas frecuentes que tenías que hacer aquí…

Glynnie disparó contra el escaparate, destrozando el expositor de artilugios. Como era una mujer menuda, la fuerza de la escopeta la lanzó hacia atrás.

—¿Quieres que te dé la manita la próxima vez? —preguntó Ibre.

—Será lo último que hagas en tu puta vida…

Sonó otro disparo y Glynnie volvió a retroceder. Esta vez no se detuvo, y cuando aterrizó de espaldas, convulsionando, quedó claro que no lo había provocado el retroceso de su arma. Alguien le había disparado desde el interior de la tienda.

—¡A cubierto! —gritó Ibre.

Los tres soldados supervivientes se pegaron a la pared entre las tiendas y se agacharon, con los fusiles preparados.

Corrie permaneció en el centro de Main Street, observando a la inmóvil Glynnie mientras un charco de sangre crecía a su alrededor.

—¡Agáchate de una puta vez, Corrie! —siseó Everlyn.

Corrie se acercó a la ventana rota. Ni siquiera se molestó en preparar su fusil y simplemente dejó que rebotara en su espalda. Se detuvo frente al enorme agujero en la fachada de Mossbark Vapor Worx. —Aquí la líder soy yo…

Otro disparo hizo que Corrie se estremeciera, pero luego sonrió. Miró a Everlyn, que negaba con la cabeza y articulaba: *¿Pero qué coño haces?*

—La próxima te la meto en la cabeza —gritó una voz ronca y áspera desde el interior.

—Eso sería un error, y usted lo sabe. Por eso sigo de pie —dijo Corrie—. Si me dispara, empezará una guerra.

—¡Son ustedes los que están empezando la maldita guerra!

—No. Ustedes vinieron a por nosotros primero. A través de nuestros bosques. Mataron a dos de los nuestros.

—¿De qué coño está hablando?

—Estoy hablando de una represalia. Y usted, señor Mossbark Vapor Worx, puede poner fin a este punto muerto cuando lo considere oportuno. Salga y deponga su arma. Y le mostraré nuestro lado más diplomático.

—¡Ja! —Otro disparo.

Como se lo esperaba, esta vez Corrie no se inmutó.

—Diplomático, una mierda. ¡Son unos salvajes!

Corrie se rio. Se dio cuenta de que Everlyn, Ibre y Fern seguían agachados, a cubierto, observándola con incredulidad. Esta vez no se molestó en intentar descifrar lo que Everlyn le estaba diciendo con los labios.

—Veo que ha tomado una decisión, señor Worx…

—Es Reeves. *John* Reeves. Use mi nombre, salvaje. Úselo, o le volaré la cabeza de un tiro.

—¡Corrie! —gritó Everlyn.

—Dispáreme, *John* —dijo Corrie—. Dispáreme, se lo ruego. Y observe cómo el fuego y la furia descienden de las colinas…

—*¡Espere!*

Corrie giró la cabeza bruscamente hacia la derecha y vio a un policía alto que subía por Main Street con las manos en alto. Corrie sonrió. —Ha tenido suerte, John. La ley está aquí.

—¡*Yo* he tenido suerte! —gritó John desde dentro—. ¡Eres tú la que está en mi puta mira!

—¡John! ¡Basta! —dijo el agente. A varios metros de Corrie, se arrodilló en el suelo y dejó su pistola—. Soy el agente Scott Derby, señora. —Se levantó y volvió a alzar las manos.

Corrie esbozó una sonrisa burlona.

John gritó: —¿Acaso eres un suicida, Scott?

—Solo he venido para evitar que esto se desmadre.

—¡Maldita sea! —respondió John—. ¡Esto ya está jodidamente descontrolado!

Corrie se acarició la correa que le cruzaba el pecho. —¿Y dígame, agente, ha venido solo?

Scott respiró hondo mientras se le iba el color de la cara. —Sí.

—Qué chico tan valiente.

—Lo que es, es un chico estúpido —dijo John—. Por suerte para ti, Scott, como intente coger ese fusil, será lo último que haga.

—No pasa nada. —Scott giró una palma hacia el escaparate de la tienda—. Limítate a bajar el arma, John, y sal. Yo me encargo…

—Pero ¿qué coño te has bebido? —preguntó John.

Corrie hizo un gesto a los tres soldados agazapados entre las tiendas para que se levantaran. —Pero mantened las armas abajo, soldados. No nos metamos en un punto muerto a la mexicana.

Everlyn y los demás se unieron a ella y, tal como les había ordenado, mantuvieron sus armas bajadas.

—¡Ja! Da la orden, Scott —dijo John—. Solo necesito una piedra para esos cuatro pájaros. Han elegido la tienda equivocada hoy.

—¡Por favor, cállate, John! —dijo Scott.

Corrie asintió hacia la tienda. —Es un gallito muy seguro de sí mismo, ¿a que sí?

—Señora —dijo Scott—, por favor, vuelva a su vehículo, que supongo que estará aparcado por allí. —Scott señaló la calle Main, más allá de los escaparates destrozados—. Y regrese a las colinas. Necesitamos que esto se calme. Cuando todo el mundo esté tranquilo, podremos hablar. Es hora de zanjar toda esta situación…

—Dígame, agente —dijo Corrie—, ¿fue usted uno de los hombres que entraron en nuestro patio antes?

Scott se estremeció. —Yo…

—¿Lo fue?

—Yo…

—Pobre ingenuo.

—Sí. Fue un error.

Corrie enarcó una ceja hacia Everlyn. —¡Y el niñato no se ha dado cuenta hasta ahora!

—¡Que te jodan! Perdí a mi hermano por vuestra pocilga.

Corrie ladeó la cabeza. *Interesante.* —¿Su hermano? ¿Fue el chico al que disparamos?

—No, ese era Riley —dijo Scott—. Brad cayó en una de sus trampas. Lo trajimos de vuelta, pero perdió demasiada sangre. Ambos *eran* agentes, señora. Tiene que entender el lío en el que está metida. Es mejor que acabemos con esto ahora mismo.

—Qué mala suerte para usted, ¿eh? ¿Estaban muy unidos su hermano y usted?

—Éramos gemelos. Escuche, todos hemos cometido errores…, errores terribles…, pero ahora es…

—¡Errores! —Corrie sonrió—. ¿Usted cree? ¿Quién fue el que decidió que atravesar nuestro bosque era una buena idea?

—El sheriff… y ya he terminado con él. De hecho, ¡él está acabado!

—¿Te has vuelto completamente loco, Scott? —dijo John.

—¡Cierra la puta boca! —dijo Scott.

—Estás razonando con unos putos salvajes. ¿Dónde demonios está Kane, de todos modos? —preguntó John—. ¡Necesitamos una verdadera voz de la puta razón por aquí!

—Bebiendo hasta perder el conocimiento —siseó Scott—. Está hecho un desastre. Lleva así un tiempo.

—Desde mi punto de vista —dijo John—, el que está hecho un desastre eres tú…

—¡*Callaos*! Los dos —dijo Corrie—. ¿Cómo se supone que alguien piense así?

—Por favor —dijo Scott—. Esta es su oportunidad, *nuestra* oportunidad, de terminar con todo esto. Deje que yo me ocupe.

—¿Ocuparse cómo? —dijo Corrie.

—Le he dicho que está acabado —dijo Scott—. El sheriff está fuera de juego.

—¿Cómo es eso? ¿Lo ha matado?

—¡No, no lo he matado!

—Bueno, entonces tenemos un problema —dijo Corrie—. Porque cualquier cosa que no sea la muerte no detendrá a un hombre dispuesto a marchar a través de nuestro bosque.

Scott negó con la cabeza. —No. Confíe en mí, por favor. Voy a ponerle fin a esto…

—Tengo tres soldados muertos, agente. *Tres. Soldados. Muertos.* Walker, Thaxton, y… —bajó la vista hacia el cadáver a sus pies—, Glynnie. ¿Cuántos han caído de su lado, agente? ¿Dos? Su hermano y el chico al que disparamos…

Una expresión de ira cruzó el rostro de Scott. —He perdido a mi hermano…, ¡*mi* hermano pequeño!

—Aun así, tres a dos sigue pareciendo un poco injusto, ¿no cree?

—Estaré encantado de que sean siete a dos, zorra —dijo John.

—No llegarías tan lejos —dijo Corrie a través de la ventana rota —. Además, en realidad ahora estamos a tres para cada uno, así que contén la mano.

—¿Perdón? —dijo Scott.

—Esto es un gesto de gran honestidad por mi parte. —Corrie miró a Everlyn—. Albert Hardy. Lo destripé en el Núcleo. —Disfrutó viendo al joven agente palidecer de nuevo.

Abrió la boca para hablar, pero tardó un rato en articular: —¿Por qué?

—Es una larga historia. La cuestión es que no debería haber estado allí. —Se pasó una mano por la cabeza rapada—. Pensándolo bien, no lo voy a contar como el número tres, porque en realidad no era uno de sus soldados. Así que, me temo, eso significa que no estamos en paz después de todo. —Se giró y miró a Everlyn, Fern e Ibre, alternativamente. Podía ver la rabia en sus rostros. Habían perdido a Glynnie. Estaban sufriendo. De nuevo, los miró una vez más, luego asintió hacia el cinturón de armas de Ibre y alzó la mirada para ver la expresión de gratitud del hombre corpulento. Corrie se volvió de nuevo—. Igualamos el marcador, y entonces aceptaré sus condiciones de paz.

Scott negó con la cabeza. —¿Cómo igualamos el marcador? ¿Conmigo? —Comenzó a retroceder—. Sin mí, no hay paz.

—¡No, cálmese! Usted no, agente. —Corrie entornó los ojos—. Pero sí que tiene que hacer algo por mí ahora mismo. Algo importante.

—¿*Qué*?

—¡*Agáchese*! —Corrie se dejó caer sobre el cuerpo de Glynnie mientras el brazo de Ibre trazaba un arco en el aire, lanzando su

granada dentro de la tienda.

Oyó a John gritar: —¡Cabrones! —mientras su arma se disparaba. En ese momento, no podía decir si alguien había resultado herido, porque de todos modos sus compañeros se estaban lanzando a cubierto.

Una explosión sonó en las profundidades de la tienda y, aunque les llovieron escombros, no había muchos cristales que pudieran herirlos, porque las ventanas ya habían sido reventadas.

Scott yacía boca abajo en el suelo, cubriéndose la cabeza.

Vio que el arma de fuego del hombre estaba a un palmo de él y se sintió aliviada cuando Everlyn se lanzó desde una posición agachada para recuperarla. Sabía que la muerte de John no tardaría en hacer que otros comerciantes aterrorizados salieran huyendo de sus tiendas, posiblemente armados, así que era el momento de poner pies en polvorosa. —Estaremos en contacto —le siseó Corrie al acobardado ayudante del sheriff.

Scott no respondió.

Se puso en pie y se giró.

Sus compañeros, todos ilesos y con vida, a excepción de Glynnie, la siguieron mientras huía por Main Street en dirección a su vehículo.

# 15

Jake se había separado de Scott mientras se acercaban a Main Street. El ayudante del sheriff iba a un ritmo endiablado, por lo que no se había enterado de nada. Jake corrió por detrás de las tiendas del lado izquierdo de Main Street. Cuando llegó al ultramarinos Hardy, entró por la puerta trasera que había forzado antes con Celestia.

Se le cayó el alma a los pies cuando descubrió la puerta de la oficina abierta y la habitación vacía.

Salió de la oficina, recorrió el pasillo, cruzó la puerta y volvió a la zona de la tienda. Fuera, en Main Street, oyó voces altas, pero, por suerte, no más disparos.

Aparte del escaparate destrozado de una tienda de ropa de enfrente, poco más podía ver desde su posición, cerca de la parte trasera de la tienda, así que se vio obligado a acercarse a la cristalera rota para asomarse y mirar Main Street abajo.

Fuera de Mossbark Vapor Worx, la asesina de Albert, Corrie, volvía a llevar la voz cantante. Scott, extrañamente desprovisto de su fanfarronería, estaba desarmado y con las manos en alto, y alguien, posiblemente una víctima, yacía en el suelo entre ellos. Tres de los soldados del Núcleo estaban con Corrie, y Jake supuso que los días del ayudante en este mundo bien podrían estar llegando a su fin.

Intentar salvar la vida del ayudante Scott —o la de cualquier otra persona en Mossbark, ya puestos— estaba muy abajo en la lista de prioridades de Jake. Solo un nombre figuraba en esa lista.

*Celestia.*

Estaba a punto de apartarse del escaparate para reanudar su búsqueda cuando oyó a Corrie advertir a todo el mundo que se agachara mientras el más grande de sus soldados lanzaba algo a través de la cristalera de Vapor Worx. Jake no se tiró al suelo, ya que estaba cubierto de cristales rotos, pero sí se protegió detrás de la puerta cerrada de la tienda. Después de que la explosión sacudiera Main Street, Jake se arriesgó a echar otro vistazo por la ventana y vio a Corrie y a sus tres soldados corriendo hacia el ultramarinos Hardy. Volvió a esconder la cabeza y los escuchó pasar a toda velocidad. Esperó hasta oír el estruendo de un vehículo lejano, que indicaba una posible huida, antes de darse la vuelta para mirar de nuevo.

Las llamas salían de Vapor Worx. Los dueños de las tiendas habían salido en tropel de sus locales, armados con extintores.

Jake se preguntó si la gente del pueblo se dirigiría al Núcleo para acabar con esta guerra de una vez por todas. Aunque ya no era su lucha. Había acabado con el Núcleo. Había acabado con Mossbark. Había acabado con *todo*.

Excepto con Celestia.

Regresó a la oficina vacía y le echó un vistazo. Se sintió aliviado al no encontrar la escopeta. Dondequiera que estuviese, al menos estaba armada.

Un pensamiento horrible le vino a la mente, y se desplomó en la silla de la oficina, con un sabor a bilis en la boca. *¿Habrá vuelto?* Sacudió la cabeza. *No sería tan estúpida. ¿O sí?* Dio un puñetazo en la mesa. Su móvil dio un respingo, arrancando el cable USB, y el teléfono cayó por el lateral del escritorio. La pantalla del ordenador se iluminó y leyó las palabras en el documento de Word abierto.

*Querido Jake:*

*Lo siento.*

*Depende de mí. No hay nadie más.*

El mensaje parecía incompleto, como si la hubieran interrumpido. Pero Corrie y esos soldados no la habían encontrado. Acababa de verlos ahí fuera, en Main Street, así que...

*Piensa, Jake..., maldita sea..., ¿qué ha hecho?*

Se frotó las sienes, intentando desesperadamente ponerse en su piel, tratando de entender qué habría hecho una joven desesperada, cargando con el peso de una comunidad moribunda, cuando Corrie había traído la guerra a Brady Crossing.

Y entonces lo entendió.

*No, no, no… Planeabas volver, pero los viste aquí, ¿verdad? ¡Los oíste! Te distrajeron mientras escribías este mensaje y después los observaste a través de los cristales rotos, igual que yo. Pensaste: ahora o nunca. Pensaste que, mientras los soldados estuvieran aquí, el Núcleo estaba totalmente desprotegido, vulnerable para que te colaras dentro y fueras a casa de Corrie. Y planeabas tenderle una emboscada. Su hijo, Marston, no sería un obstáculo. Podrías incapacitarlo y matar a Corrie de la misma manera que mataste a aquellos ancianos. Entonces podrías haber recuperado a tus soldados y haberlos aplacado permitiéndoles establecer sus defensas de nuevo. Podrías recuperar el Núcleo. Intentarlo de nuevo. Otra oportunidad. Mejor suerte esta vez. Excepto que…* Se levantó. *¡Excepto que vas a pie! ¡Y ellos vuelven antes de lo que esperabas! ¡Ay, joven impetuosa! ¿Y si te ven? ¿Y si Corrie, Dios no lo quiera, va a su casa antes de que llegues?*

Jake se apartó de la mesa, con el corazón martilleándole en el pecho.

Su móvil sonó. Se arrodilló, lo cogió del lateral del escritorio y comprobó la pantalla. Quince mensajes sin leer. Los abrió. Todos eran avisos de mensajes de voz. Llamó al buzón de voz. Su último mensaje era de la tarde anterior.

—Hola, compañero. Sé que ya nos hemos despedido, pero estaba a punto de irme de Mossbark y, ya sabes, a este gordo idiota le ha entrado la vena sentimental. Sé que no tienes cobertura ahí arriba, en mitad de la nada, pero me he imaginado que algún día escucharías este mensaje y que, para entonces, ya echarías de menos al bueno de Logan Reed. Después de todo, nunca he tenido

muchos amigos y, del par que he tenido, no recuerdo haber sentido por ellos lo que siento por ti, hermano. Así que… solo quería que recordaras mi oferta, nada más. No quiero que te olvides de Motocicletas Yorke y Reed. Tendrás que sentar la cabeza alguna vez. Espera…, un momento. Parece que tengo compañía. No es un coche patrulla, así que supongo que no me voy a meter en un lío por aparcar en la carretera a las afueras y montar un obstáculo de tres pares de narices. Espera, que se acercan. Te vuelvo a llamar. Qué raro. Es…

Jake escuchó el nombre de la persona que se había acercado a la camioneta de Logan y volvió a notar un sabor a bilis en la boca. Luego, se abalanzó sobre la bolsa de lona con el dinero, que estaba guardada detrás del sofá, antes de salir de la oficina y de la tienda a toda pastilla, guardándose el móvil en el bolsillo.

---

GORDON SE LAVÓ las salpicaduras de sangre de la cara y metió la camisa manchada en una bolsa.

Su mujer llevaba un rato en silencio. No estaba seguro de si la paz y la tranquilidad se debían al asesinato del teniente Kevin Sullivan o al Hennessy, pero, ¡Dios mío, cómo lo agradecía!

Miró fijamente el cadáver, que yacía boca abajo en un charco de sangre, y sopesó su siguiente movimiento. Por supuesto, podía intentar deshacerse del cuerpo y quemar las pruebas, pero ¿de qué serviría? La policía estatal sabría que había venido aquí antes de desaparecer de la faz de la Tierra, lo que significaba que estaba, como Sarah había expresado tan elocuentemente antes, *jodido de cojones*.

Sin embargo, no estaba sudando la gota gorda y el pulso se le mantenía estable. Sí, iba hasta arriba de whisky, pero esa no era la razón de su indiferencia. Estaba indiferente porque, en realidad, nada había cambiado.

Ya estaba jodido de cojones antes de que apareciera ese gilipollas de la policía estatal.

Los cadáveres llevaban un tiempo acumulándose: tres de esos cabrones del Núcleo —Angelita, Walker y algún otro garrulo en el bosque— y dos de sus hombres, si Brad también acababa estirando la pata. Si a eso le añadía a Leo el borracho y a su bruja de esposa muerta, Sarah, *seguro* que estaba cerca de la meta. Y sin olvidar a Scott… su querido Scott. ¡Fue él, el cabrón traidor, el que no se le ocurrió otra cosa que invitar a la policía estatal a la fiesta!

No, la meta no estaba cerca. ¡Estaba *ahí*! Justo delante de él, presionándole el pecho mientras la cruzaba…

Su siguiente movimiento no podría haber sido más obvio.

Sacó el móvil del bolsillo y, justo cuando iba a pulsar el botón de llamada, vibró. Contestó.

—Joder, Nicholas, justo te iba a llamar…

—Está muerto. ¡Raging está *jodidamente* muerto!

—Eh, Nicholas, cálmate… ¡*cálmate*! ¿Qué ha pasado?

—Han venido a Main Street. El Núcleo *ha venido* a Main Street. Han matado a Raging…

—¿El Núcleo? ¿En serio? ¿Todos?

—No, cinco. Han tiroteado el lugar. Raging ha conseguido cargarse a uno de ellos. Lo ha matado a sangre fría. Pero le han metido una granada por el escaparate. Han hecho saltar al pobre cabrón por los aires. Y luego han huido. Han vuelto al agujero del que salieron.

—Vaya —dijo Gordon.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—No, lo siento, Nicholas. Es que estoy sorprendido. De piedra, más bien. No me esperaba esto…, no, no me lo esperaba en absoluto. —Sintió que el corazón se le aceleraba.

—Es la represalia por lo que has hecho, *sheriff* —dijo Nicholas—. Eso es lo que han dicho.

—No, Nicholas. Para nada. Esto no es una represalia. Esto es un animal salvaje, acorralado y asustado. Sí, acaba de soltar un zarpazo, y el pobre John «Raging» Reeves ha pagado el precio, pero escucha con atención: saben que son vulnerables. —Respiró hondo y disfrutó de la adrenalina que se acumulaba en su organismo—. Es puro teatro, simple y llanamente. No pueden aguantar más, así que

creen que un buen ataque es la mejor defensa. ¿Sabes lo que esto significa, Nicholas?

—*Sheriff*, todo el mundo está muy alterado. No creo que sea el momento…

—¡Es el momento *perfecto*! ¿A cuántos tienes, Nicholas? ¿Cuánta gente tenemos para recuperar nuestra tierra?

—Ahora que Raging ha muerto, quince.

—Llévalos a todos a Main Street. Que vean lo que ha hecho el Núcleo. Recuérdales de lo que son capaces nuestros vecinos de las colinas. Estaré allí en breve.

—Vale. Pero, *sheriff*, hay algo más…

—Dime.

—Tu ayudante, Scott. Está aquí.

—Es comprensible. Ha habido un crimen…

—No. Él *también* estaba aquí cuando estaban ellos.

—¿Ah, sí? ¿Y no se defendió?

—Todo lo contrario. Depuso su arma y les dijo que estábamos listos para la paz.

Gordon respiró hondo.

—También les ha dicho que su hermano estaba muerto y que tú estabas acabado. Ha dicho que estabas metido en un lío. Lo he oído todo.

Así que, de verdad había perdido a Scott.

—¿Y le han creído?

—Sí…, por supuesto…, creo que sí. ¿Por qué no iban a hacerlo?

—Por la esperanza, Nicholas. Por la *esperanza*. Y ahora serán todavía más vulnerables por ello.

—¿Así que Scott mentía?

—Por supuesto. Prepara a todo el mundo, Nicholas. *Estad preparados*. Llegaré pronto.

Colgó y cerró los ojos, disfrutando de la ausencia de las incesantes críticas de su mujer, sintiendo la meta fuertemente presionada contra su pecho.

# 16

Cuando Celestia llegó al linde del bosque más meridional, contempló el Foco y suspiró. Era un lugar que ocuparía su corazón para siempre, pasara lo que pasara. Avanzó por el perímetro de los árboles, observando las cabañas y transportándose *a* sus muchos recuerdos felices. Los jardines que Gillie había plantado y cuidado estaban tan hermosos como siempre. Celestia rememoró la primera vez que le había preguntado a Gillie si podía ayudarla a cuidar de las flores; ese había sido el primero de muchos largos días que pasaron juntas.

Tras pasar de largo el columpio de cuerda que se balanceaba y que había colgado con su mejor amiga, recordó una ocasión en la que su padre, Merithew, la había amonestado por adentrarse demasiado en el bosque, donde había muchas trampas peligrosas para protegerlos de los intrusos.

Respiró hondo y se obligó a reconocer cuánto había querido a aquel hombre. Y de nuevo, como siempre, la consciencia de en qué se había convertido en los años previos a su muerte le partió el corazón en mil pedazos.

Llegó a la altura de la cabaña de Corrie. Entrecerró los ojos mientras miraba fijamente su destino.

—El mundo tiene demasiados tiranos —dijo, antes de salir de su escondite y cruzar la zona de hierba a la carrera.

Recuperando el aliento junto a su destino, miró al cielo, imaginando que su padre la observaba. *Si quieres compensar lo que hiciste, ayúdame ahora.* Las nubes se abrieron y un rayo de sol se coló e iluminó el Foco a su alrededor. La zona residencial parecía demasiado vacía, demasiado silenciosa.

*¿Es cosa tuya, padre? ¿Me has despejado el camino?* Esbozó una sonrisa irónica. *No creo.*

La realidad era esta: acababa de cruzar corriendo a la descubierta durante unos veinte segundos y probablemente alguien la había visto. Además, era muy posible que Corrie estuviera en casa o, como mínimo, su hijo.

No. Su difunto padre no le estaba ofreciendo un velo protector. Había silencio en el Foco porque la mayoría de la gente estaría en la plaza, socializando y comerciando. Así que solo le quedaba esperar que, si alguien la había visto, fuera un simpatizante y viera en Celestia a una verdadera líder; una líder que los amaba más de lo que podían imaginar. Puede que ese observador le ofreciera a Celestia su complicidad silenciosa.

Volvió a mirar la puerta cerrada de la cabaña a su lado e intentó escuchar alguna señal que delatara su ocupación. Pero el Foco y la cabaña estaban en silencio, y lo único que oía era su corazón desbocado en el pecho. Comprobó la escopeta que tenía en las manos. Era ahora o nunca.

*Por Gillie. Por mi padre o, al menos, por el hombre que fue. Por Thaxton. Y por todos los traicionados de nuestra comunidad…*

Se inclinó, presionó el picaporte de la puerta de la cabaña, le dio un pequeño empujón y la dejó abrirse. Giró para entrar, con la escopeta en ambas manos, y casi apretó el gatillo cuando vio la figura encorvada sobre una mesa al fondo de la habitación. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra y vio de quién se trataba, suspiró aliviada.

—¿Marston?

Él no levantó la vista y estaba ocupado escribiendo o dibujando.

—Marston… ¿está tu madre en casa? —preguntó en un susurro, lo cual era bastante irrelevante. Si Corrie estaba en la cabaña, sin duda se habría percatado de la presencia de Celestia.

Sosteniendo la escopeta con una mano, Celestia cerró con cuidado la puerta de la cabaña tras de sí. La habitación estaba en penumbra porque todas las cortinas estaban echadas y las luces apagadas, pero sus jóvenes ojos se adaptaron y las sombras a su alrededor se convirtieron rápidamente en formas identificables.

La cabaña estaba organizada como la mayoría de las del Foco. Una amplia zona de cocina estaba equipada solo con lo esencial, como cubiertos, sartenes y tablas de cortar, y dos puertas a lo largo del lado derecho de la estancia conducían a los dormitorios.

Celestia, apuntando con la escopeta por la cabaña hasta asegurarse de que nadie acechaba en las sombras, se acercó al niño.

—¿Hay alguien más en casa, Marston?

Ninguna respuesta. Parecía completamente absorto en lo que fuera que estuviera creando en esa mesa.

A medida que se acercaba, el niño se encorvó aún más, y Celestia se preguntó si se estaba encogiendo por miedo a ella. Sin embargo, continuó, y a un metro de él, se dio cuenta de que la verdadera razón por la que se había inclinado más era para descargar más peso sobre la cera con la que garabateaba.

—¿Marston?

Como no respondió, decidió que era la última vez que intentaría captar su atención con delicadeza y se acercó al niño. Observó el dibujo o, al menos, lo que *quedaba* del dibujo. En ese momento lo estaba destrozando con una cera roja. La imagen era de unas figuras tumbadas en el suelo —cadáveres ensangrentados, supuso, porque ahí era donde Marston aplicaba copiosamente la cera roja—. Entre los dos cuerpos se erguía una mujer alta sosteniendo un cuchillo. *¿Corrie?* ¿Podrían las dos víctimas ser el padre de Marston, Sumner, y su abuelo, Albert?

—Pobre niño… —Celestia apartó una mano de la escopeta para ponérsela en el hombro. Sintió cómo se le contraían los músculos del hombro mientras movía la cera—. Marston, necesito que me escuches. Necesito tu ayuda.

Movió la cera con más fuerza.

Volvió a sentir el espasmo de sus músculos.

—Tu madre ha traicionado a tu familia… te ha traicionado a ti.

La cera se partió en dos. Dejó caer los trozos de la mano.

—No estás a salvo…

*Clanc.*

Apartó la mano del hombro de Marston y se giró hacia las puertas de los dormitorios. De nuevo con ambas manos en el arma, apuntó con la escopeta alternativamente a las dos habitaciones cerradas.

*Clanc.*

Se le revolvió el estómago.

*Clanc.*

—Marston, ¿quién hay *ahí*? ¿Es tu madre?

Como era de esperar, el niño a su espalda no respondió.

*Clanc.*

—¿*Quién* hay ahí?

*Clanc. Clanc. Clanc.*

Sonaba como si alguien estuviera atrapado, intentando salir de algún sitio. El ruido metálico era ahora continuo. Celestia habló en voz alta por encima del ruido: —Tengo una escopeta. Con cuidado, se acercó a la primera puerta de la izquierda, pegó la oreja y se dio cuenta de inmediato de que el origen del ruido metálico procedía de la habitación contigua. Respiró hondo y apuntó con la escopeta a la puerta de la derecha, preguntándose si su mejor opción sería volarla de un disparo.

*Estúpida e impetuosa*, pensó, mientras sentía cómo la adrenalina le recorría las venas. *Le haces un agujero a quienquiera que esté detrás. Y si no es Corrie a quien masacras, entonces…, ¡bien hecho, Celestia! Joder.*

Apartó la otra mano de la escopeta y presionó el pomo. Recordó la escena de la ruleta rusa que había acabado con la vida de Nick en *El cazador*. Sentía como si en ese mismo momento tuviera la pistola apoyada en la sien...

Abrió la puerta de una patada, al tiempo que volvía a llevarse la mano a la escopeta.

En una habitación tan pequeña, pudo identificar de inmediato el origen del ruido metálico y supo que allí no estaba Corrie y que, en

ese preciso instante, no había peligro alguno. Sin embargo, aunque la sensación de tener una pistola en la sien había remitido, ahora la embargaba una profunda conmoción.

En un rincón de la habitación habían metido la jaula de un animal. Un hombre menudo estaba aplastado en su interior, con el espacio justo para dar patadas a los barrotes y producir el sonido metálico que había atraído a Celestia hasta él.

Entró en la habitación y lo reconoció:

—¿Logan?

Él emitió un sonido ahogado, y ella se fijó en la cinta que le amordazaba la boca.

Se acercó a la jaula, dejó la escopeta encima y se arrodilló para quedar a la altura del camionero.

A pesar del poco espacio, había conseguido sentarse. Tenía las manos atadas a la espalda, una herida en la sien y sangre seca en la mejilla.

Recorrió con las manos la parte delantera de la jaula hasta que llegaron al candado.

—Mierda.

---

MARSTON HABÍA DISFRUTADO de la sensación de la mano de Celestia en su hombro: un gesto *sincero*, lleno de calidez y preocupación, algo que no había sentido en mucho tiempo, algo que nunca esperó volver a sentir. Le dio la vuelta al papel y, con un lápiz, se dibujó rápidamente a sí mismo. Se representó erguido, sin el peso que siempre lo oprimía.

A sus espaldas, mientras Logan pateaba la jaula, Marston escuchó a Celestia gritar hacia las habitaciones:

—¿Quién anda ahí?

Celestia, la hija de Merithew.

*Merithew.* El hombre que lo había guiado hacia el amor, hacia Brittany Hirst.

Brittany Hirst. Un amor prohibido, un amor tan indebido que se lo habían extirpado del corazón como si fuera un tumor.

Gracias, Merithew. Gracias por esa herencia de dolor.

*Se la debo.*

Empezó con el segundo dibujo, una figura tendida en el suelo. A su espalda, oyó a Celestia abrir la puerta del dormitorio y luego exclamar con un grito ahogado:

—¿Logan?

Al darse cuenta de que se había olvidado de dibujar un cuchillo en su autorretrato, Marston lo corrigió. Luego cogió la cera roja rota y la apretó con fuerza sobre el dibujo de Celestia a sus pies hasta que ella, como lo habían estado su padre y su abuelo momentos antes, quedó completamente cubierta.

*Es hora de saldar cuentas, Merithew.*

# 17

Antes de adentrarse demasiado en el bosque más meridional, Jake recordó que el mensaje de Logan no había sido el único que tenía en el buzón de voz. Había *bastantes* más. Catorce, de hecho.

Tras descubrir que Marston se había llevado a Logan, sumado a su predicción de que Celestia se dirigía en ese preciso instante a la cabaña del chico, lo que había resultado ser una distracción de mil demonios, ahora volvía a internarse en aquellas oscuras colinas; la curiosidad había hecho acto de presencia y le había picado con fuerza. Pronto perdería toda la cobertura del móvil; potencialmente, para siempre. Un gato tiene que agotar sus vidas en algún momento.

Catorce mensajes eran demasiados mensajes como para no escucharlos nunca, sobre todo teniendo un hijo pequeño. Así que los escuchó. Después, sintió que el suelo se abría bajo sus pies, pero consiguió apoyarse en un árbol. Aunque eso no impidió que vomitara.

Tras limpiarse la boca, sostuvo el móvil con mano temblorosa y buscó el número de Michael Yorke.

*Los* catorce mensajes eran de Yorke.

*Todos* sobre lo mismo.

*Su familia.*

*Algo le había pasado a su familia.*

Pulsó el botón de llamada y sintió otra arcada. Escupió bilis sobre el tronco. Mientras el teléfono sonaba, repetía una y otra vez en su cabeza las palabras más tranquilizadoras de Yorke: «*Frank está bien, Jake. Te doy mi palabra. Mantén la calma. Está bien*». Pero ni una mención de Sheila; ni una mención de la mujer a la que una vez amó más que al aire que respiraba: *la madre de su hijo.*

—Inspector Jefe Michael Yorke…

—Mike, *joder*, gracias a Dios, Mike. ¡Soy yo!

—*Jake*… Me alegro muchísimo de oír tu voz. No sabía…

—¿Qué ha pasado? ¡Mi familia!

—Tranquilo, Jake. Necesito que te tranquilices.

—¿*Frank?* ¿Dónde está Frank?

—Está a salvo. Está con su abuela.

*Gracias a Dios, gracias a Dios…* Yorke le había dicho la verdad. Se estabilizó contra el árbol. Respiró hondo. —Mike… —No quería preguntar. Deseaba con toda su alma no saberlo, pero…—. ¿Sheila?

Una pausa. Casi una confirmación.

Jake le dio un puñetazo al árbol.

—Lo siento, Jake…

—¡*Joder*! ¡*Mierda*!

—De verdad que lo siento.

—¿Han sido *ellos*?

—No hay pruebas…

—¡Una mierda! ¿Han sido ellos?

—No lo sé, Jake. De verdad que no. Ha sido una explosión de gas. Sheila estaba allí. Tu hijo estaba con su madre, por suerte, así que…

—¡Joder! ¿Pretendían matarlos a los *dos*? Unos salvajes. —Golpeó el árbol de nuevo. Sintió la corteza clavarse en sus nudillos —. Unos *putos* salvajes.

—Lo siento, Jake. Ojalá supiera más. Los bomberos lo han clasificado como una tubería de gas defectuosa. No hay nada más…

—¡No hace falta que haya nada más, Mike! Tú lo sabes. *Tú* sabes a qué nos enfrentamos. Mi hijo. ¡Joder! Mi hijo. —Se miró los nudillos ensangrentados—. ¿Qué demonios voy a hacer?

—He estado trabajando por turnos. Siempre hay alguien vigilando a Frank en casa de su abuela. Nadie se le acercará. Eso me ha dado tiempo para averiguar más cosas.

—No vas a averiguar nada. —*Porque la comisario jefe Joan Madden no te dejará.*

Se guardó esto último porque Yorke no sabía que la comisario jefe Joan Madden estaba a sueldo del Artículo SE. Había asumido que poseer esa información era lo único que mantenía con vida a su familia. Parecía que al Artículo SE ya no le importaba lo que él supiera. Aun así, se abstuvo de decírselo a Yorke porque podría resultar importante en los días venideros.

—Seguiré intentándolo, Jake. Tienes mi palabra. No pararé.

—No es suficiente, Mike. El Artículo SE es la panda de cabrones más rastrera que existe. Necesito que cojas a Frank tú mismo. Necesito que lo lleves a un lugar seguro.

Yorke no respondió.

—¿Mike?

—Jake… vamos… ¿Cómo voy a hacer eso?

—Fácil, tú…

—No, Jake, no es fácil. Su abuela tiene la custodia temporal. No es tan fácil como plantarme allí y llevármelo.

—Explícale la situación.

—¿Te crees que escucharía?

Jake recordó el carácter testarudo de su suegra. —A mí no, desde luego. Pero tú eres diferente, Mike. Puede que escuche a alguien que sea, ya sabes… —*Menos jodidamente inútil.*

—Llevarme a ese niño no es una situación que yo pueda orquestar, Jake. No sin causar un montón de problemas. Ni siquiera sabemos, a ciencia cierta, que el problema exista. Las explosiones de gas ocurren. Son raras, pero *ocurren*.

—La han asesinado. Y si no vuelvo a casa, también matarán a mi hijo.

—Seamos positivos. La protección permanente no va a cesar.

—Hasta que alguien por encima de ti le ponga fin. —*¿La comisario jefe Joan Madden, por ejemplo?*

—Por encima de mi cadáver, Jake.

—Voy a volver a casa.

—Sabes que quiero que vuelvas. Sabes que eso es lo que siempre he querido, pero siempre iba a ser de forma discreta. Volver en este estado, con esta emoción… sin duda es la receta perfecta para el desastre. Déjame seguir investigando…

—Voy a volver, Mike. Voy a volver a por mi hijo.

—Jake…

—No le quites los ojos de encima. Te lo ruego. Te lo ruego con cada fibra de mi ser. No le quites los ojos de encima a Frank. —Jake colgó y se guardó el móvil en el bolsillo. Se limpió el dorso de la mano ensangrentada en la camisa e hizo una mueca por el escozor. Miró con rabia la colina boscosa que conducía al Núcleo.

*Este no es tu mundo.*

*Este no es tu problema.*

Respiró hondo, se imaginó a su pequeño lidiando con la pérdida de su madre y se volvió hacia el pueblo. Unos pasos más allá, se agachó. Se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

*Celestia.*

Recordó el primer día que la conoció en el banco: dos almas perdidas que se encontraban. El dolor en su conversación...

*—La tristeza, Frank. Alrededor de los ojos. Tienes mucha.*

*—Podría decir lo mismo de ti, Celestia.*

*—Y tendrías razón.*

*—¿De qué podría estar triste una chica de diecisiete años?*

*—¿De qué podría estar triste un treintañero a miles de kilómetros de casa?*

*—Volvemos a estar en tablas, ¿no?*

Recordó su paseo hasta la vieja mina, sus preguntas indiscretas y su desesperación por saber quién era ella en realidad...

*—Celestia, tenemos que hablar.*

*—¡Creía que eso es lo que estábamos haciendo!*

*—No. Hablar... en serio.*

*—¿En serio como cuando clasificamos las películas de Martin Scorsese?*

*Jake señaló la colina en la otra dirección. —¿Tenéis un cine ahí arriba?*

*—Si sabes eso, ¿por qué estás aquí parado?*

*—¿Por qué no iba a estarlo?*

*—Cuando la gente de por aquí sabe que eres del Núcleo, nunca te busca problemas, lo que supongo que es bueno, pero tampoco quieren hablar contigo.*

*—Yo no soy de por aquí y me gustaría saber más de tu hogar.*

*—¿Podemos volver a lo de clasificar las películas de Scorsese?*

Con las lágrimas surcándole el rostro, recordó el incendio de la Morada y las ratas..., y las secuelas, cuando Celestia había admitido que por fin lo entendía...

*—No sé quién te crees que soy, Celestia, pero ese de verdad no soy yo.*

*—Yo creo que sí lo eres.*

*—No* me conoces*. No conoces a mi verdadero yo.*

*—Sé que te importan los demás. Te importan más que tú mismo. Sé que* necesitas *ayudar. ¿Qué pasaría si simplemente dejaras de hacerlo?*

*—Ojalá lo supiera. Llevo intentándolo desde que Dios sabe cuándo.*

*—Quédate, Jake. Quédate y ayúdanos.*

*—Aunque me quedara, no sería rival para lo que se avecina.*

*Ella lo abrazó. —Hagas lo que hagas, siempre te querré por todo lo que hiciste por mí. Por nosotros.*

*—No puedo quedarme. —Jake le devolvió el abrazo—. Lo siento, Celestia.*

*—No lo sientas. Un hombre como tú no merece pasarse la vida entera lamentándose.*

Jake se secó las lágrimas y reprimió los recuerdos. Se puso en pie y miró al frente, donde le esperaban Brady Crossing y su billete de vuelta a casa. Se giró hacia la colina y el Núcleo.

Y echó a correr.

MIENTRAS ESPERABA a que su gente se reuniera en la plaza, Corrie examinó la plataforma manchada de sangre sobre la que se encontraba: la sangre de su padre. *Su* sangre.

Sabía que era peligroso pensar en lo que podría haber sido, pero aun así lo hizo. *¿Podría haber desarrollado una relación con un hombre que no había sido más que un desconocido para mí? ¿Podría haberle dado a Marston la guía que yo parecía incapaz de darle? ¿Habría luchado por mí y por mi gente?*

Tiempos extraños traían consigo sentimientos extraños. Los reprimió. Albert no había sido más que un medio para lograr un fin. Un fin *exitoso*. Derramar su propia sangre en esta plataforma había vuelto a enderezar el rumbo del Núcleo.

Observó a su pequeño grupo de casi treinta personas. Contó once niños; su propio hijo, Marston, no estaba. Suspiró. *Mi niño perdido.*

Se dirigió a su gente. —Detrás de mí se encuentra Everlyn, líder de vuestros leales soldados, pueblo del Núcleo. Hoy hemos tomado represalias por lo que les ocurrió a nuestros queridos soldados, Thaxton y Walker. Por desgracia, Glynnie también cayó en la batalla, pero murió como todos deberíamos morir: con valentía y con el corazón lleno de amor por el Núcleo.

Los vítores parecieron apagados, pero como la multitud *era* pequeña, lo atribuyó a la paranoia. Se fijó en que Leander, el anciano que se había mostrado particularmente elocuente durante su ascensión, aplaudía con cierto brío. Sonrió ante esto y luego se giró para asentir con gratitud a cada uno de los tres soldados.

Cuando cesaron los vítores, varios niños pequeños situados al frente de la multitud continuaron gritando, disfrutando claramente del ambiente festivo. Los padres de ambos niños se adelantaron y les pusieron las manos en los hombros para indicarles que pararan.

—Dejadlos —dijo Corrie—. Dejad que se regocijen. Hemos ganado esta batalla y ahora...

—¿Ganado? —preguntó Olin, el líder de la partida, los cazadores que cargaban con la responsabilidad de alimentar al Núcleo—. ¿Cómo puedes sugerir que hemos ganado?

A Corrie le sorprendió; quizá, después de todo, no era paranoia. —Oh, sí, Olin, *hemos* ganado. Luchamos contra ellos en el bosque y marchamos sobre ellos en Brady Crossing. Se acobardaron en sus tiendas mientras las hacíamos pedazos. La única persona que tenía algo de espíritu de lucha ya no está. También me reuní con sus fuerzas del orden..., o lo que quedaba de ellas. ¿Y sabéis qué hicieron? *Suplicarme* la paz.

Algunos de los adultos de la multitud se rieron.

—El sheriff siempre fue un blando —gritó Nella.

—Al sheriff lo están desmantelando mientras hablamos. La ley *no tiene* liderazgo. Brady Crossing *no tiene* liderazgo. Vosotros tenéis liderazgo. ¿Qué tenemos que temer?

La multitud vitoreó de nuevo.

—Hoy, mientras nuestros leales soldados redistribuyen las trampas por nuestras tierras y restauran nuestras defensas, vosotros celebraréis. Aquí, en la plaza. —Corrie extendió una mano mientras Fern e Ibre traían dos barriles de madera llenos de cerveza—. Cerveza y vino.

---

A LO LEJOS se oyó el sonido de aplausos y vítores.

A Celestia la atenazó la ansiedad. ¿Acaso Corrie había vuelto y estaba de nuevo ganándose al público? Recordó la ejecución de Albert con un escalofrío. ¿Qué ofrecía ahora la tirana? ¿Una fiesta para celebrar haber sobrevivido al asalto de Brady Crossing? Tenía sentido vender el vandalismo de Main Street como una clara señal de la debilidad de Mossbark, pero ¿de verdad creía Corrie que podía ganar esta guerra?

Desde que Celestia había encontrado a Logan embutido en la jaula, él no había parado de balbucear, intentando desesperadamente decirle algo, así que alargó la mano entre los barrotes para quitarle la cinta que le tapaba la boca.

Logan se inclinó hacia delante todo lo que pudo en aquel espacio tan reducido, gimiendo.

—Un poco más... —dijo—. Solo un poquito más... —Consiguió agarrar el borde de la cinta y arrancársela de un tirón.

Él hizo una mueca de dolor. —¡Marston! ¡Es Marston! Mírame la cabeza... Me ha pegado junto a mi camión y...

Sintió una opresión en el pecho mientras los ojos llorosos de Logan se alzaban de repente, divisando algo.

—¡Detrás de ti!

*Mierda...* Se levantó de un salto y cogió la escopeta de encima de la jaula con una mano.

—¡Lleva un cuchillo!

Se giró rápidamente, incapaz de empuñar la escopeta con la más mínima habilidad.

Marston se había acercado tanto que el cañón de la escopeta descansaba inútilmente contra su brazo izquierdo.

Le miró a sus diminutos ojos. Eran fríos e impasibles. —Marston... —El aire se le escapó de los pulmones. Sintió un frío repentino en el estómago y vio la mano derecha de él aferrada a la empuñadura del cuchillo—. No, Marston...

Él sacó la hoja y ella se desplomó en el suelo.

# 18

A Lyman le encantaban la paz y la tranquilidad. Era la razón por la que amaba su trabajo de centinela. Salvo por una reciente explosión en el meandro de Netow y el ocasional intruso borracho atraído por el misterio de sus colinas, el drama escaseaba en la entrada del Núcleo. Así que, entre petición y petición de los residentes del Núcleo para que les diera acceso a través de la barrera levadiza, Lyman se las apañaba para leer bastante.

Ni literatura. Ni libros de ningún tipo. Ni siquiera de no ficción o periódicos. Solo revistas. De deportes, de salud masculina, de viajes… Incluso se sabía que se había atrevido con alguna que otra revista de moda.

Su mujer, Rena, afirmaba que eran solo las imágenes satinadas y retocadas por ordenador lo que lo tenía enganchado; él argumentaba que se debía a su curiosidad innata y a su sed de conocimiento.

La razón no le importaba. Lo que le importaba era que tenía montones de ellas en los rincones de la garita del centinela y mucho que leer antes de su próxima bajada al pueblo. De ahí su irritación cuando oyó el estruendo de un motor que se acercaba. Acababa de llegar a una parte bastante interesante de una revista de cocina sobre la mejor manera de asar en un espetón, y el cerdo tenía un aspecto francamente suculento.

—¡Mierda! —Arrojó la revista y salió de la garita con los prismáticos.

Había que admitir que sentía cierta curiosidad, porque ya había dado la bienvenida a Corrie y a su grupo antes, pero no era nada comparado con la intensa curiosidad que sentía por cómo conseguir que un cerdo asado al espeto tuviera un aspecto tan bueno como el de la…

Miró por los prismáticos y el corazón le dio un vuelco en el pecho. La curiosidad acababa de dispararse. Una camioneta irreconocible subía rápidamente la colina. Se zambulló de nuevo en la garita para coger su walkie-talkie.

—¿Lyman a Everlyn?

—Adelante.

—Tenemos un vehículo no identificado que se dirige a la barrera. Cambio.

—Recibido. Estábamos de camino al bosque del sur para rearmarnos. Cambiamos de rumbo. Reténgalos hasta que lleguemos. Cambio.

Lyman tiró el walkie-talkie y se lanzó a por su rifle.

La camioneta coronó la cima de la colina sin dar señales de aminorar la marcha.

—¡Mierda! —Lyman se pegó la mira del rifle al ojo—. *Me muevo por terreno desconocido.* —Apuntó al parabrisas y disparó. Falló—. ¡Mierda! *Demasiado tiempo leyendo y poco practicando la puntería, Lyman.*

La camioneta subía ahora por un camino de tierra a bastante velocidad, levantando una arremolinada nube de polvo. Parecía que el viento la estuviera propulsando.

Lyman, sintiendo que el almuerzo se le revolvía en el estómago, estabilizó el rifle con las manos sudorosas. Disparó. Falló.

—¡Mierda!

La camioneta estaba ya a solo unos cincuenta metros; la verdad es que no le quedaban muchas más oportunidades. Ignorando el gorgoteo de su estómago, apuntó y disparó.

El parabrisas de la camioneta estalló.

—¡Sí! —exclamó Lyman, eufórico—. ¡Sí, cabrón!

La camioneta continuó a un ritmo implacable.

*Joder… Joder… el conductor sigue al mando.* Apuntó y disparó de nuevo.

La camioneta siguió avanzando.

Lyman ya podía ver al conductor, encorvado sobre el volante, impulsando el vehículo hacia delante. Tragó saliva y, con manos temblorosas, efectuó un último disparo. No supo si había alcanzado al conductor, porque el vehículo le sacó el aire y lo empujó hacia atrás, contra su garita.

Sintió cómo la madera se derrumbaba a su alrededor y murió sobre un montón de sus queridas revistas.

---

Después de que Everlyn, Ibre y Fern se marcharan para rearmar el bosque del sur, Corrie se paseaba sola detrás de la plataforma, ignorando las celebraciones y sintiéndose mucho menos satisfecha de lo que debería, dadas las circunstancias.

Pero todo se reducía a esto: ¿cómo podía deleitarse con la emancipación del Núcleo de los viles descendientes de Althea sin su chico a su lado? Por mucho que intentara decirse a sí misma que el Núcleo lo era todo, no lo era. Marston estaba por encima de todo.

Así que se había aventurado de vuelta al Foco, a *Marston*, tomando una ruta secundaria más oculta que daba un rodeo más cerca de la entrada del Núcleo, en lugar del bosque del sur, para evitar que Everlyn y los soldados la vieran. No quería airear su vulnerabilidad con respecto a Marston. Necesitaba que creyeran que seguía completamente centrada en el fortalecimiento del Núcleo en su nueva forma. De esa manera, continuarían siguiéndola, hasta el mismo fuego si era necesario; exactamente como lo habían hecho antes en Brady Crossing.

Tras dar un rodeo, entró en el Foco por la parte de atrás. Sabiendo que todos estaban de celebración en la plaza, no tuvo cuidado y recorrió el pasillo central, perdida en sus pensamientos sobre tácticas y estrategias…

Oyó que llamaban a una puerta más adelante y se detuvo. Había llegado a la altura de la cabaña contigua a la suya y estaba segura de que quienquiera que estuviese llamando lo hacía en *su* puerta. La entrada a las cabañas del Foco daba al oeste, la dirección desde la que Corrie caminaba, así que quien estuviera en su puerta aún no podía verla.

Oyó otro golpe, seguido de una voz alta y familiar.

—Como no conteste nadie, entro.

Respiró hondo. *¿Qué demonios hacía Frank aquí de nuevo? ¿Y en su puerta?* Cambió de dirección y se metió rápidamente para quedar pegada a la pared de la cabaña adyacente. Luego deslizó la pistola enfundada de debajo de su camisa de algodón desabrochada. Avanzó pegada a la pared de la cabaña y se asomó a la entrada en el preciso instante en que Frank cumplía su promesa de entrar.

No empuñaba su arma de fuego, pero, por supuesto, eso no significaba que no fuera armado. Sujetó el arma con firmeza con ambas manos y salió a la vista *después* de que él hubiera desaparecido dentro.

—¡Celestia! —exclamó Frank.

*¿Celestia? ¡Ha venido a por mí!*, pensó Corrie. *¡La zorra no ha hecho otra cosa que volver a por mí!* Mientras Corrie se acercaba a la entrada de su cabaña, pudo oír voces, pero no estaba segura de lo que decían. Se dirigió rápidamente a la puerta. No había tiempo para precauciones. Su hijo estaba ahí dentro. Se acercó a la puerta principal, se asomó a la penumbra y contuvo el aliento ante lo que vio.

Mucha sangre.

Cuando estuvo segura de que su hijo no estaba allí, retiró la cabeza, se pegó a la pared junto a la puerta y escuchó la conversación del interior.

---

Everlyn levantó la mano. —Cuidado.

El crujido de las botas en la maleza se detuvo.

Se llevó los prismáticos a los ojos y siguió una columna de humo hasta la camioneta de la que Lyman les había advertido. Estudió su posición y determinó que se había llevado por delante la garita del centinela y había chocado contra un árbol. Alguien estaba encorvado sobre el volante.

—¿Ha vuelto a intentar contactar con Lyman? —preguntó Everlyn.

—Sigue sin responder —dijo Ibre.

—Deje el walkie-talkie. Lyman ya es historia.

—¿Cómo lo sabe?

—La garita. Mire. —Le pasó los prismáticos por encima del hombro para que Ibre pudiera mirar.

—Mierda… ¿Cree que el conductor venía solo? —preguntó Ibre—. Parece que se ha hecho un buen estropicio.

—Daremos por hecho que hay más. —Everlyn se giró—. Escuchen. Yo iré por el medio. Ibre, usted rodeará la camioneta por este lado. —Señaló hacia el sur—. Y, Fern, por el otro… Si había alguien más en ese vehículo, los haremos salir. —Everlyn no esperó respuesta. Iban justos de tiempo. No podían arriesgarse a que *nadie* traspasara su última línea de defensa.

El accidente había ocurrido hacía unos instantes. Todavía tenía la oportunidad de arreglar esto.

Mientras serpenteaba por el camino de tierra hacia la escena del accidente, escuchó las pisadas de sus camaradas al dispersarse. Al final, las pisadas se acallaron y luego cesaron.

Eran buenos, sus combatientes. Muy buenos. No se lo decía lo suficiente. Sin duda se lo diría más tarde. También les permitiría un tiempo para llorar a Glynnie. Perder a Glynnie había sido un golpe muy duro. Había sido una amiga leal y una combatiente leal, y ninguno de ellos había tenido un momento para reflexionar todavía.

*Un último esfuerzo, soldados. Un último esfuerzo y reforzaremos estas defensas más que nunca… y nos tomaremos ese merecido respiro.*

Se detuvo en el aparcamiento de camino a la entrada y apuntó con el rifle a los siete vehículos. Entrecerró los ojos, intentando detectar cualquier tipo de movimiento, pero no sintió nada. Quizá

debería revisarlos más a fondo. Miró hacia delante, donde estaban los restos del choque, y mantuvo la confianza en que cualquier intruso, si es que había más, no habría llegado tan lejos.

Continuó, plenamente consciente de que, de los tres, ella recorría el camino más peligroso. Allí, en ese sendero de tierra, era un blanco fácil para cualquiera que se escondiera entre los árboles circundantes. Sus compañeros podían moverse con más sigilo al acercarse por el bosque, poniéndose a cubierto y usando su conocimiento del terreno para ganar ventaja sobre los intrusos. Sin embargo, ella seguía siendo su líder, y nunca había rehuido de predicar con el ejemplo. Además, ya había enviado a uno de sus soldados a la muerte ese día; desde luego, no podría soportar volver a hacerlo.

Siempre se le había dado bien trabajar bajo presión, pero al llegar al final del camino de tierra, dio varias vueltas erráticas de 360 grados mientras blandía el rifle en el aire. *¡Vamos, cabrones! ¡Si estáis aquí, daos a ver!*

Cuando quedó claro que acababa de sucumbir a una oleada de ansiedad, respiró hondo y se calmó. *Cálmate, Everlyn. Cálmate.* Había sido un día agotador, pero el control en una ocupación como esta era absolutamente imprescindible.

Cuando llegó a la parte delantera de la camioneta humeante, mantuvo el rifle apuntando al conductor encorvado sobre el volante. Estaba quieto, y ella estaba casi segura de que estaba muerto, pero nunca le había gustado correr riesgos innecesarios. Cuando estuvo lo bastante cerca, empujó al conductor a través del parabrisas destrozado, haciendo que se desplomara hacia atrás y se apartara del volante. Tenía el pecho empapado en sangre y los ojos muy abiertos.

*Al menos te cargaste al cabrón, Lyman.*

Hablando de Lyman… Dio varios pasos junto a la camioneta y vio los restos de la garita del centinela justo detrás. Las piernas retorcidas de Lyman asomaban por debajo de varias capas de madera. Sus hombros y su cabeza también estaban al descubierto y descansaban sobre un montón de revistas ensangrentadas y

esparcidas. Tenía los dientes apretados y los labios echados hacia atrás.

*Pasos*.

Alzó la vista y el arma y vio a Fern acercándose sigilosamente. Aún sujetaba el rifle con ambas manos y movía los ojos con cautela de un lado a otro.

Cuando Fern llegó junto a Everlyn, negó con la cabeza y articuló sin sonido: *Nada*. Señaló con la cabeza detrás de Everlyn.

Everlyn se giró para ver a Ibre acercándose por el otro lado de la camioneta, también con las manos vacías. Se encogió de hombros.

Everlyn asintió para mostrar que había entendido, pero aún no se sentía segura. Todavía no. Giró en círculo, inspeccionando la zona. Volvió a mirar a Ibre. —Manténganse alerta.

Resonó el estampido de un fusil y a Ibre le reventó la rótula. Se desplomó de lado, cayendo con un golpe sordo al suelo. Mientras Ibre aullaba, Everlyn volvió a girarse, buscando desesperadamente el origen del disparo. —Fern..., maldita sea..., ¿puede ver...?

Otro disparo. Los aullidos cesaron. El cráneo de Ibre había quedado reducido a un amasijo de sangre y hueso.

—¡Aléjese de la camioneta! —Everlyn retrocedió de un salto—. Hay alguien debajo de la cami... —Fue a caer sobre las piernas de Lyman. En el suelo, miró fijamente a los ojos del hombre que había debajo de la camioneta e intentó desesperadamente girar el fusil en su dirección, pero vio el fogonazo del cañón de este y sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en la garganta. Boqueando y gorgoteando, dirigió su mirada hacia Fern, que estaba corriendo.

*¡En pie y a luchar, soldado!*

Ahogándose con su propia sangre, Everlyn vio a un hombre salir rodando de debajo de un gran trozo de madera que en su día había formado una de las paredes de la garita de guardia y que ahora estaba apoyado contra un árbol. Everlyn vio cómo Fern recibía un balazo por la espalda al tiempo que comprendía que tenía la garganta destrozada y que ya había exhalado su último aliento.

# 19

Gordon se quedó mirando el walkie-talkie que tenía en la mano cuando este se activó con un crepitar.

La voz de Nicholas Brannagh resonó con claridad. —Se ha acabado. Hemos perdido a Ronald, pero nos hemos cargado a tres de los cabrones que bajaron a Brady. Repito: tres de los cabrones *han* caído. Cambio.

—¿Y el cuarto? —preguntó Gordon—. ¿Dónde está el cuarto?

—Solo vimos a tres. Cambio.

Gordon miró a Scott, que estaba a su lado. El jodido cobarde de mierda estaba pálido como la cera. Gordon le sonrió. *Arderás aquí con el resto, traidor.*

Se giró para mirar a los nueve hombres armados que lo habían seguido a través del bosque más meridional hasta el mismo núcleo podrido. Sus expresiones eran serias. Volvió a prestar atención y habló por el walkie-talkie. —Bien hecho, Nicholas. Los has debilitado. Y ahora podemos poner fin a esto. Sobre todo porque, como el carnicero más popular de Mossbark, has seleccionado a ciudadanos muy capaces. Cambio.

—Supongo que tengo el trabajo adecuado para ello. Al fin y al cabo, no hay muchos vegetarianos en Mossbark. Cambio.

—Bueno, después de que despejemos esta tierra, tendrás más tierras en las que cazar. Tendrás que aumentar el espacio de almacenaje —rio Gordon—. Cambio.

—Supongo que sí. No lo había pensado. Cambio.

*Pero sí que lo has hecho, ¿a que sí?,* pensó Gordon con una mueca de desdén. *¿Por qué otro motivo estarías aquí si no? Y estoy seguro de que todos estos hombres leales que me siguen hasta el centro del Núcleo también le han echado el ojo a algo...* —Nos vemos en esa plaza del centro, Nicholas. Cambio.

—¿Estás seguro de que el resto de la gente está ahí? Cambio.

—Están ahí. Los oigo dar vivas, gritar, tocar sus malditas guitarras... pasándoselo de puta madre, después de todo lo que nos han hecho a lo largo de los años. *Todo.* Cambio y corto.

*Todo lo que yo permití que pasara. Igual que dejé que me jodieras, Susan. Que me pisotearas como si fuera un felpudo sucio. Pues bien, se te ha acabado el chollo, y a este lugar también.*

Scott se le acercó mientras pasaban junto a la zona residencial. —Seguro que con esto ya basta, sheriff. Sin sus soldados, se marchitarán.

—Hemos chamuscado a la serpiente, hijo, pero no la hemos matado.

—Pero ¿tiene que haber más derramamiento de sangre, jefe?

Gordon se giró hacia Scott. —¿Qué te crees que soy? ¿Un monstruo? Les daré a elegir.

—¿A elegir?

—Irse o... —Hizo un gesto hacia los hombres que avanzaban en fila y enarcó las cejas—. No serán tan estúpidos como para optar por la alternativa, ¿verdad?

—Son gente orgullosa. No puedo formar parte de esto, sheriff.

Gordon le puso las manos en los hombros a Scott. —He venido aquí a recuperar mi dignidad, hijo. Y no me iré sin ella. *Y para que eso ocurra, tú tampoco podrás irte, hijo. Al menos, no de una pieza.*

---

AGARRÁNDOSE EL ESTÓMAGO, Celestia estaba sentada contra la pared, entre las puertas de los dormitorios. Tenía la camisa empapada en sangre.

—¡Celestia! —Jake se abalanzó hacia ella y casi resbaló en el reguero de sangre. Se apoyó en la pared para estabilizarse y se arrodilló a su lado.

Ella lo miró con ojos cansados y consiguió esbozar una sonrisa. —Jake..., Marston me ha pillado por sorpresa.

—¿Dónde está?

—Se ha ido. Me ha apuñalado y ha salido corriendo.

—¡Jake, aquí! —gritó Frank.

—¡*Logan*! ¿Estás bien?

—Sí..., pero necesito tu ayuda, y rápido.

Jake negó con la cabeza mientras miraba la pálida cara de Celestia. —Tiene que salir de aquí *ahora mismo*.

—Precisamente por eso se necesita tu culo aquí *ahora*.

Jake se levantó y miró por la puerta del dormitorio. —¿Una jaula? Mierda.

—El cabroncete me ha dado un buen golpe junto a mi caravana y me he despertado aquí. Hay un motivo por el que no se debería permitir conducir a los críos de catorce años.

—Celestia, sigue presionando la herida.

—Sí, jefe —gimió ella.

—Pero ¿qué demonios quería Marston de ti? —Jake entró en el dormitorio.

—Lo ha enviado su madre, que está como una cabra. Querían sacarte del Núcleo con la misión de encontrarme para que ellos tuvieran vía libre con Celestia. Parece que me consideraron prescindible en cuanto trajeron a Albert aquí, porque, al final, su muerte te hizo largarte de todos modos.

Jake se arrodilló para examinar el candado. —Tendré que buscar algo para romper esto.

—Con eso servirá —dijo Logan, señalando a un lado con la cabeza.

Jake siguió su mirada hasta un rincón de la habitación y vio la escopeta que le había proporcionado a Celestia en la tienda de Albert. Se levantó y fue a cogerla. La abrió y vio, con no poco alivio, que todavía estaba cargada. —Celestia...

—¿Sí?

—Ahora va a sonar un ruido fuerte, pero no quites las manos de la herida.

—Vale.

—Y ahora, apártate todo lo que puedas, Logan.

—¿Estás de coña, tío? —dijo Logan—. Como estoy gordo, ya he ocupado todo el espacio que había.

—Supongo que entonces no puedo esperar que te tapes los oídos, ¿no?

—¿Te has dado cuenta de que tengo las manos atadas a la espalda o te crees que soy Houdini?

Jake apuntó la escopeta hacia abajo y reventó el candado de un disparo.

—Joder, ¿qué tal una cuenta atrás, al menos?

Jake colocó la humeante escopeta sobre la jaula y dio un paso atrás para dejar que Logan saliera. Se arrodilló para desatarle la cuerda que le sujetaba las muñecas a la espalda.

Logan hizo una mueca y gimió mientras estiraba las manos frente a él. Luego se levantó lentamente, gruñendo. —Siento como si me hubieran doblado y metido en un sobre para enviarme por correo.

—Tenemos que irnos —dijo Jake, saliendo de la habitación.

Logan lo siguió.

Jake vio a su amiga y se le volvió a encoger el corazón. —Tenemos que buscarte ayuda ya, Celestia.

Celestia asintió. —No te preocupes. ¿Te acuerdas de *Reservoir Dogs*? —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. El señor Naranja aguantó mucho tiempo con esa herida en el estómago.

—En realidad, fue una bala —dijo Logan—, no un cuchillo…

Jake lo fulminó con la mirada.

Logan puso una mueca. —Sí…, perdona…, mal momento para corregir.

—Escucha, Celestia —dijo Jake—. Vas a pasar un brazo por mis hombros y otro por los de Logan. Luego…

La habitación se oscureció. Con las cortinas echadas, la mayor parte de la luz entraba por la puerta principal, que estaba abierta.

Jake desvió rápidamente la mirada hacia la derecha y vio a Corrie tapando el sol. Se encaró con ella y abrió la boca para hablar, pero

sonó un fuerte estruendo y se quedó sin aire antes de poder articular palabra. Cayó de rodillas, boqueando, y se agarró el vientre.

Corrie entró en la habitación. —Vaya, me lo habéis puesto en bandeja.

Jake se miró las manos y vio la sangre manando por entre sus dedos. Al levantar la vista, la vio a ella apuntando a Logan con la pistola.

—Quiero decir, tú solo serás un daño colateral, pero tú… —Apuntó con la pistola a Jake—. Y con usted —la movió hacia Celestia —..., bueno…, digamos que me ha tocado el gordo.

Corrie avanzó, con una sonrisa de suficiencia. —¿Ha venido a matarme, Celestia?

—Te lo mereces —siseó Celestia.

—Quizá. Pero parece que su familia tiene la costumbre de fracasar. Primero, su padre. Y ahora, usted. —No dejaba de mover la pistola entre los objetivos mientras se acercaba a Jake. Se detuvo y arrugó la cara—. No lo entiende, ¿verdad, Celestia? He enterrado a mi marido, a mi hija y, hoy, a mi padre. Todo por su culpa. Por *culpa de su familia*. Lo he perdido todo, excepto a Marston. Si eso no vuelve a una persona resiliente y decidida, ¿qué lo hará? —Apuntó con la pistola a la cabeza de Jake—. Así que disfrútelo, Celestia. Disfrute viendo morir a su novio…

Anticipando lo que se avecinaba y recibiendo la confirmación final con esa última palabra, Jake se agachó mientras ella disparaba. Gritó de agonía cuando la bala le desgarró el hombro izquierdo. Lanzó la mano derecha, le agarró la muñeca y la atrajo hacia sí.

Ella le dio un puñetazo en la cara, pero se negó a que eso aplacara su adrenalina, e incluso cuando empezó a arañarle, el dolor era incomparable con el que ya le consumía el cuerpo por las heridas del hombro y el vientre.

Tiró de ella hacia abajo con tanta fuerza que sintió cómo se le partía la muñeca en la mano. Con la mano ahora destrozada, la pistola cayó al suelo con estrépito. Por el rabillo del ojo, Jake vio a Logan abalanzarse sobre el arma y agarró a Corrie por el cuello.

—¡Vale, tengo la pistola! —dijo Logan.

A pesar de sentir que todos sus receptores de dolor estaban en llamas, Jake se irguió sobre el cuerpo de Corrie y la miró fijamente a sus ojos desorbitados. Apretó aún más el agarre.

—¡Frank…, Jake…, te cubro! —continuó Logan.

Los ojos de Corrie se salían de sus órbitas.

Jake apretó más.

—¡Suéltala, Jake!

Corrie estaba cambiando de color.

Jake apretó los dientes.

Logan tenía las manos en su espalda, tirando de él, pero se las quitó de encima.

—¡Jake, por favor!

La lengua de Corrie asomaba entre sus labios.

Vio *entonces* a Sheila golpeando la ventana de su casa mientras el fuego devoraba la habitación tras ella; a Celestia agarrándose el vientre, tratando de sujetar sus órganos dañados; a Peter, con los ojos en blanco, señalando el agujero de bala en su cabeza; a Lillian, rota al pie del acantilado; y a Paul Conway, con el niño muerto en brazos, destrozado por un coche bomba.

Y apretó y apretó *y* apretó.

Después, se desplomó en el suelo, agarrándose el vientre y observando el rostro pálido y muerto de Corrie. Miró a Logan. —Herida en el vientre *de una* bala… *Reservoir Dogs*. ¿Contento?

Logan suspiró y negó con la cabeza. —No estoy contento, Jake. Y olvida el vientre; tu hombro tiene peor pinta.

---

Gordon y Scott pasaron junto a una larga estructura rectangular de madera y entraron en la plaza. Tras muchas semanas de vigilancia con drones, Gordon se conocía la distribución del Núcleo como la palma de la mano, y caminaba con confianza.

Había que admitir que los nueve combatientes voluntarios encontrados por Nicholas Brannagh, que caminaban sigilosamente tras él, constituían una parte no pequeña de esa confianza.

En el centro, varias parejas bailaban con entusiasmo al son de guitarras acústicas. Un pequeño grupo de gente bebía cerveza a tragos alrededor de unos barriles junto a una tarima elevada. Los niños correteaban por el perímetro, riendo a carcajadas.

—Hay muchísimos niños —dijo Scott.

Gordon se encogió de hombros. —Y unos veinte adultos.

—¡Pero niños! No podemos hacer esto, sheriff. No podemos.

Gordon lo fulminó con la mirada. —Pórtate como un hombre, hijo. Eres un ayudante del sheriff. La gente que tienes delante lleva infringiendo la ley desde tiempos inmemoriales. Tú estás aquí para hacerla cumplir.

—Me uní a la oficina del sheriff para mantener la paz.

—Bueno, para que tengamos paz, primero tenemos que detener las malditas infracciones.

—Están de fiesta, sheriff. ¡No están blandiendo machetes!

—Una fiesta. —De nuevo, observó a las parejas que retozaban, a los dos ancianos en taburetes, rasgueando sus guitarras acústicas con todas sus ganas, y a la gente que trasegaba bebidas junto a la tarima—. Una fiesta en un terreno que no les pertenece. —Levantó la mano para hacer una señal a los hombres que tenía detrás—. En un terreno que *nunca* les ha pertenecido.

Los hombres avanzaron y se desplegaron en abanico alrededor de Gordon y Scott.

Uno de los hombres más jóvenes, que estaba dotado de cierta destreza y energía en sus pasos de baile, hasta el punto de rozar el jive, fue el primero en darse cuenta. Los señaló con el dedo y gritó: —¡Intrusos!

Las guitarras dejaron de sonar y los bailarines, así como el grupo de unas seis personas que rodeaban las cervezas, se giraron y se quedaron mirando, con los ojos como platos, cómo los hombres de Gordon formaban un semicírculo alrededor de la plaza.

Extrañamente, a pesar del repentino enfrentamiento, los gritos juguetones de los más pequeños continuaron mientras se perseguían alborotadamente unos a otros.

Gordon disparó su pistola al aire y silenció a todo el mundo. —Ahora, escuchad…

Las parejas que bailaban y los que bebían junto a los barriles llamaron a sus hijos a gritos. Los niños, programados para responder a las señales de sus padres, reaccionaron al instante, chillando mientras corrían hacia la plaza y se lanzaban a los brazos de sus progenitores.

Gordon no quitó ojo en busca de armas en medio de la escena de pánico. Esperó a que las familias se reunieran antes de efectuar un segundo disparo al aire, silenciando a la multitud una vez más. —¡Se ha acabado! —Gordon miró a izquierda y derecha para comprobar que los hombres, que se habían desplegado en semicírculo, tenían los rifles preparados para no convertirse él en un blanco fácil y, entonces, dio un paso al frente—. Soy el sheriff Gordon Kane.

—Sabemos quién es usted —dijo uno de los ancianos que tocaban la guitarra.

—Bien. Entonces ya sabe lo serio que es esto.

—Hasta hace poco, no recuerdo que el sheriff de Mossbark se tomara ni una maldita cosa en serio.

—¿Y usted quién es?

—Leander.

—Bueno, Leander, si usted supiera quién soy yo… es decir, si supiera *de verdad* quién soy, sabría que he venido a reclamar una tierra que nos pertenece.

—¿Habla en serio?

—En este asunto, lo digo *mortalmente* en serio.

—¡Esta tierra nos pertenece!

—No es verdad. Era nuestra mucho antes de que la infectarais.

—¡Nadie quería estas tierras! —Leander dejó la guitarra en el suelo—. Vosotros queríais el carbón. Nosotros lo respetamos y os dejamos conservar las minas. Vuestra industria se muere, ¿y ahora volvéis la vista a lo que tenemos? —Se levantó del taburete—. ¿Ha visto su puto pueblo, sheriff? Resplandece. ¿Y quién lo hizo resplandecer?

—Vosotros. Pero a un precio. Nuestra complicidad. Vaciasteis muchos otros pueblos para alimentaros.

—Y para manteneros a vosotros bien alimentados también, no lo olvide.

—Sois unos parásitos. Nosotros no somos así.

—Y, sin embargo, es usted quien está aquí con armas. ¿Cuántos? ¿Nueve o diez de ustedes? Apuntando con armas a niños. ¡A *niños*!

—Se cree más santo que nadie, ¿verdad, Leander? Su gente ha venido a nuestro pueblo esta noche y ha matado a un hombre inocente. Lo han hecho saltar en putos pedazos en su propia tienda.

—Y ustedes vinieron a vernos *antes* y mataron a Thaxton y a Walker. —Señaló a una mujer de mediana edad de pie junto al barril de cerveza—. Cathenne, la mujer de Thaxton. Quizá debería preguntarle a ella qué opina de eso.

No le hizo falta. La expresión de asco lo decía todo.

—Esto se ha acabado —dijo Gordon—. He cometido errores, pero todos cometemos errores. Quien se da cuenta de sus errores y luego los enmienda, se redime.

—¡Apuntar con rifles a diez niños es probablemente la redención más jodida que he visto en mi vida!

—¡Vamos, Leander! —soltó Gordon una carcajada—. ¡*Todos* conocemos las historias! ¡Cómo sus propios soldados reunieron a los niños bajo las órdenes de Griffin y esperaron la orden de ejecutarlos!

—No encontrará aquí a una sola persona que aprobara lo que pasó aquel día.

—Paparruchas —dijo Gordon—. Sois unas putas marionetas y seguiréis a quien hable más alto, como animales salvajes que sucumben a un maldito alfa. Esto se acaba ahora. Mi redención consiste en devolverle la libertad a Mossbark. Volverá a ser su propio condado y no un circo de mierda acobardado, en deuda con sus animales salvajes y con cualquier alfa que esté al mando.

—¿Y qué pasará con usted, sheriff? Se ha puesto por encima de cualquier ley que considere valiosa. ¿Cree que se lo permitirán sin más?

—No, no lo creo. Pero, verá, he aceptado mi destino. Estoy en paz con él. Habla con audacia en nombre de su gente, pero es en vano. Está razonando con un hombre que no tiene nada que perder.

—A mí me suena a paparruchas —Leander miró por encima del hombro hacia el estrado.

Gordon sabía exactamente lo que buscaba. —¿Sus soldados?

Leander se volvió y entrecerró los ojos.

—¿Los soldados que vinieron a Brady Crossing tan llenos de confianza? —dijo Gordon—. ¿Los que nos creían débiles?

Leander palideció.

—Fue su error. Y nosotros no hemos cometido el mismo. Mostramos a sus soldados el respeto que ellos no nos mostraron a nosotros. Supimos apreciar su pericia. —Gordon sonrió—. Y por eso los eliminamos antes de venir a por vosotros.

Leander abrió la boca para hablar, pero no le salió nada. Recorrió con la mirada la línea de hombres que cubrían cada centímetro de la plaza con sus rifles.

—Ahora que sabe que se ha acabado, escuche con atención. Es hora de que todos ustedes se marchen. Si lo hacen sin causar problemas, le doy mi palabra de que nadie más resultará herido.

—¿Qué espera que hagamos? ¿Adónde espera que vayamos? —gritó una mujer desde cerca de los barriles. Estaba junto a Cathenne, la esposa del difunto Thaxton, que seguía mirando a Gordon con furia.

—¿Y usted es? —dijo Gordon.

—Nella.

—Bueno, Nella. Francamente, no me importa. El bosque del sur está desarmado. Caminarán a través de ese bosque y se alejarán del condado de Mossbark. Su recompensa por hacerlo serán sus vidas. Si alguna vez deciden volver, las perderán.

—Pero *nuestras* casas —dijo Nella—. Nuestras casas están aquí.

—Quemaremos sus casas hasta los cimientos. Erradicaremos todo rastro de que alguna vez hayáis estado aquí. Este ya no es el mundo del Núcleo. En realidad, nunca lo fue.

—¿No nos permitirá ni siquiera entrar en nuestras casas a coger provisiones? ¿Ropa? —preguntó Nella.

—Hombre, ¿eso no tiene sentido? —dijo Scott.

Gordon lo fulminó con la mirada y siseó: —¿Para que luego se armen? Nuestra situación es perfecta. Tenemos el control total, ¿y

quieres mostrarles piedad después de lo que han provocado? ¿De lo que empezaron?

—Es que creo que...

—¡Está armada! —gritó uno de los hombres armados.

—¡Cathenne, no lo hagas! —exclamó Leander.

Gordon no tenía su propia arma preparada, así que observó, boquiabierto, cómo la viuda de Thaxton levantaba un rifle.

—¡Asesino! —gritó ella y disparó.

Gordon esperaba recibir el impacto, así que cuando tropezó hacia un lado, supuso que era por la fuerza de una bala.

No lo era.

Solo había perdido el equilibrio por la sorpresa. Había tenido suerte.

—¡No! —dijo Nella, dándose cuenta del peligro, y bajó el rifle de Cathenne.

Pero los hombres armados detrás de Gordon estaban ebrios de adrenalina y ya habían visto suficiente.

Abrieron fuego.

---

Cuando Jake oyó los disparos continuos, apretó la mano de Celestia y la miró a los ojos. Se oía fuerte y cerca. Era una clara señal de que el tiempo del Núcleo estaba llegando a su fin.

Tanto Jake como Celestia estaban sentados contra la pared de la cabaña, sangrando, mientras Logan iba de un lado a otro delante de ellos, mascullando: —Tenemos que irnos. Tenemos que irnos ya.

Haciendo una mueca por el dolor que le consumía el cuerpo, Jake miró a su amigo.

—Logan, mi bolsillo delantero.

Logan asintió, se arrodilló y cogió el móvil de Jake.

—Necesito que hagas algo. Es lo más importante que le he pedido nunca a nadie.

—Entendido, compañero.

—Mi código… Veinticinco, cinco. Veinticinco, cinco… El cumpleaños de mi hijo. Repítelo.

—Veinticinco, cinco.

—*Otra vez*.

—Veinticinco, cinco.

—Si, por lo que sea, no salgo de esta, quiero que llames a Mike Yorke. Es un poli del Reino Unido… Solo tienes que darle a rellamada.

—Vale. ¿Y?

—Y… —Echó un vistazo a Celestia, intentando ocultar su expresión de culpabilidad—. Y dile que he terminado. *Acabado.* Cuéntale lo que ha pasado aquí para que los cabrones que me quieren de vuelta en casa reciban la noticia que tanto ansiaban oír.

Celestia le apretó la mano con más fuerza.

—No…

—Celestia… escucha… es lo mejor. Por fin puedo librar a mi hijo del peligro. Es lo único que he querido siempre. —Volvió a centrarse en Logan—. Ahora, ayúdala a levantarse.

Logan se acercó, se arrodilló, ayudó a Celestia a pasarle el brazo por el hombro y la puso en pie. Ella gimió al incorporarse, pero una vez erguida, Jake vio con cierto alivio que podía caminar, aunque Logan soportaba la mayor parte de su peso.

—Vale… —Jake miró a Logan—. *Vamos*.

Celestia abrió los ojos como platos.

—No voy a dejarte… Tú también necesitas ayuda…

—*Largáos, ahora*. —Jake miró a Celestia—. No tardarán en llegar. Y yo iré detrás. Prometo que echaré el resto.

Celestia negó con la cabeza.

—No… Podemos irnos juntos. Logan puede ayudarnos a los dos.

Jake vio cómo Logan bajaba la cabeza, claramente tan angustiado por la situación como Celestia, pero mucho más consciente de la realidad.

—Confías demasiado en él —dijo Jake con una sonrisa—. No es tan fuerte.

Logan sonrió, pero no levantó la vista para volver a mirar a Jake, probablemente por miedo a que se le saltaran las lágrimas.

—Esta no es tu guerra, Jake —dijo Celestia—. No es tu lucha…

—Pero es mi *decisión*. Ahora, salid de aquí. Por favor. Antes de que pierda a otros dos de mis mejores amigos. Lo tengo controlado. He estado en situaciones peores.

Logan asintió.

—Tiene razón. Nos vamos ya, Celestia. —Empezó a darle la espalda a Jake, guiando a Celestia con él.

—No —dijo Celestia—. No podemos. Sencillamente, *no* podemos.

Fuera, los disparos habían cesado. No pasaría mucho tiempo hasta que los intrusos descendieran al Foco.

—Iré detrás. *Con todo lo que me queda* —dijo Jake.

Apoyando a Celestia, Logan se acercó a la salida.

Logan miró hacia atrás.

—Buena suerte, compañero.

—Tú también, amigo. Recuerda, veinticinco, cinco…

Logan asintió.

—Veinticinco, cinco.

Justo antes de la salida, Celestia se volvió para mirar a Jake, con los ojos llenos de lágrimas.

—Te quiero, Jake.

—Yo también te quiero, Celestia, y te veré pronto. Dalo por hecho.

Después de que desaparecieran por la puerta, Jake apretó los dientes, respiró hondo e intentó ponerse en pie. Sin embargo, el dolor, combinado con la pérdida de sangre, le pudo y solo consiguió deslizarse hasta la mitad de la pared antes de volver a caer.

Suspiró y pensó en Frank.

Pensó en la libertad de su hijo ahora que Jake no le servía de nada al Artículo SE.

Cerró los ojos y sonrió.

---

No se había devuelto ni un solo disparo.

Cuando Gordon vio a una mujer abrazando a su hijo destrozado contra el pecho, abrió la boca para ordenar un alto el fuego…

—¡Parad! —gritó Scott—. ¡Por el amor de Dios, *parad*!

Los residentes de gatillo fácil de Mossbark siguieron barriendo la zona a tiros. Los que estaban en la línea de fuego y aún no habían caído se pusieron a cubierto tras el entarimado y los barriles de cerveza.

—¡Ni siquiera van armados! —continuó Scott—. ¡Estáis disparando a *niños*!

Aquello pareció surtir efecto. Algunos de los hombres dejaron de disparar.

Gordon se sumó a las llamadas de Scott.

—¡Basta!

Cesaron los disparos.

Gordon examinó la escena. Los cuerpos yacían retorcidos y ensangrentados. El anciano, Leander, estaba inclinado sobre su guitarra acústica destrozada con la palma de la mano extendida en el aire, su única defensa contra las balas que lo habían matado. La zona junto a los barriles había sido la más castigada, ya que allí era donde Cathanne había levantado su rifle. Unas ocho personas estaban apiladas unas sobre otras, formando una imagen de muerte destinada a atormentar para siempre los sueños de aquellos hombres.

El carnicero, Nicholas Brannagh, y otro hombre salieron de entre los árboles detrás del entarimado. Los dos hombres levantaron sus armas y apuntaron a los residentes supervivientes que se refugiaban allí. Los niños lloraban, mientras que los padres que de alguna manera habían logrado ponerlos a salvo suplicaban piedad.

—¡Se acabó! —Gordon levantó una mano, haciendo un gesto a Nicholas. Dio un paso adelante y alzó la voz para que el carnicero pudiera oírle—. Dejad que se vayan de Mossbark y no vuelvan jamás.

Los dos hombres hicieron señas a los supervivientes para que se pusieran en pie; los niños seguían llorando, mientras que los adultos, pálidos y temblorosos, continuaban suplicando.

—¡Fuera *ahora*! —gritó Gordon.

En lugar de optar por correr a través de la plaza, por encima de los cuerpos de sus seres queridos, pasando junto a los hombres que habían venido a aniquilar el Núcleo, y descender hacia el bosque más meridional, se dirigieron en la otra dirección, hacia la entrada principal.

Gordon sintió los ojos de Scott clavados en él. Se giró y fulminó con la mirada a su compañero traidor. Luego, se dirigió a los hombres de Mossbark.

—¡A la zona residencial a acabar con este lugar!

---

Tras haberlo identificado gracias a la vigilancia con drones, Gordon pudo dirigir a los hombres hacia el suministro de gasolina que el Núcleo había estado utilizando para repostar sus vehículos.

Gordon y Scott se quedaron atrás mientras, uno a uno, los hombres entraban en el almacén de madera y salían con bidones metálicos de veinte litros antes de adentrarse en la zona residencial del Núcleo.

—¿De verdad es necesario? —preguntó Scott—. Se han marchado. Aquellos a los que les perdonaste la vida han huido.

—¿Que les perdoné la vida? —Gordon clavó la mirada en Scott—. Todo esto ha sido por su culpa. No me hagas pasar por el causante de sus muertes.

—Acabo de ver morir a niños; eso es culpa tuya, sheriff.

—Ya veo… —Gordon asintió—. ¿Es por tu hermano?

—No. Ya no.

—Tú, tu hermano y Riley me seguisteis a estos bosques. Conocíais los riesgos. Todos vosotros.

—Te habríamos seguido a cualquier parte, pero mi hermano necesitaba ese hospital. Se lo debíamos.

—Ya eres mayorcito, Scott. Podrías haberlo llevado tú mismo cuando os dejé en la comisaría. ¿Por qué no lo hiciste?

Scott abrió la boca para responder, pero Gordon se le adelantó: —Te diré por qué. Porque sabías que yo tenía razón. Sabías que

llevarlo al hospital era una mala idea. Tienes tanta culpa como yo de su muerte.

Scott se estremeció. Las lágrimas le asomaron a los ojos. Bajó la vista, negando con la cabeza, y reunió el valor para suplicar una última vez: —Esto tiene que acabar. No somos salvajes. No deberíamos limitarnos a quemar este lugar.

—Les estamos haciendo un favor, hijo —dijo Gordon, observando a uno de los hombres echar abajo de una patada la puerta de una cabaña y entrar—. ¿Para qué dejarles la tentación de volver? Si su hogar deja de existir, se mantendrán alejados y a salvo del peligro.

El hombre salió de la primera cabaña y gritó:

—¡Despejado!

Acto seguido, otro hombre entró en la cabaña con un bidón. Segundos después, salió con el recipiente inclinado, derramando un reguero de gasolina a varios metros de la puerta. El hombre contempló su obra y entonces, con un atisbo de sonrisa en el rostro, encendió una cerilla.

*Fuuus.*

La primera cabaña se vio envuelta en llamas y algunos de los hombres vitorearon.

—Demasiado tarde. —Gordon le dio una palmada en la espalda a Scott—. Y es lo mejor. Estos cabrones son los que mataron a tu hermano. Disfruta viendo cómo su mundo se convierte en cenizas. Te lo has ganado…

—No puedo creer que te viera como a un padre. Eres peor de lo que él fue jamás.

Gordon le dio una bofetada a Scott.

El ayudante escupió en el suelo, se dio la vuelta y se marchó.

---

Gordon se quedó mirando cómo, una a una, las cabañas del Núcleo eran pasto de las llamas. Pronto, su mundo dejaría de existir de verdad. Solo siete habían sobrevivido y ahora eran refugiados en

busca de amparo. No podían volver al condado de Mossbark. Ya no les quedaba nada allí: ni amigos, ni tierras.

Y lo que era más importante: ni seguridad.

A pesar de prosperar bajo la opresión del Núcleo, el condado de Mossbark *seguía* estando oprimido. Habían vivido bajo control y con miedo.

Ya no.

Gordon había ganado.

Respiró hondo y escuchó a su difunta esposa. —¿Ni una palabra, eh, Susan? —murmuró—. ¿Ni una palabra de felicitación? ¿No eres capaz ni de hacer un comentario mordaz sobre que, a pesar de este éxito, mi vida también va a terminar? —Se rio entre dientes mientras la cabaña en llamas más cercana se derrumbaba—. Mi vida se acabó hace mucho tiempo, Susan. Te aseguraste de ello. —Imaginó su taza de «I Love New York»—. Durante tanto tiempo, he bebido de esa taza, intentando encontrar ese lugar…, ese momento…, en el que todo seguía ahí.

Más allá, vio a los hombres despejar la última cabaña y preparar un mechero.

—Me recordarán, Susan. Me recordarán como la persona que volvió a poner en pie el condado de Mossbark…

El sonido de un movimiento brusco a su lado le hizo mirar a Scott, seguido por el destello de una hoja y una sensación fría y punzante en el cuello. Tras caer de rodillas, vio cómo la última cabaña del Núcleo estallaba en llamas antes de desplomarse y morir en la tierra.

# 20

Cada mañana, cuando Jake abría los ojos, se incorporaba de un salto en la cama y gritaba: —*¡Frank!* Te tengo, hijo... Te tengo... —Y cada una de esas mañanas, sentía una mano en el hombro que lo empujaba de nuevo hacia la cama.

—Los puntos..., piensa en los puntos —le instruía la voz del hombre que había acudido en su ayuda.

—Mi hijo. Mi hijo es lo único que importa —era siempre la respuesta de Jake. Aunque nunca estaba del todo seguro de si había llegado a pronunciar las palabras o no, porque entonces el dolor y la fiebre volvían a arrancarlo de la realidad.

Sin embargo, una mañana tuvo la fuerza suficiente para resistirse a que lo empujaran de vuelta a la cama y supo que se estaba recuperando. Miró a su salvador a los ojos. —¿Tenías que ser tú?

Scott se sentó en la silla junto a la cama. —Solo porque hayamos discutido un par de veces no significa que sea capaz de dejar que te desangres.

Jake recordó el momento en que consiguió ponerse en pie en la cabaña. Meando sangre, había salido tambaleándose del lugar donde descansaba Corrie. Entonces los *oyó*: una multitud de hombres que se arremolinaba hacia el Focus. Se había movido tan rápido como se lo permitían sus piernas moribundas, que no era lo bastante rápido. Aun así, había logrado alejarse de la cabaña antes de que llegara la turba e incluso llegó a un árbol en el linde del

bosque más al sur antes de desplomarse. Recordó el fuego —*mucho* fuego— y luego a Scott acercándose a él a través del humo...

—Ahora lo recuerdo —Jake se reclinó en el cojín—. Me ayudaste a cruzar ese bosque.

—No esperaba que lo lograras. Estabas hecho un desastre —resopló—. Siento decir que en cierto modo esperaba que no lo consiguieras. Sostener tu peso mientras cojeabas no fue tarea fácil. Además, me destrozaste la camisa.

Y entonces Jake se dio cuenta de que, a pesar de la heroicidad de aquel hombre, había estado allí, en el Núcleo, por lo que era uno de los de la partida que había infligido muerte y destrucción.

—Tú eras uno de ellos..., eras uno de los cabrones que quemaron...

—No. Estuve allí, lo admito, pero no apreté ni un solo gatillo ni encendí una sola cerilla. Puede que no me creas, pero es la verdad. Todo esto fue obra del sheriff Gordon Kane.

—Supongo que intentaré creerte..., es más fácil así... No puedo matarte después de que me hayas salvado la vida, ¿verdad? —hizo una mueca por el persistente dolor en el hombro.

—Voy a buscarte unos analgésicos.

—No..., espera... Hay cosas que necesito saber primero. ¿Qué pasó con el Núcleo? La gente. ¿No puede haberse perdido todo?

Scott desvió la mirada. —Sí. Todo. Reducido a cenizas.

—¡La gente! Por el amor de Dios, ¿dónde están los niños? —la adrenalina se disparó. Se incorporó de golpe. El estómago herido le lanzó una dolorosa advertencia.

Scott siguió sin mirarlo. —Conseguí que dejaran de disparar antes de que..., ya sabes..., se fueran todos. Sobrevivieron unos siete. Corrieron para salvar sus vidas. Algunos de ellos eran niños.

—¡Algunos*!* ¡Había nueve niños en el Núcleo, maldita sea! —dijo Jake, causándose más dolor con la exclamación.

—Lo siento —dijo Scott, todavía sin mirarlo—. Que Dios me perdone, lo sé.

—¿Adónde han huido?

—No lo sé. Pero se han ido del condado de Mossbark. Estarán más seguros.

—¿Celestia y Logan? ¿Sabes si *ellos* escaparon?

—¿Logan Reed estaba allí?

—Sí. Corrie y su hijo Marston lo secuestraron.

—No los vi, lo siento.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Casi una semana...

—¡Una *puta* semana!

—Estabas muy malherido.

Jake hizo una pausa para pensar. *Una semana.* Si no habían descubierto a Celestia y a Logan, sugería que lo habían conseguido. Sintió que se le levantaba el ánimo. —¿Dónde está Gordon Kane *ahora*? ¿Dónde están los que hicieron esto? ¿Quién les está pidiendo cuentas?

Los ojos de Scott se abrieron de par en par. —Gordon está muerto. Lo pillaron en el fuego cruzado. Encontraron su cuerpo, gravemente quemado, entre los restos de una cabaña humeante. Pero, créeme, se ha liado parda para los que llevaron su ira a esas colinas. Su plan de ocultárselo a las autoridades les salió por la culata. Antes del asalto, Gordon asesinó a un teniente de la MSP en su casa. No fue la mejor jugada para mantenerlo todo en secreto. También encontraron allí a su mujer masacrada. La verdad ha salido a la luz, y todos los implicados van a tener que rendir cuentas.

—Tú estabas allí.

—Lo estaba, pero nunca apreté el gatillo ni prendí esos fuegos, como te he dicho. También fui yo quien llamó a la MSP porque sabía de lo que era capaz el sheriff —se frotó las sienes—. Sabes, le supliqué que no hiciera lo que hizo... Sin embargo, aun así me han suspendido y estoy bajo investigación. Quizá los detenidos han tenido la suficiente honestidad para corroborar mi versión, ya que todavía no me han arrestado. Supongo que solo el tiempo dirá cuál será mi penitencia. Pero estoy dispuesto a pagarla.

—¿Y qué hay de mí?

—¿Qué pasa contigo?

—¿Quién sabe que estoy vivo?

—Solo yo... Ah, y el médico que te trató.

—¿El médico?

—Sí. ¿Crees que yo podría extraerte las balas y coserte las heridas?

—¿Dónde está?

—Se ha ido. Te quitamos el goteo y te he estado dando esto —señaló un blíster sobre la mesa—. Antibióticos. Quiere permanecer en el anonimato. No quiere que su nombre se vea envuelto en esto de ninguna manera. Fue una suerte que tuviera a alguien a quien llamar. Gordon me dio el número hace poco; en un principio iba a ayudar a mi hermano.

—¿Tu hermano?

Scott bajó la cabeza. —No quiero hablar de ello ahora. No es importante para ti.

—¿Pudieron identificar todos los cuerpos en el Núcleo?

Scott negó con la cabeza. —No. Esa gente nunca tuvo certificados de nacimiento y, desde luego, no tenían registros dentales.

Lo que significaba que, si Article SE hacía pesquisas desde el Reino Unido para averiguar si Jake estaba realmente muerto, podrían haber descubierto unos restos no identificables. ¿Sería esto suficiente para ellos? Bueno, solo el tiempo lo diría.

—Ahora sí que me tomaré esos analgésicos, por favor —dijo Jake.

—Marchando. —Scott se levantó y se estiró. Salió de la habitación, dejando a Jake solo con sus pensamientos.

Todos sus seres queridos ahora lo creerían muerto: Mike, Celestia, Logan y, lo más doloroso, Frank. Era un sentimiento espantoso, uno que lo atormentaba más profundamente de lo que cualquier herida en el abdomen podría haber hecho jamás. Sin embargo, a pesar de la crueldad de la situación, su *muerte* era una bendición.

Llevaba tanto tiempo intentando ser un fantasma, fracasando estrepitosamente y arrastrando a otros al peligro. Ahora, *de verdad* era un fantasma.

No había mejor momento para volver a casa.

Jake esperó a poder caminar unos diez metros sin ayuda antes de reservar un vuelo a Heathrow. Su anfitrión, Scott, siguió mostrándole su apoyo. Jake recuperó su dinero y su pasaporte de detrás del sofá del despacho de Hardy's Conveniences.

El pasaporte era un riesgo. ¿Quién sabía hasta dónde llegaban los influyentes tentáculos de Article SE en la burocracia de Inglaterra? Era factible que pudieran recibir una alerta de su llegada. Pero, como cada vez era más evidente, todo era posible en este mundo, y a veces no le quedaba más remedio que asumir un riesgo calculado. Jake decidió volar a casa con ese pasaporte y depositar su fe en la santidad del Ministerio del Interior.

Al igual que había hecho con los padres de Logan, le dio a Scott algo de dinero por las molestias y le hizo dos peticiones más. La primera fue el paradero de alguien que pudiera ayudarlo cuando regresara a Inglaterra. Jake sabía que esa persona sería difícil, si no imposible, de localizar. Además, era increíblemente peligrosa; sin embargo, de eso se trataba.

Jake se quedó atónito cuando Scott, tras investigar, le entregó su teléfono móvil personal con un número ya marcado. —He movido algunos hilos. Con ese número deberías conseguir lo que quieres.

Jake hizo la llamada, y la voz de su pasado le atravesó el corazón como una daga de hielo. Pero acordaron reunirse en el aeropuerto de Heathrow.

El segundo favor era mucho más sencillo. Solo necesitaba que lo llevaran al aeropuerto, tumbado en el asiento trasero para que nadie lo viera.

Al llegar a las afueras de Brady Crossing, Jake se arriesgó a mirar por la ventanilla las montañas que se alzaban sobre aquel caótico rincón del mundo. Franjas de campos verdes y marrones coloreaban sus laderas, interrumpidas de vez en cuando por nubes bajas que se desplazaban como fantasmas.

Vio el comienzo de un conocido camino de tierra que salía de la carretera.

Sonrió, pensando en la camiseta negra de Celestia con la inscripción: *Hoy es un día precioso para que te vayas a la mierda. Siempre supiste cómo llamar mi atención*. —Para aquí.

—Perdona, ¿qué? —dijo Scott.

—Para. Aquí.

Scott se detuvo a un lado. —¿Por qué?

—Me gusta la vista. —Jake abrió la puerta del coche.

—¡Pensaba que intentabas ser discreto!

—Lo soy. No hay nadie. Volveré en quince minutos.

—Estás loco.

—Probablemente —dijo Jake, bajando del coche—. En realidad, *seguro*. Sin embargo, nunca tuve la oportunidad de despedirme de alguien.

Mientras se adentraba por el camino de tierra, suspiró, recordando a Celestia caminando hacia atrás delante de él, haciéndole señas para que la siguiera. —Espero que no me estés llevando a la muerte —dijo en voz alta, exactamente como había hecho aquel mismo día.

*Gracioso que digas eso, Frank.* La recordó deteniéndose y señalando a su derecha. *Mucha gente murió allí o, al menos, como resultado de haber estado allí.*

Al final del camino de tierra, Jake volvió a maravillarse ante la entrada excavada en las rocas. Se alegró de ver la puerta de hierro que cerraba el túnel y recordó a Celestia saltando por la vía de acero que conducía a ella. También recordó sus pensamientos de aquel día, que eran igual de pertinentes ahora. *Si entraras en esa mina ahora, muy bien podrías acabar quedándote allí para siempre.*

Levantó la vista y observó cómo el sol entraba con fuerza sobre las montañas. La vista era impresionante y constituía un telón de fondo adecuado para lo que había venido a hacer. —Adiós, Celestia. —Sonrió—. Y no, no hay tiempo para clasificar las películas de Martin Scorsese.

Estaba dándose la vuelta para marcharse cuando se percató de un movimiento más adelante, en la entrada de la mina. Entrecerró los ojos y, protegiéndoselos del sol, observó la puerta de hierro y la vía que salía de ella.

Nada. Un engaño de la luz, ¿quizás?

Esperó. *¡Ahí estaba otra vez!* Un movimiento detrás del carro minero volcado.

Jake, que nunca rehuía las preguntas que necesitaban respuesta, se acercó y empezó a caminar por la vía metálica que salía de la entrada. Mantuvo la mano en la frente para protegerse del resplandor. —¿Hola?

Se detuvo a escuchar.

Esta vez, oyó el movimiento.

Aumentó el paso.

Una pequeña figura se levantó de detrás del carro.

—¡Eh! —gritó Jake, levantando una mano.

La diminuta figura se detuvo un momento, probablemente cautivada por la visión de un hombre corpulento que se abalanzaba sobre ella, antes de darse la vuelta y lanzarse hacia la puerta de hierro, a varios metros de distancia.

—¡*Espera*! —El abdomen de Jake en recuperación le ardía a medida que su ritmo cardíaco aumentaba—. No te haré ningún daño.

La figura, que Jake supuso que era un niño a medida que se acercaba, se dirigió directamente a la puerta de hierro. ¿Por qué? No tenía sentido. Quedaría atrapado.

Al acercarse, vio que la puerta estaba torcida y se inclinaba hacia dentro. Era evidente que se había desprendido de las bisagras superiores, creando una enorme brecha. A Jake le costaba respirar. *Joder... ¿qué tan fuera de forma estoy?*

Un niño conocido se giró para mirarlo con los ojos muy abiertos. Estaba demacrado y pálido, y el sudor y la grasa le pegaban el lacio pelo negro a la cabeza.

Jake se detuvo junto al carro minero, atónito y sin aliento. —¿Marston?

Marston se giró, puso un pie en las bisagras inferiores que aún estaban intactas y se coló por la enorme abertura.

—No... —gritó Jake, luchando contra la falta de aire para volver a echar a correr—. Ahí dentro no. Es peligroso.

Jake sabía que su advertencia era inútil. La facilidad con la que Marston había entrado demostraba que ya había estado allí antes. Su aspecto fantasmal también sugería que podría haber estado allí durante algún tiempo.

Sujetándose la dolorida herida del estómago, Jake llegó a la puerta. Tomó un par de profundas bocanadas de aire y se asomó por la rendija. La puerta inclinada dejaba pasar poca luz solar a las oscuras cavidades de la mina.

Marston estaba de pie a poca distancia, al final de un haz de luz.

—Marston —la voz de Jake retumbó por la mina—. Estoy aquí para ayudarte.

Marston no respondió. Se limitó a mirar en su dirección con la vista perdida.

Jake recordó la herida en el estómago de Celestia y a Logan en una jaula. El chico no tendría más de catorce años, pero seguía representando un peligro.

Pero *seguía* siendo solo un niño.

—No llevo armas —dijo Jake—. Te lo *prometo*… Te *garantizo* que estarás a salvo. Los que hicieron daño a tu gente están detenidos.

Marston negó con la cabeza.

—Se ha acabado. Tienes que confiar en mí. Déjame ayudarte. Mereces vivir.

—No lo merezco —dijo Marston.

Era la primera vez que hablaba, y pareció romper su fría e inquebrantable coraza. El rostro se le descompuso, echó la cabeza hacia atrás y Jake esperó que se echara a llorar a mares. No lo hizo. Al final, bajó la cara, y Jake pudo verle los ojos anegados en lágrimas. —¿Mi madre? —preguntó Marston.

El chico estaba desesperado. Mentir parecía la mejor opción para Jake. —Preocupada por ti…, desesperada por verte.

Marston empezó a retroceder, negando con la cabeza.

—¡Marston, *espera*!

El chico desapareció en la oscuridad.

*¡Mierda!*

Jake apoyó el pie en los goznes inferiores de la puerta de hierro, del mismo modo que lo había hecho Marston. Sin embargo, la

diferencia de masa corporal entre ambos era ridícula, y no había forma de que Jake pasara por aquella enorme abertura. Jake se apoyó en la puerta de hierro. Crujió y se movió. El gozne bajo su pie cedió al tirar de él la pesada puerta. El hueco se ensanchó, lentamente al principio, y de repente se aceleró. Cuando la puerta estaba claramente a punto de soltarse, apretó los dientes. La puerta de hierro cayó con un golpe sordo, y él cerró los ojos por el dolor que le atravesó el maltrecho estómago.

Levantó la vista desde donde yacía. No veía mucho, pero oía las pisadas de Marston resonando en la distancia. Jake se puso en pie y echó a correr por la vía metálica por la que antaño había circulado la vagoneta. La luz del sol que entraba por la puerta abierta iluminó el pasadizo durante un trecho, pero al final, Jake se desvió a la derecha, hacia la oscuridad.

Aquello era un suicidio.

—¿Marston? —gritó, su voz retumbando. Se detuvo para escuchar una respuesta. Todo lo que oyó fue el repiqueteo de los pies del chico que huía.

Ignorando el cansancio, Jake continuó la persecución, intentando desesperadamente mantenerse en el centro de la vía metálica para no tropezar con un raíl. También mantenía los pies en alto para minimizar el riesgo de tropezar con escombros bajos.

Pronto se hizo demasiado oscuro para ver.

Se detuvo y se arrodilló, negando con la cabeza. ¿Qué podía hacer? *Piensa…, piensa…*

Las pisadas cesaron.

—¿*Marston*? —gritó, poniéndose en pie. Esperó a que su eco se extinguiera.

Nada.

—¿*Marston*? —volvió a intentar.

De nuevo, escuchó…

—¡*Socorro*! ¡*Socorro*! —resonó por el túnel. Sin embargo, había sido cerca, de eso Jake estaba seguro.

—¡Ya voy! —Con el corazón desbocado en el pecho, los pulmones ardiendo y sus recientes cicatrices amenazando con reventar y ponerle de rodillas, Jake lo dio todo.

—¡*Ayúdame*!

Los gritos se hicieron cada vez más fuertes hasta que Jake estuvo casi seguro de que provenían de su lado y no de enfrente. Giró sobre sí mismo, pero estaba demasiado oscuro y apenas podía distinguir las negras cavidades. —¿*Marston*! ¿Dónde estás?

—¡Aquí! ¡He resbalado!

Jake escuchó; sonaba como si viniera de su izquierda, por debajo de él. Se giró hacia esa dirección. —¿Marston?

—¡*Me estoy cayendo por un agujero*!

Apenas podía distinguir la línea borrosa de la vía en la penumbra. Creyó detectar movimiento allí, pero con tan poca visibilidad, fácilmente podrían haber sido imaginaciones suyas.

—¡Socorro, por favor! ¡Socorro! ¡No puedo aguantar!

Jake se arrodilló y tanteó hacia la vía, apuntando a aquel movimiento en la oscuridad. No le sorprendió tocar el metal frío de la vía y nada más…

—*Por favor*… ¡No sé qué profundidad tiene! ¡No quiero perderme aquí abajo!

Jake movió los dedos por la vía y sintió los cálidos nudillos de una mano. Se inclinó y le agarró una muñeca. Luego localizó la otra mano para poder agarrar la segunda muñeca.

Entonces tiró de Marston para subirlo.

---

DUDANDO MUCHO de que aquella hubiera sido la única zanja junto a la vía en esa decrépita y vieja mina, Jake insistió en que Marston le diera la mano mientras se abrían paso hasta la entrada. No hubo necesidad de insistir.

Marston le agarró la mano con todas sus fuerzas y lloró durante toda la cautelosa salida.

Oír a un niño con tanto dolor destrozó a Jake. ¿Cuántos niños, cada día, nacían en mundos tan trágicos como el de Marston? ¿Cuántos niños, cada *maldito* día, se veían obligados a soportar el tipo de sufrimiento que este chico había padecido?

Demasiados, *joder*.

Al final del trayecto, tuvo que reprimir sus propias lágrimas.

Pasaron por encima de la puerta de hierro y la luz del sol le hirió los ojos llorosos a Jake. Bajó la vista hacia Marston, que le devolvió la mirada. Aparte de un cierto enrojecimiento alrededor de los ojos por las lágrimas, su rostro permanecía pálido. Jake intentó soltarle la mano, pero el chico respondió agarrándosela con más fuerza.

—¿Cuándo comiste por última vez? —preguntó Jake, observando el rostro demacrado del niño.

—Siento lo de… Celestia —parpadeó rápidamente y desvió la mirada.

—Está viva. Y si supiera que estás aquí, en esta vieja mina, puedes estar seguro de que querría asegurarse de que estuvieras bien.

Marston volvió a levantar la vista. Sus ojos se abrieron de par en par. ¿Amenazaba con esbozarse una sonrisa en su rostro? Jake no estaba seguro, pero lo tomó como una señal positiva de que quizás Marston podría encontrar la paz algún día.

Mientras atravesaban el camino de tierra, todavía de la mano, Jake dijo: —Te mentí antes. Sobre Corrie. Tu madre.

—Sé que está muerta —dijo Marston, con la vista al frente.

—Sí. ¿Cómo lo supiste?

—Si siguiera viva, tú no lo estarías.

Jake asintió. Es justo. —Comprendo que estés disgustado porque no saliera de esa manera.

—No estoy disgustado. Tenía que acabar.

Jake asintió. *Sí, desde luego que sí.* Quizá no de la forma en que lo hizo, pero al menos el Núcleo, con su historial de sangre y tragedia, ya no existía.

—Creía que quería morir —dijo Marston—. Creía que quería que todos murieran. Envenené a mi hermana, a mi madre… Quería liberarlas. No fue hasta que estuve allí colgado cuando me di cuenta de que no hay libertad…, solo oscuridad. Tengo miedo de esa oscuridad. —Lloró.

—Tienes que descansar, tienes que comer. Hay gente que puede ayudarte. —Jake lo apartó del camino de tierra y lo condujo hacia el

coche de Scott, que estaba en la carretera.

Scott salió del coche y se acercó a ellos con las manos en alto. —¿Pero qué demonios?

Jake asintió. —Este es Marston. Necesita comer y beber.

Scott escrutó al chico, que no paraba de llorar. —¿Es de…?

—Sí. Lo *era*. Ahora está contigo.

—No lo entiendo.

—Esta es la penitencia de la que hablabas antes, Scott.

—No lo entiendo.

—Sí que lo entiendes. Después de que me dejes en el aeropuerto, harás lo correcto con este chico. Le darás de comer, lo vestirás y luego le encontrarás un hogar tan bueno que todo esto se disolverá un día como una pesadilla.

Scott abrió la boca para responder.

Jake lo miró fijamente hasta que Scott cerró la boca y asintió.

# Ausente, Pero No Olvidado

Logan pulsó el botón del mando y la puerta del garaje se abrió.

—¡Tachán!

Celestia examinó los escombros esparcidos por todas partes.

—¿Y bien? —preguntó Logan.

Celestia enarcó una ceja.

—Me gusta el letrero —dijo, señalando las palabras estampadas sobre la puerta del garaje: *Taller de reparación de motocicletas Yorke y Reed*.

—¿Y...? —insistió Logan.

—¿Y que me gusta la puerta enrollable?

—¡Bueno, eso costó un dineral! Pero venga... —Logan retrocedió hacia el interior del taller con las manos extendidas. —Mira esto. —Tropezó con un tubo de escape suelto, pero consiguió mantener el equilibrio.

Ella enarcó la otra ceja.

—Es un desastre.

—Sí. Bueno, necesita trabajo, pero... —cogió un trozo de tela y tiró de él para dejar al descubierto una motocicleta—. ¡El primer cliente!

—¿Este cliente ha visto lo de *aquí* dentro?

—No. Fui a verle a su casa.

—Menos mal, la verdad.

Logan examinó el desorden.

—Probablemente tengas razón.

—No te preocupes. Te ayudaré a ordenarlo.

Logan le señaló el estómago.

—Tienes puntos.

—Estoy bien.

—No lo estás. Y me ha hecho jurar que te cuidaría.

Celestia se estremeció. La mera mención de Jake la inquietaba.

—¡Sabes que me matará si alguna vez te pasa algo!

—No creo que tengas que preocuparte por eso. Él está...

—Sí que me preocupo. —Le puso las manos en los hombros—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Los hombres como Jake no mueren. Al menos, no tan fácilmente.

—Ojalá tengas razón.

—La tengo. ¿Por qué si no habría puesto su nombre sobre mi puerta?

Ella se apartó, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y señaló los escombros.

—Necesitas un sistema.

—¿Qué sistema?

—Yo te digo dónde va cada cosa y tú la pones en su sitio.

—Me parece un buen plan.

Menos de treinta minutos después, Logan estaba sentado en el suelo, en una esquina de su taller aún desordenado, jadeando en busca de aire.

—No estoy en forma para esta mierda.

Riendo, Celestia se sacó del bolsillo un móvil cuyo zumbido no cesaba y abrió el mensaje de un número anónimo: *Las tres mejores de Scorsese. Toro salvaje... Taxi Driver... ¿y?*

Levantó la vista hacia Logan con los ojos llenos de lágrimas.

—Tenías razón.

Lo vio ponerse en pie, con los ojos como platos, y entonces respondió al mensaje. *Uno de los nuestros.*

Mason, el preciado perro del difunto Peter Sheenan, despertó a Piper Goodwin lamiéndole la cara.

Apartó al terrier y se incorporó en el sofá, secándose la cara con la manga.

—¿Quién necesita un despertador?

Mason se alejó de un salto y regresó momentos después con una pelota de tenis en la boca.

—¡Me *acabo* de despertar!

Mason gimió. Claramente había detectado el rechazo en su tono.

—Después de desayunar, te lo prometo.

Su móvil, en la mesita de noche, se iluminó y vibró. Lo cogió, se lo acercó a la cara y abrió el mensaje de un número anónimo.

*Tengo que arreglar algunas cosas. Cuando lo haga, volveré. Y estaremos juntos. J xx*

Cuando Piper dejó de llorar, sacó a Mason a la calle para lanzarle la pelota.

# Mejor El Diablo

Con los ojos legañosos tras un largo vuelo, Jake empujó su equipaje por la sala de llegadas de Heathrow. Lo recibió el bullicio de amigos y familiares emocionados, así como el de insistentes taxistas que alzaban carteles con nombres por encima de sus cabezas.

Jake sintió que alguien lo rozaba al pasar y el pulso se le aceleró. Se tranquilizó con una respiración profunda al darse cuenta de que solo era una mujer de mediana edad que, entusiasmada, aceleraba el paso; estaba a un pelo de un ser querido.

Suspiró. Ahora que estaba de vuelta en el Reino Unido, la paranoia sería la norma. Estaría constantemente mirando por encima del hombro cada vez que alguien se acercara. Al fin y al cabo, había gente poderosa que lo quería muerto. Y si algo sabía de la gente poderosa en el Reino Unido era que siempre conseguían lo que querían.

*Yo seré la excepción a esa regla*, pensó Jake, examinando los carteles.

Allí estaba. Un nombre nacido de los nombres de dos difuntos colegas. Un tributo, por así decirlo.

*Mark Brookes.*

Su mirada siguió los largos y delgados brazos hasta detenerse en una mujer que llevaba un pañuelo sobre el pelo largo y unas gafas de sol, como si estuviera evitando la mirada de los paparazis. Bueno, era tristemente célebre, desde luego. Y, al igual que él, también

estaría en la lista negra de algunos personajes bastante indeseables, además de en la de la ley.

*¿Es esto un error?*

Rodeó la barrera y se dirigió hacia ella.

*Probablemente.*

*¿Tengo elección?*

Se detuvo a su lado.

*La verdad es que no.*

—Hola, Mark. ¿O sigues prefiriendo Jake, o incluso Frank? Eres una persona con muchas identidades.

—Como tú, Lacey. Como tú.

No se miraron y se quedaron con la vista al frente mientras más pasajeros entraban en tropel desde la aduana a la sala de llegadas.

—Con tanta gente alrededor, supongo que estamos a salvo —dijo Lacey.

—Tú y yo nunca estaremos a salvo.

—No. Supongo que no. Aunque yo no querría que fuera de otra manera. —Se giró para mirarlo, y él captó su sonrisa de medio lado por el rabillo del ojo—. ¿Y a ti? ¿Te gusta que sea así?

Esquivando la pregunta, Jake dijo:

—Tu pelo. Sí, me gusta largo. Te sienta bien.

Ella rio.

—Te he echado de menos, amante.

—Ser tu amante no es una de mis identidades. Nunca lo fue. Nadie puede quererte, igual que tú no puedes querer a nadie. De todos modos, no me puse en contacto contigo por el sexo.

—Una chica puede tener esperanza.

Jake soltó una carcajada.

—¿Tú tienes esperanza, Lacey? ¿De verdad sientes esas cosas?

—Anhelo cosas, Jake. Y anhelaba esto. Nuestro reencuentro. *Tu* sinceridad. Nadie más parecía atreverse nunca.

—Me pregunto por qué. Por cierto, ¿cómo demonios saliste de ese hospital?

—Con dificultad. No fue mi reto más fácil. Tuve que *soportar* incomodidades primero. Muchas incomodidades. Pero era necesario. Sin ellas, quizá no habría reunido la fuerza para marcharme.

—Eso no responde realmente a mi pregunta.

—Una maga nunca revela sus secretos.

—No eres una maga, Lacey; eres una asesina.

—Como tú, Jake. Como tú.

Jake bajó la mirada.

—Sí.

—Y por eso te pusiste en contacto conmigo, ¿no?

Jake asintió.

—Creo que sí.

—Porque ahora que sabes lo que eres, todo es mucho más fácil.

—No lo ha sido. No ha sido nada fácil.

—¿Estás seguro? No hay nada más fácil que hacer lo que sabes hacer. Te ha ido muy bien, Jake. Y con mi ayuda, estoy segura de que te volverá a ir muy bien.

—Está muerta. Sheila está muerta. La mataron.

—Lo sé. —Lacey se encogió de hombros—. Pero era una zorra.

—¡Era la madre de mi hijo!

—Sí…, pero seguía siendo una zorra.

Jake negó con la cabeza.

—De verdad que no tienes ni puta empatía.

—Deberías probarlo. La verdad es que entonces todo se vuelve muy fácil.

—Me quedaré con mi empatía, gracias. Llevamos aquí demasiado tiempo. Tenemos que desaparecer y tenemos que prepararnos.

—Suena bien. ¿En tu casa o en la mía?

—Bueno, yo no tengo y no me voy a meter en un nido de víboras, así que vayamos a un hotel.

—¡Jake! —Lacey se mordió el labio inferior—. ¿Estás seguro de que no tienes otra cosa en mente?

—La única cosa que tengo en mente es mi hijo, Frank. ¿Puedes ayudarme con eso, Lacey?

—Claro. Si me respondes a una pregunta. Y la respondes con sinceridad.

—Lo intentaré.

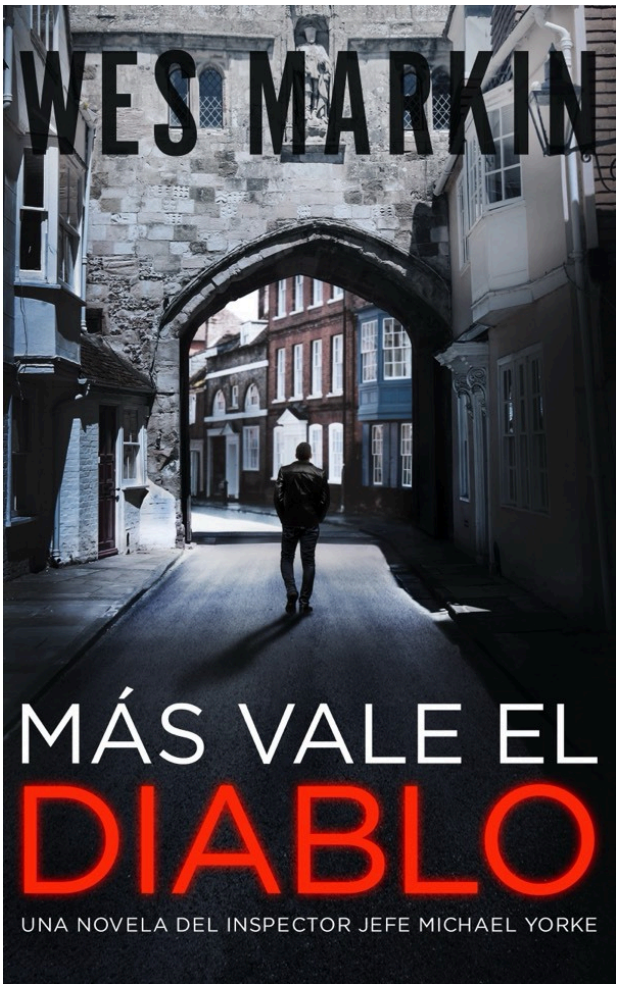
Se puso frente a él, se quitó las gafas de sol y lo miró a los ojos.

—¿Por qué yo?

Jake se encogió de hombros.
—Malo conocido.

---

**Acompaña a Jake en su viaje de regreso a Inglaterra en…**




**¿Realmente puedes confiar en el Diablo?**
**Matthew Brace. Seis años. Secuestrado.**

Experimentado y decidido, el inspector jefe Michael Yorke cree tener lo necesario para liderar una unidad que devuelva a este niño con su familia. Pero con el crimen en el sur de Inglaterra evolucionando a

un ritmo nunca antes visto, Yorke se ve superado e incapaz de impedir que el secuestro se convierta en un arma terrorista devastadora que deja la ciudad catedralicia de Salisbury destrozada para siempre.

El ex-sargento detective Jake Pettman. Asesino experimentado. Presa astuta. Padre aterrorizado.

Sabiendo que el sindicato del crimen organizado en el Reino Unido, Artículo SE, es responsable del asesinato de su exesposa, Jake regresa a casa para proteger a su hijo. Endurecido por sus experiencias mortales en Nueva Inglaterra, Jake resuelve enfrentarse a quienes lo quieren muerto. Aun así, cuando te enfrentas a un sindicato tan poderoso, vas a necesitar un milagro.

O al menos a la asesina más fría y despiadada que conozcas. Lacey Ray puede ser el mismísimo diablo, pero es todo lo que él tiene.

**Haz clic aquí para leer ahora...**

# Después

GORDON ARROJÓ las últimas pertenencias de la señora Kane al umbral de su puerta, cerró y giró la llave en la cerradura nueva que acababa de instalar. *Buen viaje.*

Cuando su futura exmujer se presentara más tarde en el coche caro de su nuevo novio para recoger sus cosas, no obtendría respuesta del timbre ni podría entrar en la casa.

No le daría la satisfacción de regodearse. Casi podía imaginarse sus odiosos comentarios: *—Solo tienes que seguir con tu vida, Gordon. Encontrar la felicidad como he hecho yo..., alguien que de verdad te complemente.*

*Más fácil decirlo que hacerlo, señora Kane, después de que me haya obligado a vender la casa, se haya quedado con la mitad de los escasos ahorros de mi vida y le haya hincado el diente a mi sueldo mientras se broncea en una isla del Caribe junto a su promotor inmobiliario.*

—Pero es culpa mía —dijo Gordon, apurando un vaso de whisky —. Todo es culpa mía. —Aquello se veía venir desde hacía muchos años; prácticamente, desde que se casaron—. Pero tenías que mantener el statu quo, ¿verdad, Gordon? —se sirvió otro vaso—. Mantener la puta paz.

Se bebió otro vaso de un trago y recordó la cabeza de la mujer que había reventado con un rifle en la escalinata de su departamento. Dejó el vaso de un golpe sobre la mesa y fue a su

despacho. Se acercó a la pared que contenía la maraña de imágenes que había empezado a tejer esa mañana.

Tocó una foto de Lemuel; debajo estaba escrito «ASESINO DEL BANCO DE ALTON» y «FALLECIDO». Deslizó el dedo por un hilo hasta una foto del pastor Frederick Deering: «ASESINO DE LEMUEL. DESAPARECIDO». Luego, una foto de Merithew: «FALLECIDO». Una foto de Griffin: «¿NUEVO LÍDER?». Recorrió con el dedo a muchos otros miembros del Núcleo, incluidos los que estaban conectados con ellos. El camionero, Logan, por ejemplo, estaba allí. Al igual que Albert Hardy.

Miró las fotografías aéreas del Núcleo. Había hecho que Scott y su hermano gemelo, Brad, sobrevolaran la zona con un dron. Un riesgo, sí. Podrían haberlo visto. Pero ¿qué demonios?

—Es hora de tomarse las cosas en serio —dijo Gordon.

Paseó el dedo por las fotos hasta que se posó en el bello y joven rostro de Celestia. Luego, su dedo tembloroso trazó un trozo de hilo hacia abajo..., y más abajo..., hasta que se detuvo en la cara de Frank Yorke.

—Sí —sonrió Gordon—. A la mierda la paz.

---

Jake se quedó en casa de Celestia mientras se le curaba la cara. Ella estaba ocupada con su gente, pero aun así encontraba tiempo para hacerle compañía y alimentarlo bien.

—Comida fresca cazada en el bosque.

—Mientras no sea rata.

Ella no se rio.

—Lo siento, ha sido de mal gusto.

—No, esa tradición está muerta y enterrada. No le guardo ningún cariño a ese recuerdo. Es que estoy desolada por lo que esas bestias te hicieron.

—No te preocupes. De todas formas, siempre he sido feo.

Durante esos días, quedó claro, y rápidamente, que Celestia no tenía intención de abandonar el Núcleo. Nunca lo dijo como tal, pero

él lo notaba por la forma en que hablaba de su gente, con regularidad y cariño.

—Corrie contactará con Mossbark para conseguir recursos educativos con los que renovar la escuela.

Jake asintió y sonrió.

—La educación lo es todo.

—Sí. Y Thaxton y Ethlyn están construyendo nuevos molinos de viento para que podamos aumentar la energía. Edlon tuvo una idea genial para un centro comunitario con el que intentar sanar las fracturas que causó la crisis. Pasará un tiempo antes de que algunos de los míos vuelvan a dirigirse la palabra.

A diario, Celestia le traía estas noticias sobre los maravillosos cambios que se estaban produciendo en el Núcleo, hasta que se convirtió en el único tema de conversación, y Jake empezó a añorar sus frívolos intercambios sobre películas clásicas. Curiosamente, ella nunca le preguntó por qué había mentido sobre su nombre, así que, a cambio, él no la presionó sobre sus intenciones para el futuro.

Una tarde, mientras terminaba un estofado de conejo, Celestia entró, pálida y alterada.

Él se recostó en la silla.

—¿Qué ha pasado?

—Thaxton ha visto un dron sobrevolando la zona.

Jake asintió. No le sorprendió. Ya habían penetrado en el Núcleo. Logan y Albert ya habían visitado a Jake justo después de lo ocurrido y le habían contado el enfrentamiento en la comisaría entre el sheriff Kane y los dos soldados del Núcleo. El Núcleo había quedado vulnerable. El lugar tenía los días contados.

Les había advertido a Albert y a Logan de que no revelaran el número real de habitantes del Núcleo, porque eso sí que sería el último clavo en el ataúd. *«Todavía no»*, había suplicado Jake. *«Dejad que Celestia decida primero qué va a hacer. Aquí también hay niños. No queremos otro Waco entre manos».*

—Nos están vigilando, ¿verdad? —dijo Celestia.

—Sí. Y cada día se volverán más audaces. Creo que es hora de que te marches, Celestia.

—¿Adónde?

—Ven conmigo.

Celestia pareció estupefacta.

—¿Por qué?

—¡No es por nada de eso! ¡Seguro que ya lo sabes! Eres especial para mí, pero no en ese sentido.

—¿Como una hija?

—Especial, Celestia. No hace falta que le demos más vueltas.

Ella se quedó mirando la mesa, claramente pensativa. Finalmente, dijo:

—No puedo abandonar a mi gente.

—Celestia... —Jake se inclinó hacia delante—. Estabas desesperada por marcharte cuando te conocí.

—Aquello era diferente. Antes las cosas estaban muy mal.

—Todavía hay muchas cosas que están mal en este tinglado.

—Tú pensarías eso, pero es...

—No —dijo Jake—. Las hay. Vivís todos aquí, solos..., *vulnerables*. Es una secta, Celestia. Nada más.

—Has estado mintiéndome desde el principio. Te llamas Michael Yorke, no Jake.

Michael dejó el bol en el suelo.

—Tú nunca me preguntaste.

—No. Althea me mostró el artículo del periódico sobre ti. Un tal Griffin, al parecer, se lo dio para que lo leyera. Ella me enseñó el titular después de que se marchara.

Michael frunció el ceño. Se recostó en la silla y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿De qué trata?

—No seas tonto.

—No sé nada de ningún artículo.

—El asesinato de tu mujer, Emma, y tu hija, Sheila. Fue un asesinato-suicidio.

Celestia se sentó en la silla frente a él.

—Por favor, Michael, dime por qué viniste aquí.

—Mi hermano Frank me envió. Cree que el asesino de mi familia podría estar aquí.

—¿Y tú qué crees?

—No... sé lo que pensar.

—No esperaba que pensaras otra cosa. ¿Por qué ibas a hacerlo? Pero la gente de aquí es buena gente, y eso es lo que de verdad importa.

—No lo dudo. Pero este lugar sigue siendo vulnerable a los conflictos y a la tragedia. Eso no cambiará nunca si vivís al margen de la sociedad con vuestras propias costumbres, vuestras propias leyes.

—Quizá —dijo ella, sentándose—. Pero me han pedido que los lidere, y he aceptado.

Jake se levantó, se dio la vuelta y se puso a caminar de un lado a otro por la cocina. Al final, se encaró con ella. —Ojalá no lo hubieras hecho.

—Lo sé. Pero si no soy yo, ¿quién?

—Hay otros...

—Soy la descendiente directa de Althea.

—¿Griffin no era descendiente directo?

—No. Y mira cómo casi acaba todo. Tenemos una deuda contigo por lo que hiciste, pero tenemos que seguir adelante. Yo sé cómo deberían ser las cosas.

—Celestia, no soy quién para detenerte, pero esta decisión..., *tu* decisión..., me destrozará.

—Sabes que no tengo elección. No dejaré que este lugar se desmorone.

Jake negó con la cabeza. —Pero lo hará. Eres fuerte y maravillosa, pero se desmoronará. Estoy seguro. Incluso si te quedas. El Núcleo será derribado.

—Quizá no. Quizá tengo un arma secreta.

—¿Y cuál es?

Ella sonrió.

Tardó un momento en darse cuenta de lo que estaba insinuando. Gruñó. —Creo que el poder ya se te ha subido a la cabeza.

—Todos queremos que te quedes. Salvaste a sus hijos. Hay gente ahí fuera que moriría por ti.

—Eso, de por sí, suena como una carga que no quiero.

Celestia se levantó y se le acercó. —Pero es una que tienes.

Él frunció el ceño. Notaba que estaba perdiendo los estribos. —Mira. No sé quién te crees que soy, pero ese no soy yo.

Ella lo agarró del brazo. —Creo que *sí* eres tú.

Jake negó con la cabeza. —No me conoces. No conoces a mi verdadero yo.

—*Sé* que te importan los demás. Te importan más que tú mismo. Sé que *necesitas* ayudar. ¿Qué pasaría si simplemente dejaras de hacerlo?

—Ojalá lo supiera. Llevo intentándolo Dios sabe cuánto tiempo.

—Quédate, Jake. Quédate y ayúdanos.

—Aunque me quedara, no estaré a la altura de lo que se avecina.

Ella lo abrazó. —Hagas lo que hagas, siempre te querré por todo lo que hiciste por mí. Por nosotros.

—No puedo quedarme. —Jake le devolvió el abrazo—. Lo siento, Celestia.

—No lo sientas. Un hombre como tú no merece pasarse la vida entera sintiéndolo.

---

*SALISBURY, INGLATERRA*

EL INSPECTOR JEFE Michael Yorke tuvo la suerte de tener a Emma Gardner a su lado. La escena que tenía ante sí hizo que el mundo le diera vueltas y que le flaquearan las piernas. Su leal inspectora lo sostuvo y lo ayudó a llegar hasta el muro del jardín de la casa justo enfrente de la residencia de los Pettman.

La calle estaba ocupada por los bomberos y las ambulancias. Los sanitarios estaban apostados ante sus vehículos, listos para entrar en acción; aunque para qué, Yorke no tenía ni idea.

La explosión de gas había dejado la antigua residencia de Jake reducida a un cascarón ennegrecido y desmoronado.

Yorke respiró profunda y lentamente para combatir el ataque de pánico.

—Nadie va a salir de ahí —dijo Yorke.

Gardner no respondió. O no quería admitir que tenía razón o, simplemente, estaba demasiado afectada para hablar.

Yorke esperó en aquel muro del jardín mientras el tiempo pasaba con lentitud. Contrastaba por completo con los movimientos rápidos y de pánico de los que lo rodeaban: bomberos, sanitarios, otros agentes de policía y curiosos.

Ya había recuperado el equilibrio y el control de su respiración, pero todavía no se sentía con fuerzas para levantarse del muro y empezar a investigar.

—Jake... —dijo Yorke.

—Ni siquiera está en el país —dijo Gardner.

—Obviamente —contestó Yorke, tragando más aire—. No me refiero a eso. Tiene que *saber* lo que ha pasado.

—Nosotros mismos todavía no sabemos nada.

Yorke se puso en pie y vio el rostro tembloroso de Gardner y la tristeza en sus ojos, pero ella estaba manteniendo la compostura. *Imposiblemente. De alguna manera. Por él*. Y ahí estaba él, gritándole, pero no podía evitarlo. —Sabemos lo suficiente. ¡Alguien ha volado su... su casa!

—Ha sido una explosión de gas. Podría haber sido un accidente.

—Ha sido el Artículo SE.

—Es demasiado pronto para hacer esas suposiciones.

—Cuanto antes, Emma, es el mejor momento para afrontar la verdad.

—No cuando tu, perdón, nuestro juicio está tan nublado.

—Ha sido el Artículo SE. Se han hartado de esperarle. Han ido a por su familia.

Gardner se estremeció. Sabría que él tenía razón. Todo su día a día giraba en torno a investigar coincidencias que resultaban ser cualquier cosa menos eso.

—Esperemos lo mejor —dijo Gardner—. Solo un momento más. Esperemos que Sheila y Frank no estuvieran dentro.

Yorke se sentó junto a Gardner. Se dio cuenta de que ahora ella estaba llorando, así que le pasó un brazo por los hombros y la acercó. —De acuerdo, esperemos un momento más.

*Te he fallado, Jake*, pensó Yorke. *Prometí mantenerlos a salvo, y te he fallado.*

Se frotó los ojos, dándose cuenta de que él también estaba llorando.

Alguien salió de repente de la casa humeante con otra persona al hombro. Estaba gritando.

Yorke y Gardner se pusieron en pie de un salto.

Gardner dijo: —¿Acaba de decir...?

—Sí —respondió Yorke—. Creo que sí.

Los sanitarios corrieron por el sendero hacia la bombera, fuera de sí.

—Lo siento, Jake —dijo Yorke—. Lo siento *muchísimo*.

---

**¿PREPARADO PARA MÁS?**

**Jake Pettman regresa en *Entre la Espada y la Pared***




**Una comunidad violenta luchando contra la extinción. Una hija empoderada que resurge de las cenizas de un tirano. Un sheriff agotado que busca sentido a través del asesinato. Y Jake Pettman, atrapado en medio.**

Tras el colapso del Núcleo, Jake jura quedarse y proteger a Celestia mientras ella reconstruye. Cuando los drones que sobrevuelan indican que el sheriff Gordon Kane y la gente de Mossbark están conspirando para levantarse contra la comunidad debilitada, Jake exige que Celestia fortalezca las defensas del Núcleo.

Pero Celestia es una nueva líder con una nueva visión y, en su lugar, decide abrir sus tierras al mundo exterior. Y a todo el fuego y la furia que arde en él.

Dejando a Jake con una decisión que tomar: dejar morir al Núcleo o morir intentando salvarlo.
Elija lo que elija, puede estar seguro de una cosa:
Toda decisión tiene consecuencias mortales.

**¡Haz clic aquí para leer ahora!**

# Agradecimientos

En un principio, planeé la historia de Jake como una trilogía, y *Blue Falls* iba a ser el final. Sin embargo, tras enfrentarme al dramatismo de la última escena de Jake en la habitación del motel, la idea de *The Rotten Core* me golpeó como una losa y me di cuenta de que a esta historia todavía le quedaba mucho por contar.

Mientras escribía *Blue Falls*, no tardé en darme cuenta de que Jake se adentraba en una aventura cargada de acción y de que faltaba ese desarrollo más lento y progresivo presente en algunos de mis libros anteriores. Para asegurarme de que este nuevo enfoque funcionara, recurrí a mi grupo de apoyo, que, como siempre, me ayudó a plasmar mi visión en el papel.

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mi mujer, Jo; a mis hijos, Hugo y Beatrice; a toda mi familia por su apoyo y a mis amigos íntimos.

Gracias a mi equipo de lectores, que revisaron los primeros borradores: Jo Fletcher, Jenny Cook, Katherine Middleton, Karen Ashman, Dee Groocock, Keith Fitzgerald, Claire Cornforth, Carly Markin, Paul Lautman y Holly Sutton. Gracias a mi fantástico editor estadounidense, Brian Peone. Gracias a todos mis lectores ARC y a esos blogueros fantásticos que siempre me apoyan: Shell, Susan, Caroline, Jason y Donna. Gracias a Cherie Foxley por la evocadora portada.

Un agradecimiento especial a Donna Wilbor, que creó un grupo exclusivo para organizar a mi creciente número de lectores avanzados.

Espero que todos me acompañéis en febrero, cuando un cansado y desesperado Jake Pettman busca refugio en Moss County, solo para descubrir el Núcleo: el corazón podrido de una antigua tierra.